

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA,

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 6.º

MADRID: 1847.

Imprenta de D. Tomas Aguado,

calle de la Encomienda núm. 17.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE TERCEIRA.

Sermões morales y Homilias sobre los Evangelhos.

TOMO 1.º

Contiene las dominicas y misterios desde Adviento hasta septuagésima y siete sermones sobre los siete pecados capitales.

Aunque hubiéramos querido estender esta serie de nuestra Biblioteca hasta seis tomos presentando en ellos sermones para todos los dias de cuaresma, atendiendo á no hacer el conjunto de la obra muy voluminoso y por consiguiente de mayor coste, y á que no es necesario tanto para satisfacer las necesidades de un párroco, que es lo que nos hemos propuesto, la hemos reducido á cuatro tomos en que distribuimos todos los domingos del año, dando duplicados los sermones de las Dominicas de Adviento, septuagésima, sexagésima, quincuagésima y de cuaresma incluso el miércoles de ceniza y Pascua de Resurreccion, sermones para todos los miércoles y viernes de la cuaresma y las principales festividades del Señor en sus dias correspondientes, y algunos otros sueltos segun la oportunidad para completar los tomos.

Con la claridad y sencillez posible hemos querido unir la brevedad, ya porque conocemos que asi conviene para que en la misa y funciones parroquiales no se moleste á los fieles con la pesadez,

y ya porque debiendo atender á sus muchos cargos los párrocos no pueden dedicarse exclusivamente á estudiar largos discursos, y presentando los puntos principales podrá cada uno ampliarlos segun estime conveniente.

SERMON

*para el domingo primero de adviento sobre el juicio
universal,*

*Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum
potestate magna et majestate. Y entonces verán al hijo del
hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad.
Luc. c. 21, v. 27,*

La iglesia santa, esposa de Jesus y maestra de la verdad, hace suyas en este tiempo las espresiones con que los profetas anunciaron el fin de la iniquidad y la destruccion del pecado con la venida del Salvador del mundo. Solicita por la salud de sus hijos, quiere prepararlos para el dia grande de misericordia, para el dia de piedad, de amor y de reconciliacion en que apareciendo entre nosotros el deseado de las gentes, el anunciado por una multitud de ángeles del cielo que dicen regocijados: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra, paz á los hombres de buena voluntad. Muy luego vamos á celebrar el nacimiento de un Dios, hombre esperado de los patriarcas, anunciado por los pro-

fetas, representado en un infinito número de figuras, pedido por el espacio de cuatro mil años, con sacrificios y oraciones, y hecha la ocupacion de todos los siglos como lo dice mi melilluo Padre san Bernardo. Nuestras almas deben ocuparse en la grande obra del Señor, en el VERBO ETERNO que descende de los cielos á la tierra para roalizar el gran pensamiento de salvarnos y redimirnos de la esclavitud del pecado, y llevarnos en triunfo á la patria de la dicha, de la ventura y felicidad. Nace el hijo del Altísimo en Belen: y en verdad que un suceso de tanta importancia para nosotros es muy digno de la preparacion que se nos recomienda en este santo *adviento*, en que procurando imitar á los justos de la ley antigua debemos clamar al cielo para que llueva y haga descender á nuestros corazones, al vencedor del mundo y del infierno, al ángel del gran consejo, al padre del futuro siglo, al príncipe de la paz eterna.

La suerte de todos los hombres pende del nacimiento de un Dios humanado que dirige su encarnacion, su nacimiento, su vida, su muerte, sus doctrinas, su predicacion, sus misterios, sus milagros y sus oprobios á nuestra redencion, á nuestra felicidad, á nuestra gloria, adonde quiere llevarnos por la penitencia que nos predica el establo, que nos grita el pesebre, que nos evangelizan las lágrimas de un Dios que se nos presenta pobre, humilde, sufrido, y resignado á morir por nosotros para enseñarnos á padecer y sufrir con paciencia las penalidades de esta vida. Ah! si todos siguiéramos las doctrinas de Jesus siendo dóciles á las inspiraciones de la gracia! En este caso, no tendríamos los.

ministros del Señor más que la dulce tarea de animar á los fieles á salir de la mortalidad de su cuerpo para ir á ser inmortales dichosos y felices eternamente en el cielo.

Pero como hay genios infernales que tienen por un juego infantil, ó por una quimera sacerdotal las verdades eternas... Como no faltan insensatos que se atreven á blasfemar con Marcion y Cerinto del nacimiento humilde de Jesus... Como el mundo que está lleno de hombres que no quieren reconocer á Jesucristo por su padre, por su redentor, por su maestro y consuelo, avergonzándose de tener un Dios paciente, humilde, benigno y lleno de mansedumbre, de bondad y de clemencia; la iglesia nos presenta en el evangelio de este día á su celestial esposo rodeado de poder y magestad para juzgar al mundo, defender su causa y convencer pública y solemnemente á los pecadores de la justicia con que han de ser aherrojados á los fuegos sempiternos, Jesucristo dice á sus discípulos, que al fin del mundo se verán fenómenos prodigiosos en el sol, en la luna, en las estrellas, en el mar y en la tierra; secándose los hombres de temor y sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo: pues que las esferas celestes se conmueven, y entonces verán todos al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. *Tunc videbunt filium hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate.*

Estas, católicos son las palabras con que la sabiduría eterna anuncia el día de ira, de calamidad y de miseria en que tendrá lugar el juicio universal. Día de furor, de indignacion, de rigor y de justicia para los malos: pero de gozo, de honor,

de gloria y de premios y recompensas para los buenos, como os lo voy á demostrar en este breve rato.

Dios de bondad: ilustradme para que ariere á indicar á mis oyentes lo que hemos de ver todos en el dia del juicio. De esperar es que se conviertan los pecadores al entender que si perseveran en su pecado os conocerán como un juez inexorable; como un vengador omnipotente de las ofensas contra vuestra divinidad. Este, Dios mio, es el fin que me propongo en este discurso. Ojalá que á la vista de vuestros juicios se decidan los hombres, movidos por vuestra gracia á merecer vuestras misericordias. Haced que así lo hagamos todos, os lo pedimos por intercesion de vuestra madre á quien decimos AVE MARIA.

Tunc videbunt...

Todos caminamos al sepulcro: todos moriremos; caeremos todos infaliblemente en la eternidad, y en ella ¿cuál será nuestra suerte?... No pregunto á los que dicen que nuestra religion es el bello ideal de los fanáticos, un panorama de pueril entretenimiento, ó una invencion humana, como quiere hacer creer la mordaz critica del impio. A estos diré lo que Job decia á los amantes de la sabiduria. Que vayan á estudiar en los sepulcros en donde se aprende la lógica que enseña á demostrar lo que somos y lo que sere-mos. Allí entre los despojos de la mortalidad humana se percibe una voz secreta y enérgica que nos dice que detras del tiempo está la eternidad, que despues de esta vida hay otra, que el hombre muere, pero que sus buenas ó malas obras le siguen mas allá de la tumba. Esta es la creencia universal segun el orador romano, y no puede ser falsa. Yo sin em-

bargo, me dirijo en este día á los fieles y les digo: ¿Cuál será nuestra suerte en la eternidad? En la manifestacion de mi propuesta vais á verlo.

Es de fé que el Dios que nació en Belen pobre, humillado y abatido, que vivió en la oscuridad, que predicó en público verdades eternas y murió en una cruz afrentosa tiene que juzgar al mundo, rodeado de poder y magestad como se dice en el evangelio que acabais de oir. ¿Es verdad que estamos nosotros ahora en este santo templo? ¿Existe en nuestra España este pueblo de N? Pues cuál mas cierto que el mundo se ha de acabar: que Jesucristo ha de venir coronado con todo el poder de su omnipotencia á juzgar á los vivos y á los muertos, y que á los buenos los destinará á la felicidad de la gloria, y á los malos á los suplicios eternos del infierno. Tiene pues que haber un juicio universal en que se decida pública y solemnemente la suerte feliz de los buenos, y se fulmine la sentencia de condenacion eterna contra los malos.

Al sonido de aquella trompeta que aterró á san Gerónimo y á los anacoretas del desierto entregarán la tierra, el mar, los cielos y los infiernos todos los individuos de la especie humana que contengan. Presentes todos en el lugar destinado, veremos á Jesucristo sentado en medio de una nube mostrándonos su cruz, compendio y consumacion de sus abatimientos. Ninguno allí será grande y dichoso sino en cuanto haya llevado, amado y deseado la cruz de nuestro redentor. Nacimiento ilustre, fama, riquezas, la piedad misma, todo, todo será reprobado si no está marcado con el sello de la cruz. Toda virtud que no haya ido abatida por la humildad de la cruz, acrisolada con las pruebas de la cruz, y

ennoblecida con el amor de la cruz será una virtud sin sustancia para el cielo, una virtud fantástica, una virtud estéril é insuficiente que será repudiada. La cruz será el día del juicio la salud de los justos y la condenación de los pecadores. Ella es el código de la ley por el que van á ser juzgados todos los hombres. Venid, hijos del pecado, venid á enteraros de vuestra posición, de vuestros conflictos, de vuestra calamidad y miseria en el día de las revelaciones en que no habrá mas que verdad desnuda de apariencias engañosas.

Los malos verán en los buenos que no hay lección en el evangelio por sublime que sea, que no haya formado discípulos fervorosos; que no hay género de vida tan heroico que no haya hallado muchos héroes en los deberes mas costosos; que no hay caminos tan difíciles para la virtud que no hayan recorrido los corazones generosos. Verán los impúdicos una multitud innumerable de vírgenes que unieron la palma del martirio á la despureza virginal: los incrédulos verán á los mártires y confesores que padecieron ó dieron su vida por la fe; y los sensuales verán para su confusión á los virtuosos penitentes cuyas piadosas austeridades condenaron su intemperancia. Insoportable en gran manera será para los malos la deposición que contra ellos harán cuantos concurren al juicio universal. El varón apostólico juzgará al apóstata; el simple fiel á los doctores de la ley cuya vida no se haya conformado con su doctrina: el seglar religioso juzgará al eclesiástico mundano, el rico modesto al pobre orgulloso, el ignorante virtuoso al sabio arrogante é ingreído, el bueno al malo. Hasta los filósofos gentiles alegarán sus virtudes contra los desórdenes de los malos cristianos. Los Crates, Arguitas y

Platones opondrán su desinterés á la avaricia de los hijos de I sé. La austeridad de los atletas condenará la sensualidad y resfriamientos de la delicadeza criminal. La severidad de costumbres de los Catones confundirá la relajacion y licencia escandalosa de los libertinos. La frugalidad de los Fabricios, la regularidad de los Régulos, la resistencia de las Lucrecias y el pudor de las Vestales reclamarán la condenacion de los intemperantes, de los artificiosos, de los débiles y lúbricos hijos de Asmodeo. Esta recri minacion será de tanto mas valor contra los malos cristianos cuanto que los jentiles carecian de la abundancia de gracias que ha ofrecido la ley de Jesucristo que no se habia publicado. Carecian de ejemplos persuasivos y multiplicados, una moral tan pura como la del evangelio, de unos dogmas tan sublimes y tan propios para reanimar el valor, de una esperanza en la recompensa de la gloria y de un temor de castigo como el del infierno.

Los malos serán batidos y confundidos en todos los terrenos en el terrible dia del juicio. Sus crímenes se pondrán en evidencia por los que fueron víctimas de ellos. Por las víctimas de su ambicion destituidas de sus derechos lejitimos por medios inicuos, separadas por negras calumnias del empleo que merecian, y turbadas de su tranquilidad con inhumanidad y perfidia. Por las víctimas de su envidia, por las de sus escándalos, por la ley de sus injusticias, y por las de sus maquinaciones, artificios, indolencias y criminales descuidos. Tambien serán acusados los malos por los mismos demonios. El espíritu de mentira para seducirlos, se convertirá en espíritu de verdad para confundirlos: el espíritu seductor que disfrazó la iniquidad para hacerla cometer, la descubrirá

para reclamarla como conquista suya; el espíritu artificioso que ocultó el conocimiento del mal cuando pudo llorarse, lo pondrá de manifiesto cuando haya de espiarse. El demonio que emplea ahora todas las apariencias del bien para engañar y adormecer y mantiene en una fingida paz á los perversos, desvanecerá las ilusiones culpables de los malos, les echará en cara su indolencia y perfidia y los reclamará para pasto de los fuegos sempiternos.

En el día del juicio argüirán á los malos los padres que les dieron las primeras lecciones de cordura, los maestros que les enseñaron la doctrina sana, los amigos que censuraron sus desórdenes, los confesores que les ofrecieron los auxilios que necesitaban, los predicadores que les anunciaron con el evangelio sus destinos, y los ángeles de la guarda que á pesar de sus inspiraciones fueron testigos de su perdicion. La misma conciencia de los malos cuya voz despreciaron tantas veces pondrá de manifiesto sus crímenes con todas sus circunstancias, y su confusion, su vergüenza, su oprobio, su desesperacion y su infierno serán de tanta gravedad que ni aun imaginarse puede. Ellos mismos desearán caer en lo profundo del lago, del azufre y del alquitran; pero antes de esto, aun tienen que agravarse los suplicios y calamidades del juicio universal.

El mismo Dios hará que los malos conozcan la justicia de la sentencia de condenacion eterna que tienen merecida. Al lado de los tormentos del infierno se pondrán los padecimientos de Jesus, sus méritos infinitos, sus beneficios, sus humillaciones y su muerte: y al ver tantas inspiraciones desechadas, tantos buenos consejos perdidos, tantos do-

enmentos despreciados, tantos sacramentos menospreciados, profanados, escarnecidos y recibidos sin fruto, se desespearán y su despecho será análogo á su situacion. Eterna será la duracion de los suplicios infernales; pero justísima, porque los auxilios que se les ofrecieron en vida fueron inmensos. Un remedio soberano en sus males, un oráculo infalible en sus dudas, una arma invencible en sus combates, un asilo abierto en sus estravios, una tabla segura en sus naufragios. Eternos son tambien los frutos de una religion adorable. Pecados abolidos que no revivirán jamás, un perdon irrevocable, un carácter indeleble impreso en nuestra alma, las cicatrices eternas en el cuerpo de nuestro Redentor; la puerta del cielo abierta ¿no llevan la marca de la eternidad? Rigurosa; rigurosísima será la cólera de Dios contra los malos en el juicio universal. Pero la caridad sin limites de nuestro Redentor que amó hasta el extremo, que satisfizo superabundantemente vuestras dudas, que se humilló hasta anonadarse, que padeció hasta morir, y que murió en un patíbulo afrentoso por salvar á los hombres ¿hay quien pueda comprenderla? Los malos comprenderán perfectamente estas verdades y ellas harán que el dia del juicio universal sea para ellos «un dia de ira, de calamidad, de furor, de indignacion, de rigor y de justicia.» Nosotros, dirán, hemos sido unos insensatos, reputamos por ignominiosa la vida de los humildes y penitentes, y ahora vemos que su suerte es la de los santos. *Merito hoc patimur* dirán con los hermanos de José. Merecemos lo que sufrimos. ¿Cuándo seremos precipitados en los fuegos sempiternos? Convencidos pública y solemnemen-

te los pecadores en el juicio universal de la justicia y rectitud del supremo juez, fulminará este la sentencia de condenación diciéndoles con furor omnipotente. — ¡Id malditos, id al fuego eterno que tengo preparado para el diablo y los suyos. — Puede imaginarse suceso mas terrible, mas espantoso, ni de mayor importancia? Pues ó no hay Dios, ni existimos nosotros; ó todos tenemos que presenciirlo. Lo ha dicho Dios, y sus palabras son eternas é infalibles como el mismo.

Para los buenos el dia del juicio será «dia de gozo, de honor, de gloria; de premios y de recompensas.» Tendrán la dicha de ver su vida perfectamente modelada por la virtud de la cruz, se verán dulcemente identificados con el Dios que les sirvió de alimento, se verán vengados de los ultrajes, humillaciones, desprecios, agravios, perjuicios é injusticias que sufrieron pacientemente por Jesucristo, se verán honrados y aplaudidos por las potestades anjélicas, triunfantes á la vista el cielo, de la tierra y del infierno, y llenos de honor por haber seguido al cordero sin mancha cumpliendo con sus mandamientos. ¿Seré yo capaz de haceros percibir el júbilo, placer y satisfaccion de los justos al verse convertidos en jueces de sus enemigos; al hallarse puros, santos y perfectos y al considerar la felicidad en que van á entrar siendo eternamente compañeros de María Santísima, de los Anjles del cielo, de los apóstoles, de los mártires; de los confesores, de las sagradas vírjenes y de todos los habitantes de la corte celestial? Ninguna inteligencia humana puede comprender estas cosas. Son muy superiores á nuestros alcances, y solo debemos ocuparnos en merecer la dicha de per-

tenecer al número de los buenos á quienes dirá Jesucristo en el día del juicio con la afabilidad de un Dios que premia. « Venid, benditos de mi padre, á poscer el reino de los cie- » los que os está preparado desde el origen del mundo. En- » trad en los gozes eternos de la gloria; sed en ella inun- » dados del torrente de delicias con que premio vuestra fi- » delidad. »

He concluido mis demostraciones. Quede consignado en vuestras almas que el día del juicio será « día de furor, de indignacion, de rigor y de justicia para los malos » porque no hallándose su vida conforme con la virtud de la cruz serán acusados y vencidos por los buenos cristianos, por los virtuosos gentiles, por las victorias de sus vicios y pasiones, por los mismos demonios, por sus propias conciencias, por la razon, por la religion y por la rectitud de un Dios omnipotente que los condenará á los fuegos eternos del infierno. Pero entendiéndose tambien que aquel gran día, será « día de gozo, de honor, de gloria, de premios y recompensas para los buenos: » porque conforme su vida con la cruz de Jesucristo é identificados con el Dios que les sirvió de alimento, se verán victoriosos y triunfantes de los enemigos de sus almas, siendo jueces de los perversos, vengados de los ultrajes, injurias, malos tratamientos, injusticias y persecuciones: honrados por las potestades angelicas, y premiados por la bondad de un Dios que los inebriará con las dulzuras de aquel manantial inmenso de felicidades de que nos hablan los libros santos. Tenemos de consiguiente establecida una eternidad de suplicios infernales y una eternidad de delicias incomprensibles, y hoy debeis escoger entre la una y la otra. O reconocer, adorar, amar y servir á un

Dios humilde, paciente, misericordioso, lleno de bondad y clemencia que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, ó cargarse con tener en el día del juicio un Dios veugador, justísimo, severo, inexorable y omnipotente rodeado de poder y majestad para defender su causa contra los que no quisieron afiliarse en las banderas del que nació en Belen y murió en el calvario. Esta es la alternativa que os propone la fé, que os recuerda la iglesia en este día, y que os hagopresente como ministro aunque indigno del autor de la gracia que os llama para sí, y quiere haceros participante de la gloria que tantas veces ha prometido á los que se convierten y hacen frutos de penitencia. Reflexionemos amados oyentes, reflexionemos sobre las terribles verdades que acabo de anunciaros en nombre de nuestra santa madre Iglesia, y acojámonos al sagrado Niño que se nos anuncia en este santo adviento, porque es el único que puede hacer que seamos del número de aquellos para quienes el día del juicio será un día de gozo, de honor, de recompensas, de premios y de gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO;

La justicia de Dios nos debe mover á implorar su misericordia.

Tunc videbunt filium hominis venenitem in nube cum potestate magna et majestate. Luc. cap. 21 v. 27.

Habr  señales extraordinarias en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra una consternacion de las gentes por la confusion que causará el bramido del mar y las olas. Los hombres se secar n de miedo con la espectacion de lo que vendrá sobre todo el mundo, porque todo el cielo se conmov r . Entonces verán todos venir al hijo del hombre sobre una nube con gran poder y majestad. Mas cuando todo esto empiece   suceder, levantad la cabeza y mirad porque se acerca vuestra redencion. Asi hablaba Jesucristo   sus discípulos dándolos á conocer su última venida y el juicio inexorable que había de pronunciar sobre todos los hombres en el fin del mundo, y la iglesia nos recuerda en este día sus

palabras muy oportunamente. Quiere disponernos en este santo tiempo de adviento para recibir al hijo de Dios que nace en un establo, pobre, desconocido y despreciado, nos va á presentar la primera venida del Salvador de los hombres llena de amor, de paz y de misericordia, y nos llama la atencion á su segunda y última venida de terror, de justicia, de castigos y venganza. ¿Para qué? ¿Será para que huyamos con tiempo y evitemos su encuentro? ¡Ah! Le verán todos lleno de poder y majestad, resucitarán todos los hombres y ninguno podrá evitar su comparecencia en el tribunal de justicia, los sepulcros y los montes los descubrirán, y los mares arrojarán de sí los cuerpos de cuantos han sumergido y oculto en su seno, porque nada puede resistir á la voluntad poderosa de Dios que así lo ordena, y unidos á sus almas verán al hijo del hombre que viene á juzgarlos. ¿Será para que ocultemos la iniquidad ó nos prevengamos de excusas y pretextos para disminuir la enormidad de nuestros crímenes, ó de súplicas y lágrimas para ablandar y mitigar el rigor de la justicia del juez? Pero este penetra el fondo de nuestra alma, lo son conocidos todos nuestros secretos; publicará en aquel día á todo el mundo lo que á fuerza de artificios y engaños hemos sabido encubrir, y ni nuestras súplicas, ni nuestros llantos, ni cuantos medios conoce el mundo y sabe poner en juego para evadir la justicia y los castigos tienen lugar ni valor para el juez incorruptible que ha de juzgar á cada una por sus obras, obras consumadas, obras que llevó al sepulcro y de que ya no puede el hombre entonces ni arrepentirse con fruto, ni lograr el perdón y misericordia. Viene el hijo de Dios á reconciliaruos con el padre eterno, á darnos el per-

don y la paz, viene á enriquecernos con sus gracias, con su ley y con sus sacramentos, viene con una venida de misericordia y para que aprovechemos estas gracias, para que no dejemos pasar el tiempo de propiciación y de salud, para que no nos adormezcamos y aletarguemos en el vicio nos recuerda hoy la iglesia nuestra madre la venida de justicia, de venganza y castigo del mismo hijo de Dios, que ahora nos llama, nos recibe con los brazos abiertos y nos convida con el perdón, y nos presenta el rigor del juicio como un motivo poderoso para aprovechar el tiempo de la misericordia. Viene sufrido, paciente, compasivo y misericordioso; pero vendrá con todo el rigor de su justicia y el modo de no tener que temer entonces es aprovechar el tiempo en que oye, se compadece y perdona. Vamos pronto á celebrar el nacimiento del hijo de Dios y para buscarle en el establo, para gozar la paz que los ángeles anuncian, para movernos á implorar la misericordia con que nos viene invitando es muy eficaz y poderoso el recuerdo de su justicia. Los castigos que el Señor tiene preparados para los malos, la ira y venganza del que vendrá á juzgar á los vivos y los muertos, la justicia de Dios debe movernos á vivir santamente y á implorar su divina misericordia. Entrando en los sentimientos de la iglesia que tan acertadamente cuida de nosotros y nos propone las verdades que deben hacer en nosotros los frutos de la eterna salud os manifestaré en este rato esta verdad y llamaré sobre ella vuestra atención, implorando antes los auxilios de la divina gracia por la intercesión de María Santísima. AVE MARIA.

Tunc videbunt...

Si no hubiera un juicio en que hemos de dar razón de

nuestras obras y en que hemos de ser premiados ó castigados segun su mérito, nada estrañariamos que los hombres viviesen como si jamas hubieran de morir, como si este mundo fuera su patria, y como si despues de la muerte nada tuviesen que esperar. La muerte haria iguales al justo y al pecador, al pobre y al rico, al que obró la virtud y al que se entregó á los vicios. Pero habiendo un juez que ha de tomar cuenta á todos del empleo de su vida y del corto tiempo que se les dá para trabajar y negociar su salud en este mundo, no puede concebirse la locura de los hombres que como caballos indómitos corren por caminos ásperos y difíciles que al fin los llevan á la perdicion y el precipicio, ese olvido de la vida y de la salud eterna en que viven; y esa avidez con que emplean sus dias en las vanidades y abominaciones del mundo, en los juegos, diversiones y pasatiempos; ese descanso y complacencia con que se entregan y se revuelcan, como los animales mas sucios entre la deshonestidad y las mas abominables licencias que tanto degradan y desfiguran la hermosura del alma, esa avaricia que todo lo quiere atesorar sin pensar á quien irán á parar sus tesoros; ese abuso de los beneficios del cielo, y ese ciego furor con que se pasa la vida de vicio en vicio, ofendiendo sin temor ni respeto á Dios y cargando á las almas con la pesada y miserable carga del pecado.

Nada ha de quedar sin el castigo merecido y en la balanza del Señor que nos espera despues de la muerte se pesarán hasta los mas leves defectos, hasta las omisiones mas ligeras y se exijirá hasta el último cuadrante. Despues de la muerte sigue á cada uno su juicio particular; su alma se pre-

senta al tribunal de Dios y dá una razon de todas sus pensamientos, sus palabras y sus obras mientras ha vivido en este mundo y recibe la sentencia divina segun el mérito de sus obras, entrando desde luego á recibir el premio eterno, las penas perdurables del infierno ó á acabar de satisfacer sus penas temporales en el purgatorio. Pero despues de este juicio particular que cada uno ha de sufrir, al dia último; en el dia de las venganzas y gloria del Señor, despues que volviendo á tomar los cuerpos que antes tuvimos resucitemos todos y veamos venir sobre las nubes lleno de gloria y majestad al hijo del hombre; á Jesucristo que se abatió en su primera venida y tomó la forma de un siervo y pecador; que fué el blanco de la contradiccion y á quien sus enemigos hicieron morir entre la afrenta, la ignominia y los tormentos, tenemos que presentarnos á un juicio universal en que de nuevo hemos de ser juzgados y sentenciados en nuestros cuerpos y almas, á un juicio universal en que se harán patentes las obras buenas y malas de todos los hombres, en que el impío confesará y hará justicia á los justos cuya vida tuvo por insensatez y locura y será visto de todos en toda la fealdad y confusion en todo el horror, desesperacion y llanto que merece su impiedad; en que el virtuoso será abundantemente recompensado de las persecuciones, de la pobreza, del abatimiento en que estuvo en este mundo y de la oscuridad en que acabó sus dias, y desaparecerá como una hierba que se seca de repente la gloria, la opulencia, el poder y todos los placeres, comodidades, honores y distinciones que tuvo el pecador. El que vivió humile, sufrido, manso á sufrir, á enseñar, á perdonar, á morir y borrar el decreto

de nuestra eterna condenacion, vendrá en un trono de majestad y de gloria, rodeado de ángeles y lleno de poder sobre el cielo, sobre la tierra y sobre el infierno á reinar, á juzgar, á castigar y dar á cada uno segun el mérito de sus obras; y todos seremos sentenciados en este tribunal del juez inexorable y justo, en el tribunal del mismo Jesucristo á una vida eterna de gloria ó á una vida eterna de condenacion y de infierno.

Me abstengo, Hermanos míos, de recordar los horrores, las señales espantosas del sol, la luna, las estrellas, de la tierra, el mar y todos los elementos, el desórden general del mundo que precederá á su fin y al terrible dia de las venganzas: me abstengo de referir la gloria con que aparecerá el mismo Jesucristo á quien los hombres crucificaron; la desesperacion y rabia de los réprobos y el consuelo y dulzuras, el triunfo y alegría de los buenos; lo justo de la sentencia del divino juez, y las penas, tormentos y llanto eterno de los malos destinados al fuego devorador que siempre dura y nunca consume. No es todo esto una ficcion inventada para sostener las costumbres, refrenar á la multitud, ni para conservar los sacerdotes su ascendiente y predominio sobre el pueblo. Si ficcion fuera, mil veces hubiera desaparecido y se hubiera borrado de nuestras creencias; pero está escrito en el libro de la verdad eterna, está dictado por el mismo Dios, Jesucristo nos lo enseñó y la iglesia nos lo recuerda hoy en el evangelio. Vosotros lo creéis como hijos fieles de la iglesia, y absteniéndome de ocuparme en manifestaros las verdades que confesais apoyados en el divino testimonio, vuelvo al asunto que me he propuesto y á concordar en cuanto sea posible vuestras costumbres con vuestra fé.

En estos juicios que tenemos que sufrir, os pregunto yo, y quisiera que os preguntárais á vosotros mismos; podremos ocultar al juez nuestra conciencia, encubrir nuestros delitos y aparecer como inocentes como podemos hacerlo en el mundo? ¿No; valdrá el disimulo, el fingimiento, la hipocresia ni todas las artes con que sabemos ocultar de la vista y penetracion de los hombres nuestras obras de iniquidad? Pero Dios vé el corazon, todo está desnudo y patente á sus ojos, y es imposible el ocultarle el mas mínimo pensamiento. Dios nos juzgará con el libro abierto, esto es, patente y manifiesta la conciencia de cada uno y en ella lecrá, leeremos nosotros y leerán todos nuestras obras y deseos, y nuestros pensamientos mas ocultos. En el día del juicio último y de las venganzas del Señor iluminará lo mas escondido y hará patentes los consejos del corazon, para que los justos se llenen de la gloria y alabanza de Dios y los malos se cubran de confusion y de ignominia. Por esto mismo quiere el juez de justicia congregar un dia á todos los hombres en un punto para que sean vistas y patentes las obras de todos, se haga pública la justicia y sabiduría del juez, y el Señor que parece que en el mundo dió á manos llenas á sus enemigos y dejó sumergidos en el abatimiento y miseria á los justos sea vindicado y alabado de todos los hombres, cuando vean la justicia y la venganza.

¿Podremos al menos disminuir la malicia de nuestros pecados con nuestras excusas y pretextos? Nuestra conciencia nos dirá los auxilios que tuvimos y no quisimos recibir, las gracias que despreciamos, las ocasiones favorables que no quisimos aceptar, los sacramentos que abandonamos, ó

que tal vez nos atrevimos á profanar, la palabra de Dios que se nos anunció; nos presentará el conjunto de nuestra religion con todos los medios y auxilios que nos suministra y con que nos facilita la salvacion de nuestras almas. Cada gracia despreciada, cada ocasión perdida, la sangre de propiciacion con que padimos labarnos y blanquearnos clamará todo contra nosotros, nos condenará y será un motivo nuevo de nuestra rabia y desesperacion. Los justos que vivieron en la misma religion que nosotros, en el mismo siglo que nosotros, entre los mismos peligros y tentaciones que nosotros, acaso en el pueblo mismo que nosotros y á quienes tuvimos por necios y mentecatos, se sentarán tambien en el trono de gloria y majestad, nos juzgarán y condenarán nuestras excusas haciéndonos ver que hubiéramos podido muy bien hacer y vivir como ellos hicieron y vivieron. Los infieles que vivieron en este mundo por juicios reservados al Señor entre las tinieblas é ignorancia sin haber tenido la felicidad de recibir la luz del evangelio se levantarán en el juicio y nos condenarán porque fueron peores nuestras obras que las suyas y porque si hubieran tenido los auxilios y los medios de salud que nosotros hubieran sabido aprovecharse de ellos. El mismo juez cerrará la boca á nuestras excusas y dirá: No me vestisteis en el pobre, no me disteis de comer ni beber en el pobre, no me visitásteis en el pobre: Yo estuve entre vosotros y me desconocisteis porque lo que no hicisteis con el pobre lo dejasteis de hacer conmigo en quien yo quise ser reconocido y alimentado. Id malditos de mi padre al fuego eterno. ¿Podremos huir, hallaremos donde ocultarnos, podremos rehusarnos de comparecer al tribunal? Pero todo el

orbe de la tierra se volverá contra los insensatos; clamarán en vano á las piedras que caigan sobre ellos y á los montes que las cubran por no ver al que está sentado en el trono y evitar la ira del cordero; llamarán á la muerte y la muerte huirá de ellos; comparecerán todos, asistirán todos al tribunal del juez supremo. Verán todos al mismo á quien despreciaron y no pueden en manera alguna huir de la presencia del que los argüirá, los confundirá, pondrá toda su iniquidad delante de sus ojos para que se llenen de vergüenza y confusión, y sea su llanto y desesperación sin término.

El pecador entonces, el que se halla reo y culpable ¿podrá al menos acogerse á la bondad y misericordia de Dios? Pero al juzgarnos no es ya un salvador misericordioso sino un juez terrible; no será un abogado que hable á favor del culpado, sino un juez inexorable que le condenará: su sangre no clamará ya en favor de los pecadores sino que pedirá venganza contra ellos, y la pedirá por tantas bocas cuantas son las heridas. Hará patentes el Señor sus llagas, manantiales copiosos de misericordia y dirá á todos sus enemigos: Ved aquí el hombre á quien crucificasteis; ved aquí al Dios y hombre en quien no quisisteis creer; ved las llagas que me hicisteis, reconoced el costado que me abristeis, por vosotros, y para vosotros fué abierto y no quisisteis entrar por él. Te alababas de que creías y eras de Dios y no le buscabas: abominabas á los demonios y los adorabas; detestabas el pecado y corrías en pos de él: sabías que había un juicio de Dios y creías que no había de llegar: que había tormentos eternos en el infierno y no te cuidaste de evitarlos; te llamabas cristiano y eras enemigo y perseguidor de los cris-

tianos. No callará el Señor, y el que no quiso oír la voz del cordero que habla al corazón y convida á las bodas del celestial esposo, oírà la voz del juez, la voz poderosa del Señor, la voz de majestad y de trueno que le maldecirá y condenará al fuego y los tormentos eternos. La ira del Señor al juzgar al hombre será tan grande como fue su misericordia, será una ira represada con su mucha paciencia y que acabada esta será tanto mayor y violenta enanto mayor fue su dilacion y suspensión del castigo. Será una ira sin misericordia porque no ha de tener ya compasion de su pueblo. Los saldré al encuentro, dice el Señor por el profeta Oseas; como una osa á quien han robado sus cachorrillos y los despedazaré lo interior de sus hígados.

Si pues hermanos míos, nos espera un juicio tan terrible después de la muerte y al fin del mundo volveremos á tomar nuestra misma carne para ser aflijidos ó premiados en ella; si hemos de comparecer todos y se pondrán de manifiesto nuestras obras y hasta los afectos mas ocultos de nuestro corazón, si no podemos ni evitar los castigos ni disminuir ni escusar nuestros pecados, ni huir y alejarnos á donde no seamos hallados ni vistos, si entonces apelaremos en vano á la misericordia del Dios y juez implacable que nos ha de juzgar; si todo esto sabemos, si todo esto creemos, si todo ha de venir sobre nosotros ¿Qué locura y qué insensatez es la nuestra en no prepararnos y ponernos con tiempo á salvo de la ira del Señor? Qué mas necesitamos para apartarnos de los malos caminos y hacer frutos dignos de penitencia? De estas verdades terribles de nuestra religion, ¿qué fruto mas saludable podemos sacar que conocernos á nosotros mismos y acoger-

nos con tiempo á la divina misericordia? Si tales son y tan inevitables son las venganzas del Señor, evitémoslas en el tiempo de su misericordia y benignidad, en el tiempo de la venida de paz y mansedumbre. Y ved como el recuerdo y consideracion de la divina justicia naturalmente debe movernos á implorar la misericordia grande que tiene el Señor con los pecadores, á apreciar el tiempo de propiciacion y de indulgencia. Para esto nos recuerda la iglesia este terrible dia último y de venganzas, y su memoria es útil para huir del pecado, para hacer volver en sí á los extraviados y viciosos y reducir á todos á entrar en la senda de la justicia y santidad. Ha de venir la hora del juicio; luego preciso es temer al Señor y adorarle y poner en práctica los medios de evitar sus castigos; preciso es inclinar su piedad y hacer valer su misericordia mientras podemos recordársela, aquella misericordia que dispensa á los que le temen y le aman. Si la justicia inevitable del Señor, si sus castigos eternos no nos contienen, nada hay ya que nos pueda corregir, porque no hay cosa ni mas segura, ni mas duradera. Ved aqui por que el Espíritu Santo nos dice que en todas nuestras obras nos acordemos de nuestras postrimerías, de la muerte y juicio que tenemos que sufrir y de la gloria ó el infierno á que hemos de ser sentenciados, y que jamas pecaremos, porque es imposible que pensando en aquella justicia que nada perdonará, en aquellos castigos dispuestos por la ira y venganza de Dios tengamos resolucion para cometer un pecado. Si está en nuestras manos evitar los castigos del Señor, cuanto mas fuertes y terribles sean, cuanto fueren mas atroces y crueles, tanto mas debemos poner los

medios para comparecer sin miedo y con semblante sereno á la presencia del juez. Su justicia es infinita, nada dejará sin castigar su sentencia inevitable, y los castigos eternos, pero lo es tambien su misericordia. ¿Cuál es nuestra locura en dejar perder el tiempo de la misericordia y que pase en vano el plazo que Dios ha establecido para usar de su piedad? Mientras estamos en este mundo nos admite el Señor y recibe por suyos luego que dejemos de ser rebeldes, luego que abandonemos los caminos de iniquidad y nos convirtamos á él. Pues ¿por qué queremos sostener la guerra y vivir en desacuerdo y rebellion contra un enemigo tan terrible? Por lo mismo debemos aplacarle, humillarnos, corregirnos y acusarnos a nosotros mismos antes que el Señor nos acuse; por lo mismo debemos ser cuerdos, acojernos á su piedad y misericordia y no suspender un momento el hacer frutos dignos de penitencia. Por lo mismo que el Señor es justo debemos justificarnos, no solo por el temor de sus castigos sino mas principalmente por su amor y la esperanza de sus recompensas. El temor de su justicia no tanto debe retraernos de lo malo como escitarnos á lo bueno á hacer frutos de virtud, á regar el árbol de nuestra alma con las lágrimas y la compuncion del corazon para que no se sequen sus raices y á la venida del Señor le arranque y le arroje al fuego; á ingerir sus ramas y unir las al tronco para que den fruto. Los que obren la maldad, los siervos inútiles, los que hayan servido al diablo, á las vanidades del mundo y á sus apetitos y pasiones, los que nó esten en el yugo de la santidad serán los sentenciados al lugar del horror y desesperacion eterna y el juicio debe ser su mayor tormento; pero los justos serán en-

salzados, sus méritos, sus penitencias y virtudes se publicarán á todos los hombres, y recibirán la corona del triunfo de sus peleas. Buscad, hermanos míos, vuestra justicia y santidad en la misericordia del Señor; en esa paciencia con que nos llama, nos recibe y nos perdona, y el juicio no será temible para vosotros como para el malvado; le deseareis como el sediento suspira por satisfacer su sed; como el día de vuestro triunfo y de vuestra gloria. Sed justos, preparad vuestras conciencias, estad siempre dispuestos para recibir al Señor, y lejos de temer su venida, suspirareis por ella y direis con el profeta real: «¡Cuándo tendré el consuelo y la » felicidad eterna de ser llamado y de comparecer ante la pre- » sencia de mi Dios!»

F. L. G.

SERMON

Para el domingo segundo de adviento sobre los que se escandalizan de Jesucristo

*Beatus est qui non fuerit scandalizatus in me. Es bienaventurado el que no fuese escandalizado en mí.
Matt. c. 11. v. 6."*

Amados oyentes:

Acostumbrados á oír el lenguaje engañoso del mundo, y entregados en los brazos de la decepcion y de la mentira, ¿hemos de negar nuestros oídos á la voz de la sabiduría eterna que se ha dignado hablar al hombre para ilustrarlo y ponerlo en la senda recta de su felicidad? Obstinados en vivir bajo las influencias de vergonzosas pasiones ¿seremos tan insensatos como los que gritan *paz, paz*, en donde no se encuentra mas que la del pecador que no es *paz*, segun el Espíritu Santo? Ha de llegar nuestra delirante estupidez hasta el extremo de tenernos por buenos cristianos cuando contradecimos con nuestra criminal conducta las verdades evangélicas, escandalizándonos del mismo Jesucristo? Pues esto justamente es lo que anatematiza nuestra santa madre

Iglesia en este día. Esto lo que condena el hijo de Dios en el evangelio que acabais de oír.

Jesús Nazareno bautizado en el Jordán había visto descender sobre él al Espíritu Santo en forma de paloma, y oído una voz de los cielos que decía: «Este es mi hijo el » amado en quien me he complacido.» Había hecho penitencia en el desierto, triunfado el tentador y héchose servir por una multitud de ángeles el cielo. Ya Jesús por un efecto de aquella gracia que triunfa de todas las resistencias del corazón humano, había llamado á sí sus doce apóstoles, les había enseñado las principales máximas de su divina doctrina y dádoles poder sobre los demonios, sobre las enfermedades y sobre toda la naturaleza: él mismo había curado al leproso que le dijo: «Señor, si quieres puedes limpiarme,» al criado paralítico del Centurion, á la suegra de san Pedro acometida de una fiebre, á la que padecía un flujo de sangre y á los innumerables que se le acercaban para que los curase de sus dolencias. Había resucitado á la hija de Jairo, había sosegado una furiosa tempestad en el mar, echado los demonios de los que se le presentaron en la tierra de los Gerasenos; y obrado tantas maravillas, que llegando á noticia de san Juan Bautista preso en una cárcel envió dos de sus discípulos á Jesús para que le preguntasen y digesen: ¿Eres tú el Mesías que ha de venir, ó esperamos otro?... Bien sabía el hijo de Zacarías lo que era Jesucristo de quien había dicho: «Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo:» pero para que los demás lo supiesen manda sus discípulos á Jesús con el fin de que viesen y oyesen sus milagros y por ellos como testigos ocul-

lares conociesen que era el verdadero Mesias. Oídos los mensajeros del Bautista por el Salvador del Mundo les contesta y dice «Id y decid á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen y á los pobres se les anuncia el evangelio, y es bienaventurado el que no se escandalizare en mí: *Et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me.*

Esto amados míos, es lo que se dice en el evangelio de hoy, y de esto mismo voy á aprovecharme, no para declamar con la voz atronadora del que se propone aterrar, sino para deciros con toda la fuerza de una perfecta demostración, que «escandalizándose de Jesucristo el pecador que con » su mala conducta desecha sus celestiales doctrinas no puede » de ser bienaventurado.»

Hora es ya de despertar del sueño letárgico en que duermen los pecadores; tiempo es de hacerles entender que nuestra religion adorable no puede amalgamarse con el crimen; que Dagón y el arca de la alianza no pueden juntarse; que es imposible servir á dos señores contrarios como la virtud y el vicio, y que el que no está con Jesucristo es su enemigo. Confieso mi confusión al tener que hablar de lo que ha enseñado, dicho, hecho y mandado nuestro divino legislador y maestro y de lo que enseña, dice, hace y manda el mundo. Pero Dios mío: ¿No sois vos el Dios de Zaqueo, de la Samaritana, de la adúltera, de la pública pecadora, de san Pedro y san Pablo y de cuantos pecadores habeis venido á buscar en la tierra? El mérito de vuestra preciosísima sangre derramada á torrentes por nosotros ¿no tirará de vuestra misericordia mucho mas que nuestros pecados de vuestra

justicia? Es verdad que se escandalizan en vos cuantos obran contra vuestras enseñanzas prácticas y ejemplos y que nosotros somos inescusables. Pero señor, también es cierto que humillados y contritos recurrimos á los tesoros de vuestra piedad y clemencia pidiéndoos la gracia que acostumbrais conceder á los que devotamente dicen á María Santísima con el ángel: **AVE MARIA.**

Beatus est qui non fuerit scandalizatus in me.

Se escandalizan de Jesucristo no solo los que no lo reconocen como al verdadero Mesías, los que censuran abiertamente sus acciones, combaten su religión y se resisten á las verdades que nos propone la fe, sino que también es piedra de escándalo para los que no quieren conformarse prácticamente con su vida, con sus máximas, ni con sus doctrinas. Los fariseos avaros y soberbios se escandalizaron de la pobreza, desinterés y humildad del Señor, se desviaron de él, lo despreciaron y aunque veían sus milagros no hacían caso de ellos atribuyéndolos á la virtud de Belcebú príncipe de los demonios. De esta desgracia quería Jesucristo preservar á los discípulos de san Juan cuando les dijo: *Dichoso el que no se escandalizare en mí*; porque por muy sólidas y convincentes que sean las pruebas que os doy de mi divinidad serán inútiles si no abrazais la vida que os prescribo con mis ejemplos, si aborreceis las máximas que enseño, si os negais á seguirme en los caminos de la virtud y os apartais de la ley que he traído del cielo y he de dejar fijada en lo alto del monte calvario para que la vean, entiendan y observen los que quieran salvarse.

Y valga la verdad, amados oyentes: ¿No es común en-

tre nosotros el huir y desechar la vida pobre, penitente y humillada de Jesucristo; el reprobarnos las máximas de mortificación, desprendimiento y abnegación que nos dejó, y el seguir reemplazando á los fariseos en su ostentosa gravedad, en sus pompas y vanidades, en sus tráficos usurarios, en su molición y en todos los vicios que se ocultaban bajo un esterior compuesto, como mil veces les echó en cara el hijo del altísimo? No parece que para nuestros días dejó escrito el salmista *No hay quien obre el bien: no se encuentra uno siquiera?* Todos sabemos que el mundo es un enemigo de nuestras almas, que lo ha reprobado Jesucristo, que renunciamos de sus pompas y vanidades en el bautismo, y que siguiéndolo nos condenamos infaliblemente: y sin embargo, aunque el mundo es tan detestable todos vemos y palpamos que se le ama con delirio, que se le teme con demasia, que se le rinde vasallaje y se le sirve con exceso. Vemos que sus máximas siempre contrarias á la razón ejercen su imperio en esos hombres orgullosos, arrogantes y soberbios que se envanece con la funesta habilidad de saber fingir y engañar á los demás: que se engrién llamándose á sí mismos *espíritus fuertes, despreocupados é ilustrados* porque tienen la osadía infernal de decir que las virtudes cristianas son *debilidades de cabezas mareadas*, y que la religiosidad es *indicio de un talento muy limitado*. Vemos que hay muchas gentes que se desdeñan de pertenecer á la escuela de un Dios crucificado, que califican de bajeza indigna á la humildad cristiana, y que tienen á los humildes *por fatuos, por pusilánimes y por espíritus apocados*. Vemos que esta es la ciencia de esos hijos de la carne que tanto papel hacen en el gran mundo:

que así se esplican y obran acojiéndose á unos principios contrarios á los del evangelio, y de consiguiente perniciosos á su salvacion. ¿Y qué os parece? ¿No son estos los que se escandalizan de Jesucristo pesándoles de que sea un Dios anonadado, humillado, perseguido, despojado de todo y muerto en una cruz afrentosa? Ellos, es verdad, que no pueden desconocer la divinidad de nuestra Religion santa que se atreven á negar con su conducta perversa; son demasiado patentes los milagros que la hacen creible para que no llegue á su noticia como los de Jesucristo llegaron á la del Bautista encarcelado, y por impios é incrédulos que sean no pueden dejar de convencerse de que no hay Dios como nuestro Dios. Pero en la corrupcion de sus costumbres quisieran, como los judios, un Dios en su mayor esplendor y grandeza que no les prohibiese lo que les agrada, que no amenazase con castigos á los que siguen sus inclinaciones, ni los turbase en el goce de sus deleites carnales: quisieran una religion que autorizase sus extravios, crímenes y excesos, quisieran el imposible de vivir licenciosamente, de alhagar y satisfacer sus pasiones, de morir con la paz de los justos, y de reinar eternamente como los santos en la gloria celestial. Pero si semejantes pecadores no son hombres de vértigo delirantes y frenéticos, incapaces de alternar con los de razon bien equilibrada, que lo digan ellos mismos, si son francos. Yo solo diré de ellos, que siendo del número de los que se escandalizan de Jesucristo, no pueden pertenecer á la clase de aquel de quien dijo nuestro salvador: *Bienaventurado el que no se escandalizare en mí.*

Se hallan entre nosotros cristianos menos atrevidos, me-

nos audaces menos irreligiosos, pero que con su irregular conducta manifiestan que se escandalizan de Jesucristo. Ninguno de los fieles, dicen los santos padres, puede considerar atentamente la vida de Jesus, sin hacerse su discípulo, sin ser virtuoso en el estado en que lo haya colocado la divina providencia, y sin procurar la gracia, que es la vida, el alma y el corazón de un buen cristiano. Esta consideracion ha producido en todos los tiempos, lugares y estados portentos de virtud, conversiones heroicas, renunciias del mundo, y fervorosas penitencias. A ella se debe, el que en nuestra religion santa tenga la opulencia sus Abrahames, y la indigencia sus Lázaros: la justicia sus Samueles, y la agricultura sus Abeles: la guerra sus Macabéos, y el sacerdocio sus Onias: la administracion pública imitadores de José y la compasion y caridad imitadores de Tobias. Sin el modelo y ejemplar de todas las virtudes de Jesucristo, no tuvieran los tronos de la cristiandad sus Eccequias ni la servidumbre sus Mardoqueos: no hubiéramos hallado en las cortes Esteres, ni en el retiro Judites: Marias en la vida contemplativa, ni Martas en las ocupaciones domésticas. Sin la vida ejemplarísima de Jesucristo no tendríamos apóstoles, mártires, confesores ni vírgenes; no tendríamos iglesia santa pura é inmaculada. Pero con el amor que infunde su caridad inmensa, y con la práctica de las virtudes á que estimula su santidad deberían formar los cristianos la sociedad santa de los hijos de Dios y ofrecer al mundo el espectáculo que le ofrecieron los primeros fieles. En qué pues consiste el que preciándose muchos de cristianos católico apostólico romanos son peores que los que viven fuera del gremio de la iglesia? Por qué no se ven entre nos-

otros aquellas virtudes con que se adornaron nuestros padres en los días en que nuestra nación católica era la reina de todos los reinos conocidos?.. Porque entre los cristianos hay muchos que se escandalizan de Jesucristo; porque viven demasiado en los brazos de la comodidad, del regalo y de la abundancia: porque casi todos son víctimas de la soberbia, del orgullo, de la envidia, de la ira, de la lujuria, de la ambición y de todos los vicios capitales, y porque no son cristianos mas que en el nombre, en la apariencia, en un exterior hipócrita que los hace semejantes á los fariseos á quienes tantas veces increpó duramente nuestro Salvador. Amar á Jesucristo es guardar sus mandamientos, como el mismo lo dice. Quebrantar sus preceptos, obrar contra sus doctrinas, y familiarizarse con el pecado del modo que se ve, es aborrecerle, es despreciarle, es escandalizarse en él, es no querer ser del número de los dichosos que designó su divina magestad cuando dijo *Bienaventurado el que no se escandalizare en mí.*

No se halla *se viva* entre nosotros, amados oyentes: no se halla *se viva* entre nosotros; y de esta falta dimanar todos nuestros males y desgracias. Si nuestra *se* fuera integra, plena y perfecta como debiera serlo, con ella sabríamos lo que somos, de donde venimos, á donde vamos y cuales son nuestros deberes; conoceríamos que nuestro amable redentor combate el regalo, la vanidad, el orgullo, la avaricia y todos los vicios, y amaríamos y practicaríamos todo lo que nos enseña Jesucristo. La *se viva* es la que puede mostrarnos la importancia de la humildad, la excelencia de la humildad, la excelencia de la pureza y los consuelos de la piedad: ella es la que siempre, en todo lugar y tiempo nos obliga á adornar

á nuestro Criador, á amarle como á padre, á servirle como á nuestro Señor, á invocarlo y glorificarlo como á nuestro salvador y maestro. Pero sin la *fe viva*, sin su *luz consoladora* ¿qué caso hacemos de los milagros de la religion de las máximas de verdad eterna, ni de cuanto se nos dice, demuestra y predica? ¿Qué crédito nos merecen los mandatos y promesas del que no puede engañarse ni engañarnos? Díganlo nuestras obras. Nadie quiere ser pobre; todos se afanan por ser ricos; los bienes perecederos son el Dios de la multitud, y por adquirirlos, aumentarlos y sostenerlos se insulta la autoridad de Jesucristo, se ultraja su santidad, se desprecia su bondad, se desecha su amor y se olvidan sus beneficios. San Pablo usando el lenguaje de la fé decía. «Que me acusen, que
» me destierren, que me apedreen, que mis hermanos me ven-
» dan, que me ultrajen los paganos, que los tiranos me con-
» denen, que se conjuren contra mí el mar, la tierra y el
» infierno: esto y seguro de que ni los placeres ni los tormen-
» tos, ni los desprecios, ni la grandeza, ni los hombres, ni
» los ángeles me quitarán jamás el amor de Jesucristo.» Y nosotros, como si fueran despropósitos las resoluciones del apóstol á todo estamos dispuestos para defender nuestras fortunas, nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestras comodidades y conveniencias, parapetados en nuestros intereses y bienes materiales hacemos frente con tenacidad increíble á todo lo que recomienda el evangelio; queremos establecer nuestro imperio en lo útil, próspero y agradable de nuestras pasiones, miramos con asio á los que no nos predicán con la *simetría artificial del lenguaje* que acaba de reprobarnos nuestro Santísimo Padre Pio nono que felizmente gobierna la iglesia de Dios

cómo vicario de Jesucristo en la tierra y nos satisfacemos á nosotros mismos aun conociendo que vamos por unos caminos opuestos á los que conducen a la gloria eterna. Y no es esto escandalizarnos de Jesucristo? No es avergonzarnos de su vida, de su doctrinas, de su religion, de sus recompensas y de sus castigos? ¿No es querer servir al mismo tiempo á la virtud y al vicio, á Jesus y á Satanás, al mundo y al evangelio? Decidlo vosotros mismos si sois justos: que yo colocado de atalaya en el santuario solo puedo asegurar que no hay medio posible entre la virtud y el vicio, entre el mundo y la religion, entre Dios y el diablo, entre la gloria y el infierno, y que necesariamente tenemos que escojer el bien ó el mal. Si escojemos el vicio, el mundo, el demonio y el infierno, nosotros mismos nos condenamos voluntariamente poniéndonos del lado de los malos para quienes será el día del juicio un día de indignacion, de furor, de calamidad y de rabia desesperada como se os hizo ver en el domingo pasado. Pero si queremos la virtud, la religion, Jesus y la gloria, es necesario oyentes míos, fijar la consideracion en el evangelio de este y día convenir en que habiendo dicho Jesucristo que no será *bienaventurado el que se escandalizare en él*, dice por una consecuencia necesaria que los que se escandalizan de su divina majestad serán eternamente desdichados é infelices.

Este escándalo en Jesucristo es el principio universal de todos los desórdenes que reinan en el mundo, digan, hagan y enseñen lo que se quiera los mundanos. Si los infieles, los herejes, los protestantes y los incrédulos é impíos son lo que son, es porque se escandalizan de las doctrinas y ejemplo de nuestro Salvador. Si los avaros, los codiciosos é intere-

sados se apartan de lo que se les enseña en la escuela de la cruz, es porque se escandalizan de la pobreza en que nació, vivió y murió el hijo del altísimo. Si los voluptuosos, immoderados y sensuales, si los apasionados al juego, al regalo, al lujo y á los placeres frecuentan desacordados los caminos del pecado, es porque no pueden sufrir la vida austera y penitente de Jesús. En una palabra, si los vicios producen tantos crímenes y pecados es porque llevan consigo un jermen de escándalo en Jesucristo tan fecundo en males que no es dado al hombre el comprenderlo: es porque estan en abierta contradiccion con la vida, con las máximas y doctrinas del Dios que nos habla en el evangelio de este dia en que nos hemos ocupado.

Para que todo ceda en provecho de nuestras almas, desterremos el escándalo en Jesucristo: pidamos á este Dios de bondad que no nos abandone hasta el estremo de escandalizarnos de lo que hizo por instruirnos, dirigirnos y salvarnos. Supliquémosle contritos y humillados que imprima en nuestras almas una alta estimacion de la vida pobre, humilde y penitente que escogió para servirnos de ejemplo: que infunda en nuestro corazon un amor fervoroso para practicar todo lo que nos manda y que no permita que hagamos de su sagrada persona una piedra de escándalo siendo la piedra angular, el principio, el fundamento y la causa de nuestra justificacion. Asi amados míos la iglesia santa se regocijará en nosotros porque á nuestras oraciones, á nuestro arrepentimiento y á nuestro firme propósito de ser buenos cristianos ha prometido nuestro Dios la gracia y la gloria que os deseo.

Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.

De los medios para llegar á Jesucristo.

Joannes autem cum audisset in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis ait illi: tu es qui venturus es, an alium expectamus? Matt. cap. 11.

No se satisface la iglesia nuestra madre con ponernos á la vista en este santo tiempo la necesidad que tenemos de enderezar nuestros pasos y vivir santamente para huir del rigor de la justicia divina y de la ira venidera valiéndose del recuerdo de un juicio terrible, en que hemos de comparecer; no se satisface con ponernos delante un Dios justo y vengador, para movernos á buscar á un Dios de misericordia y de benignidad; nos instruye tambien en los medios que debemos usar y de que debemos aprovecharnos para llegar á Jesucristo, al Salvador y redentor de los hombres,

al mismo Dios que nos ha de perdonar, y nos instruye prácticamente en el evangelio de este día. Habiendo oído Juan el Bautista en las prisiones, dice el evangelio, las obras de Jesucristo, enviando dos de sus discípulos le preguntaron, ¿eres tú el Mesías que ha de venir; ó esperamos otro? Y Jesus los respondió diciendo: Id y contad á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan, el reino del cielo se abre tambien á los pobres por la predicacion del evangelio, y feliz aquel que no se escandalizare de mí. Habiéndose marchado los discípulos empezó Jesus á hablar al pueblo de Juan: ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Una caña ojitada del viento? ¿O qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? Pero los que visten delicadamente estan en las casas de los reyes: ¿qué salisteis á ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo digo, y mas que profeta, porque este es de quien está escrito. Ve ahí, yo envío mi ángel delante de tí, que preparará tu camino delante de tí.

Reflexionemos, hermanos míos, sobre este hecho que tan sencillamente nos refiere el evangelio y hallaremos en él los medios de que debemos valernos nosotros para llegar á Jesucristo; oiremos del mismo Jesucristo, como los discípulos del Bautista, lo que debe quitar nuestras dudas y conducirnos al conocimiento del Mesías verdadero, y lo que debemos practicar para unirnos á él despues de haberle conocido. Esta es la gloria eterna, hermanos míos, el conocer al verdadero Dios y á su enviado Jesucristo y el conocer y buscar los medios de conocerle y hallarle es la ocupacion mas digna de un cristiano, porque esto es lo que únicamen-

te le puede proporcionar la vida eterna. Para que el Señor nos conceda el acierto impléremos antes sus divinos auxilios por la intercesion de María Santísima. *Ave María.*

Joannes autem.....

La fé es indispensable para llegar al conocimiento del verdadero Mesías. Sin tener noticia de él, sin creer en él ni podemos conocerle, ni podemos conseguir su redencion, ni la salud que trajo á su pueblo. La fé y creencia de un mediador y reparador de la caída del hombre por su pecado, la fé de un Mesías prometido por Dios para salvar al jénero humano y reconciliar á los hombres con Dios, ha sido necesaria en todos los tiempos. Los antiguos justos suspiraron por ver su día, clamaron sin cesar por él, esta esperanza estaba arraigada en todo el pueblo escogido, al Mesías se ordenaban sus ritos, su culto y sus figuras y los profetas le anunciaron y manifestaron todas las circunstancias de su vida, de sus obras y su muerte. La fé del Mesías Salvador del mundo es el fundamento de la salud de todos los hombres, porque no hay otro medio ni se ha dado otro nombre para salvarse.

Pues bien, hermanos míos, esta fé se anuncia por todas partes y nosotros muy particularmente hemos tenido la dicha de oír las obras de Jesucristo aun en medio de las prisiones y ataduras del mundo. Como á los oídos del Bautista han llegado á los nuestros los prodijios de Jesus; hemos recibido su fé y su religion quando estábamos en las tinieblas de la ignorancia y del pecado, la recibimos con el santo bautismo. El Bautista, como el mayor de todos los profetas no ignoraba que Jesucristo era el suspirado de las jentes y anunciado á las naciones. Habia sido santificado y saltó de gozo

en el vientre de su madre con su presencia, había dicho de él: *Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.* Había oído sobre él en el Jordán la voz del padre que dijo: *Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias.* Y sin embargo envia dos de sus discípulos á que le pregunten, si es él el Mesias que ha de venir, ó si han de esperar á otro, porque quiere así confirmar á sus discípulos y afirmarlos en su fé, dándolos ocasion á ver las señales y las pruebas de su mision que los dá el mismo Jesus; porque enseña así á consultar las dudas y buscar la verdad en él mismo que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Nosotros tambien tenemos la fé y creemos que Jesus es el Mesias prometido porque así lo profesamos en el bautismo; pero quiere el Señor que nuestra fé sea racional, que sea sincera y firme, que la conservemos entre las persecuciones y las cárceles, que instruyamos en ella, como el Bautista á nuestros discípulos, á los hijos, á los dependientes y domésticos, y que no busquemos la ciencia de la fé entre aquellos que aman mas las tinieblas que la luz, entre los maestros y guías ciegos que guian á otros ciegos, entre los doctores llenos de soberbia que se apartan de la verdad y se convierten á las fábulas, entre los que procuran agradar á los hombres mas que á Dios, y permiten, aprueban y recomiendan á las conciencias lo que desaprueba el mismo Dios. Quiere que aquietemos nuestras dudas y tomemos los conocimientos de nuestra creencia y religion en los oráculos divinos, en las pruebas que nos dá el mismo Jesus y que aprendamos como los discípulos de Juan que Jesus es el Mesias prometido, el verdadero, que no tenemos que

esperar otro, y lo aprendamos con toda seguridad. ¿Sabéis cómo?

«Id y anunciad á Juan lo que habeis visto y oído. Los » ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los » sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el reino » de Dios á los pobres.» Así respondió el Señor á los discípulos del Bautista en prueba de que él era el Cristo prometido. Hechos públicos y patentes, hechos que no puede hacer otro que no tenga virtud divina, hechos milagrosos y que todos pueden ver y tocar son las pruebas con que manifiesta que es el enviado de Dios. No hay discursos filosóficos, ni demostraciones matemáticas, ni ambigüedades ni salacias. Viene á salvar á todos, á darse á conocer á todos, y sus argumentos están al alcance de todos, todos pueden verlos, comprenderlos y convencerse. El hace lo que ninguno otro ha hecho; los ciegos ven, los cojos andan y la naturaleza toda obedece á su voz. Tales son, hermanos míos, los testimonios que Jesucristo nos da de su divinidad y con que se confirma nuestra fé. Tales son los medios, que nos conducen al conocimiento de que Jesus es el Mesías y que no tenemos otro que esperar; medios firmes, seguros, intachables que no podemos resistir sin empeñarnos en resistir á la verdad y cerrar nuestros ojos á la luz.

Isaias habia dicho de él (1) «vendrá y os salvará y entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los » sordos oirán. Entonces los cojos saltarán como un ciervo

(1) Cap. 35. v. 4.

» y la lengua de los mudos se desatará para hablar. Mis
» obras dan testimonio de mí, dijo también Jesucristo (1),
» y manifiestan que soy el enviado del Padre. Si no hago
» las obras de mi Padre no me creais, pero si las hago y no
» quereis creerme á mí, creed á mis obras.» Las obras de
Jesus son el testimonio mas irrecusable para ser conocido
por el Mesias prometido. De él habia dicho el real profe-
ta (2) «que iluminaria á los ciegos, levantaria á los postra-
» dos, y rompería los lazos que detienen á los tullidos.» El
que obra semejantes prodijios no es un puro hombre; estas
son señales propias de un poder divino, y Jesucristo las obró.
Id y anunciad á Juan lo que todos ven y oyen, las obras
que yo hago y que dan testimonio de mí; mis milagros. Al
mismo tiempo que las obras de Jesus en testimonio de su
mision eran públicas y patentes, eran extraordinarias y ha-
bian sido muy raras las que se habian obrado por otros an-
tes de él. Tobias recobró la vista, pero intervino en su
curación un ángel y los ciegos que cura Jesus los cura él solo.
Elias resucitó á un muerto, pero rogó y lloró y Jesucristo
manda. Un solo leproso fué limpiado por Eliseo. Una viuda
sola experimentó el aumento de su harina por orden de los
profetas, y Jesus pasa por todas partes haciendo bien, cura
con su sombra y aumenta prodijiosamente los panes en el
desierto con su bendicion. ¿Diremos que nosotros no ve-
mos estos milagros? Pues son mayores su cruz, su muer-

(1) Joann. cap. 10 v. 36

(2) Psal. 145.

te, y su sepultura. Mayor milagro es la promulgación de su fé y su religión, y esta la vemos y tocamos.

El pueblo que habitaba en las tinieblas ha visto una luz grande, como anunció Isaías (1) y para los que habitaban en las sombras de la muerte ha nacido la luz. *Los ciegos ven*, porque los idólatras obcecados entre los errores y tinieblas, entre sus fiestas y deidades inmundas han abierto sus ojos y se han reducido al culto del verdadero Dios. Los cojos y los que no podían andar con paso firme en 'el camino de la salud, porque no estaba recto su corazón y eran torcidos y depravados sus afectos, los que flaqueaban en la carrera de los mandamientos de Dios, ha hecho que sigan por ella con facilidad, con prontitud y con alegría. A los manchados con la lepra del pecado los ha lavado y limpiado con su sangre y los ha rejenerado con el agua de salud á una nueva vida. Se han abierto los oídos interiores de los hombres para oír las palabras de salud, las palabras de vida eterna, para que las entiendan y para que las obedezcan. Por el pecado de Adán reinaba la muerte en el mundo y por los pecados de cada uno quitaban la vida á sus almas y quedaban los hombres muertos á la gracia, y Jesucristo los ha dado vida y una vida abundante, los ha despojado del hombre viejo, los ha incorporado á sí mismo y los ha renovado á una vida espiritual; las almas han cobrado vida y han salido y pueden salir por las obras de Jesus de la muerte del pecado. El reino de Dios se anuncia á los pobres, porque todos pueden oír su

voz y su pueblo se compone de todas las naciones del mundo, de los ricos y los pobres, del judío y del gentil, del noble y del esclavo; y los pobres, los humildes de corazón, los que no tienen apego al mundo ni á sí mismos, los que reconocen su fragilidad y miseria, los que el mundo desprecia y aleja de sí, tienen todos sus recursos y consuelos en el evangelio, que los anima interiormente y mueve las entrañas de sus prójimos para que los socorran y alivien. El evangelio se anuncia á todos y todos hallan la paz y tranquilidad de sus almas en el evangelio. El evangelio se anuncia en todo el mundo. Todo esto lo vemos, esto es lo que experimentamos y tocamos, estas son las obras de Jesús y estos son los testimonios y pruebas de que él es el Mesías verdadero y no hay otro que esperar. Y ved los medios de que debemos valernos para llegar á Jesús; lo que debe consolarnos, aquietarnos fortalecernos y confirmarnos como á los discípulos de Juan en la fé, lo que nos dice el mismo Jesucristo para quitar todas nuestras dudas y conducirnos al conocimiento de que él es el Mesías prometido.

No basta tener la fé y creencia firme de Jesucristo para llegar á él, no basta creer en él para ser suyos; Jesucristo es conocido por sus obras divinas y el hombre que tiene la fé de Jesucristo debe ser conocido por sus obras santas. No es bienaventurado el que solamente cree, lo es dice Jesucristo el que no se escandaliza de él. «Bienaventurado el » que no se escandaliza de mí.» Se escandaliza de Jesucristo el que no sigue su doctrina, el que no se detiene en anteponer y apreciar mas los placeres y leyes del mundo que la ley de Jesucristo y sus ejemplos; el que sigue los deseos des-

enfrenados de su corazon sin sujetarse á la mortificacion y penitencia, el que corre á los espectáculos y diversiones y no sabe lo que es oracion, ni lectura devota, el que no oye la palabra de Dios, no frecuenta los sacramentos, no se ejercita en obras de piedad y misericordia y las desprecia como obras de pobres ó jentes vulgares, el que se avergüenza de la humildad y abatimiento de la cruz en que Jesucristo nos salvó, de la vida de mortificacion y penitencia. Jesucristo obró cosas maravillosas, pero habia de padecer, sufrir, ser sentenciado y condenado por sus enemigos y tenia que morir en el patíbulo de los malhechores. No debian los hombres escandalizarse por esto despues de haber visto tantas obras, prodijosas que manifestaban su poder, sino mas bien admirarse de una caridad tan grande que le obligó á dar su vida por sus hermanos, de que nos labase á tanta costa de nuestros pecados, y de que tan caro fuere el precio de nuestro rescate. Si creemos en Jesus, en sus obras de poder y majestad, no debemos escandalizarnos de sus obras de humillacion y abatimiento; y se escandaliza el que no sufre las tribulaciones y trabajos, el que renuncia á las mortificaciones y penitencias, el que no imita á Jesucristo. Se escandaliza el ciego que camina en tinieblas y no quiere ser iluminado por Jesucristo y llama bueno á lo malo y malo á lo bueno: el que cierra sus oidos á la palabra de Dios, y se hace sordo á las voces de los profetas, de los apóstoles, de los predicadores y ministros de Jesucristo que uaa. vez y otra, un año y otro le avisan que se convierta, que haga penitencia, que restituya los bienes mal adquiridos, que se reconcilie con sus prójimos, que resarza la fama y honor que ha quitado; el que

se hace sordo á la voz del mismo Jesucristo que le amenaza con penas eternas, y le ofrece y promete si le sigue una gloria, una felicidad y una vida inmortal. Se escandaliza el cristiano que ni quiere limpiarse de la lepra del pecado, ni resucitar de la muerte del pecado á la vida de la gracia. El que ni confiesa sus pecados, ni se aparta de las ocasiones, ni deja los malos hábitos y costumbres. Se escandaliza de Jesus y no es pueblo suyo el pueblo, que como dice el profeta Isaías (1), le provoca á la ira y la venganza, los hijos de mentira que no quieren oír la ley de Dios. Los que dicen á los profetas no nos digais, ni nos intimeiis las obras de rectitud: anunciadnos cosas agradables y contadnos errores; apartadnos de la senda y el camino y no pongais á nuestra vista al santo de Israel.

Si queremos no escandalizarnos de Jesus, no basta ser cristianos y contarnos entre su pueblo, es preciso que cumplamos las obras de cristianos: que amemos la castidad, huyamos de la embriaguez, detestemos la soberbia y nos apartemos de la envidia como de un veneno del infierno. Cumple las obras de cristiano el que no hurta lo ajeno, el que no levanta falsos testimonios, ni miente, ni perjura, ni comete adulterio; el que frecuenta la iglesia, el que no prueba sus frutos sin ofrecer antes su parte al Señor, el que socorre á los pobres, honra á los sacerdotes y ama á todos sus prójimos como á si mismo. Cumple las obligaciones de cristiano y Jesucristo mismo habita en aquel que teme al engaño y la

(1) Cap. 30.

usura como á la espada del diablo, el que ofrece dones al Señor de sus bienes sin olvidarse de socorrer á los pobres, el que visita al enfermo y encarcelado, hospeda al peregrino, evita los pleitos y reduce á la concordia y la union á sus próximos, el que da el debido honor á sus padres y mayores, vive santamente y amonesta á los demas á ser virtuosos con sus palabras y su ejemplo.

He aqui como no nos escandalizaremos de Jesucristo y lo que debemos practicar para unirnos á él despues de haberle conocido. Si nos parece una empresa ardua y dificil, Jesucristo mismo nos ofrece en recompensa la bienaventuranza y nos alienta con el ejemplo del Bautista. *¿Qué salisteis á ver al desierto?* Dijo Jesus á las turbas despues de haberse ausentado los discípulos de Juan, porque no se dijese que adulaba al maestro delante de los discípulos, y para que estos no se ensoberbeciesen oyendo las alabanzas de su maestro, *¿Qué salisteis á ver al desierto?* ¿Acaso á un hombre semejante á una caña que se incline á cualquiera viento y alabe hoy á quien desconoce mañana; á un hombre que habiendo dicho: *este es el cordero de Dios*, dude ahora si es ó no el Mesias que ha de venir? ¿Acaso á un hombre carnal, vacío de fuerza y virtud interior, sujeto á la fragilidad de las glorias del mundo, á quien perturba la inconstancia de los sucesos de la vida y en quien no haya un fruto de justicia sólida é inflexible? Una caña ajitada del viento es todo hombre inconstante que se ensoberbece en la prosperidad, se abate en la desgracia, sigue ahora á la virtud, despues al vicio; unas veces á Dios, otras al mundo y al demonio, vacío de fruto interior cuya vida es una alternativa continuada de caídas

y de penitencias sin sostenerse jamás en un buen propósito. Una caña ajitada del viento es el que se inclina al lado del favor, se dobla á las gracias, alaba por adulacion y se deja llevar del furor de toda pasion; pero Juan es árbol sólido y profundamente arraigado en la caridad cuyas hojas no caerán y dará su fruto á su tiempo. A Juan no le ablandan los favores ni le asusta el terror, no le inclina la prosperidad ni la desgracia, y ninguna ocurrencia del mundo puede apartar de su firmeza é inflexibilidad. «¿Qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? El que predica la mentira busca la ganancia, las comodidades, la gloria humana; pero un hombre vestido de pelos de camello y que se alimenta de miel silvestre y de langostas, no busca las riquezas y comodidades temporales; no busca vivir en los palacios que apetecen los que visten de púrpura y de seda, predica la verdad y se opone de frente al vicio.

Grandeza de ánimo, firmeza, constancia, una vida de austeridad y penitencia, un censor inexorable de los vicios que amenaza con la ira próxima á descargarse y que sufre con paciencia las cárceles sin arredrarse de los tormentos, ved aqui lo que alaba Jesus en el Bautista y lo que propone á la imitacion de los hombres para merecer ser suyos y unirse á él. «¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿A un profeta? Si, » y yo os lo digo, mas que un profeta. » Los demas anunciaron que vendría el Mesias, este, testigo irrecusable cuya firmeza es conocida, cuyas costumbres son irreprehensibles, ha dicho que ya ha venido, os ha dado testimonio de él, os le ha señalado con el dedo diciendo: *Ved ahí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.* Un profeta; no solo por la

voz de su predicacion, sino por la austeridad de su vida y sus penitencias unidas con la inocencia de una vida santa y un valor irresistible. Su vida toda fue una profecía, él es el enviado para preparar los caminos y el ángel cuyo oficio es anunciar al que viene despues que él.

¿Queremos ser alabados por Jesucristo? Pues aprendamos á no ser cañas agitadas del viento. Sujetemos nuestra alma entre las continuas detracciones del prójimo que oímos; no nos provoque á ira la calumnia, no nos haga condescendientes culpables el favor, no nos vanaglorie el bien, ni nos angustie la desgracia, y como firmes en la solidez de la fé no nos perturbemos por la inestabilidad de las cosas terrenas. Seamos constantes en los propósitos de huir del pecado, en la práctica de las virtudes cristianas, en hacer penitencia, no nos derribe la adversidad, la tentacion y no demos á conocer con nuestros arrepentimientos y caídas que somos como cañas sin arraigo profundo y sin jugo de virtud y caridad. Oigamos solamente la doctrina sólida y verdadera del evangelio y no seamos enemigos de la cruz, amigos de las cosas terrenas y de aquellos que tienen á su vientre por su Dios y quieren hermanar y componer sus placeres, sus riquezas, la soberbia de la vida y la gloria del mundo con la humildad y la gloria de Dios. Elijamos la frugalidad y templanza en la comida y bebida y la modestia en el vestir como conviene á unos cristianos que deben vestirse de Jesucristo y llevar la mortificacion y penitencia en sus cuerpos. «Los que » visten con delizadeza están en las casas de los reyes.» No procuran agradar al rey del cielo, sino al de la tierra los que rehusan la austeridad y mortificacion, y entregados á

complacer al mundo solo desean la vanidad, el regalo de la vida presente, los vestidos preciosos para darse á ver al público y negociar la lujuria ó la vanagloria. Los que siguen la adulacion y la mentira, los que se dejan doblar del interes, los que apetecen las delicias y buscan la vanidad y el lujo de sus vestidos *in domibus regum sunt*, son á propósito para las casas de los reyes y señores de la tierra; pero no lo son para reinar con Jesucristo. El cristiano está reenjendrado en la cruz, muerto al mundo, y debe conformarse con Jesucristo.

He aqui despues de haber conocido á Jesucristo por sus obras, despues de creer en él con una fé firme á que nos conduce el conocimiento de sus milagros, lo que no toca practicar para unirnos á él y merecer sus alabanzas como el Bautista. Lo que debemos hacer para no escandalizarnos en Jesucristo y merecer ser bienaventurados: obras cristianas, de verdad, de fortaleza, de constancia, dejar que nuestros ojos sean iluminados por Jesucristo y que se disipe nuestra ceguedad, oir lo que nos manda por su evangelio y sus ministros, limpiarnos de la lepra, salir del sepulcro del pecado y resucitar, á la vida de la gracia con propósito firme de no abandonarla y vivir y morir en la abnegacion y penitencia.

Debemos hacer mas. Debemos ser profetas que anunciemos el reino de Dios y ángeles que preparemos á otros el camino del cielo con nuestra doctrina y conversaciones cristianas, con nuestros consejos, con nuestras exortaciones, con nuestras súplicas, corrigiendo al que hieira, apartando de los peligros y ocasiones al que peca, con los medios que

inspira el celo santo por la honra de Dios, y sobre todo con nuestros buenos ejemplos. Así mereceremos ser alabados del Señor y que nos reconozca por suyos en la gloria.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.

La humildad cristiana haciendo sabios y virtuosos á los hombres, todo lo puede y alcanza de Dios.

Cujus ego non sum dignus ut solvam ejus corrigiam calceamenti. De quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Joan. c. 1.º v. 27.

Católicos:

Hermosos, brillantes y encantadores son los atractivos de las tentaciones. Ellos nos interesan, nos atraen, nos seducen, nos corrompen y nos ciegan: nos deslumbran, nos embelesan, nos esponeen y nos pierden. Para probar esta verdad ¿hay mas que examinar lo que vemos, palpamos y percibimos con los sentidos? El orgullo, la soberbia, la vanidad y arrogancia de tantos presuntuosos como infestan la sociedad: la jactancia de esos ceremoniosos que exigen de sus semejantes adoraciones que ellos niegan al mismo Dios: el amor propio de los que se empeñan en desconocer su orijen, su condicion,

su destino y el de los que ha redimido el vencedor del mundo, del pecado y del infierno: el desprecio y habitual desden con que se mira la religion porque no se conforma con las maneras, modismos y jovialidades mundanas: las abominaciones en fin que cubren toda la faz de la tierra, ¿no proceden del artificio con que las tentaciones prestan sus falsos colores á los vicios cubriéndolos con la máscara de la providad? Reflexionadlo bien, consultad vuestra propia experiencia y si veis lafé violada, las amistades vendidas, los vínculos rotos, los ánimos irritados, los corazones descontentos y las pasiones exaltadas, entended que todo es porque se ama la vanidad y se busca la mentira como lo reprende el salmista. (Ps. 4.º v. 3.º) Este desórden hace que nuestra sociedad no sea para hablar el lenguaje de la sagrada Escritura, la Jerusalem santa de los hijos de Dios: que sea mas bien un Egipto abominable en que se ofrecen sacrificios á los ídolos de mil vergonzosas pasiones: una Sodoma impura donde los hombres degradan vilmente la nobleza de su origen manchándose y corrompiéndose en su misma sensualidad como animales inmundos: una Babilonia adúltera en que hasta los mismos santos llegan tal vez á prostituirse y á profanar los sagrados cánticos el Señor. Pero diremos por esto que es imposible vivir en el Egipto sin contaminarse en sus errores, en Sodoma sin ser inficionados de su corrupcion, y en Babilonia sin jemer bajo los vicios y pasiones que la dominan? No católicos: no es esto imposible. En la misma corte de Faraon se santificó Moises: Lot no mancilló su virtud en Sodoma: Daniel con sus santos compañeros cantaba los cánticos del Señor y alaba-

ha su santo nombre en Babilonia. Dios no ha abreviado su poder, su gracia no está limitada á tiempo ni lugar alguno: en todos se reserva su divina majestad verdaderos adoradores que le alaben en espíritu y en verdad; y nosotros, amados oyentes, nosotros seremos indudablemente de este número si abandonando los caminos del orgullo, de la soberbia y de la vanidad entramos en los de la humildad suave, dulce y apacible que nos señalan los sucesos que se nos refieren en el evangelio que acabais de oír.

Asombrados los judíos con las austeridades, penitencias y virtudes del Bautista le enviaron de Jerusalem, según el testo sagrado, sacerdotes y levitas con la comisión de averiguar quién era aquel hombre prodigioso á quien unos tenían por Elías, otros por un profeta y muchos por el mismo Cristo. Pero san Juan no solo confesó que no era Elías, profeta ni Cristo, sino que añadió y les dijo : «EL es el que ha de venir despues de mí, el que ha sido enjendrado antes que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su zapato. *Cujus non sum dignus ut solvam ejus corrigiam calceamenti.* » Pudiera escojerse entre los hombres un modelo mas interesante de humildad que el que nos ofrece en esta ocasión el precursor del Mesías? No es el mas á propósito para prepararnos á celebrar la gran fiesta de la natiuidad del Señor que tenemos tan cercana? La iglesia santa nos lo propone, y yo me valgo de él para demostraros «que la humildad » cristiana haciendo sábios y virtuosos á los hombres todo lo » puede y alcanzado Dios, como nos lo demuestran las san- » tas escrituras, la índole de los humildes y los ejemplos de » Jesus y María Santísima.»

Dios de bondad y de clemencia que resistis á los soberbios y dais vuestra gracia á los humildes; aqui teneis esta multitud de fieles pidiendo misericordia. Que descienda sobre nosotros vuestra gracia para que conozcamos el valor de la humildad cristiana; para que entendamos las doctrinas y ejemplos con que nos la dejaste recomendada, y para que imitemos á la que por ser humilde mereció que el ángel la saludase diciéndola:

AVE MARIA.

Cujus non sum dignus ut solvam ejus corrigiam calceamenti.

No solo es muy cierto que contra los orgullosos, arrogantes y soberbios levantan su voz enérgica la sociedad que los detesta, la religion que los abomina, los sagrados oráculos que los confunden y Dios que los resiste y prosterna, sino que tambien es una verdad eterna que la humildad recrea, consuela, engrandece y llena de gracia á los que se adornan con esta primera virtud de los hijos de la gracia. Asi lo vemos en Abraham, que diciendo que no es mas que *polvo y ceniza* conversa y se familiariza con su Dios: en Lia librada del oprobio que la oprimia: en Jose sacado de la oscuridad de un calabozo para asociarlo al gobierno de un poderoso monarca: en Judith escogida para degollar á Holofernes y libertar á Betulia: en Ester que por su modestia mereció el perdón de los israelitas condenados por Asuero: en Mardoqueo libertado del cadalso en que pereció el soberbio Aman, y en nuestro san Juan Bautista que por ser humilde mereció tener por panajirista al mismo Dios. En el libro de los proverbios se dice: que la *sabiduría eterna tiene su conversacion con los sencillos* (prover. c. 3.º v. 32.) En el evangelio de san Mateo

se lee que el eterno padre escondió las luces mas vivas á los sábios y los reveló á los párvulos (Mat. c. 21. v. 25.) San Pablo repite que Dios elijó lo mas despreciable y enfermo del mundo para confundir á los fuertes y grandes de la tierra. El príncipe de los apóstoles dice que Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes (1.^a Pet. c. 5.^o v. 5.^o) de manera, que siendo la humildad la base y fundamento de todas las virtudes puede asegurarse que es la mas recomendada en las santas escrituras dictadas por el Espíritu-Santo.

La misma razon ayudada de las luces de la fé demuestra, alaba y preconiza la misma verdad; pues que con ella vemos que la humildad hace ángeles de los hombres: porque rechaza todos los vicios, atrae todas las virtudes y es la puerta de los cielos. Con ella examina el hombre sus propias miserias, comprende la estension y gravedad de los peligros á que está espuesta su inocencia, y avergonzado con la fealdad del pecado que habita en sus miembros segun san Pablo, ni aun se atreve á levantar sus ojos al cielo por no ofender al Dios de la santidad que todo lo llena con su gloria.

¡Dios tan grande, santo y omnipotente: y yo tan vil y despreciable! ¡Dios tan solícito en favorecerme con su gracia y en llevarme por los caminos de la virtud á la mansion de los serafines: y yo tan empeñado en contrariar los designios de Dios sobre mi propia felicidad! Dios y yo! ¡Qué cosas estas para un humilde, católico! Qué cosas estas para un humilde!! Con ellas se purifica tanto de las terrenas y carnales que semejante á un niño inocente, á todos ama, á todos acaricia, á todos sirve y obsequia: no miente, no ambiciona ni se engreie, no murmura, no intriga ni engaña á nadie: es el

amigo de Dios y de los hombres, y siendo sus frutos los de la caridad más atendida reconoce á Dios en todo y lo venera: mira á sus semejantes como á imágenes de la divinidad y los ama: se registra á sí mismo, y sorprendido con su fragilidad y el furioso tropel de sus pasiones se abate, se entristece, invoca la protección divina y pide las vestiduras de la gracia. Y no es esto ser sabio y virtuoso según las ideas que de la sabiduría y de la virtud se espresan en el evangelio? ¿No es ser un fiel retrato el carácter virtuoso que alabó la sabiduría eterna en el Bautista? Y hombres de este temple ¿no formarían la deliciosa sociedad que estableció el Eterno para hacer nuestra felicidad en esta y en la otra vida? Reflexionadlo políticos profundos. Reflexionadlo también hombres de razón. Estudiad todos la índole de los humildes cristianos, y la de los orgullosos arrogantes y soberbios del mundo: haced comparaciones y juzgad entre los justos y los que no lo son.

Que yo siempre diré con el doctor seráfico, que la humildad es el centro de las misericordias del Eterno: que ella libró á Abram de los celos de los amalecitas, á Isaac del cuchillo que iba á degollarlo, á José de la envidia de sus hermanos y á David del gigante Goliath, y que nadie se humilla delante del Señor sin que sea salvo, como lo dice el profeta Eccequiel. Se humillaron los israelitas asaltados por los etíopes en el reinado de Asá, por los moavitas en el de Josafat, Rabšacer y Senaquerib, en el de Eccequias y por los reyes de la Siria en el de los Macabeos: confesaron sus pecados pidiendo misericordia, se humillaron, y el Dios de los humildes los libró de sus enemigos obrando milagros estupendos.

Hasta el mismo Dios se ve precisado á mudar sus senten-

cias de rigor en pactos de consolacion terciándose la humildad. Manda Dios á Elias que anuncie grandes males al avaro Acab y á su familia: pero Acab pide perdón á Dios, hora, se humilla, y el profeta vuelve á decirle: «No te aflijas ni te desconsueles: dice Dios que ya no experimentarás daño alguno porque te ha visto humillado.» Eccequias postrado en una cama recibe órdenes del cielo para disponer de las cosas de su casa porque estaba muy próxima su muerte: pero Eccequias se humilla delante del Señor y lo desarma. «No morirás, le dice Isaías; aun vivirás quince años, triunfarás de tus enemigos y tu reinado será glorioso porque te has humillado en la presencia de un Dios grande.» Se queja Jonás contra Dios porque no confundía á los Ninivitas y le dice—«Vos reculaba yo de vuestras amenazas: ¿sabéis que érais un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha piedad para perdonar los pecados. Por eso no quería yo encargarme de esta predicación: quitadme la vida si no han de tener efecto los estragos que he anunciado en vuestro nombre: ó mi muerte, ó la destruccion de esta ciudad pecadora.»—Pero Dios le contesta diciéndole—«¿Qué quieres que yo haga, si ya se han humillado estas gentes? ¿cómo han de perecer siendo ya humildes? Tú ¿sientes la pérdida de la hiedra que te daba sombra: ¿y no ha de sentir que perezcan ciento veinte mil inocentes que aun no han pecado en esta ciudad populosa? Se humillaron, y yo ya no puedo afligirlos: se humillaron, y no puedo castigarlos: se humillaron, y ya son mis hijos; yo soy su padre tierno y cariñoso, y no, no perecerán.»—Se humillaron David, Manasés y el Publicano: san Pedro y la Magdalena, las Pelajias y Egiptiacas: los Pa-

blo, los Ciprianos, Agustinos, Brunos y otros miles, y todos, todos son testigos de que la humildad todo lo puede, de que la humildad todo lo alcanza, de que la humildad hace sabios y virtuosos á los hombres.

Se humillan diariamente postrándose compungidos á los pies de un confesor muchos libertinos que han llenado de escándalos á la sociedad, y preguntadles, preguntadles por las medicinas eficaces, por los bálsamos preciosos, por la misericordia infinita, y por la bondad inmensa del que da su gracia á los humildes, y ellos os dirán, que no hay Dios como nuestro Dios, que no hay paz sin la humildad. Se humillan también las notabilidades que se han puesto á la cabeza de un nuevo racionalismo que fija su vista en el cielo, y una resecion religiosa que nadie puede contener, se nota en la culta Europa cansada ya de la impiedad. Los hombres conocen que la humildad cristiana los civiliza, los enseña y los ilustra: confiesan que no hay mas filosofía que la de la cruz, y *llevar razon* dicen *llevar razon* los que nos predicán los bienes que trae al mundo la humildad.

Pero y cómo no ha de ser así, señores? cómo no ha de ser así, si el hijo del Altísimo bajó de los cielos á la tierra para destruir el imperio de la soberbia con las armas de la humildad? ¡La humildad! Esta es la virtud de Jesús, dicen los santos padres: es como el alma de todas sus obras, palabras y ejemplos: es el compendio de todas sus doctrinas celestiales. Para establecerla entre los hombres nació como saben todos; vivió oscurecido perteneciendo á una familia pobre y miserable: fué manso, dulce, amable y humilde de corazón: labó los pies á sus discípulos, sufrió el hezo

infame de Judas, y si puesto á la merced de sus perseguidores entregó sus espaldas á los azotes, su divino rostro á las salivas y bofetadas, su cabeza á las espinas, sus santísimos pies y manos á los clavos, todo su cuerpo á los tormentos y toda su vida á la muerte; no fue mas que por redimirnos y enseñarnos á ser humildes, para que conociésemos aquella ley indefectible del Eterno que resiste, abate y confunde á los soberbios, y ensalza, eleva y glorifica á los humildes como se ve no solo en el ejemplar de humildad que se nos presenta en san Juan Bautista, sino tambien en la Reina de los ángeles María Santísima, Madre de la gracia, por haber sido humilde, como ella misma lo dice, como lo canta la iglesia y lo publica el universo.

Virgen santa, esclama asombrado mi melituo P. san Bernardo, Virgen santa: ¿de dónde á vos tanta humildad en un grado tan elevado de gloria? Vos, Señora: ¿Sois la mas humilde de las Virgenes cuando os considero la mas gloriosa de todas las madres? Os llamais sierva y esclava cuando el anjel os asegura que estais Pena de todos los dones del Espíritu-Santo; que poseis todas las virtudes en su rao grado y que vos sois mas agradable á los ojos de Dios que cuantas criaturas han salido de sus manos? Pero así debió ser amables oyentes: porque María Santísima no podia ascender en honor y gloria sino á proporción de lo que descendió por su profunda humildad. Esta virtud fué el fontal orijen de todas sus gracias, de que todas las naciones la prediquen *bienaventurada*, de que el Dios de la santidad la baya escogido por su madre, y de que esté ahora en el cielo con un poder superior á nuestra comprensión,

Si la humildad pues no hay virtud posible, no hay religion, no hay cristianismo: porque en la humildad se unieron la justicia y la paz, Dios y María, los ángeles y los hombres, la salvacion y los pecadores. La humildad cristiana es lo que forma la sociedad santa de los hijos de Dios; la que llena de paz á las familias y de consuelo á las naciones: ella suspende las venganzas de un Dios justo, levanta las calamidades de los pueblos, hace sábios y virtuosos á los hombres y todo lo puede y alcanza de aquel Dios que da su gracia á los humildes, como lo dice el principe de los apóstoles, y se ve en el héroe del evangelio que me ocupa, en el humilde Bautista al verse tenido por Cristo dijo con resolucion:—No soy yo Cristo: EL es el que ha de venir despues de mí, el que ha sido enjendrado antes que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su zapato. *Cujus non sum dignus ut solvam ejus corrigiam calceamenti.*

He concluido mi discurso señores: pero no bajaré de este púlpito sin decir con toda la enerjia de un corazon profundamente afectado.

Que nos perdemos, amados míos, que uos perdemos infaliblemente si somos orgullosos, arrogantes y soberbios: que el Omnipotente va á confundirnos si no nos humillamos delante del Señor: que el ángel exterminador está sobre nosotros con la espada de la divina justicia para precipitarnos en los fuegos sempiternos, si no nos aprovechamos de las lecciones de humildad que os dejo espuestas. Reconozcámonos por Dios confesemos humildemente nuestros pecados, seamos españoles como lo fueron nuestros padres y digamos con lo íntimo de nuestro corazon.

Dios grande en misericordias: os hemos ofendido y multiplicado los pecados como las arenas del mar, pero Señor, ya reconocemos nuestros estravios y os pedimos, que venga a reinar en nuestras almas esa humildad que todo lo puede y alcanza! esa humildad precursora de la paz que tanto necesitamos: esa humildad que haciendo de todos los españoles una familia santa nos proporcione la gracia prometida a los humildes en esta vida, y nos facilite la entrada en la triunfante Jerusalen de la gloria. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.

De la oscuridad de entendimiento

Medius autem vestrum stetit , quem vos nescitis. En medio de vosotros está el que vosotros no conoceis. Joann. cap. 1, v. 26.

Juan confesó la verdad y no la negó , confesó que él no era Cristo, ni Elias ni profeta. Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor. Yo bautizo en el agua pero en medio de vosotros está el que vosotros no conoceis. Este es el que ha de venir despues de mí, que fué preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Ved aquí, hermanos míos, la respuesta que dió el Bautista á los sacerdotes y levitas que enviaron de Jerusalen los judios para que le preguntaran quien era, y por qué bautizaba, segun leemos en el evangelio de este dia y nos re-

uerda la iglesia para disponernos á celebrar con fruto el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Permitidme que me dirija á vosotros, y que valiéndome de las palabras del Bautista llame vuestra atencion para despertaros de vuestra tibieza y ceguedad, y dándoos á conocer al Salvador os prepareis para celebrar dignamente su venida. Permitidme que lleno de sentimiento os diga tambien: *en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis.*

Los judios formaban el pueblo instruido en los libros de los profetas; eran los depositarios de la ley y de las promesas hechas á los patriarcas; leian y oian todos los sábados lo que Moises y los demas profetas habian dicho y se habia de cumplir en el Mesias; veian que todo tenia su cumplimiento en Jesus, veian á este tratar y conversar con ellos, obrar continuamente milagros, que se daba á conocer por su doctrina y sus obras; que le seguian las turbas, que no entró en las ciudades de Samaria, ni permitió que sus discípulos le anunciaran entre los gentiles durante su vida sino solamente entre el rebaño de Israel á cuyas ovejas habia venido á sanar; veian que el Bautista se le señalaba con el dedo y manifestaba al cordero de Dios enviado para quitar los pecados del mundo; y sin embargo no le conocieron, permanecieron sordos y ciegos, y estando en medio de ellos no le recibieron ni creyeron en él. Amaron mas las tinieblas que la luz, y las tinieblas cegaron su entendimiento y su corazon. Vino á los suyos y los suyos le despreciaron y le crucificaron, le negaron y rechazaron.

Los cristianos hemos recibido la luz admirable que nos sacó de las tinieblas, hemos recibido su fé y su doctrina, he-

móssido enriquecidos de sus gracias y sacramentos, alimentados de su mismo cuerpo y sangre; profesamos su ley y su evangelio y ¿á cuántos puede decirse también; «Jesus, el Redentor y Salvador, el prometido á las naciones está entre vosotros y vosotros no le conocéis?» El evangelio se anuncia todos los días á los cristianos, se explica su doctrina, se celebran sus misterios, se dispensan sus santos sacramentos, nada los permite ignorar á Jesucristo y su divina ley, y con todo, le desconocen, le olvidan, como el pueblo judío no le reciben, está Jesus en medio de ellos y no le conocen. ¿Por qué? Porque Jesus es la luz y ellos son las tinieblas, porque son del mundo y el amor del mundo los impide conocer y amar á su criador, por la ceguedad de su entendimiento nacida de sus pecados que los obceca hasta desconocer á su mismo Dios y Señor. Esta infanta ceguedad es la causa de que no conozcan los mundanos á Jesucristo en medio de tantas obras, de tantos sucesos, de tanta luz que nos le da á conocer y da testimonio de él. Voy á manifestaros esta verdad para que eviteis un mal tan temible, y conservando siempre en vuestro entendimiento el conocimiento de Jesus le recibais, le ameis, le obsequieis y sirvais como suyos. Ayudadme antes á implorar los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima. *Ave María.*

Medius autem vestrum.....

El que está ciego nada más necesita para que no le alumbre la luz; y la ceguedad de entendimiento es tanto ó mas impenetrable que la de los ojos corporales. Podemos distinguir tres clases de ceguedad ó ignorancia en nuestro entendimiento, que aunque no todas son igualmente culpables;

todas le estorban la luz del conocimiento. Ceguedad ó ignorancia de flaqueza, de negligencia y de malicia. La ceguedad de flaqueza es la que ya en más ó en menos tienen todos los hombres ya por la prevaricacion del primer hombre y ya por parte de las tinieblas de la nada de donde fuimos sacados. Esta ignorancia es comun á los buenos y los malos. Con ella no tiene el hombre principio de dudar y por consiguiente tampoco tiene modo de vencer su error ni de salir de él. Asi ignoramos y somos ciegos para muchísimas cosas superiores á nuestra penetracion, y si saltamos en algo con esta ignorancia invencible no puede decirse que pecamos por ignorancia sino que pecamos ignorando.

La ceguedad de negligencia es la que nace del descuido de informarse de las obligaciones propias, y de lo que se debe saber, creer y obrar para vivir bien. Ignorancia y ceguedad que no será disculpable delante de Dios, y que por desgracia es muy frecuente en el mundo. Muchos están obligados á buscar la verdad, á salir de su error, á procurar el acierto; pero no la buscan ó no ponen los medios eficaces para buscarla, y semejantes á Pilatos despues de haber preguntado por la verdad, vuelven la espalda para no oir la respuesta.

Muchas cosas hay que los hombres deben saber y no las saben ó por falta de cuidado de saber, ó por pereza de aprender, ó por vergüenza de preguntar. No aprendió uno los misterios de nuestra fé quando era niño, y despues se avergüenza de aprenderlos quando está casado. Duda uno si fué bien adquirida la hacienda que le dejaron sus padres; y sin embargo no quiere preguntar por no hallar la respuesta que le

convenza, le ilumine y se vea en la necesidad de devolverla á sus dueños: Halla algunos inquietudes en su conciencia de obras de sus obras y no pregunta jamás si son ó no lícitas, si pregunta á quien no debe preguntar. Todos estos y otros muchos semejantes nada podrán responder en el juicio del Señor y se verificará con ellos la sentencia del apóstol que, « Los que ignorán serán ignorados. » No solo no serán reconocidos por Jesucristo por suyos, sino que serán contados entre los rebeldes y sus vicios y pecados, lejos de excusarse con la ignorancia serán tan castigados como los que se cometen por una expresa malicia.

La ceguedad ó ignorancia de malicia consiste en tener la luz y el conocimiento y despreciarle y obrar contra él, en huir de la verdad y cerrar los ojos del alma á lo que no puede menos de confesar, en no querer entender para obrar el mal; y esta ceguedad se halla también entre los cristianos á pesar de estar ilustrados de la fé y nace de su inconsideracion y de las pasiones que los dominan. Vemos á muchos que viven como si fueran infieles, hombres del mundo que como no aman, ni apetecen sino las cosas del mundo ni piensan siquiera en las del cielo. Jesucristo está en medio de ellos y no le conocen porque no se detienen á contemplarle entre el ruido de sus afanes y tareas. Bien cristiano, decimos á uno de estos, pero entiendo que no te basta serlo, que para salvarse es necesario mortificarse y refrenar los deseos, que los santos lograron la gloria á fuerza de padecer y triunfar de sus enemigos mundo, demonio y carne, que es preciso restituir lo mal adquirido, socorrer al pobre, evitar todo pecado mortal, y que el que

muerá en él se condenará para siempre. Todo lo cree, todo lo sabe, todo lo confiesa, pero nada advierte ni considera. Ese Dios y Señor á quien confiesas te pide sumision, obediencia, te pide que le adores y ofrezcas tus dones, que le pidas el socorro de tus necesidades, que cumplas su ley y sus preceptos. Todo lo cree, pero como si nada se entendiera con él piensa siempre en la tierra, en el afecto de las ganancias terrenas, y los gustos y placeres de este mundo, y no piensa en su alma, ni se aplica á su salud eterna y cuanto menos se aplica á lograr esta, se afana tanto mas, suda y trabaja por los negocios y bienes terrenos. Hé aquí la ocupacion de la mayor parte de los cristianos y con lo que ciegan su entendimiento para no ver á Jesus en medio de ellos. Estienden su vista hasta los fines de la tierra, como dice el Espíritu-Santo (Prov. 17 v. 24) sus ocupaciones, su ingenio, sus talentos, todo lo ocupan en las cosas que están fuera de sí, y no se detienen á pensar en sí mismos; y así vemos que viven como si jamás hubieran de morir, como si no tuvieran alma que ha de ser juzgada por Dios, y como si no hubiera Dios, que todos sus temores, que todas sus esperanzas son temporales y puede decirse que los ciega el polvo de la tierra que pisan, que viven en tinieblas porque no quieren atender á la luz, y que como cada vez se envuelven más en el polvo se hacen mas densas sus tinieblas; alargan de un día á otro y de otro á otro el mirar por sí mismos y buscar á Jesucristo en su conciencia, confían temerariamente en la bondad y misericordia de Dios, y llega la hora de la muerte sin salir de su ceguera, de una ceguera á que los ha conducido su inconsideracion.

No ciegan menos las pasiones que dominan á nuestro corazón, y que llegando á apoderar del alma no la dejan ver sino lo que ellas quieren y apetecen, ni la permiten hacer reflexion sobre los motivos que pudieran reducirla á salir de su ceguedad y conocer su propia locura: con cuánta diferencia se mira y se juzga de una cosa cuando el corazón está libre y cuando es esclavo de una pasión! El que está esento de una pasión procede con serenidad y reconoce fácilmente los males verdaderos envueltos entre los bienes y placeres finjidos y procura evitarlos; pero *la boca de los impíos dice el Espíritu-Santo (Prov. 19) se traga sin reparar la iniquidad*, el que es arrastrado de una pasión ni oye, ni ve, ni quiere sino lo que sus pasiones le pintan; lo que se acomoda con ellas; se ciega de tal modo que no escucha á la razón y si la escucha la desprecia y no la sigue, la sofoca con los vapores pestilenciales que se levantan de su corazón y tiene á dicha y ventura cerrar los ojos de su alma. Conoce muy bien ó debe conocer el ambicioso que Dios debe ser preferido á todas las cosas; que deben perderse todas antes que ofenderle; pero apetece un empleo distinguido, no quiere vivir en el mundo olvidado y en un estado humilde, quiere hacerse rico; para ello necesita valerse de negociaciones injustas, de calumnias, de falsos testimonios, de engaños é imposturas; de adulaciones viles y condescendencias pecaminosas; necesita alejar á los competidores, desacreditar sus virtudes, manchar su fama, necesita imitar los vicios y aprobar las pasiones de un protector en cuyas manos está el favor y valimiento; necesita si ha llegado á la fortuna que deseaba, conservarse en ella usando de bajezas y de engaños; oprimiendo

al pobre y valiéndose de los medios de iniquidad que puso en movimiento para conseguirla. Verdad es que Jesús está en medio de él, que su ley, sus ministros, su conciencia misma le señalan lo que debe practicar y le dicen que no puede arrojarle á cometer tanta multitud de maldades sin saltar á la verdad, á la justicia, á la caridad, sin obrar contra todas las máximas del evangelio; sin oponerse á todos los principios de la misma honradez natural, pero ni oye ni ve sino lo que le lleva y conduce á su ambición y su deseo de gloria.

El sensual y licencioso conoce que es esclavo de una pasión vergonzosa, lo ilícito de sus obras que huyen de la luz, lo pernicioso de su afición y lo público de sus escándalos y malos ejemplos. La ley del Señor que está en medio de él le dice: *no es lícito*. Pero no oye, no ve, lejos de aspirar á romper sus cadenas nada teme tanto como el que se desaten. Sabe que no necesita mas que apartarse de la amistad y de la ocasión, pero se resuelve á abandonarse á Dips, á desconocerle y servir y agradecer solamente al ídolo que le otnpa el corazón.

Conoce el avariento que un contrato es usurario y sus ganancias ilícitas; el vengativo, que debe olvidar y perdonar las injurias que le han hecho; el perezoso y amigo del descanso y el regalo que debe desempeñar el peso de sus obligaciones; el temeroso y esclavo del respeto humano, que no debe tolerar en su presencia las hurlas y las injurias de un mundo impío y mordaz dispuesto siempre á reprobar toda virtud que condena y reprueba sus vicios. Conoce el hombre vano y entregado al fausto y el ilujo, que de-

be medir sus gastos con sus haberes, que debe oír los clamores del acreedor que reclama sus deudas y del pobre que le pide el pago de su jornal y trabajo. Conocen que no se le ocultan á Dios que está en medio de ellos, los artificios odiosos de la codicia para atesorar por medios iníquos; que sus tesoros serán en la presencia de Dios tesoros de maldición y de ira; que el vengativo se hace objeto de la cólera y furor del Dios de paz y caridad; que el perezoso por no cumplir sus obligaciones aventura su salvación y por un reposo momentáneo incurre en una inquietud y tormento eterno, que por complacer y conservar la amistad de unos hombres impíos y superficiales se pierde la estimación y amistad de Dios; que los lamentos del acreedor y del pobre llegarán hasta el tribunal de Dios y pedirán la justa venganza; pero que hable enhorabuena, que prometa y amenace Dios; todo lo saben, todo lo conocen, nada pueden ignorar, pero nada los convence: mis riquezas, mi venganza, mi reposo y ociosidad, mi ansia de distinguirme y gastar para sostener mi crédito y estimación son primero que Dios. Tiempo me quedará para mirar las cosas de otro modo y bajo distinto aspecto á la vejez y cuando no me llamen otras atenciones; pero por ahora perdóneme Dios que ni le conozco ni quiero conocerle.

Direis que aunque ofendeis á Dios no dejais de reconocerle y temerle como á vuestro Dios. Pero eso es tener un lenguaje falso y fingido ó un corazón iluso y obcecado. Si sabéis que vuestro Dios es un Señor á quien debéis amar y servir, ¿cómo habéis de conocerle cuando no teméis asfijirle, contristarle, ofenderle; cuando le despreciáis y posponéis á todas las cosas? ¿Cómo habéis de conocerle cuando no es le

Dios de vuestro corazón y de vuestras costumbres? ¿Cómo habeis de conocerle cuando áis á entender por vuestras obras que no quisiérais que lo fuese ó que fuese un Dios que condescendiese con vuestras malas inclinaciones, que no se opusiese á vuestra voluntad, que cumpliese vuestros deseos, un Dios que fuese como vosotros? ¿Cómo habeis de conocerle y confesarle por vuestro Dios cuando si tuviese necesidad de vuestros obsequios y de vuestros sacrificios le fuera mejor no serlo, puesto que solo le conocéis para ofenderle, para despreciarle, para injuriarle? ¿Cuando no es un Dios á quien amais y servís sino solamente á quien temais y que quisiérais que no hubiese? ¿Cómo ha de ser vuestro Dios, cuando le aborreceis y huis de su presencia sin querer saber su voluntad y mucho menos cumplirla; y le miráis como á un enemigo y tirano de vuestras pasiones?

Por mas que nos quieran decir los pecadores, que conocen y confiesan á Dios, nosotros vemos que las pasiones los obcecán, los llenan de tinieblas y los arrastran á la ceguera de entendiimiento, y que no conocen á Jesucristo á pesar de estar en medio de ellos.

Nosotros vemos sus obras y nada importa cuanto digan sus palabras. Desgraciadamente vemos mas: esas mismas palabras, esa misma confesion de su Dios está sostenida de un temor, de un respeto humano, y como ya las pasiones han desterrado del corazón á Dios, como su conocimiento es una reprobacion continua y enojosa de sus desvarios, como le detestan, le niegan y desconocen en su alma, solo falta perder el miedo al respeto humano para detestarle, injuriarle y desconocerle tambien con sus palabras. Con-

versaciones impías, máximas mundanas que desnudan al vicio de su infamia y vergüenza natural; burlas sacrílegas é ironías detestables con que se pone en ridículo á la relijion, á sus prácticas, á la virtud, y se retrae á las almas devotas y aparta del deseo de agiadar á Dios por no esponerse á ser la befa del malvado; malos consejos, persuasiones diabólicas para precipitar á los demas en la incredulidad, doctrinas pestilentes. Ved aqui lo que se oye de las bocas de los que han entregado su corazon á las pasiones luego que no los contiene el miedo y respeto de los hombres; luego que tienen la audacia de perder la vergüenza á Dios y á los hombres y caracterizarse de espíritus fuertes. Entonces ponen en armonia sus palabras con su corazon, y como este está lleno de inmundicia y de iniquidad sns palabras son tambien de irreligion y blasfemia. Para libertarse de los terrores de una vida futura toman la resolucion de aniquilar en los demas la relijion que han destruido en si mismos ó quisieran destruir, de confundir la ley que quieren quebrantar, de acomodar el evangelio mismo á sus deseos; de formarse un Dios y una relijion á su antojo y dársela á abrazar á todos los demas. Iniquidad detestable en cualquiera pecador, pero que lo es mucho mas en aquellos que por sus destinos y dignidad deben ser el modelo de los otros: en aquellos que están dotados de ciencia y de talentos y que están acreditados de hombres de penetracion y de sabiduria, en quienes se miran los demas y que apenas pueden pecar sin llevar á su pecado á la multitud: en los padres y en los superiores cuyos ejemplos y palabras se trasladan á los hijos y los inferiores con facilidad: en los maestros y doctores puestos para

enseñar y dirigir en la sana doctrina y los caminos de salud á sus inferiores, cuyas buenas ó malas máximas aprendidas en la niñez forman la conducta de toda la vida.

¿De dónde nace la impiedad y la irreligion en todos estos? ¿De: qué proviene el que no conozcan á Jesucristo; le desprecien y le injurien con tanta inhumanidad sin pudor y sin vergüenza? Hermanos míos, Jesucristo está en medio de ellos, su doctrina se anuncia íntegra despues de tantos siglos y á pesar de la persecucion y desprecios que sufre en todos tiempos; las pruebas que demuestran su divinidad son luminosas y convincentes; su conservacion entre tantos enemigos es un milagro continuo; su moral es pura y santa; por todas partes se halla luz y descubre claridad, todo nos conduce á conocer á Jesus; ley, conciencia, educacion, convencimiento, y sin embargo hay hombres que ni le sirven ni le adoran ni le aman, hombres que le niegan y desconocen: ¿sabeis ya por qué? Porque aman mas las tinieblas que la luz, porque sus obras son malas y no quieren que se vean y reprendan; porque se han dejado arrastrar de sus pasiones, de sus destemplanzas, de sus avaricias, de sus torpezas, de todos sus vicios y en su cieno inmundo han perdido la vergüenza, han sumergido la razon, han debilitado el espíritu, han endurecido su corazón y han cegado su entendimiento. Jesucristo está en medio de ellos, pero no le conocen porque la inconsideracion y las pasiones han endurecido y obcecado su entendimiento. Y ved como esta infausta ceguedad es la causa de que no conozcan los mundanos á Jesucristo en medio de tantas obras como dan testimonio de él; y conoceréis segun esto,

si puedo decir con razon, que en medio de vosotros está Jesucristo y vosotros no le conocéis, como el Bautista decia al pueblo judío.

Si no le conocéis, mal podeis disponeros á celebrar su venida santamente, mal oireis su doctrina y cumplireis su ley, y puesto que las pasiones, la inconsideracion, el apego demasiado á lo terreno, el amor á las tinieblas y obras de iniquidad es la causa de no conocer á Jesus en medio de tantas obras como nos le manifiestan; puesto que la ceguedad de nuestra alma nos inutiliza para ver la luz de vida eterna y el camino de la verdad y salvacion; huyamos, hermanos míos, de caer en esta enfermedad de muerte, huyamos de esta ceguedad y de las pasiones y males que insensiblemente conducen á ella; huyamos, porque la ceguedad y dureza de corazón no solamente son pecados, sino que llegan á ser penas de los mismos pecados. El que elije y tiene por un bien cerrar sus ojos á la luz no es castigado despues con otra pena que con no haberlos de abrir mas y morir en su ceguedad y locura. Desgracia tanto mas irremediable y temible cuanto menos se siente. Envejecidos y sepultados los pecadores en sus vicios y torpezas no quieren ver lo que ven, y mas insensatos que los ciegos, no creen ni aun lo que tocan con las manos. Su malicia los ciega y sus obras de iniquidad, las obras malas en que se despeñan por su ignorancia son mucho mas culpables; porque nacen de un afecto desordenado de pecar. Pero en castigo de esta voluntaria ceguedad los castiga el Señor con la misma ceguedad.

Asi como ellos se alejan del Señor y no quieren cono-

cerle, el Señor apartará sus luces y sus gracias, retirará sus inspiraciones, y ya que el pecador añade pecados á pecados y se empeña en desoir la voz del Señor, en desconocerle y volverle la espalda, el Señor retirará sus auxilios y en medio de la luz de la fé quedará ciego como los infieles y mas culpable que los infieles. El Señor retirará sus misericordias y el hombre que quiso obsecarse quedará sin esperanza de ver la luz porque él mismo se empeñó en apagarla y en andar en tinieblas. El mundo, el demonio, la carne se unirán entonces contra el que está sin los auxilios del Señor, porque viéndole desprovisto de amparo y de guía le derribarán con facilidad y llevarán de precipicio en precipicio. Esta es la pena mas temible del Señor; su desamparo y abandono y dejar al hombre en su ceguedad; cegarle con el fuego devorador de sus pasiones para que no vea la luz del sol; y como por sí mismo no puede salir de su enfermedad, no dándole el Señor sus luces jamás sanará ni verá su insensatez hasta que la vea á la luz del fuego del infierno. Entonces se desengañará y levantando sus ojos desde la oscuridad de su prision, verá lo que jamás quiso ver cuando vivía. Verá la gloria que despreció y olvidó, y tendrá siempre delante tantos avisos, tantos auxilios de que ya no puede aprovecharse. Verá que Jesucristo estuvo en medio de él y no quiso conocerle, y le buscará en vano. Por no quererle conocer los judios el Señor los dejó en su ceguedad y obstinacion, y se formó un pueblo que le conociese y amase de todas las naciones del mundo. Temed el abandono del Señor, y si estáis entre vosotros, si no podeis dudar de su ley, de su doctrina y de sus preceptos, ¿por qué claudicáis entre Dios y

las pasiones que os estorban conocerle? Confesadle, adoradle, amadle y así os llenará de un santo regocijo en su venida y os dará después el premio eterno de su reconocimiento y gratitud en la gloria Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA CUARTA DE ADVIENTO.

Sobre la oracion.

Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus. Aparejad los caminos del Señor, haced derechas sus sendas. Luc. c. 3.º v. 4.º

Todos, piadoso auditorio: todos sabemos que el mundo es un enemigo de nuestras almas: que lo ha reprobado Jesucristo: que hemos renunciado á sus pompas y vanidades en el bautismo, y que en él todo es vanidad y afliccion de espíritu como lo esperimentó el mas sábio de los hombres. Pero ¡qué asombro! aunque el mundo es tan detestable, todos vemos y palpamos que se le ama con delirio, que se le teme con demasia, que se le sirve con esceso y se le rinde vasallaje. Tambien vemos que sus máximas siempre contrarias á la razon ejercen su imperio en esos hombres disipados y corrompidos que se llaman á sí mismos *espíritus fuertes* y *hombres ilustrados* porque se desdeñan de pertenecer á la

escuela de un Dios crucificado: porque audaces se atreven á decir que las virtudes cristianas son *debilidades de cabezas marcadas* y la religiosidad el indicio de un talento muy limitado: porque califican de bajeza indigna á la humildad cristiana teniendo por fatuos, por pusilánimes y espíritus apocados á los que se ejercitan en la oracion y penitencia, y porque blasonan en fin de unas doctrinas contrarias á las de Jesucristo, y de consiguiente perniciosas á su salvacion. Esta es la sabiduría de esos hijos de la carne que tanto papel hacen en el gran mundo: la ciencia de esas jentes bulliciosas que tienen por bárbaras, por ridículas y fantásticas las prácticas de nuestra religion adorable. Y, ¿qué os parece? No es la mas á propósito para acabar con la sociedad y hacer un infierno de los pueblos que la abracen? ¿Puede haber verdadera paz para el impio? que lo diga él mismo, mientras que dejándolo en su terreno entro yo en el de la religion á que me conduce el evangelio que acabais de oir para deciros con el Bautista. = *Aparejad el camino del Señor: haced derechas sus sendas. Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus.*

Ya para combatir las ideas mezquinas de los que no las encuentran grandes, sublimes y elevadas en las humillaciones de Jesus; nos ha presentado la iglesia santa á su divino esposo lleno de poder, de grandeza y majestad para juzgar á los vivos y á los muertos: ya ha llamado nuestra atencion hácia la verdad eterna que salió de los lavios de nuestro Redentor cuando dijo = *Bienaventurado el que no se escandalizare en mí*: nos ha hecho entender que la «humildad cristiana» haciendo sábios á los hombres todo lo puede y alcanza de Dios:» y hoy por último para acabar de dispo-

nernos á recibir al que no ha de tardar en venir nos presenta al reconocido por *la voz del que clama en el desierto* anunciado por Isaías: al precursor del Mesías, predicando en la región del Jordán el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados y exortando á los judíos á aparejar el camino del Señor, á hacer derechas sus sendas siendo justos y virtuosos.

Estamos pues en el caso de preparar los caminos de un Dios humilde, pobre, abatido y miserable que nace en medio de dos animales por no haber hallado albergue entre los hombres, se nos prohíbe rechazar la idea de un Dios nacido en un establo, reclinado en un pesebre y espuesto á la inclinencia y rigores de una estación calijinosa, rijida, cruel é insostenible: somos católicos, y el Dios que nació en Belén, manifestado por los ángeles, visitado por los pastores y adorado por los reyes es nuestro Dios, nuestro redentor, nuestro Padre y nuestro maestro que nos ha enseñado con sus doctrinas y ejemplos á prepararle el camino y á hacer derechas sus sendas. Dejémonos pues conducir por esta luminosa estrella de Jacob y nuestros pasos anunciarán la paz ó predicaran bienes. «Pedid en mi nombre al Padre celestial» nos dice Jesucristo, y el que cuida de las aves del cielo y de los reptiles de la tierra cuidará también de vosotros dandoos lo que necesiteis. «Pedid y se os dará. Llamad á las puertas» de la misericordia infinita y se os abrirá» (Mat. c. 7. v. 7) vuelve á repetirnos el Dios que quiere que queramos y le pidamos favores, gracias y beneficios para concedérmolos ¿cómo es que nadie se aprovecha de esta invitación tan útil y ventajosa, católicos? Los cafres y otentotes, los salvajes y

bárbaros patagones, las jentes todas del universo, dice el orador romano, adoran á la divinidad, la ofrecen dones para aplacarla y tenerla propicia, le piden respetuosamente gracias y demuestran que el hombre no puede vivir sin comunicar con su Dios y entre los cristianos ¿los ha de haber tan obcecados que desconociendo sus propios intereses se nieguen á pedir á Dios alejando mil pretextos frívolos para no cumplir con la obligacion de orar? ésta si que es ignorancia, ilusion, impiedad y oscurantisimo. Se nos dice que estamos en el siglo de las luces: y si decimos que es necesario orar y pedir á Dios la gracia de prepararnos dignamente para celebrar la grande obra de nuestra redencion, al momento se oponen mil dificultades é imposibles contra la oracion: y ya con que no hay lugar ni tiempo, ya con las ocupaciones del estado, y ya con que no se sabe orar, se tienen todos por escusados de la oracion, y de aqui las calamidades que nos aflijen, el caos de espantosa confusion en que nos hallamos.

Pues para que nadie se escuse, para que todos imploren el divino auxilio y nos favorezca el cielo con la gracia de preparar el camino del Señor y hacer derechas sus sendas, yo os probaré con los hechos positivos que reclama nestro siglo: que nos «es fácil la oracion en todos los lugares, en todos los » tiempos, en todos los estados y en todas las ocupaciones » de la vida.»

Dios grande, fuerte y omnipotente: Ilustradme para anunciar con acierto y dignidad vuestros juicios. Llenad de intelijencia á mis oyentes y haced que comprendan lo que les conviene el ser hombres de oracion. Os los pedimos por medio del refugio de los pecadores, de la consoladora de los

aslijidos y del auxilio de los cristianos María Santísima á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Parate viam domini: rectas facite sémitas ejus.

Pedir á Dios es orar dice san Agustín. En levantar el alma á Dios y pedirle lo que necesitemos reconociéndolo como á padre que puede y quiere consolarnos en nuestros conflictos, ayudarnos en nuestras necesidades y protejernos en nuestras buenas resoluciones consiste la oracion segun' los teólogos y acéticos que tratan de ella. Pero como puede pedirse á Dios de boca y de corazon; por eso hay oracion de boca y de corazon. La primera sin la segunda nada vale como lo dice el apóstol Santiago. La de corazon es la que importa y de esta voy á ocuparme por ser la que puede disponer nos y prepararnos para recibir como corresponde al Redentor de nuestras almas.

Pero señores, seamos francos y confesemos el embarazo en que se encuentran los predicadores evangélicos al anunciar la divina palabra en un siglo carnal y terreno en que parece que no se encuentran cristianos en medio del cristianismo, en que la multitud adora el becerro de oro sin escuchar mas voz que la del interes mezquino, y en que el mundo es el ídolo que merece el incienso de casi todos los mortales. Convengamos en que es una desgracia lamentable la de necesitar probar á los católicos la obligacion que tienen de orar y pedir á Dios gracias, favores y beneficios para atravesar felizmente la vida de peregrinacion que tenemos en este valle de lágrimas; y en que no pudiéndose concebir el cristianismo sin la oracion se mire esta como un es-

tado sublime que no puede ser patrimonio de toda la sociedad, como un estado de violencia y sujecion opuesto á la naturaleza.

Contra estos errores de los sabios y prudentes del siglo diré en voz alta: que la oracion es un movimiento del cora- cion hácia Dios, un jemido de nuestra alma en vista de sus culpas y pecados, un sentimiento vivo y secreto de nuestras flaquezas y necesidades. Es una ciencia en que nacemos to- dos instruidos cuyas reglas están escritas en los corazones y cuyo maestro es el Espíritu de Dios. La oracion dice san Juan Crisóstomo trata con Dios, habla con Jesucristo, pi- de lo que desea y alcanza lo que quiere. Ella, añade san Juan Climaco, es la union del alma con Dios, la madre de la gra- cia, el perdon de los pecados y contra todo género de ma- les. La oracion dice mi melilluo P. san Bernardo todo lo pue- de, es sacrificio para Dios, alegría para los ángeles, socorro para los que oran, remedio para los pecadores y luz para los estravados é ignorantes. La oracion es un acto de religion que reúne todas las virtudes: la *fé* trazando al entendimiento todos sus objetos: la *esperanza* porque es el principio de la oracion y nos inclina á ella: la *caridad* porque es imposible orar sin reconocer los motivos de nuestro á Dios: la *humil- dad* haciéndonos conocer nuestras miserias y moviéndonos á auonadarnos delante de Dios para que nos sea propicio. La oracion... pero ¿qué no es la oracion? ¿qué, no es levan- tar el alma á Dios y pedirle mercedes? Con este acto reli- gioso conseguimos todos los bienes y auyentamos todos los males, aseguramos la gracia, nos libramos del infierno y te- nemos espeditos los caminos de la gloria. Orando y pidién-

do á Dios de corazón nos espiritualizamos, nos hacemos racionales y divinos, nos familiarizamos con la divinidad haciéndonos sus confidentes, y entramos en posesion de los tesoros del omnipotente. Aun en sana filosofía, en recta razon puede decirse que el hombre nunca es mas grande que cuando trata sus negocios con el Dios que lo ha criado y redimido, que jamás es mas noble que cuando comunica con Dios en la oracion. Orad pues amados míos, pedid á Dios la gracia de prepararle el camino y de hacer derechas sus sendas como nos lo encarga la Iglesia con las palabras del Bautista, y esperad con confianza la Natividad de un Dios hombre que siempre se alimentó de la oracion, que tanto nos la recomendó y que empeñó su palabra de atendernos en ella como un padre tierno y cariñoso atiende á los hijos necesitados que le piden y suplican.

Pero: y ¿cómo hemos de orar? Dirán acaso muchos de los que me escuchan. Ya lo he dicho: que levantando el alma á Dios y pidiéndole lo que necesitáis. ¿No sabeis pedir una limosna cuando necesitáis de ella? En un peligro grave ¿no sabeis pedir socorro? Si no teneis palabras con que expresar vuestra necesidad ¿no sabeis insinuaros con el silencio, con el dolor y pesar que os aflige? Pues haced esto mismo con Dios, y este es el mejor modo de orar. Pedidle del mejor modo que podais que os favorezca, os ampare y socorra, teniendo humildad y confianza en su divina majestad, y siempre que no se abran los cielos para consolaros, tened por falsas las promesas de Jesucristo, por un engaño su evangelio y por una quimera su religion divina. Pero no: no hay que temer, porque tenemos un Dios muy rico para to-

dos los que lo invocan: y no hay cosa mas fácil que invocarlo en todos los lugares, en todos los tiempos, en todos los estados y en todas las ocupaciones de la vida como se demuestra con hechos palpitantes que nadie puede negar.

Si registramos la sagrada historia, en ella veremos orar á José en la cárcel, á Tobias en la cautividad, en las batallas á los Macabeos, en el templo á los Samueles, á Judit en el ejército de Holofernes, á Ester en el palacio de Asuero, á Mardoqueo á la vista de un patíbulo y á Naaman Siro entre los ídolos. Vemos orar á Moises en el monte, á Aron en el tabernáculo, á Sanson en un zaguan, á Daniel en el lago de los Leones y á los tres niños en el horno de Babilonia. ¿Habrá acaso un lugar en que no pueda hacerse oracion á Dios? Yo no lo encuentro. Veo sí que oran y piden á Dios el paciente Job en un asqueroso muladar, Jonas en el vientre de una Ballena, Elías en la solèdad, Eliseo en el bullìcio de la corte, la Magdalena en un convite, el buen ladrón en la cruz, san Pedro en un barco, san Pablo en las salas de los majistrados, y observo: que Dios á todos oye, que á todos socorre, siendo en todas partes muy rico para todos los que lo invocan. *Dives in omnesqui invocant illum.* Alma mía, decia el salmista, bendice al Señor en todo el lugar de su dominacion. (Ps. 1. c. 2. v. 22).

¿Pero habrá algun tiempo que no sea á propósito para la oracion? Tampoco es posible encontrarlo, porque el hombre que no ora no tiene Dios; no tiene culto, no tiene esperanza, no es cristiano: y ¿hay tiempo en que el hombre no pueda y deba serlo? En todos tiempos, á todas horas, siempre podemos alabar y bendecir á nuestro Dios y pedirle

mercedes. *Vespere, mane, et meridie, narrabo et annuncio et exaudiet vocem meam* decia el real profeta: que quiere decir== Por la tarde, por la mañana, al medio dia y en todo tiempo alabaré y pediré á mi Dios con seguridad de que me ha de escuchar benigno. Josue en tiempo de guerra, Salomon en tiempo de paz, David en la abundancia, Josafat en la penuria, Ninive en tiempo de lágrimas y Jerusalem en tiempo de danzas hicieron oracion á Dios, le pidieron gracias y beneficios y el Señor á todos oyó: En todos tiempos socorrió á los que le pidieron é invocaron. Oraron y pidieron á Dios nuestros ascendientes, clamaron á Dios los honrados y católicos españoles, y ahí está la historia: la venturosa España fué socorrida y amparada milagrosamente en Cobadonga, en las navas de Tolosa, en el Salado, en Toledo, en Sevilla y en Granada en que quedó arruinada la morisma, y nuestros padres hicieron ver á todo el mundo, que nuestro Dios es en todos los lugares y tiempos muy rico para todos los que le piden é invocan. *Dives in omnes qui invocant illum.* «Noches y dias, » luz y tinieblas: bendecid al Señor» decian los niños refrigerados en medio de un fuego devorante obediente á la oracion.

Pero Señor: las ocupaciones del estado, las circunstancias, los compromisos, enredos y distracciones de la vida humana, ¿le parece á V. que nos permiten orar? ¿No conoce V. que hay varias clases de jentes en la sociedad que se rien al oir el nombre de oracion teniendo por ridiculo su ejercicio? ¡Orar! Esto es cosa del fanático oscurantismo, que rechaza la cultura de nuestro siglo. ¡Ay católicos! Demasiado conozco que llega á este extremo la relajacion en que vivimos.

Sobradamente sabemos que á los pecadores de estos tiempos no les basta el dejar de orar, oñden con frenética impiedad que la oracion es una práctica bárbara, ridícula, incivil, fantástica é impertinente. Con esto allanan los caminos para hacer creer que no existe el Dios que se deja ver en todas las cosas visibles é invisibles y nos ponen al borde del precipicio que termina en aquel horror sempiterno de que nos hablan los libros santos en que eternamente serán atormentados los réprobos. ¿Pero es esto racional? ¿Está esto en armonia con el sentido comun? Cuando todas las criaturas voccean, claman y dicen que no ellas á sí mismas sino que Dios es el que las hizo... ¿ha de desmentir el hombre esta verdad patente, eterna é infalible? Impío que blasonas de tu ser independiente, ¿te has hecho tú á tí mismo? ¿qué eras hace cien años? ¿y qué serás de aqui á otros ciento? Responde y confúndete, que yo en nombre de la razon ilustrada con las luces de la fé diré: que cuanto mas nos apartamos de Dios mas trabajos, desgracias é infortunios deben aquejarnos; que cuanto mayores sean nuestros apuros mas necesidad tenemos de recurrir al Dios que puede y quiere favorecernos si le pedimos con afecto de hijos humildes, sumisos y respetuosos como nos lo manda. Ademas que yo voy á demostrar con hechos positivos que en todos los estados y ocupaciones de la vida nos es fácil la oracion.

A los ricos y poderosos diré que aprendan de los Hermenegildos, de los Fernandos, Luises y Eduardos: de las Eleonas, Isabeles y Margaritas que eran reyes y príncipes esclavizados y oraban sin intermision. A las jentes del campo las remitiré á los Cantalicios, á los Ofidas, Pascuales y Ra-

mones que eran pastorcillos y campesinos y oraban sin cesar. Los Sebastianes y Martinos, los Mauricios, los Marcelos, Celedonios y Emeterios militares valientes y esforzados eran, muchas ocupaciones tenían, y por eso no dejaban de orar y de pedir al Dios de los ejércitos. Los Isidoros, Leandro, Eujenios é Hldefonsos Obispos eran y oraban. Pobres eran san Alejo, san Roque, san Sérvulo y el paralítico del evangelio y oraban. Labrador era san Isidro; viudas santa Rita y santa Brijida; casadas santa Mónica y santa Basilia; doncellas las Eulalias, Casildas y Lucias; estudiantes los Anselmos, los Nicolases y Ambrosios; médicos san Cosme y san Damian; niños san Justo y san Pastor, y ancianos los Pablos, los Antonios y Arsenios. Artesano fué san José, abogado san Lupo, escribano san Jines, monjes mis padres san Benito y san Bernardo; monjas las Escolásticas, las Claras, las Humbelinas y Teresas, majistrados... pero nunca acabaria si me empeñase en enumerar los santos de todas las clases, estados y ocupaciones que reinan con Jesucristo en la gloria por haber orado y pedido á Dios como lo manda su divina majestad. Rejistrad el calendario, ved el martirolojio romano y os convencereis de que no puede haber un hombre que no pueda y deba orar; y sino mostrádmelo: presentádmela criatura que no dependa de su criador ó un hijo que no deba respetar á su buen padre... pero no os mortifiquéis en buscar imposibles. Preguntad mas bien á la multitud de santos de vuestra clase, de vuestro estado y ocupaciones que oraron y pidieron á Dios en sus necesidades, y todos ellos os dirán que nuestro Dios es muy rico para todos los que lo invocan. *Dives in omnes qui invocant illum.*

Hábrá ya después de esto quien se escuse de la oracion, y no la tenga por fácil en todos los lugares, en todos los tiempos, en todos los estados y en todas las ocupaciones de la vida? ¿No podremos alabar y bendecir á Dios en las calles, en las plazas, en público y en secreto, en la casa y fuera de ella, de dia y de noche, en estas ó las otras faenas propias de nuestro estado? ¿Puede finjirse una circunstancia en que no podamos pensar en nuestro Dios, en nuestra salvacion y en nuestra suerte ó porvenir eterno? sed justos, sed racionales, sed francos y contestad.

Ahora bien amados oyentes: Si la oracion es tan facil como os lo dejo demostrado, si ella es la llave de las eternas misericordias y una prenda segura de la proteccion divina, si sus consuelos son superiores á nuestra comprension y nos hace percibir en la tierra un destello de las delicias que han de hacernos felices en la gloria: si á la oracion son debidos todos los favores y beneficios que han descendido del cielo sobre los mortales ¿cómo es que hay tantos cristianos que se niegan á orar y á pedir á Dios el socorro que tanto necesitan en las calamidades que nos afligen? Cómo es que oimos decir con tono festivo que eso de orar es cosa de curas, de frailes y monjas en que no es decente que tomen parte los hombres ilustrados de la época? ¿cuál es la causa de esta aberracion tan escandalosa, impia y degradante? La que indiqué al principiar este sermon. La de que somos partidarios de un mundo enemigo de nuestras almas, reprobado por Jesucristo y lleno de vanidad, cuyas máximas siempre contrarias á la razon y al evangelio nos enredan y comprometen en la carrera de los vicios y pasiones desvordadas en que vivian

los judíos cuando les dijo el precursor del Mesías—Aparejad el camino del Señor: haced derechas sus sendas. *Parate viam Domini rectas facite semitas ejus.*

Seamos nosotros accesibles á estas palabras de vida eterna que puso el Espíritu-Santo en los lábios del Bautista: preparémonos con la oración para recibir al Dios que viene á tener sus delicias con los hijos de los hombres: imitemos á tantos santos y santas de todas clases y condiciones como han orado en todos los lugares y tiempos y no dudemos de que este es un medio seguro de hacernos dignos de recibir á Jesucristo, de celebrar su natividad y de ser eternamente felices con él en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA CUARTA DE ADVIENTO.

La preparación para celebrar el nacimiento del Señor es la observación de su ley.

Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus. Preparad los caminos del Señor; haced rectas sus sendas. Luc. cap. 3. v. 4.

Cuando un rey de la tierra dispone su salida para algun punto que quiere conquistar, ó donde quiere ser reconocido y respetado, no solamente se adorna y acompaña del boato y séquito correspondiente á su majestad, sino que envia delante de sí quien despeje los caminos, los allane, quite todos los obstáculos que puedan impedir ó retardar su paso y anuncien su venida para que las jentes le den el obsequio y honor correspondiente. La venida de un Rey y Salvador de todas las naciones se habia anunciado por muchos profetas, se habia repetido su promesa á muchos patriarcas, se

esperaba con ansia por muchos siglos y al tiempo de verificarse envió el Rey de todos los reyes un precursor delante de sí que preparase y allanase sus caminos y dispusiese á las jentes para recibirle. Juan el hijo de Zacarias es el encargado de esta mision, y en el año décimo quinto del imperio de Tiberio Cesar siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato, Tetrarca de Galilea Herodes y sumos Pontífices Anás y Caifas salió por las rejiones del Jordan predicando penitencia y clamando para que todos preparasen el camino del Señor y se dispusiesen á recibirle. No era el prometido á los patriarcas y el que esperaban las naciones un Rey que venia á dominar sobre la tierra y á conquistar á la fuerza los pueblos y naciones; era un Rey pacífico que venia á salvar de la esclavitud del pecado á todos los hombres y á reinar en sus corazones y sus almas; y el enviado para anunciarle se deja oír en el desierto y manda á todas las jentes que se preparen para recibirle, enderezando sus caminos. *Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus.*

Estas mismas palabras, hermanos míos, pone hoy la iglesia en la boca de sus ministros en su santo evangelio para que con el espíritu del Bautista las anunciemos á los fieles y se preparen estos á recibir al enviado de Dios y á celebrar la memoria de su nacimiento. Como no buscaba el Señor las riquezas de la tierra, como su reino no era de este mundo, no mandaba el Bautista preparativos temporales y mundanos para recibirle: encargaba la penitencia para la remision de los pecados, quitar todo afecto vicioso del corazon, toda escabrosidad y aspereza de vicio, toda soberbia y vanidad, toda ambicion, todo cuanto puede es-

torbar la rectitud y justicia y servir de tropiezo á la venida del Señor, y adornarle con las virtudes y buenas obras. Y ved aquí los preparativos que tenemos tambien que encargarnos y los caminos que tenemos que marcaros para llegar al Señor y hallaros á su nacimiento.

El rey que ha de venir viene á visitar y salvar nuestras almas y no mirará la brillantéz de nuestros vestidos sino la pureza de nuestros afectos; no los adornos de nuestros cuerpos sino que considerará los méritos de nuestro corazón; no llevará su atención la preciosidad del cingulo frágil con que nos ciñamos sino que atenderá á la castidad y pureza con que procuremos vencer la concupiscencia y conservar la honestidad y el pudor. Suspiremos, concluye de esta doctrina el Padre san Ambrosio (1). Suspiremos por hallarnos delante del Señor en el día de su nacimiento probados y firmes en la fé, vestidos de las obras de misericordia, limpios y puros en todas nuestras costumbres, y el que se precie de amar mas fielmente al Señor debe componerse tanto mas con la observancia exacta de sus mandamientos, para que vea que cree con verdad en él, y el placer del Señor sea mayor cuanto nos halle mas limpios y purificados en el día de su solemnidad. En estos dias ocupémonos en limpiar toda la inmundicia de nuestros corazones, en labar nuestra conciencia, en purificar nuestro espíritu, presentémonos en el día de su venida puros y recibamos sin mancha á un Señor sin mancha, y así como determinó nacer de una virgen pura, así celebremos su nacimiento los que somos sus siervos, puros. To-

(1) Serm. IV in Dom. II Adv.

do el que en aquel día esté envuelto en las manchas é impurezas no está dispuesto para celebrarle, y aunque esté presente con el cuerpo, en su alma está muy separado del Señor. No pueden unirse y celebrar del mismo modo el nacimiento del Señor y Salvador de las almas el pecador y el santo, el avaro y el misericordioso, el corrompido y el virgen.

Segun esto marcados tenemos los caminos y señaladas las sendas, y no podemos sin peligro declinar á la diestra ni á la siniestra: no hay otro camino para unirnos al Señor y disponernos á celebrar su nacimiento que la observancia de su ley. *Preparad los caminos del Señor, y haced rectas sus sendas*, quitad los obstáculos que os impiden seguir el camino de sus mandamientos, allanad los montes y escabrosidades de vuestros vicios, enderezad vuestros pasos por la virtud; en una palabra: cumplid la ley de Dios porque no hay otro camino ni otra preparacion para llegar al Señor. Asi deseo manifestároslo para que os prepareis dignamente á celebrar su nacimiento y os halle en aquel día puros y dignos de sí el que viene á dar la salud á su pueblo. Prevenidnos Señor con vuestra gracia sin la que en valde trabajaremos, porque vos sois el camino, la verdad y la vida, y os la pedimos por la intercesion poderosa de María Santísima. *Ave María.*

Parate viam Domini...

Prepara el camino del Señor, dice el Padre san Bernardo (1) el que corrige su vida; hace rectas sus sendas el

(1) Serm. 4 de Adv. Dom.

que se resuelve á entrar por el camino estrecho. Una vida, corregida y ajustada es el camino recto por el que Dios viene á nosotros y nosotros llegamos á Dios, y el hombre corrige su vida y endereza sus pasos observando la ley de Dios. Fuera de este camino todo es confusion y tinieblas: el camino de los malos es la vida sin regla, segun la medida de sus deseos, y por consiguiente es ancho y espacioso, pero no hallan en él sino el dolor y la desgracia, no conocen la paz, les falta la luz, caminan entre tinieblas; se ven precisados á arrojar por precipicios, no saben á donde van á parar y no pueden escaparse de las manos del ángel del Señor que los persigue. Verdad es que se esfuerzan en pasar sus dias en la alegría y el placer, que nada se perdonan y caminan por sendas deliciosas sin sujetarse á rienda ni mortificacion alguna; pero en medio de sus diversiones y regalos, despues de sus desenfrenos y licencias los inquieta y los roe una conciencia que reprende sus crímenes, una religion que los perturba, un infierno que los aterra, una muerte que los estremece, los ejemplos de los justos que sentencian contra ellos y el ángel del Señor enviado para atormentarlos y perseguirlos.

Aparentan lo que no son y sus risas y semblantes de alegría son desmentidos por su corazon: á la menor contradiccion son inquietos, contumaces, litijiosos, no pueden disimular el veneno que tragan en las copas doradas y que los devora interiormente, la mas pequeña tentacion los vence, la mas pequeña desgracia los aflige, el mas pequeño susto los perturba, no tienen paz, y si alguna vez prosperan en medio de sus injusticias, si el Señor les concede los bienes del mun-

do y viven en la abundancia y las comodidades, si gozan sin inquietud los frutos de sus usurpaciones y rapiñas y duermen tranquilos entre los excesos de la gula y la lascivia, si parece que tienen de su parte al Señor y que bendice sus empresas, no los envideis; esta es su mayor desgracia y el tropiezo mayor que pueden hallar en el camino de su eterna felicidad; cuanto mas llano y espedito tienen el camino de la maldad, tanto mas precipitadamente corren á la muerte y en su fin no pueden esperar sino el infierno, las tinieblas y las penas. Aunque logren pasar sus dias en las alegrías y diversiones del mundo llegará el momento de bajar al infierno y serán trasladados desde los banquetes á los tormentos; sus risas se convertirán en llanto y sus placeres terminarán con el luto. No se llega á Dios por este camino, y si alguna vez quiere el impio mezclarse y confundirse con los justos y hallarse á celebrar las solemnidades del Señor, manifiesta mas y mas su indignidad presentándose sin la vestidura de las bodas, sin la caridad de su Dios y cumplimiento de su ley. Resplandeciendo en unos la fé, en otros la justicia, en otros la castidad, la misericordia, la penitencia, la templanza, resalta mas la conciencia que está manchada con el pecado, la improvidad y la injusticia, y se hace mas desagradable y horrorosa que si estuviera por sí sola y no se hubiera atrevido á penetrar en la compañía de los virtuosos. El convidado del evangelio fué ligado de piés y manos y arrojado á las tinieblas exteriores, no solo por ser pecador sino porque siéndolo se arrogó y usurpó el mérito de la santidad, porque tuvo la osadía de presentarse al Señor sin la vestidura de la caridad y mezclarse entre los justos que habian sido fieles á

su voluntad y de ir á él por otro camino que el de la observancia de su ley.

Ni paz y quietud consigo mismo, ni un fin feliz y esento de tormentos, ni la compañía de los santos y las delicias del convite de la bienaventuranza puede prometerse el pecador siguiendo los caminos de su iniquidad y apartándose de la senda de la ley de Dios; su camino ancho le lleva al precipicio. Luego para prepararnos á recibir al Señor, para llegarnos á él, para gozar sus premios y tener paz no tenemos otro medio que enderezar nuestros pasos, limpiarnos de la iniquidad y entrar con paso firme por la senda recta de la ley de Dios. Los justos y que enderezan sus pasos á Dios tienen el camino señalado en su ley que los da á conocer su voluntad y caminan con luz, sin temor ni confusion. Es duro y estrecho el camino, pero lo es para la carne débil y enferma que se deja dominar de sus concupiscencias, es suave y delicioso para el espíritu pronto y fervoroso que pone toda su confianza en su Dios; es un camino lleno de gozo, de paz y consolacion interior. Bienaventurados son los que andan por el camino de la ley de Dios, y aunque tengan que sufrir y agoviarse con las molestias y sufrimientos, aunque se vean afligidos y padezcan contradicciones, aunque pasen por las asperezas y tengan que beber amarguras y comer el pan de dolor y las lágrimas, levantarán al fin su cabeza y por las sendas de la passion llegarán como el divino maestro al término y descanso, al gozo de que no serán privados jamás. Cuanto pueda ocurrirnos en el camino del Señor y en el cumplimiento de sus mandamientos, nada debe quitarnos la alegría ni esterbarnos el seguir por él con un corazon tranquilo. Si es-

te camino es estrecho, es tambien recto, y aunque es duro, es limpio de toda mancha, y si entre el lodo del mundo llega alguna vez á mancharse el que camina por él, el Bautista anuncia la penitencia para limpiarse y preparar el camino del Señor, y el Señor nos ha dado en la penitencia un segundo bautismo con que podemos labarnos y purificarnos y volver al camino sin mancha que nos conduce á él de nuevo con toda seguridad.

No hay pues otra guia ni luz para conducirnos y alumbrarnos en los caminos del Señor que su ley, y si deseamos entrar en ellos y dirigir nuestros pasos por ellos tenemos que empezar por enderezar y corregir nuestra voluntad y nuestros afectos, por sujetarnos y acomodarnos á la ley y voluntad de Dios. Una voluntad torcida no es el camino recto ni seguro, no está conforme con la rectitud de la ley de Dios. Si en nuestra voluntad hallamos depravaciones y malezas, si hallamos malas semillas arranquémolas y desarraiguémolas porque es preciso si queremos ir por la ley de Dios, que hagamos rectos los caminos torcidos y llanos los ásperos y escabrosos.

La ley de Dios ilumina nuestro entendimiento y enseña el modo de rectificar nuestra voluntad si no la estudiamos con vanidad y soberbia: si somos dóciles como los niños á los preceptos de Dios, porque en el alma malvada no entrará jamás la sabiduria verdadera y no hay otro principio de esta sabiduria que el temor santo de Dios. En el camino que nos conduce á Jesus hay armados y escondidos muchos lazos por los enemigos de nuestras almas, hay puestos muchos lazos por los pecadores, y para no errar y caer es preciso es-

Estudiar y meditar la ley del Señor; es preciso no ser soberbios y querernos conducir por nosotros mismos sino pedir la inteligencia al mismo Dios, oír, consultar, y aconsejarnos para no dar en un precipicio, y buscar su explicación de los maestros, doctores, confesores y predicadores sabios, piadosos, prudentes y de sana doctrina, porque nos arrepentiremos en vano si hallamos al fin de la carrera que erramos el camino de la verdad por nuestra indiscreción, por no haber consultado en nuestras dudas ó ignorancias á los maestros que nos parecían ríjidos é intolerantes y sí á los que nos aconsejaban y hallaban siempre razones y pretextos para santificar nuestros defectos y nuestros errores. Estudiemos con docilidad la ley del Señor, con humildad y rendimiento, con un ánimo sincero de observarla, en ella y con ella enderezaremos nuestro entendimiento, tendremos la luz y la sabiduría necesaria para caminar seguros y sin miedo de errar hasta el Señor. Ilustrado con la ciencia de la ley del Señor nuestro entendimiento rectificaremos con facilidad nuestra voluntad y allanaremos las asperezas y los tropiezos de nuestros vicios y desórdenes, suavizaremos nuestras costumbres, seremos mansos y humildes de corazón, rectos y justos porque la ley del Señor nos enseña que la justicia es el principio del buen camino.

Luego que conocemos la ley de Dios y que nuestro entendimiento nos dice lo que Dios nos manda y quiere de nosotros, es preciso que entremos en un exámen escrupuloso de nuestra conciencia y veamos si está de acuerdo nuestra voluntad con la voluntad de Dios, si están de acuerdo nuestros ojos y nuestros pasos, ó si viendo y conociendo el ca-

mino de la verdad seguimos por los estravíos del engaño y la mentira. De nada vale tener los ojos abiertos y conocer el camino de la ley de Dios, es preciso seguir por él, y seremos mas culpables si conociéndole le despreciamos y abandonamos, si nos apartamos á la diestra ó á la siniestra, si pecamos por negligencia ó por malicia, sabiendo y queriendo pecar. Todos los pensamientos, todas las palabras, todas las obras que hallamos en nosotros que no esten conformes con la ley de Dios, están fuera de regla y de camino y es necesario que todo lo enderecemos y ajustemos á esta ley. La voz del que clama en el desierto nos dice que no hay sino la penitencia para enderezar los caminos del Señor y preparar sus sendas, que con la penitencia humillaremos los montes de nuestra soberbia y allanaremos todos los tropiezos de nuestros vicios. Es verdad que en este mundo caminamos sobre lado, que el camino está resvaladizo, que nuestra voluntad es frágil y estamos expuestos continuamente á caer, que somos flacos y débiles, pero debemos esforzarnos á levantar y seguir; la misericordia del Señor nos ayudará si la imploramos con humildad; clamemos y sigamos siempre al que deseamos alcanzar. No entremos desprovistos en las sendas del Señor porque es largo y difícil el camino y lleno de enemigos y de lazos; proveámonos de la oración, de la mortificación, del ayuno, del dolor y propósito de no volver á nuestros vicios, huyamos de las ocasiones y peligros, frecuentemos los santos sacramentos para cobrar el valor y la fuerza. Por eso es áspero y estrecho, porque hay que luchar con las pasiones, huir del regalo y la ociosidad, apartarse de los placeres y sujetarse á la ley; hay que hacerse

fuerza á sí mismo: caeremos y nos estraviaremos si somos descuidados y negligentes, si no nos ayudamos de los medios prútiles y recursos de que el Señor nos provee en nuestra peregrinación, si no imploramos sin cesar sus auxilios y le pedimos que nos lleve con su gracia por los caminos eternos: y caeremos mas, nos precipitaremos mas y será mas terrible nuestra ruina y nuestro fin si añalimos la malicia y corrupción de nuestra alma á nuestra negligencia, si huimos de intento de su ley, si obramos el mal con descaro y corremos con los pecadores y enemigos del Señor para obrar la injusticia, si cerramos nuestros ojos á sus luces y nuestros oídos á sus divinos llamamientos. Como militares debemos caminar siempre armados, siempre en guerra, siempre en mortificación y penitencia para no perdonarnos nada y enderezar siempre nuestros pasos por el camino estrecho y de rectitud.

Esta es una vida enojosa y triste, una vida de opresión y de llanto, una vida amarga: y el mundo quiere la risa y el placer, la libertad y el desahogo, el camino ancho en que ni el entendimiento se someta ni la voluntad se refrene; pero su fin es la muerte y el horror; y la vida del justo tiene un fin precioso á los ojos de Dios. Se engaña el mundo en sus juicios porque el corazón del mundano está inquieto y perturbado en sus placeres, y el del justo está placentero, sosegado y tranquilo en sus penitencias. Son mas satisfactorias y consoladoras las dulzuras que infunde en el alma de los justos la observancia de la ley de Dios, que todos los placeres y licencias que se permiten los mundanos, y yo no puedo daros otra prueba mas convincente que vuestro mismo testimonio:

gustad y ved. Experimentadlo en vosotros mismos. Pero cuando la vida ajustada á la ley de Dios fuera toda triste y amarga es momentanea y nos lleva al Señor, es la senda que nos conduce á la gloria y no tenemos otra por donde llegar á uniros con Jesucristo. No hay otro camino ni otra preparacion para llegar á Dios, no hay otro modo de enderezar nuestras sendas que observando fielmente su ley y siguiendo con sus ausilios la carrera de sus santos mandamientos. Fuera de estetodo es ignorancia, vanidad, error y extravio que lleva á la muerte y perdicion eterna; y si por un bien momentaneo de este mundo nos mortificamos y padecemos, debemos sufrir, tolerarlo todo, despreciarlo todo y reputarlo como estiércol por lograr á Jesucristo y uniros á nuestro Salvador.

¡O Señor! vos dispusisteis y disteis la direccion á los caminos que nos conducen á vos mismo si los seguimos en derecha. Vos nos disteis la ley de vuestras justificaciones y nos instruisteis en ella, y nos disteis el ejemplo de seguir por ella sin apartarnos á la diestra ni á la siniestra. Este es, hermanos míos, el camino recto anunciado por Isaías (1) y tan recto y seguro que los necios no hierran en él. Sí; los necios segun el mundo no hierran por él; pero ¡ay de aquellos dice el mismo profeta, que se tienen á sí mismos por sabios y que aparecen prudentes á sus ojos! Su sabiduria es enemiga de la cruz y los aparta del camino recto estorbándolos seguir la necedad del Salvador. No ignoraba el apostol, que se hizo necio por Jesucristo, á donde conduce esta sabiduria

(1) Cap. 35.

terrena, animal, diabólica cuando decia y encargaba (1) que si alguno se tenia por sabio en este mundo, se hiciese necio para ser sabio delante de Dios. ¡Apreciable necedad, que segun el juicio divino es la mas sublime sabiduria y la que no permite errar en el camino de la salud eterna! Esta necedad es aquella sabiduria del cielo humilde, pacifica, modesta, facil de persuadir, pronta para lo bueno, y están muy lejos de ella los que son sabios á sus ojos, los soberbios; y si nos contrista la altanería y arrogancia, si nos es insufrible la hinchazon y vanidad de estos sabios del mundo que todo quieren arreglarlo y dirigirlo segun su ciencia carnal y terrena despreciando la sabiduria celestial, debemos consolarnos con la modestia, la paz y tranquilidad de los necios por Jesucristo, que cuanto mas desconfian de sí mismos, cuanto son mas humildes, son tanto mas sabios, mas fáciles para persuadirse y mas prontos para obrar el bien.

Estos son los necios que no hierran en el camino del Señor, los que se hacen necios por Jesucristo, los que no disputan las disposiciones y preceptos de Jesucristo, los que aprenden su ley, oyen con humildad sus preceptos y siguen por ellos, los cumplen sin apartarse á la diestra ni á la siniestra, sin esceder en el modo por un fervor imprudente y sin faltar á él por la pereza y negligencia; sin seguir mas de lo justo el ímpetu del espíritu ni perdonar demasiado á la carne. Esta necedad nos conduce sin peligro de errar ni perdersen el camino de la ley de Dios porque le oyen continuamente.

(1) 1.^a Col. cap. 3.

te que los dice: *Este es el camino, esta es la ley, andad por ella.*

Este es el camino santo; que habia de haber para los hombres segun Isaias, porque en este se halla la salud de los extraviados y perdidos y la justicia y santificacion de los pecadores. Ningun manchado y criminal pesará por él: ¿irán estos por otro? No, para todos es este y principalmente para los pecadores para quienes le allanó Jesucristo que vino á buscar y salvar á los que se habian extraviado en los caminos del mundo. Vengan todos á él, pero ningun inundo y pecador pasa por él, porque cuando pase dejará de ser pecador. Este camino santo admite á todos, pero al entrar los purifica y santifica, quita sus pecados, los lava con las aguas del bautismo ó con las fuentes de la penitencia: sin esto no pueden dar un paso en el camino de la santidad. No se halla en él el leon, las bestias y fieras dañinas; podemos caminar seguros. Puede muy bien el leon rujiente dar vueltas buscando á quien devorar, puede aterrar con sus bramidos, poner asechanzas y armar lazos al lado del camino, pero á los que siguen derechos por él, no puede hacerlos el mas leve daño, el camino mismo le asusta, le llena de terror y es su mayor suplicio.

Tal es hermanos míos el camino que nos lleva al Señor, recto, santo, sin peligros ni enemigos, no nos detengamos en entrar por él y solo tomamos el apartarnos, el ofender á Dios que es nuestra guia, y quedarnos en los extravíos de nuestro corazón: entrando y siguiendo por él, nada tenemos que temer. Si nos parece estrecho y difícil miremos el fin á donde nos conduce, el Dios á quien nos une, el Señor á quien

llegamos por él y nos parecerá demasiado suave y espacioso. En este mundo nos da la paz de nuestra conciencia y en el otro un gozo y alegría sin fin y sin mezcla de llanto ni dolor. En este mundo nos da la paz á los hombres de buena voluntad y la gloria en las alturas. Motivos son estos para que nos resolvamos á entrar con alegría en el cumplimiento de la ley de Dios, á seguir constantemente por este camino de la salud y á correr y volar por él hasta subir al término y eterno descanso, hasta llegar al premio que es el mismo Dios y darle el honor y alabanza por los siglos de los siglos.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.

Las humillaciones del nacimiento de Jesus son el remedio para curar el furor de nuestras pasiones.

Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis Y el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros. Joan. c. 1.º v. 14

Al fin, amables oyentes, llegó el día que tanto desearon y pidieron los hijos de Abrahá, de Isaac y de Jacob: el cielo ha llovido al justo: descendió de los collados eternos el unigénito del padre para romper el muro de bronce que mediaba entre los pecadores y un Dios justo: la justicia y la paz se han abrazado: desde hoy todo será para los buenos cristianos paz, virtud y gloria. Aquel que con sola su palabra sacó de la nada la prodijiosa multitud de criaturas que arrebatan nuestra admiración: el que fijó los términos al mar y á cuyo imperio obedecen los vientos: aquel que hace marchar en orden á todo el ejército celeste: el omnipotente

á cuya voz se humillan los cielos, tiembla la tierra y se conmueve el abismo: el VERBO ETERNO, en una palabra, se hizo *carnes* y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad como lo dice el evangelista. *Et verbum caro factum est et habitavit in nobis.*

Pero este Dios tan grande, tan fuerte, tan poderoso, inmenso, infinito y eterno ¿cómo aparece entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y en dónde nace? Nace flaco y sin fuerzas, es-puesto á las injurias de las estaciones, nace en un establo, y es reclinado en un pesebre segun el testo sagrado! (Luc. 2. c. 7.) ¿será posible que el dueño del universo nazca en un lugar tan ediondo y despreciable? ¿En dónde? esclama admirado mi melifluo P. san Bernardo: ¿en dónde está el palacio de este Rey? ¿En dónde su trono? ¿En dónde su numerosa comitiva? La pobreza, la miseria, el abandono y las desdichas, ¿pueden ser señales de un Rey grande, fuerte y omnipotente? El inmenso reducido á tomar un cuerpo frágil para sujetarse al orden de los tiempos, de los lugares, de los sucesos y de la voluntad de los hombres! El tesoro de las ciencias declarándose con jemidos! El anciano de los dias hecho un niño entregado á la muerte que es el último fin de su venida! ¿Son estas cosas decretadas en los consejos eternos para presentarnos en la tierra al que no pueden contener los cielos? Callad sábios y prudentes del siglo. Callad hombres terrenos y carnales: que nose os pregunta á vosotros. El reino del que acaba de nacer en Belen es todo espiritual y divino: está en contradiccion con cuanto puede fomentar las pompas y vanidades de este mundo reprobado por la sabiduría eterna: viene á salvar á los pecadores, á des-

truir el pecado, á sujetar la carne, al espíritu, á infundirnos la caridad de los hijos de la gracia, á fundar aquella paz interior que hace las delicias de los justos, á establecer la mas perfecta armonía entre los hombres y la divinidad, y á confundir á las potestades infernales. En el imperio eterno del tierno infante que acaba de nacer no pueden tener cabida la soberbia, la avaricia, la envidia y demas vicios y pasiones que ennegrecen las páginas de la historia del hombre pecador. No se hallan en la Jerusalem santa de los hijos de Dios mas que virtudes, gracia y gloria, como lo anunciaron los profetas, y no, no es para los orgullosos arrogantes soberbios y carnales el entender y explicar las cosas que son del espíritu de Dios, como lo dice san Pablo (corint. 1.^a c. 2. v. 14.) A la fé toca tratar de cuanto concierne á la redencion del jénero humano: ella sola puede ilustrarnos y dirigirnos en este misterio incomprendible segun el mismo apóstol: á su luz pues deberemos atenernos para instruirnos en los elementos que forman nuestra felicidad.

¿Quereis oir su voz divina? ¿quereis escuchar al que habiéndonos hablado por sus profetas, no habla novísimamente por su hijo autor de la gracia y de la religion encargada de dirigirnos por el camino de la virtud á las mansiones de la felicidad eterna? pues deponed la impiedad y los deseos seculares con intencion de vivir sobria, justa y piadosamente, como lo encargaba el apóstol á su discípulo Tito (ad Tit. c. 2.^o v. 12) y entended: que «el párvulo que nos ha nacido en medio de
» dos animales, nos trae del cielo el arte de hallar placer,
» gusto y satisfaccion en los trabajos de esta vida; y que
» en las humillaciones de su nacimiento tenemos un reme-

» dio efficacísimo contra el furor de nuestras pasiones» como voy á demostraros en el discurso que espera vuestra piedad en este momento.

Reina de los ángeles: vuestra es la causa que me propongo defender contra los impíos que se avergüenzan del pesebre en que reclinaste al hijo de vuestras entrañas. Alcanzadme la gracia que necesito para no salir del terreno seguro é infalible de la revelacion en cuanto diga á mis oyentes, y sed nuestra guia, nuestro amparo, nuestro auxilio y nuestra madre piadosísima. Os lo pedimos saludándoos con el ángel que os dijo.

AVE. MARIA.

Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Un Dios que con su gloria y majestad destruyera los imperios de la tierra haciendo tributarios á todos los monarcas del universo: un fuerte conquistador que con el estruendo de las armas triunfara de todas las naciones sujetándolas al pueblo hebreo: un redentor en fin que ultrajara la soberbia y altivez de los hombres orgullosos, y patrocinara los vicios y pasiones mas vergonzosas, es lo que querian hallar los judios carnales en su esperado Mesias, y lo que cuadraba grandemente á esos monstruos de iniquidad producidos por el espíritu de soberbia que ocasionó en el cielo la gran batalla de que nos habla san Juan en su apocalipsis (Apocalip. c. XII. v. VII.) ¿Qué otra cosa significa esos trenes y aparatos con que los mundanos se ponen en abierta contradiccion con las doctrinas evangélicas? Qué quieren decir el orgullo, la vanidad, el fausto, pompas y altiveces que ostentan esos enios fastidiosos y altaneros que sobresalen en la sociedad

habélica en que vivimos? No son estos los que blasfeman y dicen con el impío Marcion=Apartad de nuestra vista esos vergonzosos pañales? Abominad ese pesebre indigno de un Dios?—¡O malicia de corazon humano! Quién podrá comprenderte y definirte?

Despues que con las luces de la fé hemos visto que el precioso infante que acaba de nacer en la oscuridad de un establo, en el profundo silencio de la noche, sin rumor, sin aparato, desconocido de todos y abandonado del mundo es un niño que muchos siglos antes de su venida se hizo anunciar por los profetas, que elijió el tiempo, el lugar y circunstancias de su nacimiento, que dispuso y ordenó todos los acontecimientos al término de las profecias haciendo servir la ambicion de Augusto á sus propios designios; que su nacimiento aunque humilde es señalado con los prodigios mas estupendos atrayendo á los ángeles del cielo, á los pastores de los montes y á los reyes del extremo del oriente; que á su presencia cesa en todas partes el furor de la guerra; que los ídolos son derribados; que el capitolio ya no es escuchado ni reverenciado; que las tablas de la ley se trastornan, desaparecen y dejan el lugar á la ley nueva que desde entonces va á ser la ley dominante del mundo á pesar del mundo mismo, despues digo, de haber visto estos y otros infinitos sucesos demostrativos de la divinidad de nuestro recién nacido ¿qué atencion deberán merecernos las blasfemias é impías locuacidades de los impíos que infestan la sociedad humana? Ninguna ciertamente. Nos horrorizamos, nos estremecemos, se conmueven nuestras almas al oir hablar contra el niño Jesus cuyo nacimiento celebramos con tanto júbilo en este dia: y como no puede haber

algo de comun entre la impiedad y la virtud, entre lo verdadero y lo falso, entre la razon y el estravio, entre el infierno y el cielo, ó entre lucifer y Jesus, decimos con resolucion á los incrédulos—Huid hijos de perdicion: huid con el principe de las tinieblas, ó uniros con los fieles para alabar y bendecir el nacimiento del parvúlo que se nos ha dado para ser nuestra sabiduria, nuestra *justicia*, nuestra *santificacion* y nuestra *redencion* como lo decia el apóstol á los de Corinto (Corint. 1.^a c. 1.^o v. 30.) Ha nacido el hijo del Altísimo en la edionded de un establo cubierto con los andrajos de nuestra naturaleza; pero ha sido para hacernos dichosos y felices, para enseñarnos á tener satisfaccion, gusto y placer en los trabajos de esta vida.

Con efecto: Jesucristo ejerciendo desde la cuna los oficios de Redentor omnipotente, de sacerdote eterno, y de maestro sapientísimo establece y nos señala las leyes que infaliblemente conducen á la felicidad en esta y en la otra vida, á cuantos las observen del modo que ellas previenen. La redencion de los pecadores, la santificacion y glorificacion de los hombres perdidos por la culpa, fueron la causa que tuvo la bondad divina para darnos á su unigénito hijo que *por nosotros y por nuestra salud descendió de los cielos como lo confesamos en el símbolo de nuestras creencias*. Jesucristo pues encargado de cumplir la voluntad del Padre celestial viene al mundo para hacernos justos, agradables á Dios, y dignos hijos de la gracia. Para esto nace pobre, en el mayor desabrigo, en la indigencia, en la desnudez y miseria en que lo veneramos en el portal de Belen. Es verdad que la ciencia de los hombres no alcanza á comprender y

explicar estos medios de enseñanza de que se vale la sabiduría eterna; pero con las luces de la fé todo se hace sensible y se entiende perfectamente. Jesus llora, sufre y padece las mayores incomodidades para consagrar nuestros padecimientos y darles la virtud de producir la paz interior y la alegría de corazón que anunciaron los ángeles del cielo á los hombres de la tierra al nacer en ella el criador de cuanto existe. Jesus abraza la pobreza para que huyamos de las grandezas transitorias que nos exponen, y pensemos en las eternas que tanto nos importan. Se sujeta al rigor de las estaciones y á las penurias de la infancia para que apetezcamos los trabajos, respetemos las disposiciones de la divina providencia y nos conformemos siempre con la voluntad del padre celestial. El niño Jesus revolcado en sus lágrimas y hecho el rigor de las desdichas lava nuestras manchas, nos justifica, nos hace hijos de Dios, nos llena de gracia y nos diviniza. Teniendo en su mano omnipotente los acontecimientos nos da reglas desde el pesebre para sacar bienes inmensos de los trabajos y penalidades de esta vida, para vencer todas las tentaciones y reprimir nuestras pasiones; para tener gusto y placer en los contratiempos, desgracias y adversidades que pueden sobrevenirnos, y para ser la gente santa de que habla el Principe de los apóstoles (1.ª Pet. c. 2.º)

«De aquí el decir san Pablo á los Filipenses, alegraos » siempre en el Señor: os repito que os regocijeis en nuestro » Salvador... y la paz de Dios que es sobre cuanto pueden » percibir nuestros sentidos posea vuestros corazones y vuestras inteligencias en Cristo Jesus.» (Filipens. c. IV. v 4.º)

et 7.^o) Por la virtud del pesebre en que fue reclinado el niño Dios se han alegrado los apóstoles en sus peregrinaciones evangélicas, los mártires en sus tormentos, los confesores en las fatigas de su ministerio, las vírgenes en sus apuros y conflictos, los anacoretas en sus asombrosas penitencias y todos los cristianos en sus humillaciones, en sus trabajos, en sus padecimientos, en sus angustias y dolores. Cuando nos sobre viene algun trabajo ¿no decimos instantáneamente *Vaya por Dios?* Pues ved aquí el instinto religioso con que los cristianos desean padecer y sufrir por aquel Jesus divino que tanto sufrió por ellos en su nacimiento. Saben los fieles que con Jesus todo es suave, dulce y deleitable, como lo decia mi gran P. san Bernardo; (18 in Cant.) la experiencia les ha hecho conocer que con Jesus todo se puede, todo se consigue, todo se alcanza: y no hay un devoto del nacimiento de nuestro redentor que no diga convencido; que con la consideracion de las humillaciones de Jesus son *nada* las tribulaciones de esta vida, *nada* las persecuciones del infierno, *nada* las calamidades mas terribles, *nada* los compromisos en que pueden ponernos los impíos, y *nada* todos los esfuerzos y artificios del mundo, del demonio y de la carne: porque todo cede á la virtud y eficacia del recién-nacido en Belen que asiste, ampara, defiende y protege á los suyos que podrán ser perseguidos y muertos: pero jamás vencidos como lo dice san Cipriano.

¿Quereis que os pruebe la omnipotencia con que cuentan los fieles que tienen de su parte á ese niño humillado y abatido cuyo nacimiento celebra la iglesia santa en este dia con himnos y cánticos de regocijo y de alegría? pues cuantos in-

lagros, prodijios y portentos se han obrado, se obran y obrarán en el mundo son efectos de la virtud y eficacia de los sufrimientos de Jesús en el establo y pesebre de Belén. Lo que sabemos del establecimiento, propagación y conservación del cristianismo, lo que nos dicen las historias de la fundación de las órdenes monásticas que tanto han adornado la iglesia de Dios: lo que nos han referido de tantas almas piadosas que nos precedieron ó nos acompañan: cuantas maravillas hemos observado en la vida de los justos y en la de los impíos, incrédulos y libertinos; las misericordias y justicias que experimentamos... todo, todo se desprende del pesebre de Jesús. En él, dice Tertuliano, se ensaya para el gran sacrificio del calvario. Es verdad que aun no corre aquella sangre que ha de derramarse con profusión por las calles, caminos y montañas de Jerusalén; pero ya vemos á Jesús llorar, jemer, sollozar y padecer por nosotros en su dura cuna: aun no se ha entregado al poder de las tinieblas para consumir entre acervos dolores su último sacrificio; pero la naturaleza reúne todos sus rigores contra este hijo del altísimo cargado con nuestras miserias y de su nacimiento como de un manantial fecundo de gracias se derivan los que hacen tan hermosa, pura é inmaculada á la esposa de Jesús, á la iglesia católica apostólica romana fuera de la que no hay salvación posible.

Esto católicos, es lo que nos enseña la fé: es lo que nos demuestran los santos padres, de que podría formar un inmenso catálogo de citas si tratara esta materia en una academia, y esto lo que nos convence de que las humillaciones del niño Dios en su nacimiento haciendo gratas las tribulaciones

de esta vida son un remedio eficacísimo contra todas las tentaciones, vicios y pasiones que intenten aco meternos.

¿Sois por fortuna hijos de la gracia que infunde Jesus en los justos? pues decid si en vuestros mayores apuros os han faltado los consuelos de nuestra santa y adorable religion: decid si no reconocéis en ese curso providencial, que dirige el universo y todas las cosas á sus fines, una mano fuerte y poderosa que vela sobre el rebaño del pastor divino que acaba de nacer: decid si no veis á vuestro lado un Dios que sigue vuestros pasos, que jamás os deja, y que castiga y alhaga, que hiere y dulcemente sana, que allige y consuela, que al parecer se aparta y que en realidad asiste á los suyos con la solicitud de un padre tierno y compasivo, advertid, que ese Dios que sentís en todo cuanto os rodea y acontece, es vuestro Jesus divino, ese recién-nacido que os ofrece la felicidad con la condicion de que lo imitéis teniendo paciencia, virtud y resignacion en las penalidades, trabajos y miserias que llueven sobre los mortales en este valle de lágrimas como lo dice el santo Job. ¿Sois por desgracia injustos, libertinos, incrédulos é impíos? Pues decidme qué bienes os reportan vuestras injusticias, vuestro libertinaje é impiedad. ¿Sois felices en los brazos de la dissolution, del crimen y del pecado? ¿Os llenan y satisfacen los deseos carnales, los proyectos de iniquidad, y los instintos de la soberbia, de la avaricia de la envidia y demas vicios que acompañan á los hombres del desenfreno reinante? No contestéis; porque todos sabemos, que los remordimientos que atormentan á los criminales son el preludio de los infernales que presienten los réprobos que no hacen mas que meter rui-

do para acallar los llantos y jemidos del que ha nacido padeciendo, sufriendo y enseñando á triunfar de los enemigos de nuestras almas con la mortificacion, penitencia y demas virtudes que llenan los corazones de aquella paz y alegría interior que hace suaves, dulces y gradables los trabajos de esta vida.

Os dejo en manos de vuestros sentimientos religiosos, en poder de la fe que recibisteis en el bautismo, y bajo las influencias de la religion de nuestros padres. Escuchad al que os habla en el pesebre de Belen y no olvidéis que para hacernos hijos de Dios *se hizo carne el verbo eterno y habitó entre nosotros como lo dice el evangelista. Et verbum caro factum est et habitavit in nobis.*

Y vos Dios omnipotente que por salvar á los hombres obrasteis tantos milagros, haced el que se necesita para que todos os alabemos y bendigamos en espíritu y en verdad. Llenadnos de inteligencia para que fijándonos en el pesebre de Belen saquemos de él la resolucion de imitar al recién-nacido que lo consagró con sus humillaciones y padecimientos, y seamos del número de aquellos á quienes los ángeles anunciaron la paz que hace felices á los hombres de buena voluntad. Que seamos buenos cristianos divino Señor encarnado: que seamos buenos cristianos para ser virtuosos en la vida y eternamente felices con vos en la gloria. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE NATIVIDAD DE NUESTRO SR. JESUCRISTO.

Sobre que debemos abrazar con gusto los trabajos, aflicciones y desgracias de esta vida para conformarnos con nuestro Redentor.

Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum cui contradicetur. Este es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel: y para señal á la que se hará contradiccion Luc. c. 2. v. 34.

Católicos:

El divino niño que nació en Belen rodeado de prodigios estupendos: el que fué anunciado por los ángeles y adorado por los pastores: el Verbo Eterno que se hizo carne en las purísimas entrañas de María Santísima y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad es consagrado al Señor en cumplimiento de la ley: es presentado en el tem-

plo con las ceremonias de los pobres, quando se hallaba en él un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios, que esperaba la redencion de Israel. Este varon santo tomó en sus brazos á Jesus y bendiciendo á Dios le dijo—«Ahora Señor no me queda ya qué ver ni que esperar en este mundo: ya dejas á tu siervo que muera en una gloriosa paz, pues han visto mis ojos vuestra salud, y al que ha de ser la luz de todas las naciones del universo y la gloria de tu pueblo de Israel.»—El padre y la madre del niño estaban maravillados de las cosas que se decian de su hijo, y notándolo Simeon, poseido del Espíritu-Santo los bendijo y dijo á María su madre—Hé aquí que ESTE es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal á la que se hará contradiccion. Tu misma alma será tras-pasada con una espada de dolor. *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum cui contradicetur.*

Esto amables oyentes es lo que se dice en el evangelio de este dia para nuestra instruccion, para nuestra justificacion y para nuestra gloria. ¿Acertaré yo á esponeros las doctrinas que se desprenden de estos sucesos llenos de misterios sin profanarlos con la impureza de mis lávios? Imposible, si confiado en mis propias fuerzas osara subir á este púlpito á decir algo de mi propia cosecha: pero como no soy yo, sino Dios el que os habla por mí, recojeré lo que los santos padres y escritores ortodoxos han dicho sobre las palabras que sirven de testo á este discurso y os diré con seguridad. Que aunque el Señor no vino para destruir y arruinar á los hombres sino para salvarlos, es muy cierto que los fariseos, los sacer-

dotes y doctores de la ley que maliciosamente desecharon la verdad que les anunció Jesucristo murieron obstinados en sus mayores pecados verificándose en ellos que por su culpa fue puesto Jesus en el mundo para su ruina y perdicion: que al contrario, los grandes pecadores, los publicanos y jentes perdidas del pueblo reconociendo humildemente á su libertador y salvador resucitaron y se levantaron y fueron justificados con su gracia cumpliéndose en ellos al pie de la letra lo que predijo Simeon á Maria Santísima cuando le dijo que «su hijo era puesto para levantamiento de muchos en Israel:» y en fin os diré, que si el varon justo dijo que Jesus fue puesto para señal ó blanco adonde se asestarian tiros de contradiccion fué para significar los ultrajes, las persecuciones y envidias que padeceria el Señor por parte de los judios desde el principio de su predicacion hasta que lo acabaron de herir, como dice san Agustin, con la espada de su lengua, haciéndole morir en la cruz.

Y todo esto os lo digo para haceros entender, que siendo nuestro divino Jesus el camino, la verdad y la vida de los suyos, nadie puede salvarse sin imitar sus ejemplos de virtud y santidad: que habiendo dicho el mismo Jesucristo que el mundo nos perseguiría, tentaría y llenaría de oprobios, pero que no perecería un cabello de nuestra cabeza, debemos abrazar con gusto las aflicciones y penalidades de esta vida para conformarnos con nuestro ejemplar, modelo, maestro y Redentor, y merecer entrar con él en la gloria eterna. A que todos logremos esta dicha se dirigirá cuando diga en este breve rato.

Dios omnipotente entre el dolor, la afliccion y la miseria: ¿quién no ha de desear padecer y sufrir por vos entre-

gado por nosotros á los horrores de una contradicción como la que sufristeis por parte de los pecadores obstinados en el mal? todo con vos Dios mio: todo con vos que sois un Dios de piedad y de clemencia, y nada con los que hallan su perdición y ruina en vuestra doctrina santa. Esto es lo que queremos, deseamos y os pedimos por medio de vuestra madre y señora nuestra María Santísima á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum cui contradicetur etc.

La virtud, como la rosa entre las espinas, se halla entre los padecimientos, entre las aflicciones y amarguras de la cruz que tienen que llevar los que han de salvarse en ella. «Bienaventurados los que ahora llorais: y ay de vosotros los » que reis! (Luc. c. 6. v. 25.) estrecho es el camino que » lleva á la vida eterna: (Mat. c. 7. v. 14) y yo soy el camino, la verdad y la vida» (Joan. c. 14. v. 6.) dice Jesucristo para hacernos entender, que la vida del cristiano consiste en padecer y sufrir como padeció y sufrió su divina majestad. *Vosotros estareis tristes*, dice á sus apóstoles; *pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.* (Joan. 16. v. 20) Millares de ejemplos conspiran á probar que la virtud tiene su morada entre las penalidades, angustias y conflictos, y que la prosperidad, la dicha y la ventura no son la propiedad de los justos en este valle de lágrimas, sino que se reservan para premiarlos en la gloria futura. Mientras que Abrahá sirvió á Dios en la abundancia parece que Dios duda de su amor: pero cuando puesto en un conflicto levantó su brazo para sa-

crificar á su hijo Isaac, le dijo el Señor: *Ahora conozco que temes á Dios:* (Gene. c. 22 v. 12). Un ángel dice á Tobias: «Porque eras grato á Dios fué necesario probarte en la tribulacion» (Tob. c. 12. v. 13) sataná disputa á Dios la santidad de Job antes de sus padecimientos, pero calla y se retira al verlo sufrir con paciencia. En los horrores de un calabozo abjura Manases su impiedad y esclama: «Tú Señor me has traido á este lugar para que haga penitencia y salve mi alma» Nabucodonosor reducido á la condicion de las bestias en lo interior de los bosques reconoce la magestad y omnipotencia de Dios y dice: *Alab o, magnifico y glorifico al Rey del cielo* (Daniel. c. 4. v. 34). En los abismos del mar maldice Jonas su desobediencia: (Jon. c. 2. v. 8.) En un desierto árido dice el hijo pródigo *pequé contra el cielo:* (Luc. c. 15. v. 18). El mismo Antioco pide perdon á Dios en las ansias de una dolorosa agonía: ¿No prueban estos hechos que la virtud germina al lado de las aflicciones, tristezas y adversidades? Por mas que me afano en recoger datos en las santas escrituras jamás hallo en ellas la virtud entre la prosperidad; siempre la encuentro entre la abyeccion, entre los trabajos, conflictos y penalidades. Veo que los Macabeos son vij lantes en los asanes y conflictos de la guerra: que Judit es penitente en las penas de la viudez: que Mardoqueo es humilde en las humillaciones, Ester desprendida en el cautiverio y Urias fiel en el peligro; «que el corazon de los necios está en la alegría y el de los sabios y prudentes en la tristeza» como lo dice el sabio, (Ecles. c. 7. v. 5) y que esto mismo lo experimentamos todos. Porque cuando nos vemos atribulados por la desgracia ¿no recurrimos á la divinidad

consensando su poder para consolarnos? ¿Cuando sale de nuestro corazón un Dios más tan religioso, como al que nos inspira la gracia en nuestras angustias y tribulaciones? ¿No son estas las que prueban y purifican á los justos? Luego debemos desearlas, pedir las y abrazarlas con gusto, si apetecemos nuestra salvacion, si queremos imitar á Jesucristo y ser hijos suyos.

La prosperidad, el regalo, las delicias y comodidades son plantas muy nocivas á la virtud. Sanson se duerme en medio de sus triunfos: Aman se ensorbece en medio de sus grandezas: Saul se hace envidioso en sus prosperidades: David se envanece entre las delicias de la paz: Salomon se hace idólatra entre los placeres, y los israelitas recalcitraron y se olvidaron de su Dios cuando los alimentaba con las viandas del cielo y obraba en su favor milagros estupendos: ¿y por qué así? porque los vicios, las pasiones, los malos instintos, las tendencias criminales, y la depravacion pululan, crecen, y se robustecen al lado de los placeres y de los sucesos honrificables. Porque en la prosperidad es cuando dice el impio, *He pecado, ¿y qué mal me ha venido por eso?* (Eccles. c. 5. v. 4.) Porque los que viven entregados á la molice, á la opulencia, al fausto, y á las grandezas humanas, asegurados de contratiempos, de adversidades y desgracias, no conocen mayores bienes que los del mundo, no desean ni quieren otros, desprecian las riquezas de la gracia, esta es para ellos como una lluvia que cae sobre una rosa, desprecian los castigos del cielo, no se interesan mas que en lo presente, les fatidia pensar en lo futuro, desechan la idea de la eternidad, porque les es tormentosa... Y no veis, como sin pensar en ello, voy re-

tratando á los hombres felices de nuestro siglo? Ellos tal vez serán objeto de envidia para los que quieren vivir segun las máximas del mundo reprobado por Jesucristo. ¿Pero quién no sabe lo que dice nuestro Salvador del rico avariento y de Lázaro el mendigo? El primero vestia de púrpura y de lino finísimo, tenia convites espléndidos, era el tipo de los que en primera linea figuran en nuestra sociedad, mientras que el pobre Lázaro yacia á su puerta cubierto de llagas deseando hartarse de las migajas que caian de la mesa del rico avariento. Murió el pobre y los ángeles lo llevaron al seno de Abran para ser trasladado al cielo. Murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno, de donde clamaba y decia: Padre Abran compádecete de mí, y envia á Lázaro para que tocando la estremidad del dedo en agua me refresque la lengua porque estoy muy atormentado en estas llamas. Pero Abran contestó diciéndole: Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y que Lázaro recibió tambien males: por lo que ahora está consolado y tú justamente atormentado. (Luc. 16. v. 19 y siguiente.) ¿Puede espresarse mas clara y terminantemente la suerte de los que nadan en delicias, y la de los que sufren y padecen desgracias y contradicciones? Pues estad atentos al evangelio de este dia y vereis confirmadas las mismas especies. La venida del hijo del Altísimo sirve para ruina y perdicion á los que despreciando sus doctrinas y ejemplos se envanecen torpemente con las riquezas, bienes y consideraciones que aprecian los mundanos y es para levantamiento y resurreccion de los que desean, piden y abrazan con gusto las penalidades de esta vida por imitar al que fue puesto por ser señal de contradiccion como lo anunció

el santo Simeón á la mas aflijida de todas las criaturas. Decid ahora si los ricos y avarientos deberán ser objeto de envidia ó de lástima: si los que aman las riquezas, el fausto y la vanidad deben reputarse por dichosos ó por desdichados; y escojed entre la religion de nuestros padres con todas sus virtudes, y la ciencia del mundo con todas sus consecuencias. Escojed: y no creais que esto sea un juego de palabras. Es Dios el que nos pone en esta alternativa y es necesario decidirse. Si amamos desordenadamente los placeres, las riquezas, las pompas y vanidades, «la concupiscencia de la carne, » la codicia de los ojos y el orgullo de la vida, » que no son de Dios, sino del mundo como lo dice san Juan: (Epist. I. Joan. c. 2. v. 16.) Si envidiando á esos Cresos opulentos en sus excesos y demasias apetecemos las glorias mundanas y nos asociamos con los pecadores para insultar, calumniar, aflijir y atormentar á los justos que jimen en los brazos de la penuria: si repugnando los preceptos y consejos de Jesus escarnecemos sus ejemplos y doctrinas y nos avergonzamos de pertenecer á la escuela de un Dios crucificado que nos predica mortificacion y penitencia: si en fin, el niño que llena de gozo al justo Simeon no es nuestro ejemplar y modelo en la contradiccion que sufrió por parte de los pecadores y nos resistimos á imitarlo en sus padecimientos, bien podemos asegurar que estamos pronunciados contra Jesu-cristo y que siendo su venida al mundo para nuestra ruina y perdicion por culpa nuestra estendemos la sentencia de condenacion que ha de precipitarnos en el infierno para jamás salir de sus horrores sempiternos.

... Ay amados míos! Si tuviéramos estas cosas presentes!

si pensáramos en ellas y las tuviéramos en la memoria! No estaría en este caso; el mundo tan perdido como lo vemos, ni nosotros seríamos lo que somos. Pero qué ha de suceder si nadie quiere pensar en imitar á Jesus para salvarse? Cómo ha de haber virtud, si nadie piensa mas que en aglomerar riquezas, en proporcionarse goees y bienes materiales, en agotar las copas del deleite, en vivir libre y licenciosamente, en solazarse, en imitar á Lucifer en su orgullo y soberbia, y á los brutos en sus inmundicias? ¿Qué ha de suceder? si los hombres no conocen otro bien que el placer de los sentidos: si se escandalizan de las doctrinas de Jesucristo, y tienen por estúpidos, por locos, por fatuos y por fanáticos á los que lo imitan en sus aflicciones y padecimientos? ¿Qué ha de suceder? Pero llegará la hora de la muerte cuando menos lo pensemos; nos sorprenderá el Omnipotente cuando estemos disfrutando la felicidad de los animales, cuando embriagados en nuestros brutales placeres no ceshemos de ver si tenemos inteligencia. ¿Y entonces?.. Entonces todos quisieramos haber sido cuerdos, sensatos, religiosos y cristianos: entonces maldeciremos nuestra eleccion y diremos desechados. ¡O! y quién se hubiera humillado delante de Jesus y pedidole su gracia para imitarlo en sus mortificaciones y penitencias, en sus penas y desconuelos, en sus aflicciones y padecimientos! Pues amados míos, aun es tiempo de evitar esta desgracia, aun podemos elegir el extremo contrario y salvar nuestras almas. Nuestro Dios revestido de nuestras debilidades nos ha hecho ver que los *padecimientos* son para nosotros una expiacion del pecado, un medio de purificar la virtud y de merecer eternas recompensas, y como un bene-

ficio de la divina providencia. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados: bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos,» dice Jesucristo, el que sosteniendo con su ejemplo estas máximas ha hecho á millares de hombres capaces no solo de padecer y sufrir con paciencia los mayores trabajos, sino de desear, de pedir y abrazar con gusto los padecimientos en que hallaban alegría, porque como los apóstoles eran dignos de padecer oprobios y contumelias por Jesucristo. Decidámonos nosotros á entrar en el camino de las aflicciones, de las penalidades, penitencias y mortificaciones que nos señala nuestro Salvador: no nos avergoncemos de ser sus discípulos, ni nos detengamos en confesarlo delante de los hombres, aunque peligre nuestra vida seamos sufridos, pacientes y benignos, y llevemos en nuestro cuerpo las señales de la passion de nuestro Señor Jesucristo, como las llevaba san Pablo, y de este modo considerémonos bajo las banderas del vencedor del mundo y del pecado: contemos con que tenemos el pasaporte que ha de introducirnos en el cielo, y alegrémonos con el gozo de los santos al ver que dominan en nuestros corazones la religion de nuestros padres. Aun puede cabernos la suerte de los justos si nos humillamos delante del Señor para pedirle la gracia de mortificacion y penitencia que tanto necesitamos para imitar al niño Jesus en la contradiccion que sufrió pacientemente por parte de los pecadores.

Las doctrinas y ejemplos de Jesus y de infinitos santos formados en su escuela; los libros santos escritos para nuestra instruccion segun san Pablo; y una cons-

tante experiencia nos demuestran, que la prosperidad y el placer son un origen infalible de corrupcion y un escollo cierto para la virtud; y que por el contrario, los padecimientos, las desgracias y tribulaciones son un preservativo y un remedio para el vicio. El mismo hijo del Altísimo nos dice para animarnos—«Puesto que me han perseguido á mí, » tambien os perseguirán á vosotros. Sereis odiados por mi » causa, pero no perecereis eternamente.» (Joan. c. 15. v. 20.)—Es verdad amados míos, que en el dia se necesita mucha paciencia para sufrir las calumnias, las invectivas, los sarcasmos y los rasgos de malignidad de los impios que dominan en el mundo: pero estad seguros de que esta tempestad pasará como las anteriores, y que bien pronto no quedará de ella mas que un débil recuerdo y un sentimiento de indignacion contra los que la han levantado y sostenido; porque los sucesos humanos pasan como rápidas y fugaces sombras sin dejar tras sí mas que tristes vestijios de su insubsistencia y la demostracion de que solo Dios es eterno. La fe nos presenta esta vida mortal como un estado de prueba y de preparacion para la eterna, y felices los que imitando la paciencia y sufrimiento del Salvador del mundo puesto por señal de contradiccion son del número de aquellos para quienes la venida del hijo del altísimo es su levantamiento y resurreccion, como lo dice el santo Simeon con las palabras de mi testo. *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel et in signum cui contradicetur.*

Dios paciente y misericordioso: que una espada de dolor atraviese nuestros almas para que vivamos muriendo por

vos: para que os imitemos en vuestra paciencia y sufrimiento: para que en la mortificación nos hagamos dignos de que nos recibais en los eternos tabernáculos de la gloria
Amen.

A. M.

SERMON

DE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

*Sobre que es el ejemplar y modelo de la circuncision
espiritual con que debemos cortar los vicios y afectos car-
nales y terrenos.*

*Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer.
Habiéndose cumplido los ocho dias del nacimiento del
Salvador fué circuncidado. (Luc. 2. v. 21.)*

Católicos:

Grandes motivos de admiracion, de gratitud y agrade-
cimiento nos ha ofrecido el tierno infante que nació en Be-
len. Brillantes rayos de su divinidad hemos visto en las
humillaciones y abatimientos del establo y del pesebre. Na-
ce el Hijo del Altísimo entre dos animales, y los ángeles lo
anuncian con músicas celestiales y con cánticos de gloria, de
paz y regocijo; los pastores le obsequian en su nombre y
en el de todas las jentes sencillas del universo, una estrella

se aparece en el oriente y guía á los magos desde remotas rejiones hasta el establo en que poniendo á los pies del Niño-Dios no solo sus cetros y coronas, sino tambien sus ricos y misteriosos dones le adoran reconociéndolo como á verdadero Dios, como al Hijo del eterno Padre, como al Salvador del mundo. Es verdad que el Dios anunciado por los profetas, esperado por los patriarcas y representado en tan magníficos símbolos, misterios y figuras nace pobre, abatido y humillado: es cierto que no hallando el apóstol san Pablo términos para expresar la profundidad de la sabiduría eterna en el misterio de un Dios hombre esclama y dice entre los transportes de su admiracion—Se anonadó á sí mismo hasta el extremo de tomar la forma de siervo haciéndose semejante á los hombres y vistiéndose del saco de su mortalidad. (Ad Philip. c. 2. v. 7.)—Pero al lado de tanta miseria se deja vislumbrar la grandeza del Señor, se ve que su fortaleza está escondida entre los andrajos de su humanidad y que si es verdadero hombre es tambien verdadero Dios. Mas en el día octavo En su dolorosa circuncision aparece nuestro Redentor como pecador, y esto es lo mas admirable y sorprendente que hallamos en la vida de Jesus: porque en qué otra ocasion se nos presenta tan escaso de caracteres brillantes, de prodijios y maravillas como vemos acompañados todos sus pasos? Si tiene que huir al Egipto por librarse de la persecucion de Herodes, prostrado á los ídolos y se cumplen magníficas profecías: si despues de un ayuno riguroso es tentado por el enemigo lo vence gloriosamente y una multitud de ángeles acuden á servirle: si en principio á su predicacion es obrando los mas estupen-

dos milagros: si emprende la dolorosa carrera de su pasión humilla á sus enemigos, sana á Malco, restituyéndole la oreja que le había cortado san Pedro, y les dá licencia para que ejerzan sobre su persona sacrosanta el poder de las tinieblas; en la cruz perdona al buen ladrón y al morir se oscurece el sol, se ensangrienta la luna, tiembla la tierra, se parte el velo del templo, resucitan los muertos, el Centurion lo confiesa Dios verdadero y las gentes se comueven extraordinariamente: pero en la Circuncision ningun milagro se ve. En este gran suceso vemos á Jesus confundido con el resto de los hombres marcados con el sello de pecador: gemidos tiernos, lágrimas inconsolables, sangre corriendo de sus venas, dolores acervos... Nada mas se ve en el día de la Circuncision penosa del niño que dió el padre celestial al mundo para que lo salvase.

Es este el Dios de quien dice David que vendria como un gran monarca cuyo reino seria eterno, y que dominaria de oriente á poniente; desde el septentrión al mediodia reinaría sobre todas las naciones libertando al pobre y desvalido de la opresion, de las usuras y de la iniquidad del rico prepotente y orgulloso? No decimos con Isaías:—Un párvulo precioso nos ha nacido cuyo imperio está sobre sus hombros, y cuyo nombre es el de «admirable, Consejero, Dios» Fuerte, Padre del futuro siglo, Príncipe de la paz y de la nueva alianza? Pues qué conexión tienen aquellos anuncios y estos pomposos títulos con lo que vemos en este día de sangre en que un niño débil cargado con nuestras miserias y penalidades toma las mismas medicinas que los pecadores, y se sujeta á una ley cuya observancia siendo

elijente y nustera es al mismo tiempo ignominiosa, como lo dice mi melilluo padre san Bernardo? (*serm. 1 circuncis.*)

Ay católicos de mi alma! Adoremes la incomprensible dignacion de nuestro Dios en el misterio de su circuncision, bendigamos sus obras y humillémonos bajo la mano omnipotente del vencedor del mundo, del infierno y del pecado. El niño que nació de una Madre Virgen no tenia necesidad de sujetarse á la ley de Abran y de Moises, pero la observó por nosotros segun el doctor melilluo. Se circuncidó para enseñarnos desde la cuna la virtud de la humildad, base y fundamento de todas las demas; para confundir nuestro orgullo y soberbia; para excitarnos á la mortificacion y penitencia para que no nos resistamos á tomar las medicinas que nos propina el médico celestial por amargas que nos parezcan para que nos despojemos de las inmundicias del pecado que vino á destruir, y para que circuncidemos nuestras pasiones y afectos terrenos y carnales. El hijo del Altísimo no nos habla haciendo bajar fuego del cielo como Elias, sino que acomodándose á nuestra flaqueza y tomando nuestra carne para ponerse mas á nuestros alcances se ofrece al cuclillo á los ocho dias de su nacimiento y nos da una leccion práctica cuya importancia os haré ver demostrándoos que «la circuncision del Señor es el modelo de la que debemos hacer de nuestras malas pasiones y afectos desordenados.»

Jesus divino y Salvador omnipotente: ¿no es verdad que sufristeis la circuncision por redimirnos y enseñarnos el camino de las virtudes que conduce al cielo? Pues haced que no sea infructuosa para los que la celebramos con espíritu religioso en este dia. Os lo pedimos por vuestros méri-

...tos infinitos, y por los de vuestra tierna y querida Madre
á quien decimos con el ángel

AVE MARIA.

Postquam consummati etc.

El hijo del eterno padre quiso probar en el misterio de su circuncision que habia tomado una carne real y verdadera como la nuestra, y no aparente y fantástica como en su frenesí dijeron despues algunos herejes. Quiso confirmar la fe de los que lo confesamos, veneramos y adoramos como á verdadero Dios y á verdadero hombre. Quiso circuncidarse Jesucristo porque siendo la circuncision una nota y señal del pueblo judío y de los descendientes de Abrahá, recibiendo la dió á conocer que él era descendiente de aquel patriarca santo de quien habia de nacer el Mesías. Se circuncidó porque derramando su preciosa sangre en el día octavo de su nacimiento, nos dió uno de los mas grandes ejemplos de humildad pasando por pecador á los ojos de los hombres y llevando en su carne inocente las notas y señales vergonzosas del pecado. Se sujetó á la ley dura y penosa de la circuncision para quitarla de entre nosotros segun san Pablo, para prescribirnos otra que escudiese en perfeccion á la antigua tanto como dista la sombra de la realidad, la figura de lo figurado, lo carnal y terreno de lo espiritual y divino: una circuncision espiritual digna de la ley de gracia que consiste en la mortificacion de nuestros sentidos y en la sujecion de nuestros deseos y afectos criminales, que como otros tantos renuevos de la concupiscencia pululan y crecen continuamente en nuestros corazones. Esta es la circuncision que exige Jesucristo á todos sus hijos presentándoseles como modelo y ejemplar

en el misterio que celebra nuestra santa madre la iglesia en este primer día del año en el que si cortamos los malos hábitos del hombre viejo y nos vestimos con los de Jesús, como tantas veces nos lo encarga el apóstol, daremos principio á la grande obra de nuestra santificación y se cumplirán en vosotros los designios de nuestro Salvador glorioso.

Si amables oyentes: habiéndose circuncidado el inocente y sin culpa, por nuestro amor y remedio es preciso que copiemos en nosotros este divino ejemplar circuncidando en nosotros todas las culpas, todos los lazos, todos los afectos terrenos y carnales, y todos los desórdenes de la vida: es necesario arrancar de nuestros corazones todo lo que en ellos pueda impedir aquella caridad que logra y consigue estar con Dios, como lo dice san Juan; es de absoluta necesidad, dice el doctor seráfico san Buenaventura, que degollemos nuestros pecados con la espada de la penitencia, que destruyamos hasta el afecto á todo lo que puede inducirnos á pecar con el cuchillo de la oracion, que nos afirmemos en la fé, en la esperanza y en la caridad sin lo que es imposible copiar en nosotros el modelo de la circuncision espiritual que nos intima Jesucristo como condicion sin la que nadie puede conseguir el premio inmortal de la gloria. ¿Teneis acaso por muy co-tosa esta circuncision espiritual tan esencial á los hijos de la gracia? ¿Se os figura que siguiendo é imitando al niño Jesús sereis menos dichosos y felices que lo sois en vuestra disolucion y libertinaje? Estos errores son los que vino á destruir la sabiduria eterna. Sujetad, sino á la ley de la circuncision espiritual, y vereis sino es mucho mas dulce, suave y delicioso el vivir con la vida de Jesús, que el alimentarse con las

viandas de los vicios y pasiones desenfrenadas: Elaceditaris si-
quiera un ensayo, y decidid con conocimiento de causa: No
escucheis la prudencia de la carne ni los resentimientos del
amor propio; desechad las máximas del siglo y la falsa políti-
ca del mundo, olvidad las preocupaciones: no decoreis vues-
tros vicios con los nombres de las virtudes ni califiqueis vues-
tras iniquidades con la ciencia mundana; no toméis la ven-
ganza por la justicia ni mireis vuestro orgullo como un sen-
timiento loable de dignidad; sed en una palabra, virtuosos,
justos y benéficos: lograd por estos medios la circuncision es-
piritual que se os recomienda en este día; y si os vá mal, si en
medio de las penalidades, trabajos y miserias de esta vida no
experimentais la paz y los consuelos de la gracia; venid y ar-
güidme, os dice Dios por un profeta (Isaí. c. 1. v. 18.).

Pero no hay que temer: porque el don de la paz que
concede Dios á los que se circuncidan espiritualmente es su-
perior á todos los sentidos segun el apóstol; porque esta paz
es la que pone término á todos los desórdenes de nuestra ál-
ma, desterrando los remordimientos de ella; la que derama la
alegría en nuestros corazones haciendo que se regocijen al
verse libres de las ataduras del pecado, al satisfacer con la
penitencia las culpas cometidas; al esperar el perdón de los
pecados, al dedicarse á las obras buenas, al formar resolu-
ciones de servir al Señor y al seguir los pasos del que nos
arrastra con su gracia á la felicidad eterna. Esperimentádlas
y vereis que no es posible la indecision entre la paz certificada
por el testimonio de una buena conciencia y la turbacion infer-
nal de un criminal. No exajereis las dificultades que se po-
nen para eximirse de la circuncision espiritual, no habéis de

ella sin conocerla ni practicarla, despreciad al demonio que to desfigura á fin de apartaros de un remedio tan esencial para salir del estado del pecado al de la gracia, y pre-tad vuestros oídos á los maestros y doctores que ha puesto Dios en su iglesia para doctrinaros é instruiros en la ciencia de vuestra salvación.

Hay dice el cardenal Hugo, en la ley de gracia circuncision espiritual de los penitentes que detestando sus culpas y pecados con un sincero arrepentimiento los destruyen y borran en el santo sacramento de la penitencia en donde se les aplica la sangre derramada por Jesus. Hay circuncision de los que consagrándose á Dios por medio de los votos de obediencia, pobreza y castidad degüellan al mundo con sus pompas y vanidades, al de ronio con sus sujestiones y á la concupiscencia con sus apetitos desordenados; y hay circuncision de los mártires por la libre y espontanea aceptacion de la muerte sufrida en defensa de la fé, siendo esta la mas heróica, perfecta y jenerosa. Es verdad que no se pide á todos la perfeccion de las dos últimas circuncisiones porque la gracia de la vocacion religiosa y del martirio solo se conceden á aquellas almas privilegiadas que Dios llama á los estados mas perfectos y santos: pero á la circuncision de los penitentes con que se destruyen todos los pecados con sus propensiones y tendencias culpables ¿no estamos obligados todos los cristianos? Recordad lo que prometisteis en el bautismo, mientras que recorriendo todo lo que sobre esta materia han escrito los santos padres os propongo un medio que está al alcance de todos.

Del corazon proceden los malos pensamientos y en él se

forman los deseos ilícitos, los odios, los rencores y las aver-
siones ó antipatías criminales: pues haced lo que dice
Isaías; *Auferte mahum cogitationum vestrarum ab oculis meis;*
apartad, echad lejos de vosotros el mal de vuestros cri-
minales pensamientos para que no los vean mis ojos, y ha-
beis circuncidado vuestro corazon.

De la boca proceden las maldiciones, las mentiras, las
blasfemias, los falsos testimonios, los perjurios y esas pala-
bras escandalosas que por comunes se dejan desapercibidas:
pues pedid al Señor como David que ponga en vuestros la-
bios un candado de circunspeccion para no ofenderle, y te-
neis circuncidada vuestra lengua. Las manos son el instru-
mento de las rapiñas, de los hurtos, de las muertes y accio-
nes pecaminosas: pues circuncidadlas con el cuchillo de la
penitencia sin reparar en la amargura y severidad de la
medicina: imitad á Sefora mujer de Moises que viendo que
el ángel iba á quitar la vida á su marido porque no habia cir-
cuncidado á su hijo como lo disponia la ley, ella misma cojió
el pedernal y circuncidó al fruto de sus entrañas aunque le
fue tan doloroso el ver correr la sangre del niño que tanto
amaba. El hijo incircunciso, dice el doctor seráfico, es el
mal cristiano: el pedernal con que debe circuncidarse es la
penitencia, aguda por la contricion, mas aguda si va acom-
pañada con la confesion, y agudísima si tiene su último com-
plemento que es la condigna satisfaccion. Quereis amados
míos circuncidaros espiritualmente como nos lo manda Je-
sucristo? Pues sacrificadlo todo con la espada de la peniten-
cia. Sacrificad las manos apartándolas de lo malo y esten-
diéndolas á las obras de misericordia; sacrificad los pies diri-

giéndolos por las sendas de los divinos mandamientos á ejemplo el virtuoso Tobias que mientras los demas corrian presurosos á incensar á los ídolos de Jeroboán él huia de estos espectáculos retirándose á su casa como al templo en que hacía oracion al Dios verdadero: sacrificad los ojos apartándolos de todos los objetos torpes y deshonestos y de la lectura de esos libros ponzoñosos capaces de pervertir no solo á las débiles cañas ajitadas por el viento de la curiosidad, sino aun á los mismos cedros del libano; sacrificad la lengua y todos vuestros sentidos si quereis experimentar las dulzuras de la paz que infunde Jesucristo en los corazones de los que se circuncidan espiritualmente. No haciéndolo asi jamas copiaremos en nosotros el modelo ejemplar de Jesus en el misterio de su circuncision, no seremos dignos de las recompensas preparadas para los que viviendo segun las máximas del evangelio crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias, como lo dice el apóstol.

Jesucristo sacrificó su libertad con la obediencia que prestó á la ley de la circuncision que no le obligaba; sacrificó sus intereses con la pobreza y desnudez con que se manifestó; sacrificó su honor presentándose entre los hombres con el carácter ignominioso del pecado; sacrificó sus deleites derramando su preciosa sangre á los ocho dias de su nacimiento, y todo, todo lo sacrificó por salvarnos, por redimirnos, por enseñarnos y dejar bien consignadas las obligaciones que deben cumplir los hijos de la gracia para ir á la gloria. Nuestro Jesus divino se circuncidó para que nosotros circuncidemos nuestros vicios, nuestras pasiones, y hasta las raices de los pecados; no es costosa esta espiritual circun-

cision si atendemos á los bienes inmensos que nos proporciona; es absolutamente necesaria para nuestra salvacion, y no son buenos cristianos los que despreciando los ejemplos del niño Dios se niegan á circuncidarse del modo que dejo espuesto.

Comprendedlo bien fieles que me escuchais. Vosotros orgullosos, libertinos, independientes, libres y despreocupados, vuestra circuncision consiste en separar de vuestro corazon los desórdenes de una voluntad rebelde, ansiosa de sacudir la ley santa del Señor que nos quiere humildes, sumisos, dependientes, sujetos á los superiores y virtuosos. Hombres avaros, vuestra circuncision está en cortar de raiz ese espíritu de codicia que os consume, os devora y os hace negar no solo esa providencia que sustenta á las aves del cielo y á los reptiles de la tierra, sino las palabras del Dios que nos asegura que buscando su reino y su justicia se nos darán todas las cosas que necesitamos para pasar esta vida fugaz y transitoria. Sensuales, impúdicos y hombres cínicos alimentados con lubricidades repugnantes, vuestra circuncision no debe ser otra que la de huir de las ocasiones como de la vista de la culebra infernal, la de destruir los afectos desordenados rompiendo con esas peligrosas relaciones que os conducen á un abismo, y la de cortar con el pedernal de la penitencia los resabios, hábitos y tendencias de la carne rebelada contra el espíritu. Mujeres del siglo ¿á dónde vais á parar con ese amor desordenado de vosotras mismas? en destruirlo consiste la circuncision que os intima Jesucristo en el misterio de este dia. Sin cortar esa superfluidad de adornos inmodestos, ese lujo escesivo que sobre fomentar los vicios

:

destruye vuestras casas, arruina vuestras familias y es el origen de tantos desórdenes y escándalos, sin vivir como lo manda y prescribe el evangelio no hay la circuncision que se necesita para ser santos y perfectos como deben serlo los hijos del padre celestial. Basta.

Os he propuesto á Jesus en su circuncision como modelo y ejemplar de la circuncision espiritual con que debemos cortar los vicios y pasiones desordenadas, los afectos carnales y terrenos que impiden nuestra marcha por el camino de las virtudes que conduce á la gloria; y me he dejado llevar del deseo vehemente que tengo de contribuir á vuestra dicha y felicidad estimulándoos á que seais buenos cristianos. ¿No habré sacado algun fruto? Convencidos de que solo en la vida cristiana hay verdadera paz ¿no pediremos al niño Dios la gracia que necesitamos para imitarlo en su circuncision arrojando todos los andrajos del pecado para vestirnos las hermosas ropas de la virtud?

Si amable Jesus divino. Somos escoria, polvo y nada: pero vos sois nuestro Dios. Habeis descendido de los cielos por nosotros los hombres; nacisteis pobre, abatido y humillado; y ansioso por sufrir y padecer por nuestra salud, á los ocho dias derramásteis vuestra sangre. Nosotros nos acogemos á ella para que nos concedais la gracia de vivir circuncidados en todo lo que sea de vuestro agrado, de ser buenos cristianos, de alabaros y bendeciros en esta vida y en la gloria eterna. Amen.

A. M.

PLATICA

PARA EL DIA PRIMERO DEL AÑO.

Sobre el buen uso del tiempo.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer vocatum est nomen ejus Jesus. Despues que llegó el dia octavo en que debía ser circuncidado el niño, se le dió por nombre Jesus. Luc. cap. 2. v. 21.

Pasaron los ocho dias del nacimiento de nuestro divino Redentor, y segun lo que disponia la ley de Moises en el dia octavo fué circuncidado y se le llamó Jesus, que es el nombre que le habia dado el ángel antes de ser concebido en el seno de Maria. No voy en este momento, amados míos, á llamar vuestra atencion sobre este soberano misterio de la circuncision del Señor y sobre las reflexiones cristianas, piadosas y consolatorias que se desprenden de su contemplacion y del divino nombre de Jesus. La circunstancia de dar principio en este dia á un año nuevo me hace detener

en las primeras palabras del evangelio: «pasaron los ocho » dias del nacimiento del Niño y fue circuncidado.» Ha pasado un año tambien desde que celebramos esta festividad y vamos á empezar otro contando como cristianos desde el dia del nombre de Jesus, porque en Jesus y con Jesus debemos empezar, y continuar y concluir todas nuestras obras. Yo me felicito y os felicito tambien á todos por haber concluido un año y haber logrado del Señor la gracia de haber conservado nuestra vida y tal vez nuestra salud en este dilatado espacio de tiempo preservándonos de tantos y tan continuos peligros á que vivimos espuestos. ¡Gracias sean dadas al Señor por este beneficio! Pero no pasemos adelante sin entrar en nuestro corazon, sin examinar nuestra conciencia, sin averiguar el uso que hemos hecho de este don precioso del Señor, el empleo que hemos hecho del tiempo que tan generosamente nos franquea su divina Majestad.

El comerciante fija en este dia el arreglo de sus cuentas, el hacendado las exige de sus mayordomos y apoderados, el amo las ajusta con sus sirvientes, el labrador, el artesano, todos calculan sus gastos y sus utilidades para arreglarse segun sus productos en el año siguiente y satisfacer sus obligaciones del año anterior. El Señor nos ha dado la vida y los años, ¿los dejaremos pasar sin darle cuenta de ellos, sin saber si los ocupamos dignamente, si ganamos ó perdemos en ellos? Hé aquí, hermanos míos, sobre lo que quiero llárrar vuestra atencion. El tiempo, la gracia del tiempo que el Señor nos concede, el empleo que hemos hecho de él es lo que debe ocuparnos en este dia y no pa-

sar á un año nuevo sin poner antes en claro nuestras cuentas con el Señor que nos las tomará de toda nuestra vida.

¿Qué es la vida? ¿Ese espacio de tiempo que media desde la cuna hasta el sepulcro? ¿Esa duracion que tanto apetecemos, que por tantos medios procuramos, que tanto tememos perder, que siempre se nos hace corta y transitoria y en cuyo obsequio lo sacrificamos todo? No es otra cosa, hermanos míos, que el día que nos concede el Señor para trabajar, es una carrera momentánea para llegar al premio eterno, es el destierro y el tiempo de prueba que el Señor nos da para que hagamos obras dignas de merecerle cumpliendo su ley; es el tiempo de crecer y dar fruto hasta que llegue la recolección y el grano sea atrojado y la mala hierba arrojada al fuego; es el día destinado para trabajar en la viña del padre de familias antes de recoger el denario convenido. En llegando la noche de la muerte ninguno puede obrar, y el fin será segun las obras de la vida. En la vida solamente podemos merecer ó desmerecer, obrar el bien ó el mal y en llegando la muerte ni queda lugar al arrepentimiento, ni á la penitencia, ni á la satisfaccion, ni á la enmienda, y solo le hay para recibir el premio ó el castigo eterno segun el empleo bueno ó malo de nuestra vida. Segun esto, no es el tiempo, ni los años para atesorar las riquezas y correr en busca del oro y los bienes temporales que al fin los dejaremos; no es para saciar nuestros apetitos y dar satisfaccion á nuestros deseos depravados que no pueden darnos sino amargura y afliccion de espíritu; no es para dominar con el poder y la soberbia porque al fin al infeliz y al poderoso los confundirá la muerte y sus huesos no se distinguirán; no es para ocuparse en las ciencias que

hinchon, porque el sábio y el necio perecerán; no es para afanarse por buscar la comida y la bebida y dejar riquezas á los hijos, porque antes de todo debemos buscar las cosas del cielo y todo lo demas queda á cargo del Señor dárnoslo por añadidura; no es para pasar los dias en los deleites sin perdonar nada á nuestra lascivia y á nuestras concupiscencias, para entregarnos á los gustos del mundo y coronarnos de flores antes que se marchiten, porque ese camino lleva al precipicio y su término es el infierno; es para trabajar, para obrar el bien, para negociar los talentos y gracias que el Señor nos da, para cultivar y labrar la viña en que somos operarios, es para que logremos con nuestras buenas obras nuestra propia salvacion. Todo lo que sea descuidarnos de este negocio tan interesante, todo lo que sea olvidarnos de trabajar en esta vida para ser felices en la otra, es perder el tiempo, es engañarnos miserablemente y no dar al tiempo y á los años el destino para que Dios nos los concede.

A todos nos ha llamado el Señor á trabajar en el cultivo de la viña de nuestra alma desde la madrugada de nuestra vida, en la niñez, en la juventud, en la vejez con sus inspiraciones, con la palabra de Dios, con los buenos ejemplos, con los santos sacramentos que nos franquea nos llama diariamente al trabajo de cultivar nuestra alma arrancando las malezas de nuestros vicios y cuidando que obre las virtudes, y solo trabajando nos dará el galardón de su gloria. Ahora bien, ¿trabajamos ó estamos todo el dia ociosos? Traigamos hoy hermanos míos, traigamos á exámen todo el tiempo de nuestra vida. Los dias pasan con la rapidéz del viento, los años se acaban y pasan; llevamos casi andada toda nues-

tra carrera; ¿cuáles son nuestras virtudes y buenas obras? ¿En qué hemos empleado este año y qué hicimos en los anteriores, ó qué pensamos hacer en el venidero? ¿Creemos ser eternos? ¿Cuántos hemos visto morir en este año de nuestra edad ó menos que nosotros, de tan buena salud ó mejor que nosotros, de tantos recursos ó mas que nosotros? ¿Cuántos han desaparecido de los que fueron nuestros amigos, nuestros compañeros en la infancia, de los que iban á la escuela con nosotros y aun mucho mas jóvenes y robustos que nosotros? Estamos á las puertas del juicio y de la muerte, tocamos con la vejez y cuando no, con los infinitos peligros que nos rodean, ¿esperamos á salir de este mundo vacíos y destituidos de las obras de justicia y santidad, ó acaso envueltos en la corrupcion y los vicios?

Tendreis acaso por intempestivas unas ideas y recuerdos tan afflictivos y melancólicos en un día de regocijo y de fiesta, en que todos son parabienes y felicitaciones, en que nadie piensa en morir y todos en celebrar un año nuevo. Tambien yo deseo vuestro placer y alegría, quiero que os regocijeis en el Señor y celebreis este día de su santo nombre como hijos y domésticos suyos; pero quiero que le celebreis con una alegría santa que solo puede dar una conciencia pura, convencida del buen uso que hace del tiempo que el Señor la concede, una conciencia que nada tiene que reprehender y á quien no pueda perturbar la memoria del terrible día en que el Señor ha de pedirnos cuenta del tiempo; quiero que no dejeis pasar la oportunidad de este día en que empezamos un año nuevo sin examinar los cargos y poneros á salvo de la responsabilidad que os ha de hacer el Se-

ñor, el enemigo de vuestra salvacion que se complacerá do vuestra ruina, y vuestra misma conciencia que será el gusano que mas os roerá. ¿Quién sabe si tendremos otro año de vida? ¿Quién sabe si moriremos repentinamente? ¿Quién sabe si cansado el Señor de nuestra ingratitud y pereza nos negará sus auxilios quando le llamemos?

No contamos sino con el tiempo que tenemos presente y es una temeridad el dilatar de dia en dia el entrar en el exámen de nuestras obras. Celebrad con alegría y regocijo el dia de año nuevo, pero antes indagad si vuestra hacienda tiene algo de injusta ó mal adquirida, si habeis tenido contratos y empréstitos usurarios, si habeis negado el jornal al trabajador ó habeis trabajado menos de lo justo, si habeis restituido lo ajeno y cumplido las cargas que teneis de justicia; indagad si hay quien llore vuestras opresiones, vuestras injusticias y atropellamientos, si hay difuntos que reclaman los sufragios que dejaron á vuestro encargo, si hay pobres que fueron á devorar en el silencio la afliccion que los causó una despedida cruel é inhumana que los disteis desde vuestros banquetes, ó desde vuestra opolenta carroza en que insultasteis su miseria, indagad si vuestros sirvientes y colonos han recibido su justa recompensa ó si estrujais su sudor para engruesaros á su costa; mirad tambien si habeis perdonado las injurias, si os habeis reconciliado con vuestros enemigos, si habeis devuelto la fama á vuestro prójimo, si habeis dejado la ocasion y evitado el escándalo, si habeis enderezado vuestras costumbres y dado buen ejemplo, si os habeis apartado del juego, de la embriaguez, de la venganza, de la avaricia, si habeis corregido y tenido el

cuidado que Dios os manda de vuestros hijos y dependientes, de las obligaciones de vuestro oficio y destino, entrad en el exámen de vuestra vida, confrontadla con la ley del Señor y probad como os hallais con vuestros prójimos, con vuestro Dios, con vuestra misma conciencia y apresuraos á reparar los daños causados, las injusticias cometidas, separaros de los pleitos injustos, deponer los rencores, y buscar la paz de vuestra alma. Ese tiempo perdido, esa vida malgastada, podeis aun subsanarlo todo con una vida nueva de virtud y santidad. Previas estas diligencias alegraos y dad gracias al Señor que os concede una vida para ganar en ella un premio eterno; alegraos, pero sin esponeros á tener que llorar por toda una eternidad y recordar en vano entre los tormentos los dias malgastados, las ocasiones de salvaros perdidas y despreciadas, y la facilidad que ahora teneis de ser felices para siempre. El mundo y la vida pasan, nuestros entretenimientos y placeres se acaban y nuestra alma ha de durar para siempre; pues guiémosla por el camino de la eternidad dichosa.

Ved aqui lo que yo pido principalmente al Señor para vosotros y para mí, y lo que debéis pedirle vosotros tambien. El Señor nos conceda la paz, la union de las familias, los frutos temporales y lo necesario para sostener la vida tan llena de miserias y tan necesitada de recursos mientras estamos en este mundo; el Señor nos conceda unas autoridades justas que repriman al malo y conserven la paz y den á cada uno su derecho; nos conceda la salud á todas nuestras familias; pero sobre todo una vida nueva y gracia para servirle. No miremos á los astros para saber si tendremos escasez ó

abundancia, pocos ó muchos frutos y ganados, estas cosas las buscan los gentiles y aquellos que viven como si no tuvieran Dios; pero nosotros debemos volver á este Señor, adorar su providencia divina y poner en él toda nuestra confianza.

Los dias y los años, os diré con san Juan Crisóstomo, no son buenos ni malos por su propia naturaleza y en nada se diferencian unos de otros, y solo los hace diferentes nuestra diligencia ó nuestra pereza. El dia que obreis la justicia y cumplais los ejercicios de virtud, aquel será un dia feliz y bueno para vosotros, y aquel que mancheis con el pecado será malo y lleno de tormento y afliccion. Si teneis este principio por norte de vuestra conducta y segun él obrais la misericordia, la piedad, orais y pedis humildemente al Señor todos los dias, si en todos huis del pecado y procurais adelantar en la virtud, tendreis un año dichoso y podreis prometeros al fin un fruto copioso de santidad y un premio de gloria. Pero si despreciáis la virtud y os entregais á los placeres, á los afanes de la tierra, al ansia de atesorar sin pensar en Dios, sin poner en él la confianza, sin señalar los dias destinados á su culto con obras de virtud, y solo con festejos temporales y escesos y diversiones reprensibles y pecaminosas, convengo en que tal vez al fin del año habreis adelantado vuestra fortuna, habreis devorado manjares esquisitos, habreis fatigado vuestros miembros con el goce de vuestros placeres; habreis disfrutado comodidades y regalos, habreis ascendido en vuestros destinos y empleos, os habreis preparado una vejez descansada y á cubierto de la pobreza, pero vuestro interior, vuestra alma estará enteramente vacía de

de virtud, si no viene á estar afeada y manchada con las culpas, en desgracia de Dios y espuesta á su eterna condenacion. Habreis adelantado mucho en el camino del mundo, pero habreis dado muchos pasos atras en el camino de la salvacion eterna.

Conocereis ya, amados mios, que no hay doctrina de mas consuelo que la que nos da en estas máximas nuestra religion adorable. Con esta fé y convencidos de estas sublimes verdades aprenderemos á despreciar las cosas presentes y ansiar las eternas, á no tener por firmes, sólidas ni estables las cosas humanas y no mortificarnos con el deseo de las riquezas, del poder, de los honores y los aplausos. Al ver á un rico no nos asaltará la envidia; si caemos en pobreza no decaeremos de ánimo, y podemos hacer alegres y festivos todos los dias de nuestra vida, no con comidas y bebidas, no con las disoluciones y la maldad, no con los bailes y diversiones impúdicas, sino con la sinceridad y la verdad, con una conciencia pura y con el alimento sabroso de una esperanza de bienes eternos y deliciosos inesplicables. Los que rien en medio de las fiestas mundanas aunque esten en continuas fiestas y regocijos, no tienen mejor suerte que los que lloran. ¿Cómo puede satisfacer y alegrar al alma un dia que solo deja terrores y remordimientos de conciencia? Conoceréis que el pobre y el rico pueden igualmente prepararse un año dichoso puesto que para ello no hacen falta ni las riquezas ni la abundancia sino la virtud. ¿Sois pobres? Pero todos podeis tener el temor de Dios que es un tesoro mas abundante que todas las riquezas juntas que ni se consume, ni se corroe, ni se agota jamás. Levantad vuestros ojos á

cielo, mirad á la tierra, al mar, al aire y á toda la naturaleza; considerad á los ángeles y á todas las potestades superiores; todo es de vuestro Padre. ¿Y es posible que los siervos é hijos de un Señor y padre tan rico hayan de ser pobres si procuran servir y agradar á su padre y Señor? Estamos escritos en los registros de la ciudad celestial, nos espera entre los ángeles y bienaventurados, en el lugar en que se acabarán los años y será todo siempre un día alumbrado por la luz indefectible. Pues si aquella es nuestra patria, busquémosla y apetezcámosla, y no suspiremos tanto por la tierra con la que nada tenemos y somos extranjeros y peregrinos. ¿Sois pobres? ¿No podeis ocupar casas suntuosas ni aparecer al público con ricos adornos y vestidos? Pero podeis hacer que vuestra luz luzca delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro padre celestial, y estaréis abundantemente recompensados de vuestra pobreza y oscuridad. No envidieis las coronas corruptibles puesto que podeis ordenar vuestra vida de modo que recibais del mismo Jesucristo una corona de justicia mas preciosa que la de los reyes y emperadores. No obreis con temeridad ni imprudencia y todo cuanto hagais, sea que comais ó bebais, que esteis en casa ó en los caminos, que trabajéis ó descanséis, que tengais bienes ó pobreza, fortuna ó adversidad, dirijidlo todo á honra y gloria de Dios conformándoos siempre con su voluntad. Así tendreis un año feliz, sin inquietudes ni ansiedades de espíritu.

Empezad, hermanos míos, empezad en este día primero del año por la circuncision espiritual, es decir, por cortar y spartar de vosotros todo lo que sea pecado y afecto al pe-

cado; por ofrecer vuestra voluntad á la voluntad del Señor y proponeros servirle, agradarle y crecer en la virtud y adelantar en el camino del cielo. Hoy mismo se nos ofrece el recurso y los medios poderosos para vencer todos los obstáculos y saltar por todas las dificultades que se nos opongan. *El niño es circuncidado y su nombre es Jesus.*

Este nombre de Jesus que se nos ha dado para que por él consigamos todos la salud eterna. Este nombre de Jesus con que nos hacemos temibles de nuestros enemigos, que nos da valor en las tentaciones, fortaleza en los peligros, consuelo en las desgracias... acojámonos á este divino nombre, invoquémosle con frecuencia en los bienes y los males. Jesus sea nuestra compañía y en vez de tantas palabras inmundas que salen de las bocas cristianas, de tantas maldiciones y juramentos, de tantas canciones impías y deshonestas que no se oiga sino el nombre de Jesus y cánticos de alabanzas á Jesus. Armados de este divino nombre, con los auxilios de Jesus seremos virtuosos y tendremos un año que pueda servirnos de mérito y para hacer caudal que presentar al Señor. Invoquemos á Jesus y tendremos paz, union, bienes, gozaremos anticipadamente en la tierra las dulzuras de la gloria. Asi os lo deseo y pido al Señor os lo conceda, y que viviendo en todos nuestros días con Jesus, le tengamos afable y propicio en la hora de la muerte y muramos tambien repitiendo el nombre dulcísimo de Jesus y encomendándole nuestra alma para que viviendo y muriendo con él, sea nuestro premio en el año eterno, que el Señor nos conceda por su gran misericordia. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE EPIFANIA.

Sobre la imitacion de los santos Reyes.

Et procidentes adoraverunt eum. Y postrándose le adoraron. Matt. c. 2.º v. 11.

Sabios de la tierra: no preguntéis ya cuál es la religion que bajó del cielo para hacer dichosos y felices á los hombres. Orgullosa razon humana: toma: lee los libros santos, y humíllate delante del Omnipotente. Respeta con profunda veneracion sus obras. Los reyes magos al ver la estrella de Jacob en el Oriente abandonan sus palacios, dejan sus reinos, renuncian su grandeza, sus comodidades y placeres: olvidan sus ídolos y emprenden un largo y penoso viaje para reconocer y adorar al Niño Dios reclinado en un pesebre. Los reyes magos confiados en la guia celestial que los conduce entran en Jerusalem preguntando á Herodes, á

los sacerdotes y al pueblo todo por el que ha nacido Rey de los judíos: el astro que los dirige los pone en el portal de Belen: hallan al niño con María su madre, y postrándose, le adoraron. *Et procidentes adoraverunt eum.* Se necesita mas para demostrar la divinidad de la religion que se nos predica en el pesebre? No, religion santa y adorable: no tienes necesidad de mostrar hoy los títulos y credenciales de tu origen celestial y divino. Hija inclita del cielo; no te afañes por descubrir tus bellezas encantadoras. La majestuosa sombra de los tipos y figuras que te precedieron: la voz sonora de los oráculos que te anunciaron: el irresistible magnetismo de los milagros y la preciosa sangre de tantos mártires que han confirmado tu verdad: la santidad de tus máximas; tus consoladores dogmas y misterios: la providencia que te lleva victoriosa y triunfante prosternando á cuantos se oponen á tu inefable marcha: la asistencia del Espíritu-Santo que te defiende, y aun ese fondo divinal que no pueden desconocer en tí los que te improperan y persiguen, con otras mil demostraciones patentes y palpitantes que no me es dado el indicar, son ciertamente los testimonios mas inevitables de tu divinidad: pero en este dia no se necesitan. Para tu triunfo nos basta el testimonio de los santos reyes que provocan nuestra devocion, nuestro júbilo y nuestro entusiasmo religioso. Ellos vinieron del oriente á Belen, y postrándose adoraron al Niño ofreciéndole oro, incienso y mirra. Pues se acabaron las dudas, nuestro corazon descansa, y lleno del mas dulce enajenamiento reposa deliciosamente sobre una religion cargada con el sello de la verdad eterna.

Invente la filosofía de nuestro siglo los sofismas más capciosos, y coliguense el mundo, el demonio y la carne contra el Hijo del Altísimo humillado y abatido en un pecebre; que contra la imbecilidad y esfuerzos de la tierra y del infierno opondremos la conducta de los reyes magos, y con ella demostraremos que sola nuestra religión es la adorable, celestial y divina: que al querer resistirla la mentira quedó enredada en sus propios lazos como lo dice el saltaista. (Ps. 26, v. 12.)

Pero católicos: sabido es que la ciencia orgullosa que serpa sobre la inmundicia de vicios vergonzosos no puede percibir los arcanos del eterno en las obras de su omnipotencia. Los hombres terrenos y carnales, dice el apóstol, ¿cómo han de entender las cosas que son del espíritu de Dios? Es pues necesario salir de las tinieblas en que nos sumió el pecado y entrar con el fanal luminoso de la fé en la inmensidad de los decretos de Dios sobre los hijos de los hombres. Pidamos para esto las laces del cielo, y el Dios que no inpropera á los que se las piden nos las dispensará aflicte como lo dice el apóstol Santiago (epist. Jacob. c. 1.º v. 5.) Ellas nos harán conocer que los reyes magos nos demuestran con su conducta que el niño Jesús es el «adorable, el padre del futuro siglo y el principe de la paz» de que nos habla Isaias, y nos moverán á dar honor á la verdad confesando la divinidad de la religión que nos reúne hoy en este templo. Dichoso yo si este fuera el fruto de este discurso en que pretendo demostrar que siendo los santos reyes los padres de nuestra fé debemos imitarlos en sus virtudes y postrarnos como ellos par-

ra adorar al niño que acaba de nacer para salvarnos.

Dios inmortal de los siglos que desde la pobre cuna en que llorais purificais la tierra de sus errores, destruis la idolatria y elejis por cooperadores de esta empresa á los reyes magos: destruid con el poder de vuestra diestra el monstruo erguido de la impiedad y haced que seamos fieles imitadores de los primeros jentiles que os adoraron en Belen. Os lo pedimos Señor encarecidamente por medio de la madre de las gracias María Santísima á quien saludamos diciéndolo con el ángel.

AYE MARIA.

Et procidentes adoraverunt eum.

Disipar las tinieblas de la idolatria y del error: abatir el orgullo del siglo á los pies de la religion: encadenar y reprimir las fuerzas del infierno: reducir todos los pueblos dispersos bajo el suave yugo de la ley santa: reconciliar la tierra con el cielo siendo mediador entre Dios y los hombres culpados: enseñarnos en una palabra la ciencia de la salvacion y hacer del mundo una sociedad de hijos de la gracia de tinieblas para la gloria: tal era la gran le empresa del Dios hombre que nació en Belen de una Madre Virgen. Asi lo anunciaron los profetas por espacio de cuarenta siglos: asi lo confesamos los fieles en perfecta armonia con el cielo, y asi lo demuestra la iglesia católica contra los incrédulos é impíos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, sentidos y no perciben sino como los brutos que no tienen inteligencia.

Isaías dice que el párvulo que nos ha nacido estenderá su imperio por todo el universo llenando á los justos de una paz que no tendrá fin. (Isai. c. 9. v. 7.) Ezequiel añade: que el Mesías destruiria el culto de los ídolos y haria entrar á los hombres en el conocimiento del verdadero Dios. Jeremías: que vendria á establecer una nueva alianza, y Daniel señalando exactamente el tiempo en que habrian de acontecer estos sucesos asegura: que con la *venida del Señor tendrí*a fin la *prevaricación*. Estos oráculos sagrados se referian, en sentir de los santos padres, á la vocacion de los gentiles, á la redencion de todo el género humano, á la formacion de la iglesia esposa de Jesus en que habrian de entrar todos los pueblos y jentes de la tierra sin distincion de judios, griegos y romanos como lo dice el apóstol. Este es el orijen de nuestra fé.

Un astro luminoso aparece en el oriente á los reyes magos: la estrella es su evangelio: la siguen sin reparar en obstáculos, dificultades é imposibles humanos, atraviesan la Judea por su célebre capital, llegan á Belen, se postran ante el rey inmortal que los esperaba en un pesebre, lo adoran ofreciéndole dones, y con admiracion de los ángeles quedan emancipados de la tirania del pecado, libres del poder del infierno, y afiliados bajo las banderas del Criador de la naturaleza, del Salvador del mundo, del lejislador supremo de la sociedad santa. Estos son los padres que tenemos en la fé, ellos acudieron á Belen á prestar por parte de los extranjeros, el homenaje debido á la divinidad; esta lo aceptó reconociéndonos por hijos de la iglesia que establecia en la tierra, y desde aquel feliz momento dejamos de pertenecer á las na-

ciones incircuncisas, á la raza de los idumeos, á los descendientes de Ismael. Fuimos enumerados con los reyes magos entre los benditos hijos de Abran con derecho á las promesas que les hizo el cielo, y nuestra suerte es ya la de los verdaderos creyentes, la de los amigos de Dios. Bendito sea el Dios de las misericordias y de toda consolacion que de tal modo amó al mundo que le dió á su mismo hijo para salvarlo como lo dice san Pablo. ¿Falta para nuestra dicha y ventura mas que imitar á los santos Reyes magos en su conducta siguiendo como ellos los impulsos omnipotentes de la fe obradora de todos los milagros, prodijos y maravillas con que prueba, confirma y defiende la divinidad de la religion que profesamos los católicos? Tenemos mas que despreciar como estos inclitos viajeros los pretestos con que la prudencia humana intenta inutilizar las resoluciones que formamos cuando nos dejamos conducir por la estrella de la fe que nos señala el camino que debemos seguir para llegar al trono del Dios vivo que nos llama con su gracia? Los reyes magos son los modelos y ejemplares que nos propone la iglesia para nuestra santificacion. Si los imitamos atravesaremos plácidamente el espacio que media entre nuestro actual estado y nuestro porvenir eterno, y nuestros pasos irán de concierto con las inspiraciones del ángel del Señor. Si abandonamos como los magos abandonaron su patria, sus bienes y supersticiones y vamos á adorar al Salvador que nos ha nacido, no movidos por la curiosidad, por la ambicion y el interes, sino conducidos por la estrella de la fe en los brazos de la esperanza y de la caridad, celebraremos dignamente el misterio de la mi-

misericordia otorgada á los gentiles como nos lo encarga el apóstol, y podremos decir con los sacerdotes que celebraron el triunfo de Judit. «Este es el día de alegría» en Israel, de gloria en Jerusalén y de magnificencia en todo el pueblo. «Si cuerdos y sensatos escuchamos las voces enérgicas de nuestra conciencia ilustrada con las luces de la fe y nos decidimos á seguir las huellas de los santos Reyes nuestros padres, nuestra paz será eterna, nuestra dicha infalible, nuestra felicidad cierta y segura. Con qué amados míos: resolvámonos; entremos en la senda de las virtudes que practicaron los animosos orientales que adoraron á Jesús en el pesebre de Belén, y nuestra suerte será como la suya. No apartemos nuestra vista de nuestros padres y maestros en la ciencia de la salvación: reflexionemos juiciosamente sobre las verdades que se desprenden del evangelio que acabamos de oír, y no sea para nosotros la divina palabra una voz sin significado, un sonido vano, ó un eco sin consecuencias útiles.

En cuanto los reyes magos percibieron en el astro luminoso las órdenes que les intimaba el cielo, abrieron sus corazones á la fe. En la elevó sobre los temores y peligros que tanto abultan los partidarios de esa filosofía carnal que todo lo invierte y desfigura. Desprecian los juicios de la prudencia humana siempre taimada y orgullosa; emprenden un viaje immotivado, según la política de los mundano; siguen confiados los caminos que les traza la estrella misteriosa anunciada por Balaam, y llegan á la corte de Herodes, á Jerusalén, centro entonces de todos los pueblos de la tierra. Preguntan á todos por el lugar en que ha nacido

el rey de los judíos; y ¡qué asombró! Herodes y todos los habitantes de la famosa capital de los creyentes se turban y sorprenden con tan extraña pregunta. Nadie tiene noticia de un suceso tan interesante: los judíos ignoran el nacimiento de su rey: nada han oído, nada saben, nada pueden contestar. Se consulta á los sacerdotes y á los escribas depositarios de la ley, y si dicen que segun las profecias debería nacer el caudillo que gobernaria á Israel en Belen, tierra de Judá: esto basta para que los magos firmes en su fe, vayan á buscar á la pequeña ciudad de David. Nada les importa que Herodes, sus áulicos, los sacerdotes y el pueblo hebreo vivan tan desapercibidos de la grande obra de la redención del género humano: ninguna impresion les causa el no haber hallado simpatias entre los descendientes de Abrahá, de Isaac y de Jacob; el mundo habia perdido para ellos todo su prestigio, y solo atienden á la gracia que los dirige, á Jesus que los llama y espera. Llegan por fin al alojamiento en que se halla el rey de los reyes y señor de los señores: y ¿qué es lo que hallaron en el establo en que reposó la estrella, amables oyentes? Un niño reclinado en un pesebre con María su Madre. Un recién-nacido pobre, abático y humillado con todo el tropel de las miserias humanas: un infante sobre unas pajas revolcado en las heces de sus lágrimas como lo dice Tertuliano. Podrá este ser el fuerte y poderoso que anunció Isaías y predijeron los profetas enajenados de gozo llamándole el *Leon de Judá*, el *Dominador del mundo*, y el *Dios de las eternidades*? Si señores: y no hay que escandalizarse. Jesucristo es el *varón de dolores que sabe lo que es flaqueza* como lo dice el profeta

(Isai. c. LIII. v. 3.º) pero es al mismo tiempo aquel por quien el mismo Isaias, dice á la Jerusalem de la iglesia santa «Levanta los ojos al rededor de tí y mira: de todas las partes del mundo, de oriente y de occidente vienen á nuestro Salvador para someterse á su imperio: no habrá rejion tan distante que no reconozca su dominacion: todos los pueblos se humillarán á su presencia.» Este es el Dios que reconocen los reyes magos en el niño que hallaron en el pesebre. Su fé les descubre en aquel delicado infante el rey celestial que buscaban, ven al hijo del Altísimo con los andrajos de la naturaleza humana: y con el mas profundo respeto, con la veneracion mas sumisa se postran á sus pies y lo ADORAN ofreciendo oro como á rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre. Quedan inflamados con el amor divino que les infundió el Dios de la paz y de la dileccion: se ponen á la cabeza de aquella multitud de fieles de todas las tribus, pueblos, lenguas y naciones de que nos habla san Juan en el Apocalipsis y se deciden á regresar á sus casas y ser los primeros apóstoles del evangelio. Un ángel les avisa que no vuelvan á ver á Herodes el idumeo usurpador del cetro de Israel, y dirijiendo su viaje por un camino distinto que el que habian traído regresaron felizmente á su patria.

Estos, amados oyentes, son los hechos que nos refiere san Mateo. Están consignados en la Escritura santa para nuestra instruccion segun san Pablo: son los mas á propósito para afirmar nuestra fé, para avivar nuestra esperanza y encender nuestra caridad, y feliz sobre toda ponderacion el que los medite con espíritu religioso porque embriagado con

las dulzuras que experimentan los que beben el agua viva que sale de las fuentes del Salvador vivirá en este mundo como los reyes magos en las delicias de una vida consagrada á Jesucristo en que no se respira mas que virtud y perfeccion. Dichosos los que á imitacion de los santos reyes no vacilan ni se retraen del empeño de buscar á Dios para adorarle aunque el Herodes del mundo y las malignas potestades se turben é inquieten; aunque las tentaciones con sus atractivos y los mundanos con sus artificios insistan en distraerlos de las obligaciones de cristianos: y aunque vean á la multitud como vió Lot á la de Sodoma. Venturosos en fin los que ven como los reyes magos en las asombrosas humillaciones de Jesus los designios adorables de la sabiduría eterna, y el ornamiento inmenso de un Dios que desde el pesebre despoja á los grandes y poderosos de su orgullo, á los pastores de su groseria, á los judios de su preocupacion y á los jentiles de su ignorancia para poner á todos en los caminos de la gracia y de la gloria.

Pero seamos francos é imparciales: ¿Hay por fortuna entre nosotros hombres abnegados, desinteresados, mortificados, humildes, y caritativos como lo fueron los reyes magos formados en la escuela del que enseña á todo el mundo desde el pesebre? ¿Somos dignos hijos de unos padres que al adorar al niño Jesus se obligaron á abandonar la falsa religion en que fueron educados, á tener por delirios sus antiguas creencias, á condenar y dar de mano á sus inveteradas prácticas, á mirar á los ídolos como á objetos de odio y de abominacion, á renunciar todas las costumbres que favorecian al libertinaje y á abrazar una nueva ley cuya observan-

¿es costosa á la carne y contraria á las pasiones? ¿Seguimos las máximas del evangelio, ó las del mundo reprobado por Jesucristo? ¡Ay señores! Nuestra conciencia nos acusa, nos atormenta con crueles remordimientos, nos confunde y nos condena; y ay de los que lean ó escuchen los hechos históricos de que os he hablado, como se ven y escuchan esas novelas venenosas que infestan la sociedad con mengua de la verdadera ilustracion. Ay de los secuaces de esa filosofia encargada de ridiculizar, de impugnar y combatir la ciencia de la salvacion que los santos reyes nos enseñan con su ejemplo y ay de los que quieren gobernar y dirigir al mundo con las máximas de esa ciencia carnal que tantos prosélitos cuentan entre los que se llaman mas católicos que el Papa! porque escrito está «que todos los que se apartan de vos, Jesús » divino, perecerán.» *Qui elongant se á te peribunt.*

Reflexionemos sobre nuestros verdaderos intereses, y no seamos del número de aquellos ciegos ó insensatos que teniendo por insania y locura la vida de los justos entienden con su depravada conducta la sentencia de su propia condenacion. Prestemos nuestra atencion á la inanidad despreciable de los bienes terrenos y carnales que nos ofrecen los enemigos de nuestras almas, y seamos justos en nuestros juicios para serlo en nuestras obras. Imitemos en una palabra á los santos reyes, y sean los que se quieran los obstáculos que se nos presenten, dejemos todo lo que pueda detenernos, y vayamos á adorar al niño Dios y á ofrecerle el oro de nuestra fé, el incienso de nuestra caridad y la mirra de nuestra penitencia. Este es el modo de corresponder á los deseos de nuestra santa madre iglesia en este dia, en que se propone

llevar á sus hijos por el camino que les trazaron los reyes magos, al término de nuestra justificación que es la gloria eterna que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA Y PRIMERA DESPUES
DE EPIFANIA.

Sobre la educacion de los hijos.

*Et erat subditus illis. Y Jesus estaba sujeto á sus Padres.
Luc. c. 2. v. 52.*

Católicos:

Aunque el reino de los cielos padece violencia: aunque no pueden entrar en él mas que los que peleando esforzadamente dejan prosternados y vencidos á los enemigos de nuestras almas: y aunque es una milicia la vida del hombre sobre la tierra como lo dice el santo Job: (Job. c. 7. v. 1.) no penseis que he subido hoy á este pùlpito con intencion de aterrar y hacer estremer á los timoratos como quieren haceros creer los que nos llaman injustamente *fanáticos terroristas*. No trato, amados oyentes, de per-

forar vuestros oídos con nombres de un significado costoso y repugnante á vuestra naturaleza. Este día lo dedica la Iglesia nuestra madre á favorecer la inclinacion mas grata, mas útil y provechosa que grabó el Omnipotente en nuestros corazones; y para esto no hay mas que remover los ostáculos que ha puesto el pecado al curso de la naturaleza que salió perfecta de las manos de su Criador. Se trata de la educacion que deben dar los padres á sus hijos, del ejercicio de un derecho que está en armoniosa consonancia con los instintos naturales del hombre; de que los padres sean padres, y no monstruos feroces de sus hijos, como lo son los que en vez de dirigirlos hácia la gloria por la senda de la virtud los destinan al infierno encaminándolos por los floridos prados de los vicios y pasiones que tanto agradaron á los insensatos de que nos habla Salomon en el libro de la sabiduría. (Sapient. c. V.) ¿Hay cosa mas natural que el cuidar los padres á sus hijos? No cumplen con esta ley todos los animales que pueblan los aires, la tierra y los abismos de los mares? Los árboles, las plantas, los montes, collados y valles con todos los seres que embellecen el reino vegetal, ¿no obedecen la voz de una ley que los dirige con una constancia invariable que nos asombra, nos deleita, nos encanta y nos admira? ¿Pues cómo es que solo el hombre desatiende esa ley universal que impuso el Eterno á cuantas criaturas salieron de sus manos? ¿Cómo estando la naturaleza satisfecha, aplomada y en equilibrio consigo misma, la encontramos en el hombre trastornada; inquieta, en contradiccion con sus instintos é inclinaciones, y agitada por una mano enemiga encargada de tenerla di-

vorciada con su Autor divino? ¿No es cierto que muchos padres se empeñan en hacer demonios de sus hijos por no darles una educacion científica y religiosa como lo reclama la naturaleza, la sociedad y todas las leyes conocidas? La ley natural que se ve desairada con la perfidia de los que debiendo cuidar de esas tiernas criaturas que les ha confiado el Padre celestial las abandonan á la rapacidad de crueles enemigos que rujen por devorarlas? Este; este es el gran des-órden de la época, la terrible calamidad que nos aflige, el mal que hoy quiere remediar la iglesia santa proponiéndonos lo que se refiere en el evangelio que acabais de oír. En él nos habla san Lucas del Niño perdido y hallado en el templo: del cuidado y solicitud con que lo buscaron sus benditos Padres, y de que satisfechos los deberes religiosos en el templo de Jerusalem se reunió Jesús con María y José para ir con ellos á Nazarez, en donde creciendo en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres vivió obediente y sujeto á sus Padres. *Et erat subditus illis.*

Esto debe bastar para humanizar y poner en razon á los padres, maestros y demas encargados de educar á los niños. Jesús, María y José nos enseñan prácticamente el arte divino de hacer miembros útiles á la religion santa que profesamos y á la sociedad culta en que vivimos. Nos enseñan á dirigir esas tiernas plantas que se han confiado á nuestro cultivo, y nada mas grato al hombre honrado que el emplear sus desvelos y cuidados en favor de los que con tanta energia reclaman nuestro socorro. ¿Habiamos de negarlo á unos inocentes que con sus lágrimas, con sus la-

mentos é insuficiencia forman el langunjo de la necesidad con que piden la educacion que manda darles el omnipotente para que sobre ellos se cumplan los designios de su providencia? ¿Dejaremos desapercibidas las gracias y encantos de la infancia siempre amable sin ayudarla á conservar el tesoro de la inocencia que hace de los niños ángeles en la tierra? Lejos de nosotros tan infernal designio: nadie sea capaz de crueldad tan desapiadada, y el cielo quiera que yo acierte á demostraros los bienes que trae consigo una buena educacion, y los males que amenazan á los padres que no educan á sus hijos segun las lecciones que en el evangelio de este dia les da la sagrada familia, pues que así conseguiré el objeto que me propongo en este discurso.

Dios de bondad: que mandaste á vuestros apóstoles que dejasen á los niños acercarse á vuestra sagrada persona asegurando que de ellos es el reino de los cielos. Vos que no dais entrada en vuestro reino sino á los que imitan á los párvulos en su inocencia y sencillez: concedednos la gracia de educar á la juventud segun las máximas de la virtud y de la ciencia, y no permitais que los padres sean descuidados y negligentes en educar cristianamente á sus hijos. Así Dios mio, todos seremos vuestros hijos predilectos, y podremos asociarnos con el ángel para decir á vuestra Madre.

Et erat subditus illis. Y Jesús estaba sujeto á sus Padres.

Una educacion con que pueda pulimentarse la masa informe de la naturaleza humana puesta en bruto si puede decirse así, en el niño que acaba de nacer: una educacion que ayude y proteja el perfecto desarrollo del germen divino que el Eterno infundió en la mente del infante hecho á su imájen y semejanza: una educacion en fin que sea la mas á propósito para fomentar el vigor de la inocencia con los hábitos de virtudes análogas hasta poder ofrecer á la sociedad un miembro capaz de honrarla y hermoséarla, es la educacion que ha merecido de los sensatos los gloriosos títulos de *alma y vida de las sociedades, de fiel termómetro de la elevacion ó decadencia de los estados y de astro luminoso* que ayuda la vejetacion de las virtudes que como la planta en su jermen, se hallan en la *luz injénita*, que hace al niño racional antes del uso de la razon.

Jesucristo autor de la fé y de la gracia es el maestro de la buena educacion. Para recomendarla en favor de los niños, los recibia entre sus brazos, los amaba con un amor preferente, decia que el reino de los cielos pertenece á los que se les parecen y maldecia á los que los escandalizaban. Con respecto á los que deben darla dijo: «que el que practique su doctrina y la enseñe será grande en el reino de los cielos» (Mat. c. 5. v. 19.) *Id.*, dijo á sus apóstoles y discípulos, *enseñad á todas las jentes todo lo que me habeis oido y os he enseñado.* Su divina majestad sancionó lo que muchos años antes habia dicho un profeta: «que los sábios brillarán como la luz del cielo, y los que enseñan á la multi-

tud gozarán una gloria eterna.» (Dani. c. 12. v. 3.) Uno de los principales oficios que ejerció entre los hijos de los hombres el hijo del altísimo fué el de enseñar y educar á todos los pecadores segun las máximas de la relijion que trajo del cielo para justificarnos. Ahí están los santos evangelios; consúltese, y se verá que Jesucristo es el maestro celestial de la buena educacion, base y fundamento de los mas robustos imperios, y sin la que no habria iglesia; gracia ni gloria. San Pablo tiene por un don de Dios el talento de enseñar: (Rom. c. 12. v. 7.) no tiene por dignos de los sagrados órdenes entre los casados de su tiempo sino á los que han sabido educar á sus hijos en la virtud teniéndolos obedientes y bien disciplinados. El mismo se llama *padre* de los que habia enjendrado en la fé con la enseñanza y el bautismo. ¿Quién no admira la sollicitud del santo apóstol á favor de ONESIMO á quien educó en la cárcel? Lo llama *hijo enjendrado entre cadenas*, y recomendándolo á *Philemon*, le dice. — Si antes de educarlo te fué inútil, ahora ya es útil á tí y á mí. — (Philem. unic. v. 11.) Los primeros obispos ó sus comisionarios, de que aun vemos preciosos restos en los señores majistrales y lectorales de las catedrales: san Gerónimo, san Gregorio y otros innumerables santos con las órdenes monásticas que han salido de los tesoros de la divina providencia para enseñar á la juventud pobre si envelegar á la rica, son testimonios ineluctables de la importancia de la educacion: y nos demuestran, que ella es el primer medio que hay que emplear para hacer racionales, sábios, justos y benéficos á los hombres, santos y virtuosos á los cristianos. Es tan necesaria la educacion que se conforma con las re-

glas y preceptos del buen juicio en la sociedad, que sin ella se veria el mundo convertido en una sentina de vicios, en un turbillon de desastres, como lo estamos experimentando.

Es verdad que contra estas verdades nos dicen los modernos reformistas que «no debe enseñarse á los niños la » religion, ni hablarles de Dios, por no llenarlos de preocupaciones peligrosas.» Pero no es esta una blasfemia contra la divinidad y contra la recta razon? ¿Deberemos seguir en sano juicio al filósofo de Ginebra, que envidiaba la vida de las bestias, ó á Jesucristo que es el hijo del Altísimo y la sabiduria eterna? Diganlo los sensatos: y vosotros todos los que me escuchais ¿tendreis bastante impiedad para no pronunciar un *Dios mio*, un *Jesus me valga*, ó un *Ave Maria Purísima* delante de vuestros hijos: porque no llegue á ellos la menor idea de religion? Si á semejante extremo llegais en vuestro frenesí, entregad vuestros hijos á la educacion de esos muestros formados en la impiedad y en la irreligion, y preparaos para sufrir las dolorosas consecuencias de vuestra demencia. Pero no es posible tanto desirio en los fieles y honrados vecinos de este pueblo. Sois católicos y debo deciros que mireis á Jesus, á Maria y á José: que tomeis en vuestra compañía á la prole que os ha dado el cielo, y acudais con ella al templo á cumplir con la divinidad. Ofreced al Señor los hijos que habeis recibido de su mano, y sea vuestro único negocio el mantenerlos en el santo temor de Dios. Dirijidlos desde el dia de su nacimiento por los caminos de la virtud con el cuidado que debeis tener para que sus ojos no vean, sus oidos no oigan y sus sentidos no perciban mas que cosas honestas y edifi-

cantes. Imitad á los piadosos padres del jóven Tuvias que le enseñaban á temer á Dios y á huir del pecado, y sea vuestra casa el santuario donde canteis las alabanzas del Dios de vuestros padres, la cátedra en que debeis ejercer el derecho inalienable de enseñar, dirigir y gobernar á vuestra familia.

A nosotros toca, decia san Agustin, instruiros en la iglesia, hablaros de vuestros deberes é infundiros aficion á la virtud: pero á vosotros corresponde hablar é instruir en vuestras casas y formar vuestra familia en los principios y máximas que ois á los encargados de alimentaros con la sana doctrina, manantial fecundo de dichas y felicidades. Vosotros debeis ser los centinelas de vuestros domésticos y darles la voz de *alerta* para que el infernal dragon no se cebe en vuestro rebaño, ni se contamine alguna de vuestras ovejas con los hálitos pestilenciales de los que trabajan para interesarlas en favor de la impiedad, y perderlas. Vuestro es el deber de apartar á vuestros hijos y familiares de esos maestros del error que tantos prosélitos hacen para engrosar las filas de los enemigos de nuestras almas, de cumplir con la obligacion de dirigirlos á los sábios y piadosos directores que los encaminen por las sendas de la virtud al templo del honor, de la ciencia y de la gracia, y tenerlos sumisos y obedientes á las órdenes que el Señor ha establecido para que todas las cosas vayan á él dirigidas con el orden, peso y medida que menciona el sabio. Si en tiempo de una peste contagiosa se toman tantas precauciones para impedir el menor contacto con los apestados: si en una tormenta borrascosa huimos los peligros con la mayor presteza: si

se aleja del fuego la pólvora que pudiera inflamarse con riesgo de mil desastres ¿qué no deberán hacer los buenos padres en estos tiempos de jeneral disolucion para que sus hijos no se inficionen, para que no sean víctimas de la tempestad que ha suscitado el infierno contra el cielo, ni los incendie y abraze la pólvora inflamable de sus pasiones.

¿Qué vijilancia será escesiva para impedir que los jóvenes, niños ó infantes inocentes sean arrollados por el impetuoso torrente de vicios y pecados que estan asolando la tierra? Padres y madres que me escuchais: Cuidado con vuestros hijos; admirad el cuidado, amor y solicitud con que Maria y José buscaron al niño perdido; imitadlos, y tendreis el imponderable gozo de ver á vuestros niños crecer en edad y en virtud, estando siempre, como Jesus, obedientes y sujetos á sus padres. Educad á vuestros hijos como los santos educaron y educan á los suyos y sereis, á semejanza de Dios, autores universales de bienes innumerables: porque vuestros hijos bien educados podrán ser magistrados con virtud y emplear la autoridad en favor de la religion: podrán aspirar al sacerdocio y con vuestra buena educacion estar bien dispuestos para recibir su carácter y cumplir dignamente con sus deberes: podrán abrazar el estado del matrimonio: y quién sabe si como Abrahán sereis el origen de generaciones santas escogidas para amar y servir á Dios en esta vida y gozarle eternamente en la gloria? Si vuestros hijos se aprovechan, como es de esperar, de vuestra cristiana, sabia é ilustrada educacion; qué gozo, qué satisfaccion, qué consuelo y qué manantial de merecimientos para vosotros. Esos hijos cristianos educarán del mismo

modo á los suyos, estos á los que les sigan, y todos dirán estimulándose á la virtud=*Somos hijos de santos.*=*Filii sanctorum sumus.* Y si vais al cielo antes que ellos, qué delicia será la vuestra al recibirlos en la gloria para ser juntos eternamente felices en ella! ¿Qué ansiosos recibiréis en esta vida si vuestros hijos entran antes que vosotros en la bienaventuranza por haberles dado una buena educación? No: no soy yo capaz de hacerlos comprender los bienes que trae consigo una buena educación, porque son inenarrables. Dadla á vuestros hijos modelada por las doctrinas y ejemplos de las familias sagradas, y á las eternas delicias con que sereis premiados en la gloria me remito.

Pero si despreciáis la voz de la sabiduría eterna comunicada por mí ministerio; si formais corra con los que dicen que no predicamos mas que mistificadas, insulseces y vanidades propias del oscurantismo: si todo vuestro afán se reduce á educar á vuestros niños según la moda del día y poneis todo vuestro esmero en hacerlos mundanos, en procurarles bienes de fortuna y en inspirarles las máximas y principios del siglo, sin pensar en su salvación: yo estoy encargado de anunciaros grandes males porque quebrantais la ley santa del Señor. Profunda será vuestra melancolía padres desgraciados; grande vuestra desesperación cuando veais en vuestra casa unos hijos indóciles, ingratos, veleidosos y prontos á sublevarse contra vuestra autoridad. Una tristeza reconcentrada os consumirá cuando veais que vuestros hijos licenciosos y desenfrenados en sus pasiones, prodigos y disipadores codician lo que teneis, deseando y acaso procurando vuestra muerte para que osigais deshonor.

rados en el sepulcro sin esperanza de un solo recuerdo piadoso filial. Vuestros hijos educados sin virtud, sin prudencia ni modestia saldrán aventajados en el arte de finjir y de engañar, serán jóvenes ilustrados al estilo de los hombres de gran tono, alternarán con las notabilidades del gran mundo y serán tal vez corifeos de esa feroz filosofía que tanto se afana por destruir la religión: pero entended, que bajo esas brillantes exterioridades se oculta un veneno corrosivo que despedazará vuestras entrañas y os lanzará al lugar de los tormentos. Vuestra vida estéril, vacía de virtudes y llena de extravíos reflejará en vuestros hijos: Estos llevarán la escritura de vuestra ignominia en su depravación, y vuestra memoria será execrable. No creáis padres desventurados; no creáis que esto es declamar; es anunciaros con anticipación los frutos de una mala educación con la mira evangélica de interesaros en vuestro favor y en el de vuestros hijos moviéndolos á educarlos cristianamente y con el objeto de evitar vuestra condenación eterna. Percibid y conoced lo que todos perciben y conocen y no seáis descuidados ni negligentes en cumplir con la obligación mas grave que tienen los padres, que es la de educar cristianamente á sus hijos.

Jesucristo con sus ejemplos y doctrinas, María y José, los oráculos sagrados, los santos padres y doctores de la iglesia, las tradiciones y prácticas constantes; la razón, el sentido común, y la experiencia con los bienes y males que siguen á la buena ó mala educación forman una demostración perfecta á que deben ceder los padres de algun juicio y reflexión proponiéndose desde este momento el imitar á la

familia sagrada y buscar á sus hijos con el cuidado, amor y solicitud con que Maria y José buscaron á su Jesus divino. Deben por lo menos llamar la atencion de los padres sobre su porvenir y el de sus hijos y obligarles á no permanecer apáticos é indolentes en un negocio de tan inmensas consecuencias como lo es el de la educacion. Es verdad que es costosa: es cierto que para darla como corresponde hay que sufrir jenios, perdonar estravios, guardar miramientos, mostrar entereza, corregir con la vara del rigor, y sobrellevar con dulzura y suavidad para no exasperar ni indignar. Pero todo esto es hasta deleitable en los buenos padres que aman á sus hijos: porque ademas de asegurar el bien de estos, se proporcionan á sí mismos una paz interior superior á nuestros sentidos segun el apóstol, y allanan el camino para llegar á ser eternamente felices en la gloria. Amen.

A. M

SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE EPIFANIA.

Sobre la santidad del matrimonio.

Vocatus est autem Jesus et discipuli ejus ad nuptias. Y fué tambien convidado Jesus y sus discípulos á las bodas.
Joan. c. 2. v. 2.

Católicos:

Al lado de Jesus siempre se respira el aire de la virtud, de la perfeccion, de la santidad, del cielo y de todo lo que conduce á la salvacion y bien del hombre. En donde preside la sabiduria eterna hay orden, razon y verdad: todo está concertado en su lugar propio, la naturaleza y la gracia cominan de acuerdo por la senda recta de la justicia, llevan consigo las verdades de la fé y las de la verdadera filosofía, y todo lo llenan de perfumes celestiales, de rectitud, de paz, de un placer y gozo que puede percibirse y experimentarse,

pero no explicarse. Díganlo todos los que han vivido y muerto en los brazos de la iglesia santa; hágase hablar á la historia, y ella dirá á voz en grito, que las verdades tradicionales, las máximas sancionadas por todos los siglos y las doctrinas salvadoras de la sociedad se hallan vivas, en acción y á la vista de todo el mundo en los hijos de la religión adorable que nació en el paraíso, se nutrió entre los patriarcas profetas y justos de la ley antigua, y apareció robusta, llena de lozanía, de perfección y hermosura en el pesebre que habitó su Autor divino. ¿Puede alegar la malicia del príncipe de las tinieblas razones que desvirtuen la fuerza de estas eternas verdades? Porque con sofismas, engaños é invenciones peligrosas se rechacen las doctrinas católicas, se exajeran los beneficios de la escuela volterriana y merezcan sus aberraciones los brillantes títulos de «luces del siglo, despreocupacion, progresos, adelantos y » cultura,» ¿se aquietan y tranquilizan con su asentimiento los hombres sensatos? Al considerar imparcialmente los caminos, rutas y sendas de la ciencia carnal, y los de la sabiduría eterna, ¿no vemos en la primera la mas espantosa confusión, el frenesí, el delirio, el horror y la depravacion, y en la segunda las notas de la divinidad que todo lo rectifica, ennoblece y perfecciona? Examinemos esto teniendo presente el evangelio que acabais de oír, y lo que dice, piensa, defiende y preconiza la impiedad reinante acerca del santo matrimonio que respetamos, veneramos y engrandecemos los católicos siguiendo las doctrinas celestiales de nuestro divino Maestro y Redentor glorioso.

«Jesus, dice el evangelista, fué tambien convidado con

sus discípulos á las bodas en que se hallaba su santísima madre, » y añade; «que nuestro Salvador convirtió el agua en vino á petición de la que á todos consuela; que este fué el primer milagro con que Jesus dió principio á su predicacion, y que con él se radicaron mas en la fé los discípulos que lo seguian como al Mesias verdadero. » Es decir amados oyentes que Jesucristo autorizó y consagró el santo matrimonio; que lo elevó á la dignidad de sacramento haciéndolo fuente y manantial de gracias, que lo dignificó hasta hacerlo semejante á la union de las naturalezas divina y humana en su santísima persona y lo propuso á los fieles para que teniendo presente la union que tienen Jesus con su esposa la iglesia y esta con su celestial esposo, viviesen los casados como ángeles en la tierra. Nuestro Salvador no se contentó con redimirnos; formó la sociedad de los hijos de Dios bajo bases eternas de santidad, dispuso que los casados se santifiquen en la carne viviendo en ella segun las leyes del espíritu como lo dice san Agustin, y siempre será cierto que no hay clase, condicion ni estado en la sociedad cristiana que no sea santo é immaculado. ¿Es esta la idea que tienen del santo matrimonio esos nuevos socialistas empeñados en finjir absurdos para destruir las sociedades con el pretexto de perfeccionarlas? Los libertinos y licenciosos, los lascivos, lividinosos y hombres disolutos entregados á toda especie de vicios, que desconocen el pudor, los instintos de la virtud y la voz enérgica de la religion ¿respetan la santidad del matrimonio instituido por Dios en el paraíso, y santificado por Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea? ¡Ah! nuestro siglo comprende muy bien lo que la impiedad piensa y dice del matrimonio:

nosotros tambien sabemos lo que sobre este particular dispa-
 ratan los enemigos de la religion santa que profesamos; no
 ignoramos que hay entre los cristianos, casados tan deprava-
 dos, criminales, carnales y terrenos que deshonoran la socie-
 dad santa á que pertenecen, y forzoso nos es deplorar los
 desórdenes y excesos que lamentan las almas justas y probar
 á la faz de los hombres todos, «que el santo matrimonio re-
 conocido, venerado y respetado en la iglesia de Dios como
 uno de los siete sacramentos de la ley de gracia es una ins-
 titucion divina destinada á hacer santos y virtuosos no so-
 lo á los casados, sino tambien á todas las clases de la so-
 ciedad.»

Divino lejislador del pueblo santo: inspiradme para que
 acierte á hablar el lenguaje de la gracia en la materia indi-
 cada. Bien sabeis Dios mio, que desconfio de mí, y que to-
 do lo espero de vos. Triunfe en mí vuestra virtud omnipo-
 tente y entiendan las jentes todas, que todo se puede con la
 gracia que comunicais á vuestros ministros cuando al freu-
 te de los fieles os la piden diciendo á vuestra santísima
 madre.

AVE MARIA.

Vocatus est autem Jesus et discipuli ejus ad nupcias etc.

Hebiendo Dios formado al hombre á su imájen y se-
 mejanza y viendo que no era bueno el que estuviera solo,
 adormeci6 á Adan, le sacó una costilla, formó de ella una
 mujer, se la presentó, y viéndola dijo. «Aquí tengo la
 carne de mi carne y el hueso de mis huesos.» (Genes. c. 2 .

v. 18.) Dios los bendijo diciéndoles. «Creced y multiplicaos, llenad la tierra de habitantes, y ometedla á vuestro imperio, haced servir para vuestro uso las plantas y los animales.» ¿Obró Dios mal en esto? El hombre y la mujer ¿salieron de las manos del Criador para vivir unidos en próspera y amistosa paz cumpliendo con los designios del omnipotente; ó con destino al crimen, á la corrupcion, al vicio, al vilipendio, al abuso y á la profanacion mas asquerosa y repugnante? La razon se indigna al oir estas blasfemias, el hombre racional las rechaza, las impugna y combate diciendo=No: de la causa del principio, de la fuente y origen de todo bien no puede salir mal alguno. La religion apoderada de las palabras de la sabiduria eterna se apresura á enseñar á los fieles: que Dios formó el matrimonio de Adan y Eva haciéndolo consistir en la sociedad libre y voluntaria de dos personas hábiles para los oficios de la naturaleza: que esta sociedad dá á los esposos un derecho reciproco sobre sus personas igual al que tiene el hombre sobre su propia carne: que el objeto de esta union indisoluble es el dar hijos á luz, y poblar la tierra, y que por consiguiente los casados estan obligados á alimentar á sus hijos, á educarlos y dirigirlos virtuosamente por las sendas de la justicia: que bendijo Dios el matrimonio asi constituido vinculando en él la prosperidad de las familias y el bien general de la sociedad humana. ¿Hay en todo esto cosa que no sea admirable, santa y digna del que asi lo dispuso? Es verdad que en el comercio conyugal aparece á primera vista que sola la muger es la que carga con sus penosos resultados, con las enfermedades, embarazos, dolores de parto y el trabajo de criar el fruto de sus entrañas: pero el hombre sujetándose

al cumplimiento de los deberes de padre ¿no se impone una carga de cuidados, solicitudes y afanes que obligándole á vivir para su esposa y sus hijos tiene precision de ser justo, benéfico, honrado y digno del augusto carácter con que lo ennobleció el que depositó en su persona una participacion de su autoridad suprema? La esposa respetando en su esposo la dignidad de su vice-Dios en la tierra: el esposo velando sobre su esposa como Dios vela sobre todas sus criaturas: los dos procurando los adelantos de su prole, y los hijos reconocidos á los desvelos de sus padres ofreciéndoles la sumision, el respeto y obediencia que se merecen ¿no presentan la perspectiva mas bella, celestial y divina, capaz de convertir en un pais de delicias la mansion de los hijos de los hombres? Pues ella es la que nos ofrece el santo matrimonio instituido por Dios en el paraíso cuando en él aparecieron por un efecto de su omnipotencia nuestros primeros padres. La recta razon se deleita al contemplarla: la religion nos la propone para que alabemos, bendigamos y glorifiquemos al que nos colma de beneficios, nos inspira ideas de virtud y perfeccion, y el hombre, á pesar de su carnalidad, se aquieta, se satisface y tranquiliza al saber que Dios le dice—*Es santo y bueno el matrimonio.*

Pero la carne, la concupiscencia, las pasiones desenfrenadas y el pecado oscurecieron la brillantez de la virtud impresa por el omnipotente en la obra de sus manos, y los hombres se degradaron hasta asemejarse á los brutos y animales que no tienen inteligencia. Se apartaron de la senda recta trazada por la bondad divina, se prostituyeron profanando la santidad del matrimonio, apetecieron desordenadamente á

las mujeres viendo que eran hermosas; todos corrompieron sus caminos; pesó á Dios el haberlos criado, y toda carne pereció en las aguas del diluvio. Solo Noé respetó la pureza y santidad del matrimonio instituido por Dios, y él solo con su familia se salvó en el arca figura de la iglesia santa. Renovó Dios sus promesas á los que acababa de salvar, los bendijo é hizo pactos de alianza con ellos; pero; ó malicia del corazón humano! los descendientes del patriarca santo se rebelaron contra Dios, quisieron hacer frente á su omnipotencia, y aunque se les hizo conocer su flaqueza con un castigo que llega hasta nosotros y experimentarán los hombres de todos los siglos, llenaron la tierra de abominaciones, y pocos, muy pocos, respetando la santidad del matrimonio, adoraron al Dios verdadero. Abran fué uno de los justos que vivieron segun la ley santa del Señor, obedeció los preceptos de su Dios, mereció el honroso título *de padre de los creyentes*, y la promesa de que de su descendencia naceria el desiendo de las jentes, el Salvador del mundo, el vencedor de la muerte y del pecado. Las ciudades nefandas de Pentapolis despreciando la santidad del matrimonio se entregaron á los escesos y abominaciones de la carne, concitaron la ira de Dios con sus iniquidades, un fuego devorante las redujo á cenizas, se salvó un justo con su familia y el Dios de la pureza manifestó que los lascivos, lividinosos é impuros jamás pertenecerán á su reino. Abrase el libro de los acontecimientos humanos, consúltese la historia del universo, obsérvense sus fases y se verá que los bienes y los males han estado siempre en proporcion del uso malo ó bueno que se ha hecho del matrimonio

Si miramos á los patriarcas y justos de la ley antigua los veremos representando anticipadamente en sus matrimonios la union de Jesucristo con su iglesia, hallaremos que vivieron santamente con sus esposas, que el Mesias santificaba sus talamos conyugales, que Dios los purificaba con su gracia, y que la santidad no está reñida con la naturaleza. Si nos espaciamos por las naciones incircuncisas y nos fijamos en la multitud de divinidades en que se daba culto y adoracion á la liviandad, á la impureza, á la lascivia, á la crápula y á todo el ejército de vicios que acompañan siempre á la lujuria: ¿gestañaremos el gozo que manifestó el padre del Bautista al ver que se aproximaba la venida del que «habia de » alumbrar á los que estaban de asiento en tinieblas y en la » sombra de la muerte para enderezar nuestros pies hácia » el camino de la paz?» (Luc. c. 1.º v. 79.) Ello es que á los cuatro mil años de la creacion del mundo, se hallaban los hombres todos entregados á la ignominia de sus carnales deseos; que la iniquidad llegó á su colmo; que hasta el pueblo santo deshonoraba á la religion con su abominable conducta, y que para destruir el pecado y establecer el imperio de la gracia fué necesario que descendiese de los cielos á la tierra el hijo del Altísimo con encargo de manifestar á los mortales la grandeza, la sublimidad y escelencia del matrimonio.

Asi lo hizo la sabiduria eterna: pues que si Dios instituyó el matrimonio santo en el paraíso, Jesucristo lo hizo manantial y fuente de santidad elevándolo á la dignidad de sacramento en la ley de gracia. De manera, oyentes míos, que si el contrato matrimonial era santo y bueno en el mundo

antes de aparecer en él nuestro Salvador y maestro, ahora consagrado por Jesucristo tiene la virtud de producir la gracia en los casados cristianos para que con ella vivan santa y piadosamente en los oficios de su estado. Ahora el matrimonio está destinado á significar el misterio de la Encarnacion, la union de Jesucristo con su iglesia, la intimidad de Dios con el justo, y el amor inmenso que unió á Jesus con María, con José y con todos los santos: ahora el matrimonio se considera en la iglesia santa como un manantial de bienes y de gracias para las familias y para toda la sociedad; porque presidiendo Dios en su constitucion, en sus actos, en sus resultados y consecuencias ¿podrá dejar de abundar en todo lo bueno que lo hace tan santo, puro y perfecto á los ojos de su autor divino? Ame, quiera, estime y cuide el esposo á su esposa como ama, quiere, estima y cuida Jesucristo á su iglesia: venera, respeta, sirva y honre la esposa á su esposo como la iglesia venera, respeta, alaba, bendice y magnifica á su divino Jesus. Tenga sus delicias santas el esposo con su esposa como las tiene Jesucristo con la congregacion de los fieles; sean los esposos vasos de honor destinados á llevar las virtudes que de ellos exige nuestra religion santa; obren segun las inspiraciones de la gracia sacramental y díganme si en este caso no rebosará su santidad en la multitud edificada por tan buenos ejemplos. Dígame si de familias virtuosas, honradas y cristianas no deberá resultar una sociedad de hijos de Dios, una reunion de santos, un remedo del cielo, una *jente santa*, un *real sacerdocio* y un *pueblo de adquisicion* como llamó el príncipe de los apóstoles al que deben formar los fieles. Dígame...

¿Pero qué se me ha de decir? los hombres de nuestro siglo suelen echarla de ortodoxos, todo lo cenceden, dicen que las doctrinas evangélicas no pueden estar mas terminantes, y las admiran, las aplauden, las engrandecen: pero atentos á su depravada conducta escarnecen lo que acaban de elojiar, lo niegan, y con decir que todo *es predicar en desierto* dan por nulas nuestras demostraciones, por estúpidas las disposiciones de Dios, por fabulosas las verdades eternas, la religion por una farsa y por una quimera la iglesia, y se familiarizan con el crimen, se avienen con la paz del impio y hasta blasonan de su libertinaje llamándolo *despreocupacion y grandeza de alma*. ¿Y está ser católicos? ¿A i se explican los que se tienen por honrados, por piadosos, por hombres de virtud y ciencia? Callad insensatos: callad y entended, que el apóstol quiere que el matrimonio sea honorífico, y sin mancha el lecho nupcial: (Epist. á los heb. c. 13. v. 4.) que el reino de Dios no consiste en los placeres sensuales, sino en la justicia, en la paz y en la alegría del Espíritu-Santo, compañeros de la virtud: (epist. á los Rom. c. 14. v. 17.) que en vuestros enlaces no debe ocupar el vicio el lugar de la virtud, que el pecado no debe impedir la presencia de la gracia, y que la carne debe estar sujeta y subordinada dulcemente á la razon y á los instintos religiosos. Si esto no os acomoda, necesario será que sepais: que el demonio tiene potestad sobre los caídos que en nada cuentan con Dios, sobre los que se conducen con el torpe desseo de saciar sus apetitos á la manera de los brutos y animales inmundos, como lo advirtió el arcángel san Rafael al jóven Tobías. (Tob. c. 6. v. 17.) No os bur-

reis sarcásticamente de los planes de verdadera felicidad trazados en los libros santos, ni os afaneis por alucinaros y pervertiros porque los desórdenes, las impurezas, las infidelidades, los adulterios, los escándalos y el infierno son el patrimonio de los malos matrimonios, y ellos deshonoran á las familias, hieren de muerte á la sociedad y os llenan de oprobio y de execracion. Nada adelantais por otra parte, con la impiedad: porque un manjar exquisito ¿tiene mejor sabor y gusto usándolo en nombre de Satanás que en nombre de Dios vivo? ¿Una mujer tomada del diablo tiene mas atractivos que recibida de mano de Dios? La seguridad de un deleite lícito, justo y santificado ¿no es preferible á la conciencia del crimen y á la depravacion del corazon? pres si esto es así, santificad vuestros enlaces aunque no sea mas que por vuestro interes temporal, aunque no sea mas que por salir de esa confusion babélica con que Dios castiga á las familias que no pertenecen á un matrimonio santo instituido por Dios y elevado á la dignidad de sacramento por nuestro señor Jesucristo. Imitad mas bien á vuestros padres que fieles observadores de los deberes matrimoniales especimentaron los bienes de su union sacramental atendiendo á la crianza y educacion cristiana de la prole que les concedió el cielo, guardándose mutuamente fidelidad, amor y respeto, y venerando en su conducta virtuosa la union inefable de Jesucristo con su iglesia. Si lo haceis así, aun podrán renacer en nuestra patria las virtudes que la hicieron la nacion mas poderosa del universo, aun la España podrá volver á ser España, y mil y mil lenguas podrán publicar y decir que «el santo matrimonio reconocido, venerado y respetado en la iglesia de

» Dios como uno de sus siete sacramentos de la ley de gracia, es una institucion divina destinada á hacer santos y virtuosos no solo á los casados sino que tambien á todas las clases de la sociedad.»

Esto amables oyentes, es lo que se desprende del evangelio de este dia. Jesucristo dió principio á su predicacion consagrandó con su presencia el matrimonio celebrado en Cana de Galilea, haciendo el primer milagro con que manifestó su omnipotencia, y estableciendo la santidad matrimonial bajo unas bases tan sólidas y eternas que el apóstol asombrado no pudo dejar de decir.— Grande es este sacramento en Cristo y en su iglesia.— (Epist. á los efes. c. 5. v. 82). Tomemos la linterna de la fe, miremos con ella la naturaleza y la gracia en las manos de Jesus, veamos como las une, como las hermana, como las casa, y como las armoniza, y démosle gracias incesantes porque unió el cielo con la tierra, la carne con el espíritu, lo celestial con lo terreno y el matrimonio con la gracia y con la santidad.

Y vosotros hombres cínicos que en vuestra hediondez parece que envidiais la condicion de las bestias, tened en cuenta que Dios ha dicho, que los deshonestos, los afe-minados, los de pecados nefandos y los lascivos no entrarán en el reino de los cielos. (1.^a Corint. c. 6. v. 10.) Mirad que de precipicio en precipicio y de abismo en abismo vais á caer en el lugar de los horrores sempiternos y que os desprecian los mismos que os aplauden, os acompañan y ayudan en vuestras disoluciones. ¿Quereis una mujer? Pues pedidla á Dios: recibidla de su

mano, vivid con ella guardando las leyes del santo matrimonio, y no dudeis de que este es el mejor medio de regularizar vuestra vida, de restituir á la sociedad la honra que la habeis quitada con vuestra escandalosa conducta y de conseguir la gracia que ha de abriros las puertas de la gloria. Amen.

SERMON.

PARA LA DOMINICA TERCERA. DESPUES DE EPIFANIA.

Sobre la fé del Leproso y del Centurion.

Domine non sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tantum die verbo et sanabitur puer meus. Señor, no soy digno de que entres en mi casa: mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo. Matt. c. 8. v. 8.

Hoy amables oyentes nos dice san Mateo en el evangelio que acabais de oír, que despues de haber hablado Jesucristo á las turbas haciéndoles conocer el espíritu de la ley, y su perfeccion, y acompañando las palabras con los milagros y con una interior uncion que persuadia, ablandaba y convencía á cuantos la oían, se llegó á él un leproso que le adoraba diciendo: «Señor, si quieres puedes limpiarme.» Jesus le dijo que *queria sanarlo*, y tocándole con la mano quedó limpio de su lepra. Como nuestro Salvador queria que los hombres atendiesen mas bien á sus doctrinas que á sus mi-

lagros, porque estos en la mayor parte no producian mas que vanos afectos de admiracion, dijo al que acababa de curar: «No lo digas á nadie: pero vé, muéstrate al sacerdote y ofrécele la ofrenda que mandó Moises.» Signió el Salvador del mundo cumpliendo con la mision que le encomendara su eterno Padre, y muy luego se le presentó un centurion ó capitán de ejército suplicándole que sanase á un criado paralítico reciamente atormentado que tenia postrado en su casa. El Señor le dijo «Yo iré y lo sanaré.» Entonces le dijo el centurion «Señor: no soy digno de que entres en mi casa: mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo. Si, no obstante estar yo subordinado y sometido á otros, los que lo están á mí me obedecen prontamente cuando les mando alguna cosa: ¿cuánto mas bien sereis Vos obedecido siendo un Dios todo poderoso é independiente luego que mandáreis y ordenáreis alguna cosa? (Sirio sup. Mat. c. 8. v. 9.) Cuando oyó esto Jesus se maravilló y dijo á los que lo seguían «Verdaderamente os digo que no he hallado fé tan grande en Israel. Ve dijo al centurion, y como lo creiste, así te sea hecho. Y su siervo fué sanado en aquella misma hora.»

Estos amados fieles son los hechos que nos propone nuestra santa madre la iglesia para alimentarnos con la saludable doctrina que contienen: Ellos solos bastan para que dando de mano á los encantos y alicientes de las pasiones nos decidamos á vivir de la fé que es la vida del justo como se dice en los libros santos. (Rom. 1. v. 17.) Pero como ha cundido tanto el indiferentismo religioso, como hay tanto libertinaje, tanta atibicion y tanto interes terreno; y como la cien-

cia carnal enéñta con tantos próselitos aletargados en la más estúpida indolencia, de temer es que se oigan las doctrinas de Jesucristo como las oían los escribas y fariseos que lo escuchaban por ver si podían cojerlo en algun deslíz, y que no falten insolentes atrevidos que salgan de este mismo templo diciendo como acostumbran. «Sermones, y nada más. » Fanáticos declamadores interesados en sostenerse á costa de la credulidad de los incautos y sencillos. »

Bien se que estas blasfemias son forasteras en la nación católica, y que solo salen de los lavios de la impiedad personificada en los sacuaces de esa filosofía diabólica ocupada en ridiculizar todo lo sagrado y divino por ser contrario á sus máximas infernales: pero yo las denuncio á vuestra religiosidad para que las anatematicéis: para que huyais del hombre enemigo que siembra la cizaña del error en el campo del Señor para que sofoque y no se vea la verdad: y para que execrándolas entendais, que si el infernal dragon anda tan solícito y cuidadoso por ver si encuentra á quien devorar, no hay mas armas para vencerlo que las que se ostentan en el evangelio de este dia: las que nos señala el Príncipe de los apóstoles cuando nos dice: «Resistidlo » fuertes en la fé.» En la fé del leproso que adoraba confiando al Dios de las misericordias: en la fé del centurion cuyas palabras han merecido ponerse en la boca de todos los cristianos cuando reciben el santísimo sacramento del altar. *Domine non sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo et sanabitur puer meus.* Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo. La fé pues todo lo puede, dispone

de las misericordias del eterno, nos fortalece en la lid del cristianismo y nos asegura el triunfo prometido á los que contritos y humillados recurren al Señor. Esta será la materia de este discurso.

O vos inmortal que no viniste á llamar á los justos sino á los pecadores para sanarlos y hacerlos hijos santos de vuestro rebaño: inspirados como al leproso y como al centurion que merecieron vuestros consuelos, y haced que seamos gloriosos trofeos de vuestras misericordias eternas. O los pechos con todas las veras de nuestro corazon, y para mas obligaros interponemos la mediacion de la Reina de la piedad Maria Santísima á quien saludamos con las palabras del ángel diciendo.

AVE MARIA.

*Domine non sunt dignus ut intres sub tectum meum,
sed tantum dic verbo et sanabitur puer meus.*

Sabéis amables oyentes, que la FE consiste en creer firmísimamente lo que Dios nos dice y la iglesia nos propone. No ignorais que en materias de fé no es lícito vacilar, que no es permitida la menor duda, porque antes saltarán los cielos y la tierra que las palabras de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. O supongo convencidos de que la FE es una regla segura, infalible, santa é invariable cuya luz penetra en todos los estados y condiciones del hombre sin que sea imaginable una sola accion acerca de la cual no dé principios y reglas. Tambien creo que todos

estais en la firme persuacion de que *sin la fé es imposible agradar á Dios* como nos lo enseña la FE misma: (Epist. Paul. ad heb. c. 11. v. 6) y en fin que no puede uno ser buen cristiano sin que en su conducta, en sus deliberaciones, diligencias y empresas deje de estudiar y consultar la fé que lo ha de justificar y conducir á la patria celestial. Estas nociones y sentimientos son comunes y esenciales á los fieles, y yo debo suponerlas y las supongo en cuantos me favoreces con vuestra atencion; pero es un deber mio el deciros, que aunque la iglesia ha decidido que puede conservarse la FE entre los excesos de una vida criminal, y que un mal cristiano puede tener FE y obrar contra la fé, es necesario que advertais: que esta FE sin obras es una FE muerta que solo puede servir para vuestra condenacion; porque si al hacer comparacion entre vuestra vida y las máximas y principios en que estábais instruidos por la FE os hallais en descubierto cargados con el peso de vuestros arreglos y de órdenes; ¿qué sentencia ha de fulminar contra vosotros el Juez Supremo que encuentra defectos en la misma santidad de los hombres? ¿Podrá ser otra que la de la condenacion eterna? No se os figure, amados mios, que pueden ser hijos de la gracia los que creyendo obran contra lo mismo que creen; porque este error lo ha condenado el santo Concilio de Trento. El mismo Jesucristo dijo que no todos los que dicen *Señor, Señor*, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hagan la voluntad de su padre celestial. *Mi justo vive de la fé*, dice la sabiduria eterna por el apóstol de las gentes (Epist. ad Rom. c. 1.º v. 17) de modo, que segun el vaso de eleccion el carácter del verdadero *fiel* consiste en conocer, amar y

aborréer las cosas según los sentimientos que nos inspira la fe: en juzgar las cosas grandes ó pequeñas, útiles ó inútiles, buenas ó malas no según nuestra inclinacion ó ciencia privada, sino según las luces de la fe que se nos infundió en el bautismo con la gracia necesaria para cumplir con las obligaciones de buenos cristianos. Depongamos todo lo carnal y terreno con todos los deseos seculares como nos lo encarga el apóstol: decidámonos á vivir sobria, justa y piadosamente di-ján lomos dirigir en nuestros temores y esperanzas, en nuestros gozes y tristezas, en nuestro amor y en nuestro odio por los preciosos instantos de la FE: y si obrando de este modo la religion nos consuela, Dios nos acompañe en nuestros trabajos y tribulaciones, y experimentamos las dulzuras de las almas justas, confesad que la FE es el mayor bien que nos ha concedido nuestro Redentor, apreciadlo en provecho vuestro y dad gracias al que tanto hizo en vuestro favor.

La FE nos dice que es necesario padecer por la justicia: que no pertenecen á Jesucristo sino los que son odiados, despreciados y perseguidos por los mundanos: que Dios prepara á sus escogidos la cruz de grandes padecimientos, angustias y calamidades para hacerlos dignos de su reino: en que no puede entrarse sino á viva fuerza venciendo á los enemigos de nuestras almas. La FE en suma, comparada á aquella preciosa margarita por la que el hombre debe sacrificarlo todo, nos enseña lo que se expresa en el catecismo de doctrina cristiana que puso en nuestras manos la piedad de nuestros padres que nos educaron para la virtud, para la gracia y para la gloria que Jesus ha

prometido á los fieles. Si dóciles á sus divinas enseñanzas modelamos por ellas nuestra conducta y nos dejamos dirigir por sus inefables inspiraciones: si vivimos y nos nutrimos de la fe: ¿quién será capaz de enumerar los bienes que nos vienen juntamente con ella? ¿Quién podrá comprender las recompensas que destina el cielo para premiar la fidelidad de los que cumplen sus santos mandamientos en esta vida? Toda la naturaleza obedece á la fe. Por la fe se han obrado todos los milagros que reconoce nuestra religión. En todas partes ensalza Jesucristo la virtud y eficacia de la fe: á su mérito atribuye los prodigios que obraba en favor de los que le pedían su consuelo: da á entender que nada puede negar á la fe: dice que sus discípulos harían con la fe milagros mas estupendos que los suyos, y parece que se empeñó en dejar consignado que la fe es todopoderosa como su autor divino. Que lluevan sobre nosotros todas las desgracias imaginables, que vengan las calamidades que aflijeron al obstinado Egipto, que las potestades infernales apuren sus recursos para atribularnos y confundirnos, que el mundo con todos sus artificios y violencias quiera envolvernos en el error y precipitarnos, que nuestras mismas pasiones se revelen para apurarnos y comprometernos, que el cielo, la tierra y el infierno se coliguen.... nada, nada, nada será capaz de vencer á los fieles que tienen su vida escondida en Jesucristo como lo dice el apóstol: porque Dios siempre triunfará en sus siervos: porque las puertas de los abismos jamas prevalecerán contra la fe, y porque la barquilla de san Pedro que es la congregación de los fieles flotará sobre las olas del mar tiempos

trioso de este mundo criminal hasta llegar dirigida por el omnipotente á su destino de la Jerusalem triunfante de la gloria.

La FE es la primera virtud del cristianismo: ella facilita los imposibles de los hombres: obra portentos y maravillas superiores á la comprension del entendimiento humano, y de tal modo dispone de los tesoros del eterno, de tal manera ennoblece, fortifica y engrandece á los cristianos que con ella han vencido al mundo, han triunfado de los tiranos y han humillado á los poderosos de la tierra. Recorred hombres del saber humano: recorred la historia del asombroso establecimiento del cristianismo, ved los medios de verdadera ilustracion con que se ha propagado y se estiende por los países y regiones mas remotas, notad como se conserva en medio de los incrédulos é impíos que lo combaten y entre los viciosos y criminales que lo contradicen, y decid si la FE no es una emanacion del omnipotente concedida á los cristianos para hacer ángeles en la tierra: que á mí ya me urge el preguntaros.

Teneis por ciertas é infalibles todas las verdades que os propone la FE? ¿No es verdad que sin ellas no hay salvacion para los hombres? A i teneis que confesarlo por mas que vuestra criminal conducta todo lo niegue y desprecie: porque sabeis que contra Dios no hay ciencia ni conejo: porque el mismo ha dicho que «perderá la sabiduria de » los sabios y la prudencia de los prudentes del siglo, y que » la prosperidad de los impíos perecerá:» y porque estos oráculos sagrados se estan cumpliendo á la vista de los hombres todos. ¿En qué han venido á parar los herejes incrédulos.

los é impíos famosos de todos los siglos? ¿Qué ha sido de la fulanje de *espíritus fuertes* que aborrió el infierno para destruir á Jesucristo á quien en su favor frenético llamaban *el infame*? ¿En dónde están los que se jactaban de que harían desaparecer de nuestro suelo la religion católica? Todos han caído en los abismos de la eternidad: no han dejado tras sí mas que tristes ve-tijos de su insensatez é impotencia: su memoria execrable nbs advierte de que el triunfo de la FE está escrito con caractéres eternos en el libro de la providencia.

Los que no ven palpén ni perciban estas verdades, ó están ciegos y desacordados, ó el omnipotente los ha entregado, en pena de su infidelidad, á su réprobo sentido y á la dureza de su corazon. Quiera el cielo que no se hallen entre nosotros monstruos semejantes. No permita Dios que lleguen á este extremo los pecadores de este pueblo. Pero amables oyentes: ¿No es público y notorio que la multitud sigue los pasos de los mundanos con mengua y desprecio de la FE? ¿que las jentes se apandilán para obrar la injusticia, que el interés y la ambicion son los ídolos de nuestro siglo, y que una desolacion terrible ha desolado toda la tierra porque no hay quien piense con rectitud de corazon como lo dice Jeremias? (Jerem. c. 12. v. 11.) ¿Nuestras costumbres depravadas no nos autorizan para dudar si somos justos y paganos, mas bien que fieles hijos de la gracia? A vuestro buen sentido dejo la contestacion: pero viviendocomo vivimos: ¿Qué remedio amados míos: qué remedio habrá para salir de los peligros en que nos ha puesto la infidelidad práctica de los que se contentan con llamarse fieles y

católicos siendo tan viciosos, criminales y perversos? Cómo en nuestra insensatez podremos hacernos gratos y accesibles á la divinidad?

Imitando al leproso del evangelio. Reconociendo como él, el poder de Jesucristo: adorándolo como á Dios omnipotente y diciéndole confiados en su bondad inmensa «Señor: si quieres puedes limpiarme de la lepra del pecado que me consume, haciéndolo así, el Dios de toda consolacion, dirá lleno de piedad, quiero limpiarte» y el pecador quedará limpio con la obligacion de presentarse al sacerdote en el santo sacramento de la penitencia en que no hay mancha que no se quite, pecado que no se perdone, gracia que no se conceda. Queda pues espedito el camino que debe seguir el pecador para lograr el perdón de sus pecados con la gracia que limpia, sana, nutre y purifica, como lo dice mi melilluopadre san Bernardo. Emprendámoslo todos los que hemos pecado, y confiemos en la misericordia del que vino á salvar á todos los que habian perecido. Para los justos; para los que viven de la fé, y tienen por lucro el padecer y morir por Jesus hay otro camino paralelo mas suave y deleitable en sentir de los ascéticos. Se reduce á que si ilustradas nuestras almas como la del centurion recurrimos á nuestro Redentor pidiéndole la salud de los paralíticos en sus creencias, prácticas y costumbres religiosas reciamente atormentados con los remordimientos del crimen y vemos que su divina majestad se presta como acostumbra á ir á buscar la oveja perdida para traerla en los hombros de su piedad al apriseo de su rebaño, demos una prueba de nuestra humildad y de nuestra fe diciéndole como el capitan. « Señor

no soy digno de que descendais á tanto: basta que lo mandéis de palabra para que los pecadores queden sanos, salvos, limpios y perdonados.» Esta confesion merecerá esta respuesta omnipotente «Vé, y como lo creiste así te sea hecho» y siempre, en todos los casos posibles tenemos que la fé todo lo puede, que dispone de los tesoros del eterno, y que su virtud nos fortalece y asegura el triunfo prometido á los contritos y humillados que se forman en la escuela de la fé como me propuse demostrar.

Recurramos pues á Jesus con la fé y humildad del leproso y del centurion como nos lo encarga nuestra santa madre la iglesia: no nos detengan nuestros vicios y pecados, porque en donde abundó la malicia superabundó la gracia. Nuestro Dios no es un Dios de bronce, es un Dios de piedad y misericordia que no quiere que perezcamos sino que nos salvemos. Fijémonos en la fé: y puesto que Jesucristo maravillado de la del centurion dijo: que «á seme-
» janza de este gentil vendrian muchos del oriente y oc-
» cidente y merecerian el premio destinado á los verdade-
» ros hijos de Abran, de Isaac y de Jacob,» pidámos-
le que seamos de este número, para que limpiándonos se-
gun la multitud de sus miseraciones de la lepra de nues-
tros pecados, lleguemos á tener aquella fe viva que inclu-
yendo la esperanza y la caridad hace al hombre santo y
justo con derecho espedito para ir por los méritos de
nuestro Señor Jesucristo á la gloria eterna que á todos de-
seo. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE EPIFANIA.

Sobre la confianza que debemos tener en Dios.

Domine, salva nos, perimus. Señor sálvanos que perecemos.

Matt. c. 8. v. 23.

Catolicos.

Un yugo pesado oprime á los delinquentes hijos de Adán. Desde el dia en que salen del seno de su madre hasta el último en que caen en el sepulcro no tienen un momento de descanso: tan apenas conocen el sosiego; pues que durante el sueño de la noche y en el tiempo del reposo se ven agitados de los furores de la soberbia, de la ira porfiada, de la envidia devorante y de esas pasiones borra cosas que han convertido al mundo en una sentina de vicios, en un infierno que nadie sabe definir: mientras atraviesan este valle de lágrimas desconocen la calma y la tranquili-

dad: entre la agitacion, la inquietud, la zozobra y el sobresalto tienen que surgir escollos al parecer insuperables: se ven precisados á vencer enemigos poderosos, á sostener una guerra empeñada contra el mundo, el demonio y la carne, y ademas de esto la muerte, la sangre, la guerra, la espada, la opresion, el hambre, la ruina y todas las plagas calamitosas que fluyen sobre la tierra como lo dice el santo Job, los precisan á sufrir tempestades semejantes á las que nos describe el evangelio de este dia para nuestra instruccion en beneficio de nuestras almas.

Despues de haber sanado Jesucristo al leproso y al paralitico criado del centurion (de quienes os hablé el domingo pasado) entró su divina magestad en un barco con sus discípulos. Muy luego se notó un gran alboroto en el mar, las olas embravecidas cubrian la nave, la comprometian terriblemente, la horrorosa borrasca que la combatia amenazaba sumerjirla y echarla á pique, y Jesus dormia tranquilo. Los discípulos y marineros asustados, llenos de pavor y sobresaltados despertaron apresuradamente al divino maestro diciéndole «Señor, sálvanos, que perecemos: Domine, salva nos, perimus.» Despierto nuestro Salvador reprendió como á hombres de poca fé á los que llenos de temor y espanto lo habian despertado, porque el temor que los turbaba no procedia tanto del peligro en que se veian como de que no tenian todavía la idea que debian de Jesucristo, segun lo siente el Crisóstomo. (Hom. XXIX). Se levantó al punto y viendo una tormenta tan deshecha mandó á los vientos y al mar, los que escuchando la voz de su Criador obedecieron sucediendo una calma tan apacible y tranqui-

la que todos se maravillaron diciendo con asombro y admiracion «¿Quiénes este que los vientos y el mar le obedecen?»

Este suceso es uno de los mas notables que se leen en el evangelio santo. De él se han valido los santos padres para explicar la divinidad, la esencia y condicion de la iglesia católica apostólica romana, simbolizada en el barco furiosamente combatido por las olas embravecidas del mar: lo han tenido por el mas á propósito para consolar á los justos, afirmar á los débiles en la fe, confundir á los impios y ostentar el curso triunfante y victorioso de nuestra religion adorable, y en él encontramos todo lo que podemos desear para nuestra santificacion. Porque católicos, al ver que los tiranos con todo el poder de la tierra y del infierno no pudieron acabar con la esposa de Jesus en su infancia, que los filósofos y herejes apoyados en el furioso fanatismo de la muchedumbre no han hecho mas que poner en claro su divinidad y hermosura, y que los ateos, los deistas, los indiferentistas, incrédulos, impios, y pecadores hacen inútiles esfuerzos contra la ciudad eterna fundada sobre la piedra angular Jesucristo ¿no experimentan nuestros corazones un placer divino superior á la explicacion del hombre? En el pavor y sobresalto de los que viéndose en peligro de perecer despertaron á Jesus diciéndole «sálvanos Señor que perecemos» ¿no hallamos exactamente retratado el temor que nos aflige cuando nos amenazan, nos atribulan, nos escarnecen, insultan y baldonan los que se mofan de nuestras creencias religiosas, los que ufanos, engreidos y envalentonados con la humillacion de los justos se proponen ester-

minar, confundir y acabar con la religion de nuestros padres que ha de durar hasta mas allá de los siglos? Y en Jesus reprendiendo la poca fe de los que lo acompañaban en la nave invencible, mandando á los vientos y al mar para que todo se tranquilizase con una bonanza apacible ¿no vemos al omnipotente cuidando de los suyos con una solicitud siempre triunfante que siendo la prenda de nuestra esperanza nos radica en la fe y nos estimula á amarle con la caridad mas acendrada? No se necesita mas que el sentido religioso para comprender las doctrinas y verdades eternas que nos enuncian estos sucesos misteriosos decretados en los consejos del Dios del universo para bien de los que creen, aman y esperan en su bondad. Grandes y terribles son los embates que tienen que sufrir los cristianos en el mar borrascoso de este mundo pervertido, furiosas tempestades amenazan su existencia, enemigos implacables estan dispuestos para envestirlos con ardor desesperado: pero debiéndose estrechar semejantes esfuerzos infernales en la piedra angular de nuestra fe, no servirán mas que para hacer brillar la feliz tranquilidad que despues del combate concede Dios á los que pelean, vencen y triunfan con su gracia. Confianza en Dios, amados fieles: Confianza en Dios, y que vengan los enemigos de nuestras almas á hostilizarnos con furor desesperado en el fluctuante barco de nuestra religion dirigido por nuestro Jesus divino. Confianza en Dios... pero de ella voy á ocuparme en este breve rato, porque es importante y decisiva para vencer y triunfar en la milicia cristiana.

Dios omnipotente: que nuestra fé sea tan grande como la de los que merecieron vuestro elogio. Que digamos con el real profeta que *es mucho mejor confiar en vos que en los hombres*, y que nuestra confianza en vuestras promesas sea el principio de nuestro triunfo, la señal de nuestra victoria, la confusion de nuestros enemigos. Os lo pedimos por medio de la mas santa y pura de todas vuestras criaturas; por la que siempre escuchó con emocion tierna las palabras con que la saludamos diciendo.

AVE MARIA.

Domine, salva nos perimus, ut supra.

Inenarrables son los peligros que tenemos que arrostrar mientras que en la iglesia militante combatimos contra el mundo, el demonio y la carne. Hay peligros dice el apóstol (2.^a corint. c. 11. v. 26.) en la ciudad y en el desierto, en el mar, en la tierra y en los falsos hermanos: los hay de la parte de adentro y de la parte de afuera. Los pensamientos del espíritu, los temores del corazón, la incertidumbre del porvenir, el presente inquieto, turbulento y alarmado, un filtro de tedio que corroe nuestras entrañas cuando las pasiones invaden la dominacion de la razon recta y otros mil golpes funestos que experimentamos sin salir de nosotros mismos ¡en qué angustiosa situacion nos colocan! Analizad vuestras afecciones, vuestras tendencias, vuestras inclinaciones y ese peso enorme que oprime vuestro corazón hacia la

tierra; poned en claro ese confuso tropel de tentaciones albugadas y satisfechas que os atormenta; trazad vuestra propia historia y confesad que si Dios no acude en vuestro auxilio es imposible vuestra salvacion. Y si ademas de estos peligros interiores consideramos los que nos amenazan por parte de afuera, si atendemos á esos furiosos torbellinos que salen del infierno para envolvernos y confundirnos ¿cuál será la gravedad del conjunto de males que nos amenazan? Los fieles hijos de la gracia tienen que sufrir en el Egipto abominable de este siglo la cólera de mil y mil tiranos Faraones que los oprimen, vejún y persiguen con crueldad desesperada. Si levantan los ojos al cielo pidiendo misericordia los escarnecen, se mofan de ellos, los injurian, los denostan y los degradan. Si atrincherados en su virtud sufren, padecen y esperan, los atropellan injustamente, los maltratan, los insultan y emplean las amenazas mas atroces y los modos y maneras que les sugiere la malicia de Lucifer para desterrarlos de la tierra y verse libres de las acusaciones de los justos siempre contrarios á las obras de los impíos. Si confiados en la clemencia omnipotente del piloto celestial atraviesan en el barco de su paciencia el mar borrascoso de este mundo, los tienen por insensatos, por fatuos, é indignos de figurar en la sociedad. No son estos peligros de gran cuantia? Pues ellos son las olas embravecidas que amenazaban sumerjir á la navecilla de que nos habla el evangelio de este dia: ellos nos atemorizan, nos asustan, nos inquietan, nos obligan á decir al pastor eterno de nuestras almas «**SALVANOS SEÑOR QUE PERECEMOS.**» Es verdad que al oír Dios nuestros gritos nos podrá reprender diciéndonos «hombres

de poca fé ¿por qué temiais? ¿No son eternas é infalibles mis palabras? ¿No he asegurado que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra mi iglesia santa? ¿Pues cómo no confiais en mí? Pero como conoce la materia frágil de que los ha formado y se apiada de nosotros como un padre de sus hijos mandará á los vientos y al mar, caerán á nuestro lado mil enemigos y á nuestra diestra otros diez mil, las furias del mundo, del infierno y de la carne combinadas desaparecerán, quedaremos en una calmosa tranquilidad propia de los fieles y diremos asombrados: ¿Quién es este á quien obedecen los vientos y el mar encrespado, furioso y turbulento en que viven los hijos de la iglesia militante?

Prestadme doble atencion. Ese Dios que mortifica y vivifica, que nos confunde en los abismos y nos saca á la superficie, que nos prueba en la tentacion y nos consuela en su misericordia, que alhaga y azota, que hiere y dulcemente sana, es el Dios que dijo á sus apóstoles «tened confianza que yo he vencido al mundo. (Joan. c. 16. v. 33) Es el Dios que despues de haber advertido á los suyos lo que habria de sobrevenirles llamó su atencion diciéndoles: «Os ha enterado de estas cosas para que entendais que vuestra paz y seguridad la habeis de poner en mí y en los auxilios de mi gracia. En el mundo solo hallareis allicciones, angustias y trabajos: mas no os acobardeis por eso, porque vais á combatir contra un mundo que yo ya he vencido y sujetado.» (Scio in loc. cit.) Es Jesucristo; la misericordia personificada y revestida de nuestra naturaleza, el Redentor del jénero humano que no hizo mas que perdonar á los pecadores, sin despreciar, sin echar de sí ni humillar á nin-

guno de los que le pidieron consuelo. Que lo digan sino la oveja perdida, el hijo pródigo, la pecadora de Nain, Zaqueo, la mujer adúltera, la Samaritana, san Pedro y la súplica que hizo en la cruz por los mismos que lo crucificaron. Este es el Dios á quien obedecen los vientos, á cuyo nombre doblan la rodilla las potestades celestes, terrestres é infernales y ante el que las criaturas todasson como si no fueran. ¿No deberemos poner nuestra confianza en él? Nuestra religion adorable imprimiéndonos al augusto carácter de hijos de Dios nos inspira hácia este bienhechor soberano la misma confianza que los buenos hijos tienen en su buen padre. El mismo Jesucristo para animarnos á confiar en él nos dice: «¿Será posible que un padre tierno y cariñoso ofrezca escorpiones y veneno á los hijos que le piden el pan que necesitan? Pues pedid hijos míos, pedid y se os dará. (Mat. c. 7. v. 7.) Por si la ternura de un padre no es bastante compra Dios la suya con la de una madre. El dice á los de su pueblo «Jerusalén piensa que el Señor la ha olvidado y desamparado: pero acaso puede una madre olvidarse de su hijo y dejar de apiadarse del frunto de sus entrañas? Aun cuando ella fuera capaz de hacerlo, yo no os olvidaría. (Isai. c. 49. v. 14.) Un Dios que se explica de este modo, que nos da lecciones prácticas de amor; que tiene comprometida su palabra, que nos es deudor de lo que nos ha ofrecido, segun san Agustin, y que haciéndose carne por nosotros dió á conocer la bondad y la benignidad divina, como lo dice el apóstol (Épist. á Tito. c. 3. v. 4.) ¿no merecerá nuestra confianza? En quién mas que en él podremos esperar? En nadie. Dios es nuestro auxilio, nuestro refugio y nuestra fortaleza: *En tí,*

Señor esperé, decía el real profeta, y no seré eternamente confundido.

Si recordamos la conducta que ha tenido Dios con los pecadores de todos los siglos, la paciencia con que los aguarda, la repugnancia que tiene en castigarlos, la ternura con que los llama, la facilidad con que los perdona á las primeras señales de un sincero arrepentimiento y la alegría que muestra por su conversion ¿podremos persuadirnos de que nos abandonará, de que nos rehusará sus gracias, de que nos endurecerá para tener la triste satisfaccion de castigarnos y de que podremos perecer al lado del que nos conforta con su gracia? ¿Dudaremos de un Dios que nació pobre y humilde y desdichado, que vivió sujeto á las vicisitudes de un mundo dominado por la culpa, y que murió víctima de una persecucion atroz en una cruz afrentosa nada mas que por redimirnos y enseñarnos á confiar en su bondad inmensa? ¿Llegará nuestra desesperacion hasta el extremo de desconfiar de un padre amoroso que ha quedado en el santísimo sacramento del altar para servirnos de comida y de bebida, y para decirnos á voz en grito: «Venid á mí los que estais desfallecidos, que yo os confortaré?».

No amantísimo Redentor nuestro, no desconfiamos de vos. Somos pecadores, os hemos ofendido con pecados que no pueden numerarse, estamos oprimidos con el peso de nuestras iniquidades y nuestra malicia es sobre nuestra comprension: pero vuestra misericordia es el mas consolador de vuestros divinos atributos y en ella fundamos nuestra esperanza.

Sois fieles, vuestras promesas, vuestro mérito son in-

finitos, sois mas poderosos para perdonar que nosotros para pecar, y ya abrimos nuestros corazones á los consuelos de vuestra bondad. Sí, católicos de mi alma. Nada importan ya nuestros pecados: el demonio nos tienta para que nos tengamos por perdidos, para que tengamos por imposible el perdon de nuestras culpas y para que miremos á Dios como á nuestro enemigo: pero armémonos con la fé y rechacemos tan infernales sugestiones, conficmos en un Dios cuyas misericordias no tienen medida; y si nuestros vicios y pasiones nos oprimen, si el infierno se enfurece contra nosotros, si los hombres nos persiguen, vejan y atormentan y todas las furias imaginables se reunen para combatirnos, recurramos á Jesus, digámosle arrepentidos de nuestra poca fé «Sálvanos Señor que perecemos» y su divina majestad hará con nosotros lo que hizo con los que lo acompañaban en el barco: tranquilizarnos con la paz que concede á las almas justas. Así nos lo tiene prometido, y primero faltarán los cielos y la tierra que las palabras del que no puede engañarse ni engañarnos. Siempre, en todos los lugares y tiempos, aun los mas difíciles y apurados, ha hecho vencer y triunfar á su esposa santa entregada á las olas tempestuosas que la combaten para su mayor gloria. Los infinitos mártires, confesores y vírgenes que se mencionan en nuestros martirologios y calendarios, les santos esclarecidos espuestos en nuestros altares á la veneracion pública; y esas basílicas, templos, ermitas y santuarios de nuestra religion no publican honoríficamente la gloria de los héroes que produjeron las virtudes cristianas? Pero los perseguidores y tiranos de los justos, los que con furor satánico se han ensa-

ñado en las ovejas invasivas del pastor divino oprimiéndolas de mil modos y maneras atroces é infernales, y los orgullosos que en su impiedad creyeron que nuestra religion era una farsa y nuestro Dios una quimera ¿en qué han venido á parar? Qué ha sido de los Neronos, Domicianos, Severos, Decios, Dioclecianos y otros tales? Qué, de los famosos herejes y sectarios que con todo el poder del mundo y del infierno quisieron echar á pique la navecilla dirigida por el omnipotente? Los incrédulos, libertinos é impios que juraron guerra de exterminio contra la religion anunciada por los doce pescadores: los que creyeron ver cerrados nuestros templos y eliminados de la sociedad los fieles hijos de la iglesia católica ¿en dónde han fijado el cetro de su dominacion? Ah! Todos han perecido desastrosamente, desaparecieron con ignominia sin dejar tras sí mas que una memoria execrable, y su suerte, de temer es que sea la mas desastrosa. El infierno brama, el mundo se desespera, los vicios y pasiones se embravecen y todos mancomunados envisten con furor á la iglesia santa; pero esta, siempre sigue triunfante y victoriosa el curso que le trazó su autor divino. Se necesitan para conocer estas verdades eternas mas que sentido comun y razon despreocupada? Contestad hombres ilustrados, contestad y sed justos, francos, desinteresados é imparciales.

Siendo pues una milicia la vida del hombre sobre la tierra, figurada la iglesia inmaculada en el barco combatido por las olas embravecidas del mar agitado por una furiosa tempestad: asustados los fieles á la vista de los peligros que les rodean; y espuestos á perecer en medio de los

escollos de un mundo reprobado por Jesucristo, ¿qué partido deberán tomar para salvarse? ¿Qué harán para no caer en los abismos y perderse eternamente? Tener confianza en el Dios que se ha puesto á su cabeza para llevarlos dichosos y triunfantes á la feliz mansion de los justos: armarse con el escudo de la Fé, creer firmemente en Jesucristo, y esperar en su bondad inmensa: desterrar ese temor funesto que conduce á los pecadores á la desesperacion creyendo que sus pecados son imperdonables y amar á Dios con el temor filial propio de los que confesándolo padre de los fieles le dicen viéndose atribulados «Sálvanos Señor que perecemos. *Domine, salva nos, perimus.* ¿Quién duda de que haciéndolo así seremos participantes del triunfo prometido á la iglesia inmaculada contra la que jamás prevalecerán las puertas del infierno? Podremos perecer en el arca de Noe, en la ciudad de refugio, en la nave de san Pedro y al lado de Jesucristo? Estad ciertos y seguros de que teniendo á Dios de nuestra parte son nada las persecuciones, nada los esfuerzos de las malignas potestades y nada cuanto puedan hacer contra nosotros los enemigos de nuestras almas, como lo dice san Pablo; porque todo, todo lo superamos con la *confianza* que debemos tener en el que nos ama hasta lo infinito, en el que llamó bienaventurados á los que padecen persecucion por la justicia, y en el que nos alarga su mano poderosa para sacarnos purificados de este mundo y llevarnos á cantar eternamente los cánticos de Sion en los tabernáculos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE EPIFANIA.

Sobre la mezcla de los buenos y los malos.

Venit inimicus et superseminavit zizania in medio tritici.

Vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo.

Matt. c. 13 v. 25.

Católicos.

El Hijo del Altísimo, la sabiduría eterna, el divino Verbo que ilumina á todo hombre que viene al mundo segun el Evangelista, nos ha traído del cielo la relijion santa que profesamos los que hemos tenido la dicha de nacer y vivir en la nacion católica. A su bondad inmensa debemos todos los bienes de la naturaleza y de la gracia. El nos ha criado, nos ha redimido, nos ha justificado, nos alimenta con su santísimo cuerpo y con su preciosa sangre y nos cuida con tanta solicitud que á todas horas hace que lleguemos

á nosotros sus palabras infalibles para instruirnos, doctrinarnos y dirigirnos por el camino de las virtudes á la mension de la eterna felicidad. Enviado de su eterno Padre para salvar al mundo fundó en él su reino celestial arrojando su espíritu entre los hombres para que á semejanza de la levadura hiciese fermentar á toda la naturaleza humana transformándola en la sustancia de la *gracia* con que nos llamamos y somos verdaderos hijos de Dios. Sembró en la tierra el grano de la verdad: comisionó á sus apóstoles y discípulos para que enseñasen á todas las jentes y predicasen su evangelio á toda criatura: en la mansion de los crímenes, vicios, pasiones y miserias se dejó ver pura, brillante, sin arruga ni mancha alguna la Esposa del Cordero; y el cielo, la tierra y los abismos admiraron con asombro las obras de Jesus.

La religion divina siendo en un principio como un grano de mostaza se hizo en breve tiempo un árbol frondoso capaz de abrigar bajo sus ramas á todas las jentes del universo. La iglesia santa depositaria de la doctrina de su celestial esposo, dueña de las llaves del reino de los cielos, en posesion de Jesucristo real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento del altar, figurada en el rio de agua viva procedente del trono de Dios y del cordero, como se lee en el Apocalipsis: (Apocal. c. 22. v. 1.º) escogida por el **FUERTE SANTO Y OMNIPOTENTE** para ser su tabernáculo entre los hijos de los hombres, semejante á la nueva Jerusalem que vió tan adornada y enriquecida el profeta de Patmos; (Apocal. c. 21.) y los cristianos trasformados en

hijos del escelso, en hermanos de Jesucristo y en herederos de su reino ¿no escitan ideas elevadas, magnificas y sublimes en los corazones religiosos? ¿No espiritualizan á los fieles llenándolos del gozo divinal que experimentan los justos, poniéndolos al nivel de las potestades anjélicas, y manifestándoles la incomprensible dignidad de formar con el mismo Jesucristo el cuerpo místico de la iglesia santa? Sí, amados oyentes. No hay cosa comparable con la esposa de Jesus. Es tan bella, tan amable, tan llena de gracias y atractivos, que no hay un verdadero cristiano que al estar con ella no diga como san Pedro en el Tabor: *Bueno es estar aquí. Bonum est nos hic esse.*

Pero ¡qué desgracia! Cuando sembrada en el campo de la Iglesia la semilla que trajo del cielo nuestro Salvador era de esperar que no se veria en ella mas que la jente santa, el real sacerdocio y el pueblo de adquisicion de que nos habla el Príncipe de los apóstoles nos hallamos con que está llena de impíos, de libertinos, de ambiciosos, de lascivos y de pecadores mas criminales que los jentiles y paganos que ignoran á Dios. Vemos en medio del cristianismo los crímenes, desenfrenos, horrores, escándalos y pecados que tan á las claras dejan percibirse y palparse de los hombres todos; ¿y cómo es esto, Dios mio? ¿cómo es esto, dicen los justos? ¿No habeis sembrado en el campo de vuestra iglesia la semilla celestial con el grano de vuestra divina doctrina? ¿Pues cómo es que vemos nacer en ella tanta iniquidad y malicia?

El hombre enemigo ha hecho esto, dice Jesucristo en el evangelio que acabais de oir. «Yó he sembrado, añade:

» la buena semilla de las virtudes, pero el diablo envidioso
» sembró entro el buen trigo la cizaña del pecado, y en mi
» iglesia se ve una mezcla de buenos y malos que es necesario
» conservar hasta el tiempo de la siega. Entonces los
» ángeles recojerán en haces la cizaña, y la arrojarán al fuego;
» y el buen grano que yo sembré lo cojerán tambien, y
» lo pondrán en mi granero.» Ved aquí los designios de la divina providencia. ¿Podrán dejar de ser justos, adorables y llenos de equidad? El impío, el incrédulo y el ateo blasfeman con feroz audacia de las obras de la sabiduría eterna; pero yo os voy á demostrar que « los buenos viven en el mundo para justificar la condenacion de los malos, y que los malos son tolerados para la instruccion y mérito de los buenos. »

Inspiradme padre de las luces. No permitais que para hablar de vuestros designios tenga otras reglas que las del buen deseo de esponer vuestras doctrinas en nombre de vuestra esposa santa. Bajo este concepto he subido á este púlpito. Que no baje de él sin cumplir dignamente con el ministerio que ejerzo para que todos alabemos vuestras misericordias y bendigamos vuestras justicias. Os lo pido con todos estos fieles recurriendo á nuestro natural refugio la reina de los ángeles María Santísima á quien devotamente saludamos con las palabras del ángel diciendo

AVE MARIA.

Venit inimicus et superseminavit zizania in medio tritici.

Blasfeman los que dicen que los ministros del santuario

esplotan la ignorancia y credulidad del pueblo incauto en provecho de sus particulares intereses. Es cojido en su propio lazo el espíritu de mentira cuando quiere hacer creer que la religión divina es una invención sacerdotal sostenida por el fanatismo y apoyada por la preocupación. Porque: ¿no prueba estos delirios que en el campo del Señor hay buenos y malos como lo dice Jesucristo? La sabiduría y la ciencia están en contacto con el triunfo de nuestra religión adorable: ellas veneran y respetan ese curso providencial que gobierna y dirige el universo, y todas las cosas á sus fines demuestran que las leyes eternas son tan inmutables como la misma eternidad, que no es lícito censurarlas ni criticarlas, que el que las examina sin la sobriedad que encarga el apóstoles un temerario, un frenético, un delirante y un demonio. La ignorancia criminal y culpable de los que no quieren conocer el bien por no obrar rectamente es la que se atreve á confundir, trastornar y combatir impiamente el orden establecido por Dios, es el arma en que confía la malicia y maleza para desacreditar la virtud, es la cizaña que sembró el diablo en el campo de este mundo para sofocar el buen grano de la verdad, como lo dice Jesucristo explicando la parábola del evangelio de este día, y su destino no es otro que el de ser arrojada al fuego para arder y abrasarse eternamente en el lugar de los tormentos sempiternos. Es cierto que en la iglesia de Dios hay perversos, criminales, escandalosos, libertinos y relajados que aunque conservan la fe empañan el lustre de nuestra religión deshonrándola con sus excesos, pecados y abominaciones: pero ¿no nos habla de ellos nuestro divino Maestro indicándonos

que á su lado deben santificarse los justos? Nuestro Salvador benigno para prevenirnos y aleccionarnos ¿no dice que su iglesia santa es semejante á una red llena de buenos y malos peces, á una era que contiene el trigo con la paja, á diez vírgenes de las que unas son prudentes y otras fátuas, á un festin en que entran convidados de toda especie y al campo sembrado de trigo y de cizaña de que estamos tratando? Pues si todo lo que vemos y experimentamos está anunciado con anticipacion por el que es dueño de todos los sucesos del mundo, si nos ha revelado sus designios adorables ¿por qué no los hemos de venerar con sumision y respeto? ¿Con qué derecho se lanzan acusaciones impias contra la divinidad centro de toda recludad y equidad? san Pablo dice que «en una casa grande hay muebles de oro y plata, de madera y de barro: y que los unos sirven para adorno y otros para viles usos:» (Epist. 2.^a á Tim. c. 2.^o v. 20) san Agustin alega todos estos pasajes bíblicos para probar contra los hereges de su tiempo que la iglesia cuenta en el número de sus miembros asi á los pecadores como á los justos, y esta es la doctrina de los fieles. Es ademas un hecho palpitante en armoniosa concordancia con todo lo que vemos y observamos en todas las sociedades. Porque en cuál de ellas no está la debilidad al lado de la fuerza, la indigencia frente á la riqueza, la felicidad junto al infortunio, el talento al par con la incapacidad, la ciencia en oposicion con la ignorancia, y la virtud luchando con el vicio? Recorred con vuestra inteligencia todas las naciones del universo, examinad los usos, prácticas y costumbres de todas las

jentes, y decid si puede darse un paso sin ver en los hombres esa desigualdad de dones y favores con que el omnipotente nos lleva en brazos de su providencia hácia un porvenir eterno que tanto nos interesa. Comparad las exigencias de la carne con las inspiraciones de la razon y del espíritu, las tendencias de los justos con las de los que no lo son, y si vuestro fallo es racional entended que los predicadores evangélicos nos sentimos inspirados por el que nos ha prometido su divina asistencia, y que con ella demostramos que los buenos con su buena conducta condenan la viciosa y relajada de los malos.

Un buen cristiano ama la virtud en términos de no poder permitir que se alabe el vicio: tiene tal horror al pecado que no consiente que se disculpen sus desarreglos, que se apolojicen y ensalcen sus infernales instintos y consecuencias. El practica siempre lo que recomienda la virtud, lo autoriza para censurar el crimen, para reprender al delincuente y para llamar al orden al que no está sujeto á las leyes divinas y humanas. Los buenos enseñan practicamente á los jóvenes á conservar su inocencia, á los de avanzada edad á perseverar en la virtud, á los mundanos á desear la paz interior del corazón y á dejar los devaneos y las prácticas viciosas, y á los menestrales á cumplir con sus deberes en medio de sus quehaceres. Los justos dando á Dios el homenaje que le es debido cumplen con lo que mandan las leyes en orden á sí mismos y con respecto á sus semejantes: honrados y hombres de bien sin hacer mal á nadie, hacen á todos el bien que pueden siendo afables, sufridos y be-

névolos con los que los rodean: Son los amigos universales de todos, porque á todos aman, á todos sirven, á todos consuelan y á todos edifican con su conversacion santa, con su conducta virtuosa: son en una palabra los sujetos de todas las virtudes, ó los que pudiendo quebrantar los mandamientos no los quebrantaron, hacer el mal y no lo hicieron, como lo dice el Espíritu-Santo. Los buenos son aquellas dichosas criaturas con quienes se complace y tiene sus delicias la sabiduría eterna: ellos comunican con el cielo, son los confidentes de Jesucristo, á sus oraciones es deudora la sociedad de los bienes que disfruta, ellos alcanzan de Dios príncipes y majistrados que nos gobiernen con sabiduría y equidad, pastores celosos que den gloria á la iglesia, doctores y sábios que combaten y refutan los errores del siglo, la cesación de las calamidades públicas y la prosperidad temporal que hace florecientes los estados. Los buenos... Son el buen grano, que sembró el padre celestial en su campo. El crece al lado de la cizaña que son los malos, pero cuando al tiempo de la siega en el día del juicio universal sean arrojados los perversos al fuego eterno y los buenos sean introducidos en el granero de la gloria ¿qué excusa tendrán los pecadores? su condenacion ¿no estará bien justificada con las virtudes de los justos á quienes pudieron imitar? pero no esperemos el tiempo de la siega para convencernos sin provecho: figémonos en lo que vemos y observamos al presente.

¿No es cierto que los justos confunden al crimen, y que vocean, claman y dicen con su ejemplo á los pecadores, que dejen la iniquidad y se vistan con las armas de la luz como lo encarga el apóstol? ¿Cuántas veces movidos de las virtu-

des de los buenos, hemos deseado parecernos á ellos? ¿Cuán-
tas la buena conducta de una persona de nuestro estado no^s
ha recordado nuestros deberes? El bueno mirando al cielo
es superior á todas las cosas de la tierra, camina majestuoso
en los brazos de la gracia á su destino de la gloria, deja por
donde pasa el buen olor de sus virtudes, y en los intervalos
de razon que nos concede el Dios que nos espera y llama á
su santo servicio, tributamos los honores que se merece la san-
tidad, y el buen cristiano nos agrada, nos admira, nos arranca
elojios, despierta muchas veces deseos de imitarle, y aunque
nos condena no podemos menos de confesar que el espíritu de
Dios habita en su alma. Por desgracia, duran poco estas
saludables impresiones en los malos habituados á despreciar,
asijir y baldonar á los buenos: pero seanos francos y con-
feseamos señores, que al vernos llenos de pecados, de abomi-
naciones y de crímenes horribles rebosan en nuestro cora-
zon el tedio y la tristeza, una melancolia profunda nos an-
gustia y atormenta, un terror infernal nos atemoriza, un
funesto porvenir nos desespera, todo nos condena cuando
consideramos á los justos y vemos nuestra iniquidad. Es de-
leitable, apetecible, y digno de procurarse el estado in-
fernal en que viven los fieles pervertidos, relajados y escanda-
losos? Sabiendo que son la cizaña que sembró el diablo en el
campo de la iglesia destinada á arder en los fuegos sempit-
ernos ¿seremos tan insensatos que nos dejemos seducir por
los enemigos de nuestras almas sin atender á los esfuerzos
y sacrificios de los buenos que piden á Dios la gracia de
conversion y penitencia para los pecadores? Reflexionemos,
por Dios, y no seamos tiranos de nosotros mismos. Los bue-

nos condenan á los malos, pero esta condenacion puede serles provechosa si detestan el pecado y buscan la gracia en las fuentes del Salvador. Hagámoslo así; y para que alabéis y bendigais los adorables decretos de la divinidad, renovad vuestra atencion para ver que «los malos son tolerados en » la iglesia para instruccion y mérito de los buenos.»

No puede haber trigo sin paja. Es necesario que haya escándalos, dice Jesucristo, pero ¡ay de los escandalosos que no se arrepienten, ni se justifican! ¡Dios consiente que crezca la cizaña al lado de la buena semilla que sembró en su iglesia, quiere que vivan mezclados los buenos con los malos; pero ¿por qué? Porque ha dicho Jesucristo que su reino padece violencia: que son bienaventurados los que lloran, los que padecen persecucion por la justicia, los que son odiados por el mundo y los que llevan la cruz de las contradicciones que él llevó por redimirnos, por enseñarnos y animarnos. Viven los malos con los buenos, porque la inocencia tendria poco mérito sin las tentaciones: porque una calma peligrosa podria adormecer á los que tienen que sostener los combates de la milicia cristiana: porque oprimidos los buenos ponen de manifesto la paciencia en que han de poseer sus almas, y por que llenándolos de oprobio y burlándose de su virtud ostentan su humildad, su sufrimiento y el amor que tienen al Dios por quien padecen.

La escuela de los malos da lecciones importantísimas á los buenos: porque viendo que muchos cristianos regulares se relajan, que otros celosos y fervorosos ceden á las tentaciones á que ellos mismos están espuestos, y que hom-

hres mas virtuosos que ellos han caído en pecados, como David, Salomon y san Pedro; se humillan, anonadan, tiemblan á la vista de su fragilidad y prostrados en la presencia del Dios de las misericordias le piden sin cesar su gracia y se fortalecen. Los buenos viendo que los pecadores no son dichosos en su pecado, que los deleites prohibidos estan llenos de amargura, y que los pecados son castigados en esta vida con remordimientos agudísimos forman nuevos propósitos de vivir segun la ley santa del Señor, tienen por suave su carga y por lucro el padecer y morir por Jesucristo, y pelear con valor heróico contra los enemigos de sus almas. Ven los pecados y abominaciones de los malos; piden á Dios que los haga volver á los caminos de salvacion, y se ejercitan en la caridad que todo lo sufre. Si los maestros y protectores del crimen emplean su autoridad y ascendiente para obligarlos á doblar su rodilla ante los ídolos de los vicios y pasiones de los perversos, se hacen fuertes en la fé como lo monda el príncipe de los apóstoles, y siguiendo á todo trance la voz del pastor divino dejan á sus padres, á sus amigos y á cuanto de apreciable tiene el mundo, y dan una prueba demostrativa de su fidelidad: demuestran que son el buen grano que sembró el Padre celestial en el campo de su iglesia santa, y en ellos se ve que todo coopera en favor de los electos, como lo dice san Pedro.

Habrà despues de esto quien no respete, alabe y bendiga la sabiduria, la misericordia, la justicia y todos los demas divinos atributos manifestados en la parábola de campo sembrado de buena semilla y sobresembrado de ci-

zaña? En ella nos enseña nuestro Salvador que en este mundo tienen que vivir mezclados los buenos con los malos, que los justos con su buena conducta condenan la relajada y viciosa de los pecadores libertinos y disipados, y que esas turbas de criminales que ponen á la sociedad al borde del precipicio son tolerados para la instruccion, para el mérito y la gloria de los buenos. ¿Tendremos la infernal audacia de despreciar estas saludables doctrinas por seguir tenaces en los propósitos de pecar imitando á los que dicen «comamos, » bebamos, no haya prado de delicias en que no se cebe » nuestra lujuria?» Los que así piensan ténganse por la cizaña destinada á ser arrojada en los fuegos infernales: ¿veneraremos con el mas profundo respeto las enseñanzas y rectos juicios de Dios decidiéndonos á vivir en su santo servicio para hacernos dignos de ser de los buenos representados en la buena semilla sembrada en el campo de la Iglesia inmaculada? Si así lo hacemos ¡ó gozo inefable! seremos verdaderos hijos de Dios, la gracia nos hará suaves y deliciosos los trabajos de esta vida, y en la hora de la muerte nos hallaremos rodeados de ángeles del cielo para ir con ellos á ser eternamente felices en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA SESTA DESPUES DE EPIFANIA.

Sobre la predicacion evangélica.

Simile est regnum cælorum grano sinapis. El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza. Matt. c. 13. v. 31.

Católicos.

Los ministros de Jesucristo somos deudores á los sábios y á los ignorantes, á los grandes y á los pequeños, á los que figuran en las principales categorías de la sociedad y á los que vejetan en la sencillez de una vida oscura, vulgar y ordinaria como suelen decir los clásicos de la época. Debemos imitar al apóstol de las gentes que se hacia un todo para todos con la intencion de ganarlos para Jesucristo, y consultar, no la ciencia y sabiduría de los hombres, sino la celestial y divina que nos trujo del cielo el

Hijo del Altísimo. De aquí la precision de trabajar y componer nuestros discursos segun las circunstancias y necesidades del auditorio, de hablar á los sábios el lenguaje que les es propio: á los que se dicen ilustrados, el filosófico matemático y demostrativo que solamente escuchan; al vulgo el familiar que tanto les agrada, y á todos el del evangelio en que se hallan tipos y ejemplares para todo: como que es la verdadera enciclopedia cristiana, el libro de la ciencia de la salvacion de todos los hijos de los hombres. Asi nos lo han enseñado nuestros padres y maestros los apóstoles con todos sus sucesores, los vicarios de Jesucristo y los obispos que ha puesto el Espíritu-Santo en su iglesia para regirla y gobernarla: asi lo han practicado los santos padres, los doctores y ministros evangélicos de todos los siglos: asi lo hacen y harán siempre los enviados de Dios para predicar su divina palabra, y esto es lo que está en el orden de la naturaleza y en las disposiciones de la gracia. ¿Se hallan acaso entre los sábios del siglo de Augusto y sus discípulos discursos tan elocuentes y enérgicos como los que pronunció san Pablo en el areopago de Atenas y en presencia de Agripa, de Felix, y de Festo? ¿Hay estilo mas variado que el que usaron los santos padres en las homilias con que instruian familiarmente á sus feligreses y parroquianos? Puede hallarse la fuerza de la verdad mas esplendorosa y brillante que en las encíclicas y pastorales con que los sumos pontífices y los señores obispos dirijen la grey que les ha confiado el Padre celestial hácia la mansion de eterna felicidad preparada para los que creen, esperan y aman como lo manda y enseña la

sabiduría eterna? No: no puede haber sabiduría ni ciencia sin *verdad*: fuera de esta podrá haber brillantes apariencias, gracias ingeniosas, contrastes pasmosos y armoniosas consonancias con todos los adornos que forman la elegancia y cultura de los escritores y oradores con que se envanece el mundo: pero todos estos aparatos de elocuencia, todas estas sermocinaciones copiadas de las de los amigos del santo Job, reprendidos por el Dios verdadero, ¿sirven mas que para molestar á los justos y deslumbrar á los necios que se alimentan de ilusiones? ¿Qué deben importar los silbidos de la serpiente infernal ni el canto fatídico de la sirena á los que se han propuesto seguir el camino que les ha trazado el Hijo del Altísimo para llegar por él á la eterna felicidad? Nada. La predicacion evangélica es la que tiene todos los caractères divinos que la hacen aceptables, es la voz del Omnipotente, es el medio de que se vale nuestro Redentor para intimar sus juicios á los mortales y llamar á sí á los justos y pecadores de todas las clases, condiciones, tiempos y lugares, y él mismo se hadignado mostrarnos su excelencia, virtud y grandeza en la parábola del evangelio de este día.

«Es semejante el reino de los cielos, dice Jesucristo, á un grano de mostaza que siendo el menor de las simientes crece mas que todas las legumbres y llega á hacerse un árbol á cuyas ramas vienen á anidar las aves del cielo.» Estas son las palabras del que habia dicho por un profeta «Abriré en parábolas mi boca: rebosaré cosas escondidas desde el establecimiento del mundo.» En ellas se vale nuestro Redentor de un similitud que lo refie-

ten el Crisóstomo y otros muchos intérpretes á la predicacion evangélica y al establecimiento de la fe, que de unos principios tan pequeños y desde un rincón de la tierra se ha extendido por todo el mundo y ha conquistado todos los imperios. Comparad dice san Gerónimo (Lib. 2. coment. in cap. 13. Mat.) la doctrina de un Dios humillado que nos propone su muerte y el escándalo de la cruz como manantiales fecundos de verdadera sabiduría, con los dogmas, máximas y principios de la filosofía carnal y terrena, con los libros y discursos amenos y floridos de los sabios del mundo, y vereis qué pequeña aparece la doctrina del que murió en el calvario. Pero dad expansion á vuestras almas, seguid el curso de los sucesos y hallareis que extendida por todo el universo la palabra divina por unos pescadores pobres, desvalidos, sin garantías, sin crédito ni poder humano humilló y confundió la ciencia de la carne y obtuvo el imperio del mundo demostrando á los hombres todos que no hay doctrina como la que salió de los labios sacrosantos de un Dios hombre condenado á los abatimientos tormentosos en que visitó á su plebe para despojarla del orgullo con que la tenia aprisionada la maldicia del infierno. Reflexionad sobre los triunfos de la cruz, atribuidlos á la eficacia de la divina palabra y no os sorprenda la resolucion que he tomado de demostraros en este breve rato, que «la predicacion evangélica es la » fuente perenne que ha puesto Dios en su iglesia santa para fecundizarla y llenarla de las gracias que han » de hacer dichosos y felices á los fieles.»

Dios inmortal, santo y omnipotente: La divina palabra es una espada de dos filos que atraviesa los corazones cuando vos la autorizais y dirijis dándole el incremento propio de vuestra bondad y misericordia. Vos Señor acostumbrais manifestar vuestro poder inmenso valiéndoos de lo mas abyecto, enfermo y despreciable á los ojos de los hombres para obrar prodijios y maravillas, y ahora estais en el caso de dar á mi pequeñez la fuerza de vuestro brazo poderoso en favor de los que reunidos en este santo templo imploramos vuestra gracia. Concedéduosla por vuestros méritos y por los de vuestra santísima Madre María Santísima á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Simile est regnum cælorum grano sinapis.

Cuando se reflexiona lo que era en tiempo de Jesucristo la sociedad pagana, el espíritu de impiedad, de error y de corrupcion que habia introducido la filosofia y los vicios con que estaban familiarizados los mortales, y se ve suceder repentinamente una fé docil y sencilla que inspira las costumbres mas severas, las virtudes mas heroicas y la perfeccion esclarecida de los justos, necesario es confesar que esta pasmosa rejeneracion de la naturaleza humana no ha podido ser obra de los hombres, sino del Dios que dijo «Cuando yo haya sido crucificado todo lo atraeré á mí. (Joan. c. 12. v. 32).» Cuando vemos que el evangelio predicado por jentes desconocidas, sin estudios, sin elo-

cuencia, cruelmente perseguidas y destituidas de todo apoyo humano se estableció en todos los ángulos de la tierra por virtud del que predijo su estension y progresos, y que al orgullo, al odio, al desprecio de la humanidad y á la licencia mas desenfrenada sucedieron la humildad, la caridad, el respeto y amor al hombre con todos los prodigios de la penitencia, de la obediencia, de la pobreza y castidad, no podemos menos de confesar que Dios está al frente de estas maravillas, que si el grano de mostaza pasa desde su pequeñez á hacerse un árbol frondoso, sucedió lo mismo con la fé, y que á la predicacion evangélica está vinculada una fuerza de virtud tan prodijiosa que solo viendo sus efectos podremos de algun modo percibirla. Somos de ayer decia Tertuliano á los gentiles (Apolog. cap. 37.) y ya lo llenamos todo: vuestras ciudades, islas y fortalezas, las aldeas, los comicios, los mismos reñes, las tribus y decurias el palacio, el senado y el foro, todo es nuestro: no os dejamos libre mas que vuestros templos. Las falsas divinidades del capitolio temblaron á la vista de la cruz predicada en Roma por un pescador del lago de Genesarez, y esta cruz llevado al mismo tiempo en brazos de la predicacion evangélica á la otra estremidad del mundo, hizo saltar de júbilo y esperanza á los escitas y jentes errantes del desierto, derramó torrentes de luz entre los que habitaban en la noche tenebrosa de la ignorancia, y el universo se vió conmovido y escitado hácia su propia felicidad por un astro conocido en nuestra religion por el *sol de justicia*. Este es el que preside á las criaturas todas, el que todo lo llena con su gloria, en quien nos movemos y somos, y sin

el que toda la naturaleza perecería: es el padre de los hombres, la cabeza de la sociedad cristiana y el que da gracias á los fieles por medio de la divina palabra comunicada por unos predicadores que siendo instrumentos de un poder superior al suyo propio, saben que no en su nombre, sino que en el del que los autoriza obran prodigios y maravillas. Esta divina palabra no se aprende en las academias ni en las reuniones científicas, nada tiene de comun con la que enseñaron los famosos oradores griegos y romanos, no es ese fastioso y altisonante en que han fiado sus triunfos los filósofos del mundo, ni su objeto puede ser el de arrancar aplausos contrarios á los fines que se propone: sino que se adquiere en la oracion, en los libros santos y en las fuentes de ilustracion sagrada en que se fundan las ciencias eclesiásticas.

No es palabra precisamente del entendimiento; es mas bien un erupcio del corazon, como lo dice el salmista (Ps. 44. v. 1.º) es la erupcion de un volcan divino que arroja labas celestiales para inflamar á los oyentes y obligarlos á caminar hácia su felicidad eterna por el ejercicio de las virtudes único medio de destruir los vicios. Es en una palabra, *la palabra de Dios* inspirada á los que ha elegido su bondad para anunciarla en su nombre á los pueblos de la tierra. Dios me ha mandado predicar, decia san Pablo, no con las palabras de la sabiduría humana ni en el tono de la elocuencia pagana por temor de evacuar la fuerza y virtud de la cruz de Jesucristo, sino en el espíritu de verdad que manifiestan las señales con que la acompañó. (I. Corint. c. I. v. 17: c. 2.º 1.º) De manera, amados oyentes, que aua-

que los predicadores, nos valgamos de las formas oratorias y del estilo admitido en la sociedad, no es porque dejemos de atribuir á la gracia los frutos de la predicacion evangélica, sino porque rechazando los hombres del dia lo que llaman *vulgaridades* nos es preciso usar del lenguaje que les acomoda para comunicarles la palabra divina cuya virtud es prodijosa, admirable y digna de meditarse de cualquier modo que se dispense.

Porque hablemos claro, señores: ¿no es cierto que la divina palabra nos instruye en la ciencia de nuestra salvacion reprendiéndonos, corrijiéndonos y presentándonos las cosas pasadas, presentes y futuras como fueron, como son y como serán infaliblemente? No es ella la que recordándonos los sucesos de sesenta siglos nos presenta en un golpe de vista la historia de los juicios de Dios sobre los hijos de los hombres? la divina palabra nos muestra los bienes inmensos de nuestra redencion y los consuelos de la virtud; nos comunica la doctrina celestial, tan pura como salió de los labios de Jesucristo; nos manifiesta, nos previene y nos dice que el mundo es peligroso en sus caricias, cobarde en sus artificios, falaz en sus promesas, injusto en sus recompensas; criminal en sus compromisos y desapiadado en su tirania. Nos descubre los peligros que nos amenazan, y bien sea que nos dirija con los adornos y gracias de la elocuencia, ó con la sencillez sublime del estilo vulgar, siempre dice á los hombres todos: «que los fornicadores, los avaros, » los que viven sin misericordia y sin virtud no entrarán » en el reino de los cielos: que si los pecadores no hacen » penitencia morirán en su pecado y se condenarán sin re-

» medio: que de nada sirve ganar todo el universo si per-
» demos nuestras almas: que podemos unirnos con Jesus
» de un modo tan maravilloso que lleguemos á ser una
» mi. ma cosa con su divina majestad: que los ju- tos y pe-
» cadores podemos negociar la vida eterna, y que la
» gloria y el infierno es la alternativa que nos propone
» la fé.»

La prédication en fin nos instruye en todas las ver-
dades de nuestra religion santa: y ¿quién? ¿Quién será ca-
paz de enumerar los prodijos que han obrado estas
verdades eternas? Ellas han poblado los desiertos de ana-
coretas, los claustros de cenovitas, las poblaciones de
pacíficos ciudadanos, el mundo de justos y el cielo de
santos. Ellas contienen á los perversos, y hacen ángeles
de pecadores: son un trueno aterrador para los impíos y
un grito celestial para los hijos de la gracia: suspenden
y alejan los hálitos infernales que inficionan á los hom-
bres: nos obligan á pensar en Dios, en nosotros mismos,
en nuestro presente y en nuestro porvenir, y esto nos
moraliza, nos dispone á recibir la gracia que concede
Dios á los que oyen la palabra divina con docilidad,
con respeto, con fé y con esperanza, y pone en evi-
dencia que la predicacion evangélica es un manantial fe-
cundo de bienes para todos los descendientes del primer
prevaricador. No es esto admirable y digno de meditarse?
Un Dios que desde el principio del mundo nos viene ha-
blando por medio de sus enviados, que ha establecido directa
y continua comunicacion con nosotros valiéndose al efecto
de hombres sujetos como todos á las miserias humanas,

que nos llama por su medio si nos estraviáramos, que nos alienta en la virtud, nos previene en los peligros, nos ofrece su gracia, nos señala la gloria y nos amenaza con los horrores del infierno ¿no tiene derecho á que lo escuchemos en los predicadores que nos anuncian su divina palabra? ¿Qué mas dá que Dios nos hable entre una vil zárza, ó que haga salir su voz de una nube de gloria? ¿No es el mismo Dios en una que en otra parte? Que el omnipotente dé sus oráculos en el desierto, en un tabernáculo cubierto de pieles de animales, ó que hable en el magnífico templo de Salomón ¿no es siempre respetable y atendible su divina palabra? Que esta resuene en los palacios de los reyes llena de magnificencia, en las grandes poblaciones adornada de bellezas retóricas, ó en las aldeas con la elocuente sencillez de los celosos párrocos que conocen á sus ovejas por su nombre ¿no es en todas partes palabra del mismo Dios? Pues si esto es así; si Dios dijo á sus enviados, *el que os oye me oye, y el que os desprecia me desprecia* (Luc. c. X. v. 16.) tengamos entendido, que Dios es el que nos habla por medio de los predicadores evangélicos; que estos podrán ser sábios, ignorantes, buenos ó malos, si se quiere; pero que no hablándonos en su nombre sino en el de Jesucristo, en este debemos fijarnos cuando nos predicán el evangelio los que lo representan en la tierra. Este es el modo con que debe oírse la palabra divina para que obra en nuestros corazones los prodigiosos efectos de su virtud omnipotente. Todos deben oírla con los oídos del corazón, en el silencio de las pasiones, con humildad y con deseos de sacar

provecho de los discursos sagrados. Antes de oír un sermón debe pedirse á Dios que dé á su divina palabra aquel atractivo penetrante que hace oírle con atencion, aquella unción santa que penetra los corazones y aquella virtud eficaz que hace triunfar de todos los obstáculos. Debe pedirse á Dios que ilumine á sus ministros para que conozcan las necesidades del auditorio, para que se armen de un celo ardiente por la salvacion de las almas, para que con libertad apostólica reprendan, arguyan, amonesten, supliquen y dirijan á los justos y pecadores por el camino de las virtudes, y se hagan superiores á los elogios y á las censuras de los mundanos. Con esto y con la debida sumision á la voluntad de nuestro Dios vosotros experimentaréis que la predicacion evangélica es mucho mas prodijiosa y admirable que lo que yo puedo decir y comprender, vereis que es la fuente perenne que ha puesto Dios en el mundo para llenar de gracias á su iglesia santa, y que con la mayor propiedad la asemejó nuestro Redentor al grano de mostaza de que nos habla el evangelio de este dia. *Similis est regnum cælorum grano sinapis.*

Pero si en vez de asistir á los sermones y pláticas evangélicas con el espíritu propio de los hijos de la gracia concurrimos á los templos sin las disposiciones necesarias, ó prevenidos contra el predicador vamos á oírlo como los fariseos iban á oír á Jesucristo con intencion de cojerlo en algun defecto y censurar sus discursos con crítica amarga, si vamos á pasar un rato de ocio á la iglesia como pudiera irse al teatro ó á otro lugar de diversion profana... en este caso ¡Ay de tí Corozain! ¡Ay de tí Betsaida! dice Jesucristo (Mat. c. 11. v. 21.) ¡Ay de tí N! porque si en Tiro y en

Sidon se hubieran anunciado las doctrinas que se han predicado á estos habitantes, ya hubieran hecho penitencia en silencio y en ceniza: Si en lugar de apreciar los afanes, las vigilijs, las oraciones y trabajos de los que desempeñan el ministerio penoso de la predicacion se llenan de oprobiosos insultos, se encausan, se encarcelan, se destierran y se persiguen porque fieles al que los envia anuncian las verdades tremendas de nuestra religion santa; y se tienen por enemigos del estado á los que lo defienden á costa de su honra, de sus propios intereses y de su misma vida... ¡Ay de tí nacion ingrata! podremos decir con razon sobrada. ¡Ay de tí porque habiendo sido la escogida tierra de Gesen iluminada por el sol de justicia reusas el inapreciable beneficio de la predicacion evangélica. Tú debieras decir con el salmista. *Non fecit taliter omni nationi: Con ninguna nacion se ha portado Dios como con la nuestra:* y corresponder agradecida. Pero te has rebelado contra tu bienhechor, y te atreves á insultarlo, á escarnecerlo, á obligarle á que retire de este pais su divina palabra como la retiró de los pueblos culpables que ilustraron los Tertulianos, los Ciprianos, los Agustinos y otros muchos varones apostólicos. ¿Y qué será de nosotros, amados de mi alma: que será de nosotros, si nos deja el Dios de nuestros padres, y nos entrega en manos de nuestro propio consejo? Si en nuestra nacion desventurada se cierran las cátedras cristianas á los elejidos por Dios, y se abren á los emisarios del infierno ¿qué será de nuestra jeneracion y de las que le sucedan? Reflexionadlo por Dios: y si sois justos dad á la predicacion evangélica toda la importancia que la da su autor divino. Venid á oír la palabra divina con las

debidas disposiciones: escuchadla como si saliera de los labios de nuestro buen Jesus en cuyo nombre se os anuncia, y así podreis preciaros de racionales, de justos y de católicos: podreis esperar del Dios de las misericordias las gracias abundantes que concede á los mortales por medio de la predicacion evangélica, y haceros dignos de llegar á ser felices en los tabernáculos eternos de la gloria. Amen.

A. M.

SERMONES

SOBRE LOS PECADOS CAPITALES,

QUE PUEDEN PREDICARSE .

EN LOS VIERNES DE CUARESMA O EN OTROS DIAS,
SEGUN LA OPORTUNIDAD.

SERMON

DE LA SOBERBIA.

Qui diligitis Dominum: odite malum. Los que amais al Señor, aborreced el mal. (Psal. 96. v. 10.)

El pecado es una ofensa que el hombre comete contra Dios; es una injuria que el hombre irroga al mismo Dios; es un acto deliberado y advertido por el que el hombre hace, dice, ó desea alguna cosa contra Dios y su divina voluntad manifestada en su ley, ¿qué es necesario decir mas para que todo cristiano le aborrezca y deteste? Si el cris-

tiano por su ley, por su profesion, por sus juramentos y promesas está obligado á servir á Dios, á honrarle, adorarle y amarle, ¿cómo ha de ser cristiano si le ofende, le injuria y se rebela contra él? Si está obligado á amarle ¿qué más es necesario, que decir con el profeta real á todos los que se precian de ser cristianos y siervos de Jesucristo: *qui diligitis Dominum, odite malum*? Los que amais al Señor, aborreced el mal? Ese mal que os hace enemigos de Dios, que os arranca su caridad, que os hace partidarios y secuaces de sus enemigos, que os priva de su cariño, de sus gracias, y de sus recompensas. Aborreced el mal del pecado, que os afea, os desfigura y mancha la imájen del mismo Dios impresa en vuestras almas, y os denigra asemejándoos á los demonios y marcándoos con el sello de la reprobacion.

Los que amais al Señor, necios é insensatos seréis si os persuadís que es bastante el que vosotros lo digáis, el que le honréis con los labios, el que le llameis *Señor, Señor*, y no hagáis su voluntad, y como si fuera un Dios sin ojos, sin oídos y sin inteligencia, os unáis con los que le ultrajan, y os hurleis de lo que os manda. No le améis si no aborreceis y huis ofenderle y os apartáis del contagio del pecado.

Fieles que me oís, y hombres todos del mundo si pudierais escucharme; puesto que la razon, el agradecimiento, el interes y cuantas razones de conveniencia puedan alegarse nos impelen á amar á Dios, yo quiero persuadir á todos por una consecuencia legitima y necesaria; que si habeis de amarle es necesario que aborrezcáis el pecado,

que declareis la guerra al pecado y os apartéis de cometerle haciendo todos los esfuerzos, y para que tomeis con mas firmeza esta resolucion, os voy á manifestar en estos dias, no la malicia y fealdad, los castigos y las penas eternas de un pecado mortal cualquiera que el hombre cometa contra su Dios; sino que para que obreis con mas conocimiento y acierto, para que os preserveis y cuideis de no caer en el pecado os hablaré de las fuentes y manantiales de los pecados; de aquellos pecados que son el principio y raiz de donde nacen todos los demas, de los pecados que están al frente y capitanean los execrables escuadrones enemigos de Dios, de los pecados capitales que son la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza de los que nacen todos nuestros vicios y desórdenes y de que nuestro adorable Redentor nos vino á libertar y enseñar á vencer lleno de los siete dones del Espíritu-Santo como observa el padre san Gregorio. Os daré á conocer la fealdad y desorden de cada uno de estos vicios, los pecados que nacen de él, los peligros á que nos espone, las penas que nos acarrea y los medios de que debemos valernos para vencerle y evitarle. Estas son las enfermedades de nuestra alma, y en vano es saber su origen y sus medicinas si no las usamos y aplicamos con tiempo. Estos son los enemigos terribles de nuestra salvacion, y en vano es saber las armas y los medios que Jesucristo nuestro Jefe nos dejó para vencerlos si no los manejamos y ponemos en juego. En vano es conocer la fealdad de nuestros vicios, si quedamos en paz y sosiego con ellos sin detestarlos y huir de su vista. No nos contentemos

con conocerlos; salgamos á su encuentro y destruyámoslos en nuestra alma, porque solo así será amiga de Dios, del Dios de santidad que huye de habitar en el alma manchada con el vicio; y seremos mas culpables si sabiendo su malicia y los medios de vencerlos no los declaramos la guerra y procuramos arrancarlos de nuestro corazon con la gracia y ayuda que debemos pedir sin cesar al Dios y Señor de nuestra salud y consuelo. Voy á dar principio por el primero de estos vicios, por el principio de todos los pecados, por la reina de todos, por la soberbia: y conforme al plan que me he propuesto os manifestaré lo que es este vicio, que es el primero y el mas grave de todos los pecados, que es el mas peligroso de todos los vicios, y los medios que tenemos para vencerle y preservarnos de él.

Mucho conviene que el que ha de reprender sea irrepreensible, y al inculcar yo el odio á los vicios debería haberlos aborrecido mucho tiempo antes, pero vos solo Señor, sois á quien no pueden vuestros enemigos argüir de pecado y no está esento de él el hombre envuelto entre miserias. Yo quiero sin embargo trabajar no sea que al reprender á los demas, yo me descuide de mi mismo y abandone las medicinas que alargo á los otros; y vosotros, fieles amados mios, no os olvideis que aunque os habla un hombre tan fragil y pecador como vosotros, os recuerda la doctrina de un Dios de santidad, la doctrina de verdad eterna y que el mismo Dios os habla por su indigno ministro. Todos necesitamos sus auxilios, porque nada podemos sin su poderosa ayuda y preteccion, y para que procedamos en todo con el

debido acierto imploremos la divina gracia por la intercesion de Maria Santisima.

AVE MARIA.

Qui diligitis Dominum.....

A la manera que el humor que hincha demasiado á los cuerpos ni es sano, ni útil, sino perjudicial, peligroso y lleva consigo la muerte, así es, dice el padre san Basilio, la soberbia en las almas. Esta hace al hombre insolente y como una enfermedad mortal le deja sin fuerzas en las manos para obrar, sin celeridad en los pies para correr, sin hermosura porque le hace deformar la hinchazon y no le deja advertir que toda la gloria del hombre es como la flor del heno que se seca y se cae insensiblemente. Este amor y apetito desordenado de la propia excelencia, el deseo perverso de grandeza, el ordenarlo y referirlo todo á sí mismo como á principio apartándose del principio verdadero á quien debe todo hombre reconocer y referir sus acciones, es lo que se llama soberbia y es el origen de todos los pecados. Si el hombre ambiciona las riquezas, es porque las mira como un medio para satisfacer su deseo de gloria. Si le arrastra la ira, se envuelve entre la gula y la lujuria: si tiene pesar de los bienes ajenos y es negligente y perezoso en cuidar de su alma, es porque en ello pone falsamente su gloria y porque halla que contribuye á su gloria, y su grandeza é independencia.

La soberbia es un pecado general y todos los vicios nacen de él, ya porque todos se ordenan al mismo fin de la soberbia que es el deseo de la independencia y de gloria, y ya porque en todo pecado se rompe el yugo y se falta al respeto de la ley del Señor y el pecador dice en su corazón, *Non serviam. No quiero sujetarme á la obediencia de la ley del Señor.* La soberbia es una apostasia y apartamiento de Dios y negar el corazón al criador por convertirse á la criatura, es no quererse sujetar á Dios y su ley, y anteponer su voluntad á la voluntad de Dios; y como en todo pecado hay esta apostasia de Dios, como en todo pecado se prefiere la voluntad propia á la voluntad de Dios, y apartándose el hombre de su Dios se convierte á la criatura, puede decirse que la soberbia es un pecado general, ó mas bien, que es la raíz oculta que sostiene las ramas de todos los vicios. Ninguno saldria al público si antes no estuviese en el interior del alma y oprimiese al alma ocultamente á la manera que no saldrian las ramas de los árboles sino estuviesen sostenidas de las raíces que están ocultas en la tierra como dice san Gregorio, Sin embargo, aunque todos los pecados emanan de la soberbia y se cometen por una especie de soberbia, no todos se obran y cometen con soberbia, puesto que hay pecados que se cometen ó por ignorancia, ó por flaqueza, y aun los hay que se cometen con dolor y sentimiento de cometerlos.

No siempre, dice mi anjélico doctor santo Tomás, se falta á la ley de Dios por desprecio, sino que muchas veces

sucede el quebrantarla por ignorarla ó por debilidad, y aunque en todo pecado hay una especie de soberbia, hay tambien un vicio particular, un pecado distinto de todos los demas que se opone á la virtud de la humildad y tiene el nombre de soberbia, cuyo objeto peculiar es el apetito desordenado de la propia escelencia, y segun este concepto es el primero de los pecados capitales. De cuatro modos, principalmente se comete el pecado de soberbia (1) primero; pensando el hombre que sus bienes, sean de cuerpo ó de alma, naturales ó sobrenaturales, los tiene por sí mismo. Asi se cree libre como un asno silvestre y dice con impiedad: *engrandecemos nuestra lengua, nuestros son nuestros labios ¿quién ha de dominarnos y ser nuestro Señor?* (2) el segundo es, cuando uno confiesa que ha recibido sus dones de Dios, pero los atribuye á sus méritos queriendo que los demas lo sientan asi, ó portándose como si asi fuese, ó deseando tenerlos, ó doliéndose de no tenerlos de esta manera. No importa que el soberbio crea y sienta con la doctrina católica que todos los bienes nos los da el Señor por su voluntad, y que ninguna gracia puede el hombre merecer, si en esto errase faltaria á la fé; pero aun creyendo esta doctrina, el pecado del soberbio consiste en el apetito desordenado de la propia escelencia y en gloriarse de tal modo de sus bienes como si los tuviera por sí mismo ó como si Dios se los diera por merecerlos. El tercer modo consiste en jactarse de tener los bienes que no tiene de cualquier jénero que sean; y el cuar-

(1) Sto. Tomas 2. 2. q. 162 art. 4,

(2) Psalm. 11.

to, en apetecer honores y distinciones y procurar con desprecio de los demas aventajarse en sabiduría, en virtud, en hermosura, en riquezas y en cualquiera jénero de bienes y querer que los demas le den la preferencia, al modo del fariseo que orando en el templo decia: Señor, yo no soy como los demas hombres.

Si bien este pecado podrá ser venial por falta de advertencia, en aquellos primeros movimientos en que apenas tiene parte la razon, por su jénero es un pecado mortal, es un pecado horrible, es el primero y el mas grave de todos los pecados. Soberbia es el rehúsar sujetarse á Dios y á su ley, y el hecho solo de no querer sujetarse á Dios es pecado mortal. Es apartarse de Dios, apostatar de Dios, y estos delitos son dignos de muerte eterna. Todo aquel que con su arrogancia quiere distinguirse y busca el ser reputado por superior á los demas, imita á aquel que despreciando la compañía de los demas ángeles, quiso poner su asiento al aquilon y ser semejante al Altísimo, y para ver lo que debemos temer de la soberbia, no tenemos mas que atender al juicio, al castigo y la ruina que sufrió el ángel soberbio y maestro y padre de los arrogantes y soberbios.

Los libros santos nos ponen con frecuencia á la vista la gravedad de este pecado. El alma que peque por soberbia, dice el libro sagrado de los Números (1) será espulsada del pueblo de Dios porque fué rebelde contra su Se-

(1) Cap. 15 v. 30.

ñor, porque menospreció su palabra y porque hizo nulos sus preceptos. El Señor humillará los ojos de los soberbios, los quebrantará de modo que no puedan levantarse, y abatidos á sus pies los pisará, y como el viento esparce el polvo y seca el lodo de las calles, así los hará desaparecer; quebrantará la altanería de su cerviz, se vengará abundantemente de los que obran la soberbia, dice repetidas veces el profeta real. El que es arrogante y soberbio, dice el Espíritu-Santo (1) es abominable á los ojos de Dios. Lo que es alto y engrandecido para con los hombres, se nos dice tambien por san Lucas (2) es abominacion para con Dios. Los profetas santos están llenos de anatemas y amenazas contra los soberbios, y mil veces se los anuncia su ruina y falta de socorro, y el evangelio no respira sino humildad desde que nos presenta á nuestro divino Salvador en el portal de Belen hasta que nos le deja cerrado en un sepulcro prestado. Sus máximas son todas de humildad y nos repite con frecuencia que el Señor resiste á los soberbios y da sus gracias á los humildes; que si no nos hacemos humildes como los niños, no entraremos en el cielo, todo lo que nos manifiesta el odio del Señor á este vicio y por consiguiente su gravedad.

Los ejemplos de un Goliath que tanto se gloriaba de sus fuerzas, de un Adonias tan altanero por su hermosura; de Absalon hijo de David, tanpreciado de su cabellera y

(1) Prov. cap. 16.

(2) Cap. 16

otros muchos que nos ofrece la lectura de los libros santos en quienes el Señor quiso manifestar sus castigos y que se complace en humillar á los soberbios, nos manifiestan cuanto le desagrada este vicio. La soberbia lleva de suyo la aversion á Dios, que en los demas pecados es una especie de consecuencia, y por esto es el primero de todos. El soberbio empieza á serlo apartándose de Dios y de esta aversion nacen todos los vicios. Es el primero de todos porque este fué el pecado de los ángeles y el de nuestros primeros padres. De ella provino, dice el padre san Ambrosio, el origen de nuestro delito: este es el primer dardo con que nos hirió el diablo, porque si el hombre persuadido de la serpiente por medio de la mujer no hubiera apetecido ser semejante á Dios, no nos hubiera dejado la herencia de la culpa y de la muerte. El diablo mismo no perdió su hermosura y su gracia sino por su soberbia, y por querer poner su trono sobre las nubes y ser semejante al Altísimo, fué sepultado en el infierno y arrojado de la compañía de los demas ángeles. Cuando buscamos la causa de la ruina y miseria de los ángeles malos, ocurre inmediatamente, dice san Agustín, que no pudo ser otra que el haberse separado del sumo bien y haberse convertido á sí mismos; y este vicio ¿qué otro cosa es sino la soberbia que es el principio de todo pecado? Se prefirieron á sí mismos al que es el sumo bien y este fué el primer defecto, la primera pobreza y miseria de aquella naturaleza que habiéndose conservado unida al Supremo Criador hubiera sido dichosísima.

Antes de cometer abiertamente la desobediencia nuestros primeros padres dice tambien san Agustín, ya comen-

zaron á ser malos ocultaente, ni hubieran llegado á cometer la mala obra sino hubiera precedido la mala voluntad, ¿y cuál pudo ser el principio de su mala voluntad sino la soberbia? No pudo hacerse una obra mala, cual fué la transgresion del precepto de Dios, no pudo comerse la fruta prohibida sino por los que ya eran malos, porque no pudo dar tan mal fruto sino un árbol malo, y este fué malo porque se apartó de Dios, y siendo criado de la nada quiso ser semejante á Dios. Es la soberbia el pecado primero en los ángeles y en los hombres, y el origen y manantial de todos los vicios, de todos los desórdenes y de todas nuestras miserias.

Es tambien el pecado mas enorme y mas grave de todos, no porque el soberbio se convierta al mayor mal y mas opuesto al sumo bien, sino por razon de la aversion á Dios. En los demas pecados, dice santo Tomás (1) se separa el hombre de Dios ó por ignorancia, ó por debilidad, ó por el deseo de algun otro bien; pero en la soberbia se aparta de él por desprecio, por no querer sujetarse á su voluntad. El apartarse de Dios que en los demas pecados es como un acto consiguiente, en la soberbia es su acto propio y lo que directamente lleva consigo como que es un desprecio de Dios. Los demas vicios huyen de Dios ó puede decirse que por ellos huye el hombre de Dios, pero por la soberbia se opone y resiste de frente á Dios: ¿Y qué perversidad puede ser mayor que oponerse é injuriar directamente al mismo

(1) 2 2 q. 162 art. 6.

Dios? Asi es, que si el Señor castiga todos los pecados y á todos los pecadores, á los soberbios los resiste como entrando en contienda particular con ellos, como quien rechaza una injuria personal, como quien se defiende de un adversario que le ultraja y menosprecia. «Alarga su mano contra Dios el soberbio, dice Job (1) y quiere hacerse robusto y fuerte contra el Todo-poderoso. Corre contra él con el cuello erguido y se arma de una cerviz altanera.»

Su corazón se exalta antes de su ruina, y antes de conseguir la gloria que apetece viene á ser humillado y confundido. El vicio de la soberbia no solamente es el mas detestable y criminal sino que se mezcla en todos los demas y donde quiera que se halla agrava la malicia de los pecados, los da un aumento y peso de maldad que los hace mas detestables y mas irreconciliables con la divina misericordia. No hay pecado que no aumente su malicia cuando se comete por soberbia y por desprecio. La falta de fe y de instruccion en la doctrina cristiana es culpable cuando nace de ignorancia y desidia, pero lo es sin comparacion mas, cuando proviene de la soberbia. Las faltas de ayunar, de oír misa, de recibir los sacramentos son mucho mas criminales cuando interviene en ellas la soberbia y el menosprecio. Lo vemos entre los hombres. Los hurtos, las irreverencias, las faltas de cumplimiento de lo que se manda á los inferiores, las

(1) Cap. 15.

malas respuestas son mucho mas graves y sensibles cuando van acompañadas de la soberbia, y lo mismo nos es preciso advertir con respecto á Dios. Asi es que los soberbios llevan el mal por todas partes, que es un veneno la soberbia que todo lo inficiona y corrompe, y de esta infesta la raiz nacen un sin número de vicios igualmente detestables cuales son: la vanagloria con que se apetece desordenadamente la manifestacion de la propia escelerencia. La ambicion que es el apetito desordenado de los honores y dignidades. La presuncion que es el atrevimiento para buscar sin mérito ni ciencia lo que no se sabe ni puede desempeñar. Nacen de estos como de ramas principales la desobediencia, la jactancia, la hipocresia, la impugnacion de la verdad con destemplanza, el apego demasiado al propio sentir, la discordia y oposicion á los que no quieren ni piensan como el soberbio, la invencion de novedades y opiniones desconocidas: y segun que se concibe en el corazon, se manifiesta con la boca ó se ejecuta con las obras, la antecede, la acompaña ó sigue la curiosidad, la lijereza, la necia alegría, la jactancia la singularidad, la arrogancia, la presuncion, la escusa y defensa de los pecados, la confesion fingida de las faltas, la rebelion, la libertad y licencia, la costumbre de pecar, la ingratitud y otros muchos vicios que se advierten en los soberbios y nos deben dar á conocer lo gravísimo de este pecado.

Este mal se estiende á todas las personas y abraza todas las materias. Hay, dice el padre san Gregorio, quien se ensoberbece de sus bienes temporales, y quien se

ensoberbece tambien de los dones que ha recibido de la gracia. Uno se vanagloria del oro, otro de la ciencia, otro de su buen lenguaje, estos de cosas grandes y aquellos de las pequeñas y despreciables. La soberbia acomete al que habla y al que calla, hay soberbia en la alegría y en la tristeza, en el andar y estar sentado, en las acciones y los jestos, en el preguntar y responder. Acomete al superior haciéndole creer que es necesario, y no hay otro como él; al inferior que responde con deseo de buscar la rectitud y es mas bien por soberbia, que calla por gloriarse de humilde ó tal vez por temor, ó por burla. Acomete al pobre y al rico. Se mezcla en las mismas virtudes para viciarlas y quitarlas todo su mérito, y toma ocasion para apoderarse del hombre de sus mismas buenas obras, persigue á los mismos justos; y ved porque es un vicio peligrosísimo y en que se cae con mucha facilidad.

La ira destruye la paciencia; la gula la templanza; la lascivia la castidad; pero la soberbia no se aquieta con destruir una virtud sino que las vicia é inutiliza todas, porque dejan de ser virtudes las obras buenas luego que con ellas se sirve y sastifaca á la vanagloria y amor propio y no se hacen por el amor á Dios. Es como un tirano que sitúa al alma y cuanto mas rica la halla de virtudes y méritos, tanto peligras mas y toma mas ocasion para dominarla. Al penitente en sus mortificaciones, al solitario en su retiro, al sacerdote en el púlpito, al pecador mismo que se acusa de sus pecados; al que va á comulgar con devocion, al que procura ser perfecto, á todos quiere acometer y derribar la soberbia. Se disfraza de todos los trajes, se ingiere en el alma de mil

modos, toma la forma de virtud en los virtuosos, de libertina en los impíos, de insolente en los reboltosos, y uno solo es el enemigo que se disfraza de tantas maneras, la soberbia y vanagloria, el deseo de complacernos á nosotros mismos y no obrar por agradar y servir á Dios. Repito que debemos temerla aun en las buenas obras no sea que aquellas que obramos laudablemente, las perdamos si las ejecutamos por el deseo de ser alabados, y gloriándonos, no nos gloriemos en Jesucristo y nos olvidemos que nuestra suficiencia y nuestra virtud es toda de Dios y no tenemos propio sino miseria; que nuestras obras buenas no son nuestras sino de la gracia del Señor que las ha obrado con nosotros.

A tales peligros nos espone y no menos á la ira y abominacion de Dios. Y si tan peligroso y temible es este vicio, si su enormidad es tan grande, si es el primero el orijen y raiz de tantos vicios y desórdenes, preciso es, amados míos que todo cristiano cuide de evitarle. Me haria demasiado molesto si hubiese de referir los castigos con que el Señor aflige á los soberbios y ha manifestado en todos tiempos y en todas las naciones. El pueblo judío despreció á las naciones gentiles á quien tuvo por inmundas, y el Señor le dejó en su ceguedad y alumbró con su fé divina á los idólatras. El principe de los apóstoles se jactaba de no negar á su maestro aunque hubiese de morir, y sucumbió á la voz de una criada: bástenos saber los estragos que hace en nuestras almas, los infinitos vicios á que nos arrastra y las virtudes y buenas obras que destruye: bástenos saber, que una vida larga consumida en la austeridad y penitencia, queda sin

fruto si llega á apoderarse la soberbia y vanidad del alma del justo. Bástenos saber que para sanarnos de la soberbia nos envió Dios á su hijo único que se hizo hombre, se humilló por nosotros y fué humilde hasta la muerte y muerte de cruz.

Por la gravedad y precio de la medicina podemos conocer la gravedad y malicia de la soberbia que vino á curar el médico celestial, y puesto que el hijo de Dios se hizo humilde para curar nuestra soberbia, claro está que el preservativo y remedio que tenemos contra la soberbia es la humildad. Esta es el principio de todas las virtudes, el cimiento de todas las buenas obras, la que nos acerca á Dios, porque sin venir á Dios, sin confesarnos y reconocernos por criaturas suyas, nada bueno podemos obrar. A la manera que al construir un edificio se abre el cimiento y apartan todos los escombros, así antes de poner la primera piedra en el edificio de nuestra santificación es preciso que apartemos todo lo que nos aparta del Señor y esto lo lograremos por la humildad que arranca del corazón la soberbia á que resiste Dios, y hace al hombre acepto á sus ojos y dispuesto á recibir sus gracias.

La humildad es la virtud que templó y refrena el ánimo para que no apetezca desordenadamente su propia excelencia. No quiere decirnos la humildad cristiana que seamos pusilánimes y débiles; no es opuesta á la magnanimidad ó grandeza de ánimo, sino que una y otra caminan acordes por más que improperen los enemigos de las virtudes cristianas. La humildad dice el doctor anjélico, reprime el apetito para que no apetezca la grandeza fuera del orden

de la recta razon: y la magnanimidad impela al ánimo á las cosas grandes segun la misma recta razon, y le fortalece para que no decaiga en las grandes empresas, que no condena la humildad sino que las favorece y es la que mas ayuda los progresos y adelantos. La humildad es la primera regla para vivir cristianamente, la segunda, la tercera y cuantas veces se me pregunte, dice san Agustin, siempre responderé *la humildad*. Esta es la cabeza de todas las virtudes y por ella dió principio el Señor á las bienaventuranzas como que no hay otro camino para la eterna felicidad. Bienaventurados los pobres de espíritu. Los que no se glorian ni apetecen su grandeza sino segun Dios, los que reconocen su nada y su miseria y se someten á Dios con un corazon contrito y humillado, los humildes.

La necesidad de ser humildes nos la manifiesta Jesucristo repetidas veces y nos la presenta como una virtud tan necesaria que sin ella no podemos entrar en el reino de los cielos: venid á mí todos, nos dice, y aprended á ser humildes y mansos de corazon. Si no os haceis humildes como los párvulos, no entrareis en el reino de los cielos. El que se exalta será humillado y todo el que se humile será exaltado. ¿Quereis exaltacion y grandeza? ¿Quereis ser colocados á la diestra y á la siniestra del trono del que ha de juzgar á las tribus de Israel? Pues bebed antes el cáliz de la humildad, porque si Jesucristo fué exaltado sobre todos los tronos y potestades fué porque se hizo humilde hasta la muerte y muerte de cruz, y no hay otro camino para la exaltacion y grandeza sino seguir sus ejemplos.

Y en verdad, hermanos míos, que no tenemos nece-

idad de salir fuera de nosotros mismos para buscar motivos para humillarnos, cuando tenemos tantos dentro de nosotros, bien miremos á nuestra alma ó á nuestro cuerpo ¿nos atreveremos á hablar y levantarnos contra Dios siendo polvo y ceniza? ¿Se atreverá el hombre que nace de una mujer, que vive un breve tiempo sobre la tierra lleno de miserias del alma y del cuerpo, que nace en pecado, con un cuerpo frágil y un alma ignorante y estéril? ¿El hombre cuya concepcion es una culpa, cuyo nacimiento una miseria, cuya vida es un continuo penar, y cuya muerte es una angustia como dice el Padre san Bernardo? Contempla hombre dice el mismo santo, de donde has venido y avergüénzate; en donde estás, y llora; hácia donde caminas y tiembla. Entremos en nosotros mismos y solo hallaremos miserias, enfermedades, ignorancias, concupiscencias, propension al vicio, pecados, y si hallamos algo de bueno ¿qué tenemos que sea propio? ¿Que no lo hayamos recibido de la bondad de Dios? ¿Qué nos diferencia de los otros sino la divina misericordia? Y si todo lo hemos recibido ¿por qué nos hemos de gloriar como si fuera nuestro? Humillémonos y sujetémonos primeramente á Dios y despues á los demas hombres. A Dios reconociendo su poder y majestad y teniéndonos por esclavos y siervos suyos, como que nada somos en su presencia y esperándolo todo de su ayuda. A los demas hombres, para que como nos encarga el apóstol (1) no obre-

(1) Phil. cap. 2.

mos por contiendas y por vanagloria, y así como los malos se creen superiores á todos y reputan por menos á los demas, así el justo debe tenerse y reputarse por el menor de todos, como nos dijo y enseñó Jesucristo.

La escuela de la humildad, es la escuela de Jesucristo y de la virtud; y la soberbia es la cátedra del vicio y el arma mas poderosa del demonio para perdernos. El que ha de reinar con Jesucristo, el que ha de servir y amar á Jesucristo, el que ha de triunfar y ser exaltado con Jesucristo es preciso que le siga. Contemplémosle y hallaremos que sin dejar de ser grande se hizo pequeño y párvulo entre todos, y viendo que nació, vivió, padeció y murió para enseñarnos la humildad concluyamos con san Agustín, que es preciso que se avergüence el hombre de ser soberbio, viendo que por él se humilló el mismo Dios (1).

Siento que me falte el tiempo para estenderme como lo desearia en esta materia tan interesante; y recomendándolos brevemente la humildad como el arma poderosa y necesaria para vencer y preservarnos de la soberbia y de los vicios que nacen de ella, no quiero concluir sin advertiros que no confundais la humillacion con la humildad. Que esta es la necesaria y no basta aquella, bien provenga de Dios ó de los hombres. No es humildad la humillacion que se lleva con repugnancia y menos la que se sufre con rencor y murmuracion; es necesario gloriarse en la tri-

(1) Enarr in psa. 18.

bulacion y sufrirla con paciencia y buena voluntad. Hallamos en el mundo muchos humillados y pocos humildes, hay muchos soberbios en la exaltacion y la abundancia, y los hay tambien en la miseria y la pobreza. El rico y el pobre pueden ser soberbios; el favorecido de Dios, y el afligido y castigado, el sano y el enfermo; el encarcelado y el libre pueden ser muchos los humillados, los heridos por el Señor pero que no se duelen; los medicados con la aliccion pero que no sanan; pero tambien es verdad que el rico y el pobre, el sano y el enfermo, el superior y el súbdito, los hombres todos pueden ser humildes. Aspiremos, amados mios, á la verdadera humildad y con ella lograremos el temor santo de Dios, el someter y acomodar nuestra voluntad á la del Señor, una obediencia pronta á la ley divina, á los preceptos mas costosos y que son mas repugnantes á nuestras depravadas inclinaciones, el ser modestos en nuestra compostura, en nuestras palabras, en nuestras acciones; á sacrificarnos á nosotros mismos por el amor á Dios y amando á Dios por la humildad aborrecemos el mal de la soberbia como debemos aborrecerle para amar esclusivamente al Señor y conseguir su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA AVARICIA.

Qui diligitis Dominum, odite malum. Los que amais al Señor aborreced el mal. Psalm. 96. v. 10.

¡Ay de vosotros los que juntaís una casa á otra casa y un campo á otro campo y quisiérais ocuparlo todo como si hubiéíeis de habitar vosotros solos toda la tierra! (1) ¡Ay de aquel que recoge y multiplica lo que no es suyo! ¿Hasta cuándo ha de estar cercándose de un lofo asqueroso que le estorbe la vista clara de su alma y le oprima con el peso del pecado que no se perdona por las ganancias terrenas? ¡Ay de aquel que congrega en su casa la avaricia mala y pone su asiento en lo mas alto creyéndose libre de toda adversidad! No has hecho sino traer á tu casa la confu-

(1) Isai. cap. 5.

sion, hiciste la ruina de muchos pueblos, y pecó tu alma. Clamarán las piedras desde las paredes, y responderán las maderas que están entre las junturas de los edificios (1). ¡Ay de vosotros opulentos en Sion! Que dormis en camas de cedro y habitais casas amuebladas con lujo; que coméis los mejores corderos del rebaño, y los mejores becerros de las vacadas. Pasais la vida entre los cánticos y delicias, bebiendo el vino en vasos de oro y unjiédoos con bálsamos y aromas sin pensar en las calamidades del pueblo (2). ¡Ay de vosotros ricos, que ya teneis en este mundo vuestro consuelo! (3) Bien podeis llorar, poderosos, y empezar á lamentar las muchas miserias que han de venir sobre vosotros. Vuestras riquezas se han podrido; vuestros vestidos han sido derrotados por la polilla, vuestro oro y vuestra plata ha criado mohó, y este será un testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como el fuego. Os atesorais un tesoro de ira para el día de los castigos. Hubeis defraudado de la merced á los operarios que han cultivado vuestras posesiones, y su merced clama y el clamor de los infelices ha penetrado los oídos del Señor (4). ¿Qué aprovecha al rico que logre y haga suyo todo el mundo si pierde miserablemente su alma? (5)

Tales son amados míos, las voces con que en todos

(1) Habac. cap. 2.

(2) Amos. cap. 6.

(3) Luc. cap. 6.

(4) Jacobi cap. 5.

(5) Matt. cap. 6.

los siglos han declamado los profetas santos, los apóstoles y el mismo Jesucristo contra el ansia y apetito inmoderado de poseer riquezas y bienes de este mundo. ¿Qué voz será necesario levantar en este siglo que no tiene otro ídolo ni adora á otro Dios que al dinero? ¿En este siglo en que se han inventado nuevos títulos y derechos para cometer las mas enormes usurpaciones y se llaman derechos adquiridos las adquisiciones y contratos mas injustos, mas ilegales y ruinosos que están á la vista de todos? ¿En este siglo que quieren llamar de lo positivo, porque el oro es la pasión dominante y no se vacila en sacrificarlo todo por ser ricos? ¿En este siglo en que abundan tantos hombres que ignoran á su Criador; y se olvidan del que los dió el alma y la vida, y piensan que la vida es un juego y todo lo que el hombre obra lo ha de ordenar al logro, y que por lo tanto le es lícito adquirir por todos los medios y ganar á toda costa? (1) ¿En este siglo de avaricia en que podemos decir con el profeta Eccequiel (2) que los potentados están en medio de nuestros pueblos como unos lobos que arrebatan la presa, dispuestos á devorar y derramar la sangre por conseguir las ganancias?

No pienso ocuparme en declamaciones y en recordaros los repetidos anatemas de los libros santos contra los avarientos y codiciosos; os diré á los ricos y á los pobres constante en mi propósito, que si amais al Señor aborrezcais el

(1) Sap. cap. 15.

(2) Ecceq. cap. 22.

alma y os manifestaré en este rato que la avaricia como uno de los pecados capitales es un mal gravísimo que nos indispona con Dios, con nosotros mismos y con nuestros prójimos, y de esta demostracion inferireis su fealdad, los males y peligros á que nos precipita, y sacareis propósitos saludables de vivir contentos en vuestra suerte y de hacer el uso recto y debido de vuestros bienes. Imploramos antes la ayuda del Señor por intercesion poderosa de María Santísima

AVE MARIA.

Qui diligitis....

La voz del cielo y de la religion, la voz aterradora que amenaza con los suplicios eternos al que atesora por todos los medios sin saber á quien ha de dejar sus riquezas; la voz de la justicia que sale al encuentro de tantos contratos injustos, de tantas adquisiciones reprobadas, de tantos fraudes y usuras, y dice al avaro en su corazon: *non licet*, no es lícito lo que vas á hacer, sé muy bien que se desoye y desprecia en nuestros días. Se ha santificado el fin, se han propuesto hacerse ricos los hombres, y no reparan en los medios para conseguirlo, porque máxima suya es, que lo es lícito todo lo que es útil, y que para enriquecerse no hay que reparar ni formar escrúpulo de los medios. Pero ya que se precia también nuestro siglo de la ilustracion y las luces, de oír y conducirse por la razon; con la razon misma voy á manifestar la fealdad de la ava-

ricia y á hacer conoocer que es un pecado contra Dios, contra el hombre en sí mismo y contra el prójimo.

No quiero confundir al avaro con el ladrón ni al rico con el codicioso y avariento. El Señor no condena absolutamente las riquezas ni á los ricos sino á los que las buscan y apetecen con demasiada ansia y hacen de ellas un uso indebido. Avaricia es el amor desordenado, ó el apetito inmoderado de tener riquezas y bienes temporales. De dos modos dice mi angélico doctor Santo Tomas (1) puede ser la inmoderacion acerca de las riquezas; ó en orden á su adquisicion y conservacion en cuanto que se adquieren por modos y medios indebidos, hurtando ó reteniendo la ajena, y entouces la avaricia se opone á la justicia; ó solamente en orden al afecto interior y demasiado apego á las riquezas en cuanto que se las ama, apetece y ansia demasiado, se complace y confia en ellas, se sollicitan y procuran con exceso aunque sea por medios justos y sin tener intencion de robarlas ni cometer injusticia alguna por conseguirlas, y asi se opone la avaricia á la liberalidad que es la virtud que modera el afecto á las riquezas entre la avaricia que las apetece con extremo y la prodigalidad que las malgasta sin fruto.

De cualquiera modo que se considere es un pecado capital y nada hay mas malvado que el avariento, dice el Espíritu-Santo. El deseo de las riquezas es la raiz de to-

(1) 2. 2. q. 118. art. 3.

dos los males, dice el apóstol, y así los que las apetecen se apartan con facilidad de la fé y se implican en muchísimas aflicciones y dolores por lo que *huye de ellas*; le dice á su discípulo Timoteo: El apego á las riquezas cuando no se opone á lo justicia y no se procuran estas por medios ilícitos podrá ser solamente pecado venial. Pero el que se apresura á ser rico dice el Espíritu-Santo (1), no será inocente. Porque el que pone su cuidado en aumentar sus riquezas, dice san Gregorio sobre estas palabras del sagrado testamento, se descuida fácilmente de evitar el pecado, y á la manera de las aves que se dejan arrastrar del cebo, queda enredado entre las cosas terrenas sin advertir el lazo de los pecados en que se implica. Podrá suceder también que anteponga el amor de las riquezas al amor de Dios y á la caridad del prójimo, y que no se detenga en perder y sacrificar uno y otro, en ofender á Dios y al prójimo por conservar las riquezas, y así nos avisa el apóstol que los avaros no poseerán el reino de Dios.

Ved ya como la avaricia es un pecado contra Dios, porque el avaro desprecia el bien eterno por los bienes temporales. Es un idólatra porque deja de servir á Dios por servir á las riquezas; aparta de su corazón el amor de Dios y no conoce otro amor que el del interés; á este adora, porque á este solamente ama. ¿No tiene el avaro por su Dios á las riquezas puesto que pone su esperanza en el dinero y los tesoros? No se puede servir á Dios y al

(1) Prov. cap. 28.

dinero; dice el mismo Jesucristo, y siendo así, el avaro prefiere servir al dinero y nada le importa perder á Dios. Ama al dinero mas que á Dios y na la le importa perderle con tal que aumente su dinero. Ofendiste á Dios para conseguir una ganancia, dice san Agustin. Para aumentar tu dinero has perdido tu fe, ó la has disminuido considerablemente. Verdad es que has aumentado tu oro, pero piensa bien en lo que has perdido y lo que has ganado; compara la fe con el oro. Te glorías de tus ganancias y no piensas en tus daños, te alegras por tu arca, y no lloras por tu corazon. Has adquirido el oro, pero has saltado á la fe; dentro de pocos dias sales de esta vida y el oro que has ganado no puedes llevarlo contigo; tu corazon vacio de fé irá á las penas eternas y con la fé hubieras recibido la corona.

El avaro deja no solo el amor sino tambien la obediencia y el yugo suave del Señor por obedecer y cargar con el yugo pesado de las riquezas. Manda la avaricia atravesar los mares y sufrir infinitas molestias y el avaro la obedece: le abandona Dios que de lo que tiene haga limosna al pobre y el avaro es perezoso, se hace sordo y desprecia la voz de su Dios. El avaro no invoca al Señor; no le llama sino para que le dé riquezas; y claro está, que invoca á las riquezas y no á Dios; no puede conseguir una ganancia por sus criados, por sus colonos, por sus amigos, y entonces se acuerda y recurre á Dios: ¿no es esto hacerle instrumento y ministro de su codicia? ¿Con que si Dios viene desnudo, y sin el oro y las riquezas no merece tu aprecio? ¿Y

qué juicio debe formarse de unos hombres y de un deseo que no se satisface con Dios, que no obedecen á Dios, que no esperan ni confían en Dios, que no adoran, ni sirven, ni aman á Dios, y que han levantado en su corazón una deidad inmunda á quien adoran ciegamente y á quien todo lo sacrifican? ¿Podrá decir el avaro: tuyo soy Señor, sálvame porque he buscado tus justificaciones? ¿Cómo ha de ser del Señor si su corazón está donde está su tesoro y está todo lleno de rapiñas, de fraudes y de malos deseos? Se aparta de Dios, se burla de Dios, desprecia y abandona á Dios el avaro y se hace idólatra de su dinero.

¿Y le será provechoso y útil para sí mismo el amontonar riquezas? He aquí las vanas ideas del mundo que el mundo no quiere desvanecer. Se confunde la suerte de los ricos con la de los felices y se cree que al rico nada le falta que desear, pero se engaña el necio que así piensa. Hé aquí otra vanidad dice el Espíritu-Santo (1). Uno es y no tiene segundo, ni hijo, ni hermano y sin embargo no deja de trabajar y no se hartan sus ojos de riquezas sin pensar, ni decir: ¿para qué trabajo y me privo de bienes y descanso? Jamás se llenará el avaro de riquezas y el que las ama no sacará fruto de ellas..... ¿De qué le sirven al que las posee sino para tener el placer de verlas con sus ojos? ¿Las quiere para baratarlas? Su avaricia le quitará el sueño y envilecerá el reposo del jornalero. Le sirven para su mal y perecerá lleno de aflicción. Vino desnudo al mundo y desnudo

(1) Eccles. cap. 4. et 5.

do ha de salir de él sin llevarse nada de su trabajo, ¿de qué le ha servido pasar toda su vida entre tinieblas, entre cuidados, afanes y tristezas?

Conózcamos, hermanos míos, que las riquezas de este mundo son demasiado caducas y transitorias y no pueden saciar los deseos de un alma capaz de Dios y á quien no puede llenar lo que es menos que Dios. Cuanto ven sus ojos, otro tanto desea el avaro, y así como el ojo no se harta de ver, así el avaro no se harta de recibir.

El infierno no ha dicho jamas *basta*, y el avaro no lo dice tampoco. ¿Qué haré? dice en su mayor abundancia, como pudiera decir el mas necesitado de alimento y de vestido. Su avaricia se inflama mas con los aumentos y ganancias, y cuanto mas tiene mas desea. ¿Qué haré? dice y atormenta sin cesar su corazón con este pensamiento. ¿No se ocupa en buscar el modo de usurpar los bienes de su prójimo? Piensa en que le quita la luz y las vistas la casa de su vecino, y medita destruírsela; que pueden acogerse en ella ladrones y ó incomodarle con el ruido, y dispone apoderarse de ella. Piensa en comprar el campo y la viña inmediata á la suya aunque haya que sacrificar y hacer perecer á su poseedor.

El avaro es tan mal vecino en la población como en el campo; no conoce límites, no respeta al tiempo, no se aquieta al orden regular de la sucesion. Semejante á un fuego todo lo invade, todo lo destruye, y á la manera que un arroyuelo aumentado con las aguas que va recibiendo en su seno, cuanto mas se engruesa mas

lo arrastra y atropellatodo, así el avaro luego que se hace poderoso, oprime mas y reduce á cuantos puede á su esclavitud y servidumbre, tomando ocasion de su mayor poder para sus mayores maldades. Todos tienen que ceder á su tiranía porque todos temen sus venganzas y desean evitar mayores males. El rico ara , siembra, siega y recoge la mies que no le pertenece, y si el pobre se queja, se le injuriará, se le encarcelará, se le formará una causa, y acaso perderá su libertad y su vida. En esto piensa el poderoso dice san Basilio, y yo, dice el mismo santo, quiero sacarle de sus meditaciones y preguntarle para qué fin se fatiga en amontonar las obras de injusticia? Tienes tantas tierras de labor , tantas huertas, tantas casas, tantos montes, tantos prados, ¿qué esperas despues de esto? ¿No te esperan y te bastan tres codos de tierra? ¿No será bastante el peso de unas pocas piedras para cubrir tu cuerpo miserable? ¿Para qué trabajas, obras inicuamente y amontonas materiales para el fuego eterno? Entra en tí, y júzgate á tí mismo; pon á tu consideracion el juicio que te ha de hacer Dios. ¿Qué excusa darás, cuando aquellos á quienes has injuriado clamen contra tí en el tribunal del Dios justo? ¿Qué haras? ¿Qué abogados, qué testigos buscarás, cómo corromperás á un juez que en manera alguna puede ser engañado? No habrá allí defensor, no hay abogados de tu placer que hagan valer tus opresiones, no te siguen tus aduladores, tus riquezas, el aparato de tu grandeza y dignidad, sin amigos, sin defensa, sin proteccion te hallarás confundido de vergüenza, triste , solo y sin libertad ni confianza para hablar. Donde quiera que mires ha-

llarás las pruebas de tu maldad y las señales de tus crímenes. Verás las lágrimas del pupilo, los gemidos de la viuda, los criados á quienes maltrataste; los vecinos á quienes llenaste de injurias y provoca-te á venganza; todos se levantarán contra tí. Como la sombra sigue y acompaña á los cuerpos, así las obras acompañan á las almas. No habrá lugar á negar y el más atrevido enmudecerá, porque no serán allí las voces y palabras las que den testimonio, sino las obras de cada uno que aparecerán tales como fueron hechas. ¿Cómo pudiera yo presentar á tu vista este cuadro horrendo, y toda la amargura del día en que se manifestará la ira del Señor? Medita con frecuencia la venida de Jesucristo y si no te mueve el fuego y la confusión eterna, si no te estimula el deseo del reino de Dios, ni el temor del infierno, no sé qué medicinas aplicar á tu alma; no sé cómo te inclinaré, ni qué podré decirte, porque si ni te asustan los horrores y castigos, ni te alientan los premios, si te es indiferente la miseria; y el penar y la alegría y los triunfos, hablo con un corazón de piedra.

Ved aquí como las riquezas son perjudiciales á los mismos que las poseen, porque con su amor desordenado, con el deseo y el deleite que gozan en ellas se pervierte su afecto. La avaricia es el veneno de la caridad y sujeta al hombre á una servidumbre dura é indecorosa. Lejos de poseer las riquezas el avaro, es poseído por las riquezas. No las llama el real profeta riquezas de los hombres, sino hambres de las riquezas, porque mas bien que señores son esclavos de sus bienes; puesto que ni se desprenden de ellos, ni alarga nada al pobre y las guardan como si fueran ajenas y ellos

fueran sus esclavos. Pero no solamente viven en la esclavitud mas dura, sino que son mas miserables que los endemoniados, dice san Juan Crisóstomo, y huyen y rehusan su curacion y su salud. El que está endemoniado, dice este santo, sino obedece á los hombres, obedece á la voz de Jesucristo; pero el que está poseido de las riquezas no obedece á los hombres, ni escucha al mismo Jesucristo. Todos los dias oyen la voz de Jesucristo que los dice: *No podéis servir á Dios y al dinero.* Se los pone delante el fuego del infierno y las penas y castigos que los amenazan. Bien sé que se burlan de todo, que nada creen, que nos miran cuando hablamos con este lenguaje de la religion con una risa desdeñosa é insultante. Esta es su mayor miseria y desgracia, que ellos mismos rehusan su salud, desprecian su medicina y se burlan de sus médicos. ¿Estrañaremos que nos desdeñen y nos insulten, que no quieran oir la palabra de Dios, que huyan de nuestros templos y nuestras festividades? No, hermanos mios, no porque este es el carácter de los avaros, y en tanto grado se apartan ellos mismos del camino del cielo. No saben oir sino á sus aduladores y lisonjerós; no atienden sino á lo que está conforme con sus deseos de codicia. Ninguno puede servir á Dios y á las riquezas, predicaba el mismo Jesucristo, oíale los fariseos que eran avaros y se reian de él, dice el evangelio. ¿Cómo estrañaremos que se rian y burlen de nosotros? Por esto afirma el Señor que es muy difícil la salvacion de los ricos; que es mas fácil que entre un camelo ó una maroma por el agüjero de una aguja que el que entre un rico en el reino del cielo: que las riquezas son la maleza y espinas que estorban al

que nazca y dé fruto la semilla de la divina palabra si alguna vez la oyen, porque el avaricia, la solicitud y los cuidados de los bienes terrenos la sofocan en su corazón y no la dejan producir el fruto de salud.

La avaricia es mas pesada y mas terrena que el oro de que se alimenta, y con su peso estorba al hombre levantarse hácia el cielo y siempre le inclina á la tierra. Enseña la crueldad, desnuda á los mismos á quienes socorre, daña á los que ama, rompe la fé, quebranta la caridad, turba el reposo, despoja de la inocencia, aconseja el robo, persuade el fraude, manda el latrocinio, pone en las manos los medios de entregarse á los vicios, jamás sacia, ocupa todo el corazón, y en medio de tantos daños como acarrea, el mayor y mas desesperado de todos es: que endurece y hace insensible al avaro, le deja sin fé, le hace un impío dispuesto á todo por saciar su hambre de riquezas, menos á oír la palabra de Dios en que se le intima la caridad, la justicia, la restitución, la limosna, la vida eterna, el infierno... y como el infeliz resiste las medicinas, como desprecia y se burla del que descubre su estado de miseria, su obligacion y el camino de salud que debe seguir si no quiere que le pierda su dinero, viene á ser incurable su mal y casi inevitable su ruina.

¡Feliz el mundo si al fin el avariento se perjudicara solamente á sí mismos! Pero este vicio de la avaricia indisponne al hombre tambien con sus prójimos, le hace enemigo de toda la sociedad: es la avaricia dice el profeta Miqueas, un tesoro y un fuego de iniquidad y consume, devasta y aniquila cuanto se le acerca. No puede un hombre abundar

en riquezas, dice santo Tomás, sin que falten á otros, porque los bienes temporales no pueden al mismo tiempo poseerse por muchos, y de aqui es que el que los apetece desordenadamente se hace enemigo de todos y quisiera ser solo en el mundo para poseerlo todo. El padre san Juan Crisóstomo (1) despues de hacernos una descripcion esacta y presentarnos al avaro como el mas cruel y mas enemigo de todo el jénero humano, nos dice en confirmacion de su sentir: Supongamos que el avaro no es acusado por nadie, que no le amenaza peligro ni castigo alguno, que nada tiene que temer de los jueces, de los demas hombres ni de las leyes, y le vereis que tomando la espada no perdona la vida al amigo, al pariente, al hermano, ni aun á sus mismos padres. Preguntad al avaro si no es cierto que revuelve en su alma estas ideas de sangre y de estermio. Pero no hay necesidad de preguntarle quando vemos con frecuencia que estos miserables llevan con inquietud hasta la vida de sus padres y desean su muerte sofocando el agradable placer de llamar padre y el deseo natural de su conservacion y temor de su pérdida. Es preferible, dice el mismo santo, habitar con mil endemoniados que con un avaro.

Este tiene por enemigos aun á los mismos hombres inocentes si no le son útiles: al que es libre le sujetaria si pudiera á ser su esclavo y le haria instrumento de su codicia, nada de esto hacen los endemoniados y son malos solamente para sí. El avaro arruina muchas casas y familias, ha-

(1) Hom 29.

cè que se blasfeme el nombre de Dios, es una plaga para toda una ciudad y para todo el mundo. Los que están poseídos del enemigo comun arrancan nuestras lágrimas y nos mueven á compasion, ni saben ni sienten ni conocen lo que hacen; pero los avaros obran con todo conocimiento y meditacion y en medio de los pueblos inventan cada dia nuevas maldades. ¿Cuándo han cometido todos los endemoniados juntos la maldad que cometió solo Judas arrastrado de su torpe avaricia y á donde están dispuestos á llegar todos los que como él esten inficionados del mismo contagio? Los vemos oprimidos y ligados por todas partes, el temor de los superiores, las penas de las leyes, el odio y execracion de los hombres, y sin embargo atropellan por todo, y todo lo perturban; si se los quitasen absolutamente todas las trabas serian peores que el demonio.

Baste saber para conocer que es en extremo perjudicial para con el prójimo la avaricia, que esta fria palabra de *mío y tuyo* es el origen de casi todas las disensiones y las guerras, y se manifiesta á las claras con los latrocinios, las usuras, los contratos injustos, los pleitos inicuos, los monopolios, las exacciones con que son vejados, oprimidos y despojados los pobres; se manifiesta bien en el corazon endurecido de los avaros, que no se conmueven de la miseria del pobre ni se acuerdan de dar una limosna. Baste saber, que de la avaricia como de su propia raiz nacen: la traicion como lo vemos en Dalila entregando á Sanson á los filisteos por el dinero, en Judas vendiendo á su maestro á sus enemigos por el dinero, y ójala no viéramos en nuestros dias tantas alevosias y traiciones cometidas por el di-

nero. Nace el fraude, el perjurio, la inquietud y ansiedad por las cosas temporales que ocupan al alma pensando sin cesar en qué conieremos ó cómo nos vestiremos, como si Dios no cuidara de sus criaturas; nace la violencia y tiranía con que se oprime al pobre con rapiñas, con injurias, con molestias, con exacciones injustas, y nace la dureza de corazón que cierra los oídos del avaro á los clamores del pobre y sus ojos á sus miserias, y le hace tirano y cruel hasta consigo mismo.

Tal es, hermanos míos, el vicio de la avaricia y según esto podeis conocer todos su horror y fealdad, los peligros y los males á que nos precipita, los males que nos acarrea y cuál será el odio del Señor y los castigos que tendrá preparados en el infierno para un vicio que hace al hombre enemigo de su Dios, que se burla de las amonestaciones del mismo Dios y se ríe de sus palabras, que le hace enemigo y tirano espiritual y corporal de sí mismo y le pone en guerra con todos los hombres. Podeis conocer la fealdad de este vicio inesplicable y de una naturaleza tan extraña é inconcebible que siempre recoge y nunca se sacia, que ni teme á Dios ni respeta al hombre, ni perdona al padre ni conoce á la madre, ni aprecia al hermano ni es fiel al amigo, que oprime á las viudas, se apodera de la sustancia de los pupilos, reduce á esclavitud á los libres, falsifica testamentos, devora los bienes de los difuntos..... ¿Qué locura es la de los hombres, diré con san Agustín, perder la vida y apetecer la muerte? ¿Adquirir el oro y perder el cielo? No contemplemos los anatemas del Señor contra este vicio, no nos atormentemos si no quereis, con

recordar las vehementes declamaciones de los libros santos contra él, no recordemos los castigos de una Jezabel, ni bajemos con la contemplacion al infierno á ver entre los ardores eternos suspirar por una gota de agua al opulento vecino de Lázaro. Meditemos con las luces de la fé, de la razon y la esperiencia los frutos infaustos de la avaricia, observemos que no deja en el corazon vestigio de justicia, de humanidad: que no teme el avaro perecer, esponer su alma y ser traidor á Dios y á los hombres por la mas pequeña ganancia, ¿y qué mas necesitamos para conocer la venganza que tomará el Señor de los avaros, los castigos y la desesperacion á que los reducirá, y la miseria en que los dejará sepultados cuando sufran un juicio sin misericordia porque ellos tampoco obraron ni quisieron conocer la misericordia? ¿Qué mas necesitamos para aborrecer la avaricia, para no tener ansia por las riquezas, para estar contentos en el estado que el Señor nos pone y para usar debidamente de los bienes que nos ha dado?

Me direis que vuestras riquezas son justas y lícitamente adquiridas, que no os habeis ocupado en contratos prohibidos y menos en oprimir al pobre; que no os estorban el cuidado de vuestra salvacion ni dejais de atender á vuestros deberes, y que no creéis que debereis malgastarlas y reduciros á ser pobres. Asi es, y este es el vicio opuesto á la avaricia; la prodigalidad ó el malgastar la hacienda, y ni la religion, ni la virtud ni la razon bien ordenada condenan las riquezas, sino el mal uso de ellas, el demasiado apego y apetito de ellas; no manda la ley del Señor que las malgasteis y disipeis, sino

que las useis rectamente y en la forma que la religion misma os ordena, que no las procureis por medios injustos ni las poseais con demasiado apego y aficion, ni las derrameis en cosas superfluas y mucho menos en las que son perjudiciales. Convengamos, y quiera el Señor que sea asi, en que vuestros bienes son justa y lícitamente adquiridos, que en nada habeis defraudado á vuestros prójimos, que de nada tienen que responder á los difuntos, que no habeis aprovechado la miseria del pobre para rebajarle su jornal, que habeis pagado á su tiempo á vuestros acreedores, que vuestros contratos han sido todos arreglados á la ley santa de Dios, que no os estorban el cuidar de vuestras obligaciones cristianas y que los poseeis sin tener puesto en ellas vuestro corazon. Convengamos tambien en que esteis dispuestos como Job á perderlos todos si asi lo quiere el Señor y á llevar su pérdida con paciencia, y que en la alternativa de ofender á Dios ó perder las riquezas elijais perder estas, que desgraciadamente no es lo comun entre los ricos. Convengamos al fin en que vuestros bienes están limpios y sin mezcla de injuria alguna contra Dios ni contra los hombres. Yo os pregunto despues de todo con el padre san Basilio. ¿Quién es el avaro? El que no está contento con los bienes que posee. ¿Quién es el ladron? El que quita los bienes de otro. ¿Y no eres tú avaro, no eres tú ladron que te apropias y haces tuyo lo que has recibido para distribuirlo á los demas? Si se llama ladron al que desnuda al que está vestido, el que pudiendo y teniendo abundancia no viste al desnudo, ¿cómo deberá llamarse? El pau que tú retienes y encierras para venderlo

mus caro es el pan del hambriento; la capa que te se está apolillando, es la capa del desnudo; el calzado que te se pudre es del pobre que llega descalzo á tu puerta; el oro que ocultas debajo de tierra, es del indigente: tanto cuanto dejas de socorrer á tu prójimo, otro tanto le injurias: ¿qué responderás al juez, hombre que adornas las paredes y las vistas con lujo, y no te avergüenzas ni conmueves al ver desnudo á tu prójimo? ¿que engalanas ricamente tus cabellos y arrojas de tí con desprecio al pobre porque vá cubierto con andrajos? ¿que dejas agorgojar tu trigo y no das ni aun tus migajas al que está en la miseria? ¿que encierras el oro y no das posada al peregrino, ni ayudas al encarcelado, ni defiendes al huérfano oprimido? Si tus entrañas se han cerrado para el pobre, si te causa tristeza el oír que de lo que tienes debes socorrer al indigente, no solamente estás muy lejos de ser perfecto, sino que tu corazón está poseído de la avaricia aunque no amontones tus bienes por medios injustos.

Segun esto, hermanos míos, no^m apetezcamos ni busquemos, ni retengamos con ansia las riquezas, no pongamos en ellas nuestro corazón, poseámoslas como si no las poseyésemos y como medios que el Señor pone en nuestras manos para que ejercitemos la laiqueza y misericordia con los pobres. No las busqueis, los que sois ricos, ni los que sois pobres los envidieis á los ricos resignándoos en vuestro estado y usando debidamente de vuestras haciendas, recordando que ya las atesoreis con avaricia, ó ya las malgasteis superfluamente, sereis responsables al que os las ha dado en depósito para que las useis segun su divina voluntad y no segun vuestros antojos.

Indicado queda el camino y los medios de que debemos valernos para evitar la avaricia. La vanidad y engaño de las riquezas, el estorbo y peso que son para caminar por el camino del cielo, las amenazas del Señor contra los ricos, los peligros á que dejan espuesta la salvacion, los consejos y preceptos del evangelio y sobre todo el ejemplo de un Dios que por nosotros se hizo pobre y no tuvo donde reclinarse su cabeza, que nació pobre, vivió pobre, murió pobre, enseñó y recomendó la pobreza y ofreció ciento por uno y la vida eterna al que se hiciese pobre por su amor, que eligió unos discípulos pobres y murió desnudo, debe movernos á detestar la avaricia y las riquezas y ser pobres al menos con la pobreza de espíritu. Hijos somos y entre la familia del Señor nos contamos, no por nuestros méritos sino por la gracia divina, ¿y no es demasiado repugnante y vergonzoso, dice el Padre san Agustín, que seamos avaros de las cosas de la tierra diciendo todos los días *¿padre nuestro que estás en los cielos?* Fijando nuestra consideracion en los bienes eternos, ¿no deben aparecer á nuestra vista viles, despreciables, y aun molestos los bienes corruptibles y perecederos de la tierra? Tomemos lo necesario para el uso pero no pongamos en ellos el afecto, ni demos lugar á que nos roben el corazón. Recordemos que en esta vida estamos de tránsito para la eternidad, tomemos de los bienes del mundo un refrigerio como caminantes, y no los ocopeemos como poseedores. Vamos de camino; atendamos al término, nada sacaremos de este mundo, y sus bienes nos sirvan de carga y estorbo para caminar. Caminamos al cielo y conviene mucho dejar como Elías los impedimentos.

que nos atan, la capa de los bienes terrenos que nos estorban caminar con desahogo y ligereza, conviene mas bien dejar los bienes terrenos que el privarnos por no poder caminar con su peso de la entrada en la gloria que es nuestro patrimonio y nuestra herencia.

¿Quereis bienes? ¿Quereis riquezas? ¿Quereis abundancia? ¿Quereis honores y aplausos? Pues voy á concluir dando cumplida satisfaccion á vuestros deseos y manifestándoos el secreto para conseguirlo todo sin que para ello necesiteis las riquezas que os inquietan porque no sabeis donde encerrarlas que esten seguras. *Melius est nomen bonum quam divitiæ multe* os diré con el Espíritu-Santo (1). Procuraos un buen nombre que vale mas que todas las riquezas. ¿Apeteceis las riquezas para que los hombres os honren y respeten? Pues mirad que mucho mas glorioso que tener los doblones en el archivo es el poderse llamar padre y bienhechor de muchos hijos desgraciados. En el encierro dejareis vuestro tesoro, pero la gloria de vuestras buenas obras la llevareis delante de Dios y el mundo todo delante del Juez os congratulará y llamará su padre, su bienhechor, su amparo y consuelo de sus miserias, los pobres que socorristeis, y los hambrientos á quienes disteis de comer publicarán vuestras misericordias; el mismo Dios las comprobará y dará su bendicion, los ángeles y los hombres os llamarán dichosos, y por unos bienes corruptibles que dispensasteis y distribuisteis recta-

(1) Prov. cap. 22.

mente recibireis una gloria eterna , una corona de justicia, el premio del reino de los cielos; sin que sea necesario comprarle á fuerza de oro sino solo con un buen nombre que puede granjearse el pobre y el rico: con la misericordia y pobreza de espíritu que pueden ejercer el pobre y el rico , porque un vaso de agua no quedará sin merced. Despreciad y aborreced el mal de la avaricia y no os contamineis con los vicios abominables en que envuelve á los hombres el amor de las riquezas, y segun vuestras facultades , sed todos liberales y misericordiosos con los pobres para que lleven estos anticipadamente vuestros tesoros á las manos del Señor y pueda decirse de cada uno de vosotros: «derramó y distribuyó sus » bienes entre los pobres y por eso su justicia durará y » será recompensada con un premio que nunca se acaba

SERMON

DE LA LUJURIA.

Qui diligitis Dominum odite malum. Los que amais al Señor aborreced el mal. Psal. 96. v. 10.

Han seducido á mi pueblo con sus mentiras (1) puedo muy bien lamentar con el profeta Jeremias al ver, no solamente el triunfo y desvergüenza con que camina el vicio de la deshonestidad y lujuria, el ningún temor con que se abandonan los cristianos de todas las condiciones á los placeres y deleites de la carne, tantos espectáculos en que se presenta la obscenidad con todos sus alicientes y se hace mirar á la impureza como un placer lícito y apetecible, tanto libro y canciones inmorales en que se recomienda la deshonestidad y libertinaje como cultura del siglo, despreo-

(1) Jer cap. 23. v. 32.

cupacion, y sentimientos de un corazon delicado y afectuoso, tantas malos ejemplos que dan con su autoridad una aprobacion del crimen horrendo de la incontinencia, tanto desenfreno, descaro y corrupcion; sino tambien tanto engaño y ceguedad de entendimiento como se ha apoderado de los libertinos y licenciosos que no contentos con obrar el mal, se empeñan en hacer creer como el padre de la mentira que serán felices los que alarguen su mano y coman la fruta prohibida, que no morirán sino que se abrirán sus ojos y serán como Dioses, y en sus escritos, en sus conversaciones y en sus costumbres defienden la lascivia como un bien, como una cosa lícita, como un placer permitido, como una accion indiferente de que no hay que dar cuenta á Dios y que ningun castigo merece, como una inclinacion natural tan inocente como las demas. En su acalorada y ciega imaginacion se agitan por buscar razones y nada dejan por decir para aquietarse y poder vivir tranquilamente en sus torpezas, mofándose, calumniado y denigrando la fama y estimacion de los ministros, del Señor que las reprenden y presentan como odiosas al Señor y dignas de sus castigos eternos.

¡Miserables! Cuando hubiéseis agotado todos los recursos de vuestros ingenios, cuando hubiéseis llenado vuestros folletos de todos los adornos del arte y de todos los encantos y gracias de vuestra cultura y diction para poder mas facilmente persuadir, cuando tan persuasivas fuesen vuestras conversaciones que nada acertáramos á responder ¿qué podrá demostrar todo junto contra la ley de Dios que espresa y terminantemente nos prohibe la deshonestidad, y nos

manda que seamos limpios y castos en pensamientos, palabras y obras? El fuego funesto de concupiscencia de la carne ha caído sobre vosotros, os abrasa y os estorba ver el sol y caminar á tientas entre los precipicios sin luz y sin corazón porque la fornicación os le ha robado como dice el profeta Ocas. Hermanos míos, no es de ahora este lenguaje del mudo tan lleno de despropósitos y mentiras á la vez que de hinchazón y vanidad; es el de los hombres corrompidos de todos los siglos, que en todos han formado neciamente igual empeño; y el apóstol se vió precisado en el principio de la iglesia á desmentir á los que á todas horas le tenían en la boca. Mirad, no os dejéis engañar de estas palabras vanas y artificiosas con que quieren presentaros como un mal leve los pecados de la carne; ningún inmundo entrará en el reino de los cielos, es un delito de idolatría, es torpe y vergonzoso aun el decir lo que se ven precisados á cometer en la obscuridad y huyendo de la luz, no os mezcléis con ellos ni os hagáis participantes de sus malas obras. Estos son los pecados porque se ha hecho sentir más altamente la ira de Dios sobre los hombres. Así hablaba san Pablo, y así debo yo hablaros para apartaros de la seducción y el contagio y para que si amáis á Dios, si os preciais de ser hijos suyos y de procurar su amistad aborrezcáis el mal. Ese mal que si se presenta como un mal apetecible y halagüeño, como la más completa felicidad de la tierra, sus dulzuras son gusanos según la expresión de Job (1). La carne

no es otra cosa que podredumbre y gusanos, y el que corre y suspira por los deseos y deleites de la carne, no ama sino los gusanos y sus dulzuras se convertirán en podredumbre. Siguiendo el método que me he propuesto me toca hablaros del vicio capital de la lujuria, y voy á manifestaros su enormidad, lo mucho que Dios aborrece y castiga este pecado, los precipicios á que nos arrastra y los esfuerzos que debemos hacer para librarnos de su tiranía. Ayudadme antes á implorar los divinos auxilios por la intercesion de la Virgen y Madre de toda pureza María Santísima.

AVE MARIA.

Qui diligitis....

¿Qué mal es una fragilidad sensual? Preciso es, hermanos míos, para haber de responder, ó saltar á la fé diciendo que no es pecado ni ofensa grave de Dios, puesto que su divina palabra escrita nos lo dice terminantemente y la iglesia santa nos lo enseña; ó confesar como cristianos que la deshonestidad y todo lo que sea apetito desordenado, de los deleites sensuales es un pecado con que se ofende gravemente á Dios, se salta á su ley y se pierde su reino. Manifiestas son las obras de la carne, la inmundicia, la lujuria, la fornicacion dice el apóstol á los Galatas; y entended, que todos los que viven en ellas no conseguirán el reino de Dios. ¿Y tan despreciable es, tan poco debe importar á un cristiano el ofender gravemente á su Dios, el quebrantar su ley, y privarse de su gloria? Pero no es esto solo, porque su malicia y fealdad no es como la de un pecado cualquiera, es muy detestable á los ojos de Dios, y el

pecador hace con él una injuria particular á Dios; y la razón es: porque Dios es el Señor principal de nuestro cuerpo; y el que usa desordenadamente de él falta al respeto á su Señor. ¿Ignoramos que somos templos vivos del Señor y que el Espíritu-Santo habita en nosotros? ¿Que no somos nuestros, que somos miembros de Jesucristo? ¿Que nos compró con el precio grande de su pasión y muerte, y que debemos glorificar y llevar al Señor en nuestro cuerpo? ¿Que en el santo bautismo fuimos hechos habitación del Señor, consagrados y enriquecidos con los dones del Espíritu-Santo? Pues el templo del Señor debe ser santo, y el que le profane será castigado por Dios dice el mismo apóstol. El asiento del Señor debe ser puro, la castidad es la que le guarda en nosotros para que no se manche, y si damos lugar á que entre la impureza, el Señor que no puede sufrir nada inmundo ni profanado, le abandonará, y ofendido dejará un asiento corrompido.

Jesucristo es nuestra cabeza; y nuestros cuerpos son miembros suyos unidos á un solo cuerpo, y la lujuria aparta los miembros de la union con su cabeza: ¿no sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo? decia san Pablo á los fieles de Corinto, ¿pues por qué habéis de separaros de la union con Jesucristo y haceros un cuerpo con la mujer prostituta uniéndoos con ella? Es una idolatría la lujuria y mas criminal y reprehensible que la misma idolatría. Todos los inciensos y sacrificios debidos á Dios los inmola y ofrece el luscivo á su concupiscencia y liviandad; la sacrifica su honor, su reputacion, su salud, su vida, su ciencia, sus tesoros y su gloria eterna. Ante sus

placeres vergonzosos se arrodilla el lascivo y adora á su misma lascivia y se lo sacrifica todo. Se forma de su pasión un ídolo de un barro inmundo y no reconoce otro Dios, ni obedece á otra voluntad. He dicho que es mas criminal que la idolatría. La fuerza de los tormentos, el temor, la sagacidad del tirano pueden obligar á adorar á los ídolos y el cristiano sin quererlo, llorándolo, resistiéndolo y con toda la amargura de su corazón se ve compelido y arrastrado á postrarse delante de los ídolos; pero ninguno es violentado ni llevado á la fuerza á gozar los placeres de la carne, ninguna fuerza obliga á cometer los delitos inmundos sino la propia voluntad y el apetito desordenado. Y si uno y otro niegan y se apartan de su Dios ¿quién negó mas y fué mas culpable, el que le negó en los tormentos, ó el que le perdió en los placeres? ¿El que al perderle lloró, se afligió, y llenó de tristeza, ó el que le pierde entre los gustos, sin inquietud, sin pena, y entre las diversiones y las risas?

Es muy peligroso y muy espuesto á su condenacion el estado en que pone la deshonestidad á los que viven en ella. Es de necesidad para salvarse el hombre que quiera su salvacion el Señor, y que la quiera tambien el hombre, y no hay vicio que mas se oponga á estas dos voluntades que la lujuria. En cuanto á la voluntad de Dios, si bien es verdad que Dios aborrece infinitamente todos los pecados, sin embargo á ningun otro ha manifestado mas horror ni ha castigado mas solemnemente que á los pecados de la carne. No, no es verdad que el Señor se compadece y disimula las que queremos llamar fragilidades, porque sabe nuestras inclinacio-

nes y flaquezas; al contrario, sobre estos pecados ha descargado en todos tiempos los castigos mas atroces.

Por la impureza y porque toda la carne habia corrompido sus caminos envió Dios el diluvio universal que anegó toda la tierra sin preservar mas que á la familia de Noé en el arca que le mandó construir. Destruyó ciudades enteras reduciéndolas á cenizas con el fuego que hizo caer del cielo: veintitres mil israelitas perecieron en un solo dia en el desierto porque pecaron deshonestamente con las hijas de Moab; la tribu de Benjamin fué entregada al exterminio por el pecado deshonesto y atentado horrendo cometido con una mujer. Si el Señor no fuera gravísimamente ofendido con este género de pecados, si no los aborreciera tanto, no los castigaria aun en este mundo con estas y otras venganzas terribles. No se desdeñó al tomar la naturaleza del hombre el tomar sus miserias, sus penalidades, el hambre, la sed, el frio, el cansancio, el sueño, pero no quiso nacer sino de una virgen pura y la mas pura de todas las criaturas. Toleró en el desierto que el demonio le tentase con el interés, la soberbia, la ambicion, la idolatria, pero no toleró que Satanás se atreviese á convidarle al acto mas mínimo de impureza. Sufrió que sus enemigos le culpasen de endemoniado, seductor y otros vicios, pero no quiso que ni aun de lejos le acusasen de lascivo. Permitió que sus discípulos cayesen en otros pecados, pero no consintió en que fuesen deshonestos. Predicando tantas veces, ni aun una sola quiso nombrar este pecado como quien se irrita solo de oir su nombre. Todo para darnos á conocer su odio á este género de maldad, sino como la mas grave que cualquiera otra, al

ménos como la mas vil, la mas vergonzosa y fea de todas para el hombre que no cuidando de ser semejante á Dios cuya imájen es, prefiere comportarse á los brutos, y no entendiéndolo su honor y elevacion se hace semejante á las bestias, y peor que las bestias que carecen de razon entregándose á la deshonestidad.

Aborrece el Señor á este jénero de pecados sobre todos los demas por el número sin número que se comete con mas frecuencia que en los otros vicios, porque puede decirse que la lujuria es un semillero fértil de culpas. Un ladrón no roba todos los dias; un asesino apenas llega á dar muerte en toda su vida á seis ó siete personas; un jugador blafema solo cuando tiene suerte contraria. El que se embriaga lo hace por lo comun en los dias de fiesta; pero el que una vez se entrega á la lujuria puede decirse que se sumerge en un mar lleno de ondas asquerosas que se alcanzan unas á otras. Pensamientos, miradas, señas, lecturas, canciones, palabras; apenas habla ni piensa en otra cosa. Las obras malas son las menos y suelen ser tantas que cuando estos infelices vienen á confesarlos no aciertan con el número, que no ha sido tal vez mayor porque no han tenido fuerza para mas. El sueño, que debía ser por lo menos la parte mas inocente de su vida, no está esento de contagio, porque arrastrados de sus malos hábitos se levantan en su imaginacion pensamientos y fantasmas impuros, que reciben la última mano de iniquidad con el consentimiento que los miserables los dan cuando despiertan y se deleitan en ellos. En los demas vicios caen con mas facilidad estas ó las otras personas, pero en la lujuria caen las personas de todas clases.

y condiciones. Diríamos, que en los demás vicios pesca el demonio con anzuelo pero en este pesca con red tan ancha que según la espresion del profeta Abacu son pocos los afortunados que no caen en ella.

Aumentemos á esto, que el Señor no mira en el deshonesto el pecado propio de su deshonestidad solamente sino los pecados ajenos tambien, todos aquellos que la deshonestidad lleva consigo y de que es origen y motivo. Con el acto obsceno habeis enseñado la malicia á una criatura inocente y vosotros nada mas veis ni nada mas acusais que vuestra accion deshonestá; pero Dios vé y Dios os acusará de otro modo distinto y de otros muchos pecados. Dios ve aquella criatura antes pura é inocente, y despues por vuestra insolente lengua, ó por vuestras manos atrevidas, ó por vuestro ejemplo escandaloso corrompida y culpada; que una docena de veces al dia, ó acaso mas, se encierra en sí misma á pensar en aquel placer abominable que jamás habia experimentado, que lo aprueba en su corazon, lo acepta y desea poner de nuevo sus labios en la taza venenosa pensando en la dulzura con que mata y sin pensar en la muerte: y por este camino amontona á millares de pecados la infeliz al cabo del año. Veis el pecado con que habeis deshonrado un matrimonio haciendo á una esposa ser infiel, y nada mas veis ni de nada mas os acusais; pero Dios vé y de todo os hará cargo, que aquella mujer antes recatada y recogida gastaba los dias en su casa aplicada al buen gobierno de su familia, y que despues perdida ya la vergüenza pasa los dias en conversaciones y visitas, deja de tirar de la rienda á sus hijas, parte, porque no sabe pedir las aquella ho-

nestidad que no sabe querer para sí misma; y parte, porque no cuidando de su salud propia cuida mucho menos de la salud ajena. Vé la serie y cadena de desgracias, de escándulos, de faltas contra la justicia y de tantos y tantos males que se siguen de la guerra que llevasteis á un matrimonio con vuestro adulterio que vosotros no mirais sino como un delito pasajero y casual. Robasteis la virginidad á una doncella y nada mas veis ni de nada mas os acusais, pero Dios ve y os hará responsables tambien de los medios que maquina aquella doncella por librarse de la vergüenza de que aparezca al público y se haga manifiesto su pecado, de la vida temporal y eterna que no se detiene en quitar á un alma por los medios mas inhumanos por cubrir su honor; de los disgustos de la casa, las enemistades de las familias, de las murmuraciones del pueblo, del escándalo. Perdida por este camino la vergüenza de una mujer sucede muchas veces que vienen á ser la ruina de una tierra entera y á servir de yesca para el incendio de la liviandad universal. Todo esto ve el Señor y de todo os hará cargo, en lo que vosotros llamais una fragilidad, una flaqueza, el menor mal que comete un hombre! El Señor ve en vuestra deshonestidad y debiérads verlo tambien vosotros en este mundo antes de que en su tribunal os revele el Señor tantas cosas escondidas ahora en vuestra ignorancia, vuestros escándalos, vuestras mentiras, vuestros malos medios para lograr vuestras torpezas, vuestras palabras sin cumplir, vuestra hacienda malgastada, vuestra salud perdida, vuestra familia sin paz y tantos y tantos pecados á que dais ocasion y á que abris la puerta con vuestra impureza. El Señor ve esas.

gangrenas que vosotros cubris con vuestros oropeles y esas heridas propias y ajenas que despreciais y disimulaís con vuestras excusas. Pues teniendo el Señor un horror tan grande á la fealdad de este vicio, castigándole con tanta atrocidad, siendo tantos y tan justos los motivos que tiene para aborrecerle, ofendiéndose con él tantas y tan repetidas veces al Señor se conoce bien que escluya de su reino á los sensuales y no dé parte en su herencia á los inmundos. Se conoce bien que no esté dispuesta la voluntad de Dios á salvar al lascivo; que es muy natural que le niegue sus gracias y ayudas eficaces, que permita que el demonio le tienta y persiga mas; y si el Señor no le dá sus auxilios, si no le ayuda á pelear contra el demonio y contra su misma carne, no puede absolutamente vencer ni salir de su mal estado, y por consiguiente es muy peligroso y espuesto á que se condene el deshonesto porque no quiera su salvacion el mismo Dios.

He dicho que para salvarse el hombre es necesario que concorra la voluntad de Dios y la voluntad del mismo hombre. Para sanar de las enfermedades corporales basta que la enfermedad esté patente y sea conocida del médico; pero para sanar de las enfermedades espirituales es menester que las conozca tambien el mismo enfermo. La razon es porque para que sane el alma es menester que coopere á su salud con actos de su libre albedrio, que se vuelva al Señor y aplique oportunamente los remedios que Dios le suministra; y el lascivo está muy distante de todo, porque ni conoce su mal y sin reconocerle no puede desear salir de él; porque si le conoce, no le aborrece, y porque si le abor-

recto no por eso se dispone á enmendarse con toda seriedad. No conoce su mal porque el primer efecto de la lujuria es la ceguera de entendimiento, porque sumergidos en los deleites de la carne no levantan sus ojos á Dios y abrasados con el fuego de la concupiscencia no ven la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. La concupiscencia pervierte su corazon y corrompida su corazon sofocan las luces de su entendimiento, atormentan á su conciencia, se disimulan su pecado, se finjen un Dios, una ley y una religion á su antojo, si no tienen atrevimiento á negar al mismo Dios y apostatar de su fé. No se propone en sus obras el lascivo el fin recto y lejítimo, sino el de sus p'aceres pecaminosos. Obra sin consideracion, con precipitacion y temeridad que son otros vicios hijos de la misma lujuria. Procede sin consejo, sin recuerdo de lo pasado, sin consideracion de lo presente, sin prevision de lo futuro, sin tener docilidad ni aquiescencia al parecer de los mayores. Un propósito tiene en su corazon y arrebatado del ímpetu de su deseo, aquel busca sin reparar en los medios, sin consultar la ley ni la razon, despreciando y atropellando los preceptos del Señor y hasta los del honor y buena crianza. Hay mas. De la lujuria nace tambien el odio de Dios y el amor de sí mismo. No apetece el lascivo sino sus p'aceres; antepone sus deleites á todos sus deberes para con Dios, para con la iglesia y para con sus prójimos. En su alma no resuena otra voz que el eco de la impiedad que convida á comer y beber y gozar de los p'aceres de la juventud sin perdonar nada á su lujuria, porque no reconoce otra dicha, ni otro destino, ni otra

suerte; ni otra herencia; y como la ley del Señor le condena, como reprueba sus placeres y torpezas, la aborrece, huye de ella, quiere ignorarla y aborrece también al mismo Dios á quien mira como un tirano que le atormenta en sus placeres y amarga sus mas halagüenos deleites. De aquí es que los lascivos son generalmente los maestros de las heregias y de la impiedad, los enemigos declarados de la religión, los que desahogan su encono en sátiras, en burlas, en escritos asquerosos contra los dogmas, contra la iglesia y sus ministros; los que se esfuerzan en no querer reconocer sus vicios sino con el nombre de placeres naturales y licitos, y en persuadir á todos que no hay otra vida sino la presente, que el infierno y la gloria son unas invenciones para contener á la multitud pero que no tienen nada de realidad; los lascivos son y en la escuela de la impureza se forman los propagandistas de esas doctrinas pestilenciales que por desgracia se oyen con demasiada frecuencia y se dejan correr con harta impunidad. Examinad si no sus costumbres y su conducta y os convencereis; y la razon es, porque los ciega y perverte su malicia; porque los condena y reprende la ley del Señor y piensan vengarse despreciándola y ultrajando y negando al mismo Dios.

Pues unos hombres ciegos, que no conocen ni quieren enterarse de su mal, que detestan la ley y aborrecen á su Dios, que no aman sino á sí mismos ni desean sino continuar toda su vida en sus extravíos; que pervertirian si pudiesen la misma ley de Dios lejos de sujetarse á ella, están muy distantes de cooperar á la salud de su alma por lo mismo que no conocen ni quieren conocer su mal.

Están muy distantes tambien porque si le conocen no lo aborrecen. Convengamos en que no lleguen á tanto la seguedad y el endurecimiento, que se glorien de su pecado y se mofen del Señor. Convengamos en que peca y sabe y conoce que peca y que el Señor ha de castigar sus deshonestidades al lascivo. No por eso es mas fácil su salvacion, porque de nada le sirve conocer sus pecados, si no los aborrece y se arrepiente de ellos de todo su corazón; y el lascivo con dificultad cumple con este deber. A la manera de un niño que no tiene otras armas para mover á compasion y para implorar el socorro de sus males que su llanto, así el pecador desnudo de toda virtud, desarmado, sin recursos y privado de todo remedio no tiene otros medios para cobrar su salud que sus lágrimas, su oracion y sus suspiros para mover á compasion á la divina misericordia. Velad y orad para no entrar en la tentacion, fue lo que nos dijo Jesucristo, y este es el remedio tambien para salir del pecado. Y el hombre que está envuelto en la deshonestidad, que lejos de no querer caer en la tentacion busca desde la mañana á la noche y desde la noche á la mañana las ocasiones de ser tentado; que lejos de desear hacer la voluntad de Dios y que le libre del pecado, está resuelto á hacer la suya propia y nada sentiria mas que salir de su amistad y su pecado está dispuesto para orar, llamar y clamar á Dios implorando su misericordia? y si ora y clama ¿desea que Dios le oiga y le conceda lo que pide? Yo temia, confiesa de sí mismo san Agustin, yo temia que el Señor me oyera presto y me sanara presto de la enfermedad de la concupiscencia, que queria mas que se cumpliera que no se apagara.

Conoce su mal el lascivo y sin embargo nada siente tanto como el que con la edad se le acaban las fuerzas y no correspondan á su deseo. Conoce las miserias del mundo, sus engaños y traiciones y le ama, y pasa su vida en detestarle y buscarle para amarle de nuevo. He aquí otro efecto vicioso de la lujuria: el apego y amor al mundo, el amor desordenado de la vida presente que hace á los hombres enemigos de Dios, porque sus amadores no tienen en sí la caridad del Padre como dice el apóstol Santiago, y corrompidos y envueltos en sus envelesos no hay uno que obre el bien, no hay quien piense en Dios, ni se acuerde de orar y clamar por su salud al Dios de las misericordias, ni quieren que los escuche.

Hay en los deshonestos tambien otro origen de su falta de arrepentimiento y de su dureza en el pecado y es, el hábito arraigado de pecar adquirido por la reputacion de sus pecados. De ellos dice el real profeta: *Erraverunt ab utero*. Comienzan tan pronto á obrar el mal que parece que no aprenden el viciosino que le traen consigo desde el vientre de su madre. A una mala niñez sigue una peor juventud, y en la vejez no se apartan del camino que llevaron en su juventud y en su infancia. Habitados á arder en el fuego de la impureza jamás acaban de apagarse, penetra hasta sus huesos, y vienen á connaturalizarse con él. Pues siendo así, es muy difícil pasar á un arrepentimiento verdadero, es muy difícil dejar repentinamente un hábito envejecido, es muy difícil dolerse de veras y trastornar los afectos del corazón aborreciendo sobre todo mal, lo que toda la vida se ha amado sobre todo bien, y que el que ayer ardía en fla-

mas impuras sea hoy un mar de lágrimas, de dolor, de corazón y compuncion para apagarlas, á no ser por una gracia muy particular del Señor. El pecado de la lujuria dice mi anjélico doctor santo Tomás (1) lleva consigo demasiado apego y adhesion del corazón, y por eso el hombre difícilmente sale de él. Cada vez deja menos esperanzas, se contraen mayores lazos, se aprietan mas los compromisos, y lo que al principio hubiera sido fácil con el tiempo viene á hacerse imposible. De aqui es que la desesperacion es otro fruto amargo de esta corrompida raiz, y que del temor de las penas de la otra vida y del rigor del juicio, el ciego tan profundo de maldades en que los deshonestos se ven sumergidos, el ansia de continuar en ellas, los hace desconfiar del perdón y la indulgencia, y sin esperanza de remedio se entregan á nuevos excesos, pasan la vida de deleite en deleite y desesperados se entregan á toda impudencia y á toda obra inmunda como advierte el apóstol, sin que den sus pensamientos para convertirse á Dios mientras esté en medio de ellos el espíritu de la fornicacion (1). Conozca enhorabuena el lascivo su vicio, pero como no le aborrece ni se arrepiente de él no puede unir su voluntad á la de Dios para querer su salvacion.

Pero sucede tambien que si le aborrece no por eso se dispone á enmendarse con toda sinceridad. La inconstancia en los buenos propósitos es otro vástago dilatado que

(1) 1.ª q. 78. art. 5.º ad. 2.º

(1) Oseas cap. 5.

nace del tronco de la lujuria. Reprueba hoy lo que mañana busca y pasa su vida entre detestar y volver á su vómito. Confiesan, pero no rompen la cadena de sus pecados, sino que solamente los interrumpen dice san Agustin; y sus confesiones en que tanto confían son las que mas dan que temer por su ruina. Si vemos que confiesan y comulgan y que un mes y otro, un año y otro, en la juventud y en la vejez siguen con la misma compañía, con el mismo escándalo, con los mismos malos hábitos, con las mismas concurrencias y lenguajes ¿qué podremos decir de sus confesiones sino que son estériles, que sus propósitos son aparentes, que de nada los sirven y que habiendo inutilizado el único remedio para salir del pecado se han quedado absolutamente sin ninguno?

El lascivo ciega su razon y no conoce su maldad sino que se gloria de ella; si la conoce no tiene alientos para detenerlo, y si la detesta no es con sinceridad ni con un firme propósito: el que entra por el camino ancho de la sensualidad no vuelve á la senda de la vida, y siendo así, no está su voluntad de parte de su salvacion, y ved como el vicio de la lujuria espone á mucho riesgo la eterna salud por que se opone á la voluntad de Dios y á la del mismo hombre que deben unirse para que el hombre se salve.

Despues de esto, amados míos, ¿será la deshonestidad una ligera falta, ó un recreo sin culpa? Pero yo no os he presentado hasta ahora este vicio sino como perjudicial á vuestra alma, pudiera presentárosle como perjudicial á vuestro cuerpo, á vuestro honor y á todos vuestros intereses. El padre, el superior, el juez que se contajia con la desho-

nestidad ¿qué derecho le queda para corregir, ni para reclamar la sumisión del hijo, de los criados, de los inferiores y los súbditos? Urge el concluir por no abusar de vuestra paciencia; pero demos antes una rápida ojeada por los males que ocasiona este vicio á los prójimos y á toda la sociedad entera. Entremos en las casas y veremos los desvíos, los celos rabiosos y desesperados, el abandono y mala educación de las familias, el mal uso de la hacienda, la inquietud y la ruina. Pasemos por las calles y veremos los escándalos, las murmuraciones, la necesidad, el lenguaje torpe y deshonesto, las risas desentonadas, las chanzas odiosas y abominables, las canciones impúdicas, las quimeras, las muertes y los siete demonios que acompañan á la mujer meretriz que en sentir de san Gregorio son la plenitud de todos los vicios. Dirijámonos á los hospitales y veremos, no la felidez de tantos infelices corrompidos; de tantos miserables que anticipan el término de los pocos días que el hombre vive sobre la tierra; no la muerte prematura entre la mayor inmundicia y los mayores dolores, sino los frutos del pecado que recoge la religión en el seno de su dilatada caridad, las señales de la ignominia y la inhumanidad del hombre de que son incapaces las fieras, unos hijos abandonados que no tendrán jamás otro padre que á Dios, ni otra enseñanza que la que los dé la misericordia, ni otro patrimonio que el de la caridad, ni podrán jamás poner en sus labios el nombre consolador de *Padre*. Si despues de esto no conocéis todo lo abominable de este vicio, si lo teneis por una culpa leve y sin responsabilidad segun el sentir de los mundanos y las lecturas insociales de nuestro siglo, yo no os he tratado de

convencer con castigos y ejemplares que podáis decir que se han fraguado al intento por el clero y que son absurdos y ridículos; os he hablado con el peso de la razón apoyada en la doctrina santa y en la experiencia; y en oposición al dictámen del mundo lascivo que cree hallar toda su dicha en su desordenado apetito os diré con el Espíritu-Santo; que no hay mayor tesoro ni cosa más digna de toda ponderacion que el alma continente. *Omnis ponderatio non est digna continentis animæ* (1).

Este es el remedio eficaz contra la lujuria, la continencia y castidad, y para conseguirlo, hermanos míos, acordémonos que somos hijos de la luz y cobremos las obras de verdad, de justicia y de bondad; acordémonos que somos hijos del Dios de pureza y miembros de Jesucristo y que debemos ofrecerle una hostia pura y sin mancha en el sacrificio de nuestro corazón; que apostatamos de Dios y levantamos un ídolo asqueroso á quien adoramos ciegamente con la lascivia; acordémonos de los castigos del Señor y el peligro á que esponemos nuestra salvacion. No nos durmamos en un mal de muerte y prevalezca el enemigo contra nosotros; clamemos al Señor que nos saque del lodo y no consienta que nos atollemos en él; imploremos la mediacion de la madre de toda pureza que está dispuesta á dar su mano al caído que procura salir del cieno de sus pecados y no se halla de asiento en ellos, y con su gusto y voluntad. Huyamos, porque este enemigo

(1) Eccl. c. 26. v. 20.

terrible solo se vence con la huida; huyamos de la fornicacion, de los objetos, de las concurrencias, de los espectáculos, de las conversaciones, de las lecturas y hasta de las miradas peligrosas. Huyamos de la demasiada comida y bebida, del demasiado regalo, de la ociosidad y las malas compañías. No nos dejemos arrastrar de los malos ejemplos. ¿Somos flacos? Pues por lo mismo debemos ser mas vijilantes atendiendo á que llevamos nuestro tesoro en un vaso de barro. Por lo mismo debemos orar mas, ayunar mas, mortificarnos mas y apartarnos mas de los peligros. — No podemos dejar á la edad sin su desahogo ni resistir al atractivo poderoso de los placeres. — Pero ¿qué fruto, qué utilidades hemos réportado nos pregunta el apóstol, de las obras de pecado sino la vergüenza, la confusion y el rubor que á nosotros mismos nos causa el recordarlas? El fin y el premio de todas ellas ¿es otro que la muerte temporal y la eterna decretada por Dios contra los que las hacen? Salgamos del pecado y hechos siervos de Dios sirvámosle con nuestros miembros asi como hemos servido con ellos á la maldad y tendremos por fruto nuestra santificacion y por fin la vida eterna. Derribemos el ídolo que hemos levantado y adorado, despojémosle de las ilusiones y atractivos que le da la necedad del hombre y la mujer lasciva, y cada uno verá un seno de inmundicia y un olor de pestilencia; vereis las miras del interés como el hijo pródigo, las perfidias como Sanson, las infidelidades, vereis al fin, que la muerte ha de convertir en gusanos esas hermosuras que adorais y que su fetidez os ha de retirar de mirarlas, por mas que digais que no podeis vivir sin ellas. Pues aborreced el mal y amad á

Dios siempre fiel, siempre desinteresado, siempre correspondiente cuya hermosura no se acaba ni se disminuye y cuya vista no horroriza ni espanta jamas y forma los deleites de una gloria y felicidad eterna.

F. L. G.

SERMON

DE LA IRA.

Qui diligitis Dominum odite malum. Los que amais al Señor, aborreced el mal. Psal. 96. v. 10.

Jesucristo, un hombre nuevo vino al mundo, y dió nuevos preceptos al mundo; al mundo nutrido y envejecido en sus vicios, y opuso á su doctrina, una doctrina nueva de salud y de vida que enseñó con sus palabras y confirmó con su ejemplo. ¿Está el hombre henchido de ideas de grandeza, de dominarlo todo y enseñorearse de todo? Pues Jesucristo le señala un camino seguro, cierto é infalible, pero un camino nuevo y desconocido de los hombres. «La » paciencia, en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas,» dijo á los hombres, y así es; y poseyendo el hombre su alma, siendo dueño y Señor de sí mismo lo posee todo y es dueño de todo. Ni le turba la desgracia, ni le ciega la fortuna, ni se desespera en la enfermedad y la pobreza, ni es

insufrible ni altanero en la prosperidad y abundancia, siempre igual, siempre superior á los vaivenes de la fortuna ó disposiciones de la divina providencia, siempre resignado, siempre Señor de sí mismo nada puede turbar ni combatir su reposo. La paciencia es la raíz y la guarda de todas las virtudes. Por la paciencia dice el padre san Gregorio, poseemos nuestras almas; porque aprendiendo á dominarnos á nosotros mismos, empezamos á poseer todo lo que somos. La paciencia es sufrir con ánimo inalterable los males, sin resentirnos de la mano de donde nos vienen, porque el que sufre, y medita y procura la ocasión de vengarse, aparenta y finje tener la paciencia que no tiene. No hay cosa mas grande ni mas necesaria que la caridad, y la caridad tiene por primer carácter el ser paciente y benigna. Paciente para sufrir los males ajenos; benigna para amar aun á aquellos mismos á quienes sufre y de quienes ha recibido injurias; para amar á los enemigos, hacer bien á los que sabe que la aborrecen, y orar por los mismos perseguidores. Si es virtud delante de los hombres el tolerar á los enemigos, el amarlos lo es á los ojos de Dios que se congratula en un sacrificio costoso, pero ofrecido á sus ojos en el altar del corazon y encendido por la llama de la caridad. La paciencia da á conocer la ciencia y educacion del hombre, y aparece tanto mas necio y despreciable cuanto es menos paciente. Enseña en vano á los demas, ni es apto para enseñar el bien el que en sus costumbres no lleva por delante la paciencia y sufre con resignacion á su prójimo. «Es mejor el hombre paciente que el fuerte, y el que se domina á sí mismo, que el que con-

« quista las ciudades » dice el Espíritu-Santo ; porque mas valor , mas heroismo , mas grandeza de ánimo es vencer á sí mismo , dominar los propios afectos , sufrir en humildad las desgracias ; que sujetar y vencer las ciudades que están fuera del corazon del hombre y son cosas que le son estrañas. Si sabemos conservar la paciencia con la ayuda del Señor , aun en medio de la paz de la iglesia , dice el mismo san Gregorio , podemos conseguir la palma del martirio : porque dos jéneros hay de martirio , uno que consiste en la preparacion del alma dispuesta á sufrir , y otro en la disposicion del alma justamente con los tormentos que recibe y que sufre. Podemos ser mártires aunque no seamos heridos ni atormentados por los perseguidores , porque si el recibir la muerte por mano de un tirano es un martirio público , el sufrir los desprecios y contradicciones , el amar á los enemigos y ser paciente es un martirio oculto , pero manifiesto á la vista de Dios.

La paciencia interviene en todos los preceptos y virtudes cristianas. Defiende la fé ; gobierna la paz ; ayuda á la caridad ; allana la entrada á la penitencia , prepara el camino á la humildad , rige á la carne , guarda el espíritu , refrena la lengua , contiene las manos , vence las tentaciones , quita los escándalos , consume los martirios , consuela al pobre , temple y hace moderado al rico , al fiel le deleita y llena de consolacion , al gentil le convida y le llama , recomienda al criado para con el señor y al señor para con su criado : es el adorno mas precioso de una muger , es lo que hace honrado y juicioso á un hombre , se ama en un niño , se alaba en un jóven , se respeta en un anciano , en todo

sexo y edad es apreciable y forma las dulzuras del trato humano. No en valde nos amonesta Jesucristo que en la paciencia hallaremos la posesion de nuestra alma, y al haber de apartarse de los hombres, al dejar á sus discípulos los recomendó y dejó el don de la paz, porque donde hay paz y se sufren los hombres unos á otros, no tiene lugar la ira, está desterrada la discordia, huye la disension y aparece la imájen del reino eterno y pacífico de la gloria. ¿Qué mas es necesario decir, hermanos míos, para conocer todo el horror y fealdad del vicio de la ira, de que debo hablaros hoy, y para amonestaros á que os esforcéis en evitarla? No seréis dueños de vosotros mismos, ni tendréis caridad, ni paz y union con Dios y vuestros prójimos, ni seréis buenos esposos, padres, hijos, amos, superiores, amigos, ni seréis nada bueno si sois esclavos de la ira, porque la paciencia es necesaria en todos los estados, en todas las clases y en todas las personas. Es el legado precioso de nuestro redentor Jesus, la señal de los hijos suyos, lo que nos recomendó con mas intension y mas amor, y de lo que nos dió el ejemplo en sus últimos suspiros. Repito, que nada mas necesitaria decir para moveros á detestar la ira, pero voy en cuanto me sea posible á presentaros este vicio en toda su fealdad y á manifestaros sus infaustos males para que conociéndole le aborrezcais mas y mas, y gloriándoos de cristianos y siervos de Jesucristo, le ameis imitando su paciencia y conozcais, que sin detestar y aborrecer la ira no podeis amar al Señor ni ser hijos de aquel Padre de misericordia que espera á todos, sufre á todos, se condeula de todos, llama y convida á todos, y hace que salga su sol y

caiga su lluvia sobre los buenos y los malos. Ayudadme antes á pedir al Señor la ayuda de su divina gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Qui diligitis Dominum...

No tengo la temeridad de proponeros que no tengais ira jamás, que no sintais las desatenciones, que no os altereis, que no os encendais y vivais en la inaccion y existencia fria de las piedras. Intento mucho menos el que os alistéis bajo la enseña de una paciencia impía y tolerancia de todos los vicios, sin que los reprendais en vuestros dependientes, ni los desaprobeis en todos los pecadores, y sin que os perturbeis al ver los sacrilegios, las blasfemias, las irreverencias y ultrajes contra el Señor, su templo y sus ministros. El que seais sectarios de esa política necia que cree que son felices las naciones en que se adora á Mahoma al lado de Jesucristo y como los antiguos romanos quisieran admitir en su seno y cerrar en sus muros todas las deidades, todos los cultos y todas las supersticiones. Yo debo deciros con el real profeta *Irascimini et nolite peccare* (1). *Irritaos y no queráis pecar*. La ira considerada en sí misma no es mala por su naturaleza. Es un fuego útil, necesario é indispensable; pero que á la manera del

(1): Psal. 4. v. 5.

fuego exterior será inútil si es demasiado tibio, y lo consumirá todo si es sobradamente ardiente. En arreglar y templar este fuego que tenemos en nuestro apetito consiste el arte de ser buen cristiano y de su desarreglo podemos decir que nacen todos los desórdenes. Demos una ojeada por lo que sucede entre las familias y hallaremos que la mala educacion y los vicios que se notan en ellas nacen ó de tolerar demasiado, ó de no tolerar nada, ó porque el ardor y fuego que es necesario para reprender y corregir las faltas se cubre debajo de las cenizas de un disimulo y tolerancia indebida; ó porque con una reprehensible indiseccion se le deja encender demasiado y arroja llamas de odio, de indignacion, juramentos, clamores, rencores, pleitos, enemistades, golpes y muertes. Preciso es irritarse, pero es preciso moderar el exceso de la ira y contener en sus limites este fuego universal que da á ver sus llamas peligrosas y devastadoras en casi todos los cristianos. Digo casi todos, porque se hallan muchos que desprecian las riquezas, que reprimen la concupiscencia, que refrenan su curiosidad, que no se dejan lisonjear de la ambicion, ni arrastrar de la gula; pero se hallan muy pocos que no cedan á los ímpetus de la ira. Este incendio se mete en todas las casas, se enciende en todas las edades y devora casi todos los corazones. No distingue de clases ni personas y acomete á los ricos igualmente que los pobres; á los sabios que á los ignorantes. Aun las personas mas recojidas y devotas triunfan de las tentaciones mas violentas, sufren las penitencias mas austeras, se ejercitan en la oracion y contemplacion mas fervorosa, y ceden tal vez a un

movimiento de ira, á un desprecio, á una humillacion que se las ha hecho sufrir, á una contradiccion con que se las ha intentado probar, á una desgracia con que el Señor ha querido examinar su virtud. ¿Cuál deberá ser segun esto nuestra vijilancia y el acierto con que debemos proceder para moderar nuestra ira?

La ira, segun la doctrina de mi aljélico doctor santo Tomás, que conviene esponer para percibir esta materia, es un Jeseo ó apétito de venganza, y la venganza puede apetecerse debida é indebidamente: si se apetece debidamente y segun el recto órden de la razon no es reprehensible ni culpable sino buena y santa y se llama *ira de celo*. Pero si se apetece fuera del órden de la razon será pecado que se llama *ira de vicio*. Puede faltarse al debido órden, bien en cuanto á la venganza, ó bien en cuanto al modo de irritarse. Si se desea la justa venganza y castigo del pecado y de los hombres viciosos y perjudiciales, por los medios de la ley, por las autoridades correspondientes, y por el fin de la venganza que es la correccion de las culpas y la conservacion de la paz y la justicia, tan lejos está de ser culpable, que es el celo santo que debe tener todo cristiano, con que se aplaca al Señor, como Fines con la venganza que tomó de sus ultrajes, y con que cada Pecador debe vengarse de sí mismo y de sus pecados para evitar la ira de Dios; y para que el Señor no castigue á los pecadores en la otra vida, para que se corrijan y enmienden debemos desear tambien el castigo de nuestros prójimos. La falta de esta ira en los que deben castigar y reprehender, en los padres, jueces y superiores es criminal como lo fué en Heli sumo sacerdote de la ley antigua, que se

acarreo la ira del Señor por no irritarse y corregir debidamente á sus hijos; lo es en todos los cristianos que no sufrirán la mas pequeña injuria personal, y oyen en silencio y sin irritarse las blasfemias contra Dios y ven las irreverencias y desacatos que se cometen en su templo.

Si se desea desordenadamente la venganza de modo que se castigue al que no lo merece ó que se le castigue mas de lo que merece, ó por el que no tiene derecho ni autoridad para ello, ó sin el debido fin de la enmienda sino por resentimientos, envidias, interés ú otras pasiones viles, esta ira será viciosa y criminal. En cuanto al modo de irritarse puede faltarse cuando el movimiento de la ira es demasiado furioso y desordenado sea interior ó esteriormente, y este desórden, dice el mismo santo Tomás (1) hace culpable á la ira aunque sea justa.

Puede lícitamente, segun esto, pedir la venganza y el castigo de las injurias que cualquiera cristiano ha recibido y la reparacion de sus daños causados á las lejitimas autoridades con tal que no falte al órden debido de la justicia y lleve el fin de la correccion y caridad y no el de satisfacer su venganza: y siempre que haya un apetito desordenado ó deseo de una venganza injusta ó se falte al modo debido de la ira, será una ira viciosa, reprehensible y culpable. En sus enojos no hay quien se persuada que no lleva razon para irritarse y que su ira no es justa, y no atienden á que por lo comun se irritan los hombres con quien no deben, por lo

(1) 2. 2. q. 158. art. 2.

que no deben y del modo que no deben. Observad y vereis que hay quien se enoja consigo mismo porque no sale con sus deseos, con una piedra en que tropieza, con los animales con que tiene que trabajar ó cuidar, con un hilo que se le enreda, con la pluma ó el papel que no se le pone bien para escribir, y con otras cosas acaso de menos importancia, manifestando así un interior viciado y un furor mas insensato y descompuesto que el de las fieras. ¿Y cómo podremos llamar el aborrecimiento, el encono, la altanería, desprecio ó injurias con que algunos se irritan contra los que los amonestan y corrijen de sus faltas para que las enmienden y eviten, y que en vez de aborrecer la culpa y tomar oportunamente el bálsamo para sanar la herida se enfurecen contra el médico que con el amor de un padre cariñoso los procura y desea la salud? ¿Qué nombre podremos dar al enojo, las burlas, amenazas y rencores de los hijos, los criados, inferiores y de todos los malos cristianos contra sus padres superiores, y contra los ministros del Señor porque en nombre de Dios reprenden sus iniquidades, los procuran retraer de sus vicios, impugnan sus errores, descubren sus mentiras y predicán la verdad? ¿No puede decirse que vive en estos desgraciados el abominable espíritu y la ira emponzoñada de los que apedrearon y dieron muerte á todos los profetas y de los fariseos que injuriarían, se burlaron, y crucificaron al hijo de Dios?

Hay tambien quienes se enfadan por motivos tan viles y despreciables, por ofensas tan leves que da vergüenza el que un hombre haga aprecio de ellas. Una basija que se rotupa, una puerta que no se cierra, un momento mas que

se tarda en un mandado ó en preparar la comida y la bebida, y otras faltas semejantes suelen ser motivos para un alboroto, unas amenazas, golpes y un trastorno como si se perdiera un reino; y estos mismos suelen ser los que miran con serenidad los vicios de sus hijos, el demasiado lujo y deshonestidad de sus hijas y mujeres, los que no atienden á saber las compañías, la educacion y las costumbres de su familia. Son terrenos y tienen su corazon y su alma tan apégada á los bienes de la tierra que los estiman con demasia y así sienten estraordinariamente la mas pequeña pérdida; son muy amantes de sí mismos y se enfurecen por la mas leve incomodidad, y como no aprecian los bienes eternos, ni aman á Dios, no se duelen de que sus familias vivan en el pecado y en las ofensas de Dios.

Sucede tambien que los motivos de la ira son justos, que las ofensas son verdaderas; pero la ira es viciosa y reprehensible por el modo desordenado; por el exceso de la misma ira, por el furor con que se lamenta ó se reprende y por la desmedida con que se castiga y las imprecaciones y malas palubras con que se desahoga. El golpear con los piés tan frecuente en algunos, el morderse los dedos, arrancar los cabellos, mirar torcido, vomitar mil injurias y maldiciones, todo da á conocer un corazon semejante á un mar tempestuoso y ajitado de todos los vientos. Consiste por lo comun el desórden en cuanto al modo de la ira en irritarse antes de lo justo ó por mas tiempo de lo justo.

A la manera que un perro luego que oye llamar á la puerta se precipita á bajar á ladrar contra cualquiera que sea sin informarse si es amigo ó enemigo, si es de la casa

ó de fuera el que llama; así muchos montan en cólera á la mas ligera sospecha, por la mas leve ofensa, sin escuchar la razon, ni detenerse á examinar la verdad y la justicia y solo á meditar la venganza. Se ciegan y en su ceguedad solo ven los vultos de sus ofensas que les parecen mayores de lo que son, y no ven la luz de las disculpas. ¿Cuántas veces se contendria la ira si se diera lugar al juicio y la reflexion y se examinara lo que se tiene por ofensa; si se la contuviera y dejara lugar á la razon como encarga el apóstol? Vosotros mismos lo conoceis cuando pasada la oscuridad y sosegado el furor os asustais de vuestros escesos, los sentis y os disculpais con que teneis un pronto terrible y que os ciega la cólera. Pues por lo mismo, porque conoceis los escesos á que os conduce la debeis contener y mientras os dure el primer ímpetu y la primera impresion desagradable no tomar resolucion alguna.

Es aun mas criminal el desórden de los que se irritan y conservan la ira por mas tiempo de lo que debieran. *La ira descansa en el seno del necio* dice el Espiritu-Santo (1). Es una fiera que atraviesa por el corazon del sábio, pero su asiento y su descanso le tiene solamente en el corazon del imprudente y necio: ¿y qué otro nombre daremos á los que una vez ofendidos no se desagravian ni con los motivos de la fé, ni con los de la razon, para quienes ni vale el confesar el error, ni el pedir perdon, ni ofrecer recompensas, ni humillarse, ni se sabe qué camino tomar? ¿A los que re-

(1) Ecccl. cap. 7. v. 10.

presen y contienen la ira enjendrando en su corazón la venganza, el odio, las enemistades que no pueden abortar sino su condenacion? Preciso es que todo hombre sea tardio para irritarse como dice el apóstol Santiago (1) y lo es tambien que no se ponga el sol sobre la ira; que desechemos de nosotros el enoj antes que se acabe la luz del dia como encarga san Pablo (2) porque ¿quién puede habitar con un hombre dispuesto á todas horas á irritarse, ni con el que ni perdona, ni se aquieta si no se venga y que escribe en bronca la mas leve injuria?

Ved ya como los motivos de la ira que casi siempre os parecen justos y disculpables casi nunca lo son, y que vuestra ira viene á ser las mas veces desordenada porque os irritais con las cosas que no debeis, por motivos que no debeis y porque aunque tengais motivos, os irritais del modo que no debeis con demasiada precipitacion, sin saber lo que haceis y con demasiada amargura y tenacidad conservando la ira mas tiempo que lo que debeis.

Bien se que este vicio no siempre es igual y que tiene sus grados; segun que se concibe en el ánimo y se conserva en él el deseo de venganza, y produce lo que llamamos odio, segun que se manifiesta con algunas señales exteriores especialmente con palabras, y segun que se ejecuta con las obras la venganza concebida en el desec; y que á cada uno de estos grados corresponden distintas penas co-

(1) Cap. v. 29.

(2) Ephes. cap. 4. v. 26.

mo Jesucristo nos dice en su evangelio (1). Pero, sea mayor ó menor siempre es reprehensible la ira desordenada y es un vicio capital.

El iracundo usurpa los derechos de Dios. Este es el juez de los vivos y los muertos, y se ha reservado tomar la venganza de nuestros agravios y nos manda que no volvamos mal por mal. Se opone á la caridad que nos mandó Jesucristo y á aquella mansedumbre con que nos dió el ejemplo de sufrir, de orar por nuestros enemigos, de hacer bien á los mismos que nos hacen mal y nos persiguen. Yo os ruego dice san Pablo en su carta á los fieles de Efeso (2) yo, preso por Jesucristo, os ruego que sigais dignamente en vuestra vocacion con humildad, con mansedumbre, con paciencia, sufriendoos mutuamente en caridad y siendo solícitos en vivir unidos con el espíritu y el vínculo de la paz. Irritaos pero no pequeis ni tengais jamás una ira injusta. No caiga el sol sobre vuestros enfados, no haya entre vosotros acrimonia, ira, indignacion, clamores y blasfemias. Sed mutuamente benignos, misericordiosos, compasivos perdonándoos unos á otros así como Jesucristo nos perdonó á todos. La doctrina del evangelio es toda doctrina de paz y no hallamos otra cosa que se nos repita con mas frecuencia que la nueva doctrina que nos trajo Jesucristo del cielo, el perdón de las injurias, el amor á los enemigos, la mansedumbre y lenidad, que por lo mismo que era nueva en el mundo y contraria á las má-

(1) Matt. cap. 5.

(2) Cap. 4.

ximas del mundo nos la encargó tanto y nos la enseñó con su ejemplo Jesucristo. El iracundo falta á esta debida obediencia á los repetidos preceptos del Señor y se toma la venganza que se ha reservado el Señor para sí. La ira turba también los ojos del conocimiento y no deja ver la razón. Retira la misericordia de Dios que no perdonará al que no perdona á sus hermanos y consiervos, y aun perjudica á la salud y la vida. *La ira disminuye los días* dice el Espíritu Santo (1). De modo que es perjudicial al mismo iracundo y suele ser mayor el mal que se hace á sí mismo que las ofensas recibidas de que se queja. «Y ¿quién, dice el mismo Espíritu Santo, puede sostener al hombre de un espíritu fácil para irritarse? es mejor habitar en una tierra desierta que con una mujer iracunda. Es grave la piedra y pesada la arena, pero la ira del necio es mas pesada que uno y otro,» dice también el divino oráculo.

Para darnos á conocer el padre san Basilio la fealdad y malicia de la ira dice (2): una vez que la ira se apodera del hombre le convierte enteramente en fiera sin dejarle el uso de su razón. Como un veneno activo que desconcierta al que le toma, así la ira obra en el ánimo de los que se irritan. Son impetuosos y altaneros, saltan y patean, se llenan de rabia como los perros, punzan como los escorpiones, muerden como las serpientes. La escritura sagrada habla de estos infelices llamándolos con el nombre de las fieras á quienes se

(1) Eccl. cap. 30.

(2) Hom. 10.

asemejan por su perversidad, como perros rabiosos, serpientes, generacion de víboras y otros semejantes. Y con mucha razon los que á todas horas están dispuestos á incomodarse mutuamente son comparados á las fieras venenosas que tienen constantemente odio á los hombres. Lenguas sin freno, bocas sin custodia, manos incontinentes y atrevidas, baldonez, afrentas, injurias y calumnias, acusaciones, golpes, heridas y otros desórdenes sin número son los frutos de la ira y el furor. Por la ira se aguza la espada y un hombre quita la vida á otro hombre; por la ira se desconocen entre sí los hermanos, se olvida á los padres, á los hijos y se desprecian todos los sentimientos naturales.

Antes que á todos, se desconocen y olvidan de sí mismos los iracundos y despues desconocen á todos, aun á los que les son mas allegados. Como los torrentes al pasar por un derrumbadero todo lo arrastran y nada dejan por delante que no lleven consigo, asi el ímpetu de la ira y furor lleva y arrastra con su violencia cuanto se presenta, y no hay para los hombres irritados y coléricos ni vejez venerable, ni vida virtuosa, ni miramiento al parentesco, ni á los favores recibidos ni cosa alguna por mas estimable y digna de honor y respeto que sea. Es la ira una locura momentánea. Se desprecia el hombre á sí mismo por conseguir su venganza y no teme arriesgar su vida por lograrla. Está en una conmocion continua, en una inquietud, como quien está herido y no puede sossegar hasta hacer el mal y lograr su deseo ó quedar victima de su enojo. Asi nos habla este santo padre de este vicio de muerte y asi lo vemos todos los dias en los hombres en sus enfados. Comparemos esta conducta del

hombre con la que le manda el evangelio, con la humildad de la cruz con que está marcado y bajo cuya bandera milita como cristiano y hallaremos lo detestable que es un vicio que tan desemejante hace al hombre del ejemplar que debe imitar y tan separado de la ley que debe seguir.

Como la paciencia es un bien de Jesucristo, dice el padre san Cipriano (1), así la impaciencia es un mal del diablo; y como aquel que habita y descansa en Jesucristo siempre es resignado y paciente, así es siempre inquieto. É impaciente aquel á quien posee el diablo y de quien se apodera por su maldad. Recordemos desde el principio los males de la impaciencia. El diablo llevó con impaciencia que Dios criase al hombre á su imájen y semejanza y fué su ruina y la del hombre. Adán llevó con impaciencia el precepto de Dios y se atrajo la muerte y perdió la gracia que hubiera conservado con la paciencia. Cain dió muerte á su hermano Abel porque llevó con impaciencia los sacrificios y dones que Dios le aceptaba. Por la impaciencia vendió E-sau sus derechos. Por la impaciencia de la vuelta de Moises, pidió el pueblo judío dioses profanos y se formó un becerro para llamarle y adorarle por su Dios. Por la impaciencia y falta de docilidad á las amonestaciones divinas dió la muerte á los profetas y sacrificó á los justos hasta hacer morir en la cruz al mismo Jesucristo. La impaciencia hace herejes, y estos en la iglesia, así como los judíos en la sinagoga, mueven los odios y las pasiones:

(1) De Bono Patient.

por su impaciencia y rebeldia contra la paz y caridad que nos manda Jesucristo. Seria no acabar, dice este santo, decir los bienes que con sus obras edifica la paciencia para gloria y que la impaciencia arruina y destruye. Permanezcamos pues en la paciencia y procuremos la paciencia por la que permanecemos en Jesucristo y con Jesucristo podemos llegar á Dios. Ninguna obra buena puede ser digna de alabanza si no está consumada con la firmeza de la paciencia. Esta es la virtud que nos recomienda á Dios y nos guarda para Dios; la que templá la ira, refrena la lengua, gobierna al alma, guarda la paz, rije la disciplina, quebranta el ímpetu de la concupiscencia, comprime la violencia y la soberbia, apaga el fuego de los rencores, contiene el poder de los ricos, consuela y templá la miseria de los pobres; defiende en las vírgenes su apreciable integridad, en las viudas su castidad, en los casados el amor que deben profesarse; hace á los hombres humildes en la prosperidad, fuertes en la desgracia, mansos contra las injurias y afrentas, enseña á perdonar pronto á los delinquentes, á orar y dolerse á los que pecan, resiste á las tentaciones, tolera la persecucion, y consume los padecimientos y los martirios. La paciencia es la que da firmeza y defiende los fundamentos de nuestra fé, da aumentos á nuestra esperanza; y la que nos hace hijos de Dios si imitamos la paciencia del padre. Caminamos entre enemigos, entre injurias y calumnias, en un mundo lleno de olas tempestuosas y agitados; nos persigue el gentil, el judío, el hereje, el mal cristiano, no nos desahagamos en quejas ni clamemos por venganza, esperemos con paciencia y el Señor nos vengará

en el día de su ira y nuestros deseos quedarán satisfechos. . . . Cuando nos esmeramos en contener los movimientos desordenados del alma, dice san Gregorio, no hacemos sino conservar la imájen de nuestro Criador impresa en nosotros. Porque ¿qué otra cosa hace la ira cuando rasga, altera y perturba la tranquilidad del alma que hacerla semejante de sí misma, afearla, mancharla y quitarla la semejanza de su Dios? La ira privándonos de la mansedumbre nos vicia y perturba la imágen divina impresa en nuestra alma. Por la ira se pierde la sabiduría porque confunde al alma sin dejarla luz para conocer lo que ha de hacer. Por la ira se pierde la vida porque no deja lugar á obrar el bien; se pierde la justicia porque no deja conocer otra regla de rectitud que la que lleva al furor y la venganza; se pierde la union con los hombres porque debe vivir solamente con las fieras el que no se atempera á la razon; se rompe la concordia porque el iracundo provoca á las quimeras y siembra pecados haciendo á los otros peores de lo que son. Por la ira se excluye la gracia y el esplendor del Espíritu-Santo que no descansa sino sobre humilde y quieto, y faltando la gracia y quietud del alma, ausentándose del alma el espíritu divino por la ira queda vacía, y cae inmediatamente en una locura que trastorna sus pensamientos y su cuerpo mismo, de modo que viene á quedar desconocido de sus mismos conocidos, porque encendido en los estímulos de su ira palpita el corazón, tiembla todo el cuerpo, se precipita la lengua, se arde la cara, se rasgan y se inflaman los ojos y se desfigura el hombre enteramente.

...No acabaría si continuase manifestando cuanto les sa-
tos padres nos dicen de este vicio furioso que tanto perju-
dica á los hombres; pero desgraciadamente lo vemos con
frecuencia y nos basta saber: que de la ira nacen la indigna-
cion y el tumor del alma que se consuman en el corazon
y consisten en negarse al trato y tener por indigno de su
habla al que le ha ofendido y de quien se cree ofendido, y
en aquel fervor del alma que impide y hace meditar
los medios de la venganza y de satisfacer el enojo.
Nacen los clamores y voces desentonadas y descompues-
tas preñadas de rabia, las injurias con que se quita el honor
y estimacion sin respeto ni miramiento, y las blasfemias
con que el hombre arrebatado de la ira ultraja á la ma-
jestad del mismo Dios, que se consuman en la boca. Y na-
cen las riñas y movimientos descompuestos que se consu-
man en las obras, llegándose los hombres á las manos, hi-
riéndose y quitándose la vida unos á otros. Y aunque no
siempre llegue al último extremo la ira, nisea siempre igual
la gravedad de su malicia, tiene siempre la suficiente para
aborrecerla y son muy bastante los motivos que nos deben
animar á procurar la paciencia.

He aquí, hermanos míos, el antidoto contra este vene-
no mortífero, pero un antidoto lleno de utilidad y dulzura.
Lejos de todo cristiano el dejarse arrebatar de la ira. Si tra-
ta alguno de heriros, acordaos que el Señor os avisa que
presteis las dos mejillas al que solo quiere heriros en una.
Si os maldicen ó injurian con la lengua, acordaos que se os
ha dicho: *alegraos cuando los hombres os maldigan*. Así no
solo saldreis sin lesion, sino que tendreis el placer de ven-

cer á vuestros enemigos que quedarán derrotados con vuestra paciencia. Jesucristo mismo nos ha dado el ejemplo y nos ha abierto el camino. Los santos nos han animado con la imitacion de nuestro divino maestro. ¿Qué cosa nueva pueden hacernos los hombres que no tengamos en Jesus el modelo que imitar? ¿Te llaman pobre con desprecio? ¿Quién es mas pobre que el desnudo? Y en verdad que todos venimos desnudos al mundo y Jesucristo nos dió ejemplos de paciencia en su pobreza. ¿Te llaman necio, iluso, fanático? Acuérdate que á Jesucristo le llamaron *samaritano y endemoniado*. ¿Te dan un bofetón? ¿Te escupen? ¿Te mofan y calumnian? ¿Te rasgan tus vestidos? También á Jesucristo. Aun no te han sentenciado, no te han crucificado y aprended de Jesus la paciencia en los tormentos y á pedir perdón al Padre Eterno por los que le crucifican. No padezca ninguno de vosotros por sus iniquidades y sus vicios, y aunque sufra y padezca inocente gloriése en ser semejante á Jesucristo.

Para esto conviene estar preparados y armados. Procurad que nada os coja de repente y sin que lo esperéis, y como el real profeta no sereis turbados. Esta prevision contribuyó en gran manera á la paciencia de Job, y haria muy dispuestos á sufrir á todos los hombres si supiesen valerse de ella. *Me sucedió lo que yo recelaba*, decia el santo Job, y mientras vivimos en un mar de males ¿por qué hemos de ser tan necios que no estemos dispuestos á esperar la desgracia y que nos envuelva en sus ondas la tempestad? No ha de suceder siempre todo segun nuestros deseos: han de salirnos muchas cosas al contrario de lo que esperamos; los que son nuestros amigos han de ser malvados que nos abandonen;

los hijos que tanto os divierten y que son tan obedientes harán amargos vuestros días y os llenarán de sentimientos; la hacienda ha de disminuirse; el pleito se ha de sentenciar en favor de vuestro contrario; podeis perder vuestra salud sobreviniéndoos enfermedades graves, lo alegre se convertirá en triste y las dulzuras en allicciones. Acudireis á los que habeis favorecido y hallareis desvío é ingratitud. Es el mundo un campo estéril que muda el grano escogido que se siembra en él en grano despreciable. Es un mar agitado por todos los vientos que eleva á los unos y abate á los otros, y para conservarse con un corazón inmovible, como un escollo invencible entre las furias no hoy sino vivir prevenidos, que nada nos parezca extraño, recibirlo á todo á pié firme y no nos turbaremos ni irritaremos, ó por lo menos, no será tanto como si todo nos coje de nuevo.

Para triunfar de la ira es preciso salirle al encuentro con animosidad y obrar toda lo contrario de lo que nos persuade esta pasión desordenada, haciendo bien al que nos hace mal, dando beneficios por injurias y rogando por los que nos persiguen. No es esta la doctrina del mundo que la llama necedad, cobardia y falta de honor; pero el mundo y las pasiones engañan, y las palabras de Dios son de verdad eterna; y con sus palabras y su ejemplo nos ha enseñado esta doctrina. Aprended hermanos míos en la escuela de la verdad; y apartaos de los odios, las venganzas, los gritos, las exclamaciones, y las riñas que tanto afean y deshonoran á un cristiano. Concebid sentimientos de cristianos y con la ayuda del Señor: «vestios como elejidos de Dios; » como santos y amados suyos, de entrañas de misericor-

» dia, benignidad, humildad, paciencia, sufriendoos y per-
» donándoos unos á otros y disimulando los defectos de
» vuestros prójimos (1). » Y cuando el Señor aparezca á
juzgar á los hombres os manifestará un semblante risueño
festivo y apacible. Y si habeis sido pacíficos os llamará bien-
aventurados y dará la herencia de hijos de Dios que posee-
reis por los siglos de los siglos.

F. L. G.

(1) Coloss. cap. 3.

SERMON

DE LA GULA.

Qui diligitis Dominum odite malum. Los que amais al Señor, aborreced el mal. Psalm. 96. v. 10.

Un espectáculo de abominacion y miseria me toca poner á vuestra vista. Un hombre en lo mas florido de su edad lleno de robusted y salud, capaz de hacer prodijos de valor en la guerra, es llevado á su casa por manos ajenas, porque no puede tenerse ni caminar por su pie, y el que podia infundir terror á los enemigos en las batallas, es la befa y la risa de los muchachos en las calles. Ha sido postrado sin armas, y sin enemigos que le hieran está caido en tierra. Un hombre en sus mejores años, que debia empuñar las armas en defensa de su patria, que debia disponer y mandar á sus criados, reprender y corregir á sus hijos, aprovechar en las ciencias y pensar en conservar una vida útil, está caido en medio de una calle, sin

fuerras, sin defensa y dispuesto á cuanto sus enemigos quieran hacer de él.

Le ha derribado su gula y se ha dejado vencer del vino. La gula, que es la ruina y destruccion de la razon, la enfermedad contagiosa que roba el vigor, la vejez anticipada, la muerte de algunas horas. ¿Qué viene á ser un hombre sumergido en la gula sino un ídolo de los jentiles que tiene ojos y no ve, oídos y no oye, pies y no anda, boca que solo respira el hedor, la corrupcion y la podredumbre de que está lleno su interior? ¿En qué se diferencia de las bestias y qué le falta para ser semejante á los jumentos mas estólidos? Bien podemos decir que se rebaja á una condicion todavía mas degradante, porque jamás alteran sus movimientos y sus ímpetus, jamás perturbaban sus sentidos por estólidos que sean, y el que se deja arrastiar de la gula desconoce á su misma familia, no sabe qué existe, vé lo que no hay; todo lo que mira piensa que está trastornado, unas veces rie sin cesar, otras llora sin consuelo; unas veces es audaz y provocativo, otras tímido y cobarde, unas veces voca y se queja, otras si irrita y no sabe contener ni su ira ni su lengua, siempre sin razon, siempre despreciable, siempre sin ser dueño de sí mismo y en una vida peor que la muerte.

Es la gula un demonio voluntariamente introducido en el cuerpo y en el alma que produce la malicia y hace al hombre enemigo de la virtud, que le hace impúdico, le quita la prudencia y no le deja conocer la justicia. Como el agua es contraria y apaga el fuego, así la gula apaga y amortigua la razon. Sensible me es el tener que hablar de

este vicio, no porque su maldad no merezca ser reprendida y porque no deba levantarse la voz contra un enemigo que destruye las almas; no porque deba despreciarse ó repararse como una ligera falta, sino porque han de ser sin fruto mis palabras. Porque si el hombre que se abandona á este vicio se convierte y trasforma en necio y vive en una locura, hablaré en vano al que no pueda escuchar y se ha despojado de su razon. ¿A quién tengo de hablar, si los que necesitan escucharme no pueden oir y los que son sobrios y templados no necesitan mis palabras estando libres de este vicio? Si los enfermos no escuchan ¿abandonaré esta enfermedad sin señalar su curacion? ¿Y para qué es hablar á oidos muertos?

En las enfermedades contagiosas y desesperadas, no aplican remedios los médicos á los que han caido en el mal de la peste, y se contentan con aplicarlos á los que están sanos para preservarlos del contagio. Ved aqui el método que me toca seguir en este dia; hablaré contra la gula, no para librar á los que viven de asiento en ella, á los que están en esta enfermedad que quita la razon; sino para preservar á los que están sanos ó próximos á enfermar; para presentar el antidoto contra este veneno, para que conozcais toda su depravacion y malicia y le hujais, y si sois inclinados á él; le eviteis y si habeis caido alguna vez le de testeis y asustándoos de vuestro estravio y desórden no volvais á cometerle. Os manifestaré su malicia y si amais al Señor, si con la gula y la embriaguez se ofende al Señor *odite malum*, conoceréis lo mucho que debeis aborrecerle. Aeste fin presentaré á vuestra consideracion en este rato

su naturaleza y sus perjudiciales efectos y los medios para preservarse y curarse de tan abominable mal. Y antes de dar principio pediremos la ayuda de la gracia á nuestro Señor por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Qui diligitis Dominum.....

La gula es el apetito desordenado de comer y beber, ó la inmoderada delectacion en la comida y la bebida. No consiste este vicio en comer y beber, puesto que esta es una necesidad indispensable para sostener nuestra vida mientras estamos en este mundo, sino en el apetito desordenado de comer ó beber. Este desórden en el apetito no consiste solamente en comer ó beber con exceso ó mayor cantidad que la que es proporcionada á cada uno, sino que puede consistir tambien en la sustancia de la comida apeteciendo con ansia manjares esquisitos y regalados, en cuanto á la cualidad de los manjares procurando con avidez que estén condimentados con todo esmero y arte, y tambien en cuanto al modo de comer haciéndola con demasia la ansia y precipitacion. De cualquiera modo que provenga el desórden en la comida y la bebida es un vicio reprehensible.

No era gran cantidad de comida una manzana y sin embargo el apetito desordenado con que la comieron Adán y Eva, el deseo de comer y llegar á gustar un manjar prohibido los acarreó su ruina y la de todos sus descendientes. Todo el pueblo hebreo que salió del Egipto mu-

rió en el desierto, porque despreciando el maná apetecieron las carnes como manjares mas regalados. La primera culpa de los hijos de Heli fue el hacer separar crudas las carnes y no tomarlas cocidas como se ofrecian en los sacrificios y era la costumbre antigua para condimentarlas con mas gusto. Esau perdió la gloria de primojénito por el ansia con que apeteció el alimento despreciable de un plato de lentejas por el que vendió sus derechos á su hermano. Jonatás oyó la sentencia de muerte dada por su padre porque gustó la miel antes del tiempo señalado para comer, y la iniquidad de Sodoma dice el profeta Eccequiel (1) fué la demasiada artura y abundancia de pan.

Quando el hombre se adhiere de tal modo y desea con tal ansia los placeres de la gula que pone en ellos todo su fin y sus deseos y por satisfacerlos está dispuesto á faltar al mismo Dios y quebrantar sus preceptos, la gula es pecado mortal dice mi enjélico doctor santo Tomas; aunque si no es tanto su desórden, y no se comete esceso, no será tan grave su malicia. El apóstol llama á este vicio una idolatría, porque estas, dice, no sirven á nuestro señor Jesucristo, sino á su vientre. Os lo he dicho repetidas veces, dice á los Filipenses (2) y ahora os lo digo con las lágrimas en los ojos, hay muchos que no tienen otro Dios que su vientre y cuyo fin es la muerte. El vino y las mujeres, dice el eclesiástico (3) hacen apostatar de Dios aun á los sabios. La

(1) c Cap. 16 v. 49.

(2) Cap. 3.

(3) Cap. 16

gula es homicida del alma dice Tertuliano. Adán recibió la ley del mismo Dios de no gustar la fruta del árbol de bien y del mal y de morir si la gustaba, y cedió mas fácilmente al vientre que á Dios; á la fruta que al precepto y vendió su salud por la gula, comió y murió. Si hubiera preferido abstenerse de un manjar tan ténue, hubiera sido salvo. Y si tan maliciosamente despojó al primer hombre del paraíso de las delicias el enemigo constante de los hombres con la tentación de la gula, dice el padre san Basilio, ¿cuánto debemos temer que nos inficione con este mismo veneno?

La mesa del gloton no conoce la misericordia y no teme á la usura. No se compadece del pobre, ni repara en atropellar los derechos ajenos y faltar á los deberes de justicia. El rico vecino de Lázaro no fue reo de otros excesos que de los de su gula y vida regala la, y una vida blanda y entre los placeres de la gula le sepultó en el infierno sin tener el consuelo de una gota de agua para templar el ardor de las llamas eternas. El pueblo de Dios que tantos beneficios habia recibido, que estaba presenciando su protección y sus milagros, por la gula se volvió á la locura y la impiedad de la idolatría, se sentó á comer y beber y se levantó á jugar y á pedir que se hiciese y adorase por su Dios á un becerro. Cuarenta dias de un ayuno continuo y de conversar Moises con Dios fueron infructuosos para un pueblo entregado á la gula, y las tablas de la ley impetradas de Dios y escritas por su mano que en el alto del monte consiguió el ayuno, las destruyó la gula que se perpetró en el valle, porque no era digno de recibir la ley de Dios un pueblo ébrio, y Moises las hizo pedazos.

Una nave que camina por la mar cuanto mas carga lleva va mas espuesta á sumerjirse; pero si lleva poca sobrenada y se sobrepone á las ondas. Al levantarse los vientos de las tentaciones es muy fácil que naufraguen los que tienen sobre sí el demasiado peso de la gula, no pueden facilmente sostenerse y solo con el ayuno se repelen y arrojan los demonios.

¿Huirá de las tentaciones y del demonio el que se ofrece voluntariamente al demonio y se entrega á él por la gula? ¿Qué mayor demonio que la gula y especialmente el vino? Sumerge el entendimiento y la razon y escita todos los malos afectos del ánimo como quien alborota un enjambre. De la gula nace la alegría necia y torpe, ó tomada de lo que segun la razon no debe deleitar, y si puede deleitar no segun el modo indecoroso y repugnante con que lo hace el que está lleno de comida y bebida. ¿Qué carro hay arrastrado por caballos indómitos, dice san Basilio, que arroje con tanta precipitacion á los peligros á los que van en él? ¿qué navio hay tan falto de gobierno y tan acometido y ajitado de los vientos como la gula? Se levantan en coros los hombres y mujeres, y entregan miserablemente sus almas al demonio. Se roban mutuamente sus almas y las hieren con la liviandad. No se perdonan las risas desentonadas, los cantares deshonestos, los movimientos, los gestos y las señas provocativas. ¿Y rien, y se divierten y se alegran con una alegría insensata, cuando debieran llorar y dolerse por la pérdida que sufren? Se ocupan en cantares lascivos cuando debieran cantar las alabanzas al Señor. Bailan y saltan como locos cuando debieran arro-

dillarse á adorar á su Dios. ¿A quiénes deberemos llorar mas, á las doncellas ó á las que ya están casadas? Las unas han perdido su virginidad y las otras han vuelto del convite á sus maridos sin pudor, porque si evitaron acaso el pecado en su cuerpo le cometieron en su alma; y con igual ó mayor razon tenemos que lamentar el mismo mal en los hombres. Si una mirada casual y repentina mata al alma y la hace esclava del pecado deshonesto ¿el hombre que se une de industria á una mujer, que se mezclan en los convites y comen y beben juntos, que bailan, cantan y alternan con las mujeres, que se miran y están sin freno alguno juntos entre los movimientos, los jestos y las canciones provocativas, conservará su alma sin lesion?

De la gula nace la inmoderacion en las chanzas, es el en-
guaje de chistes que tanto mas agrada cuanto es mas criminal, esas bufonadas y truhanerías para escitar la risa ajena de un cristiano en cuya boca no debe haber una palabra ociosa y mucho menos perjudicial y fuera de propósito. La torpeza y las palabras inmundas no quiere el apóstol que se nombren entre los cristianos, conio conviene á los que deben ser santos, y nos advierte con oportunidad que las conversaciones malas corrompen las buenas costumbres. Al mundo toca alegrarse, pero á los hijos y siervos de Jesucristo, á los que saben que Jesucristo sufrió y padeció por salvarnos, no toca vivir en las delicias, sino sepultados en Jesucristo, en la humildad, en la mansedumbre, en el servicio de su Dios con temor y temblor, en la tristeza santa que ha de darlos el gozo eterno. Muy grandes males hay en el alma que vive entregada á una alegría

disoluta y á ser la risa de los que se divierten con sus dichos, dice san Juan Crisóstomo, está ruinoso el edificio y la trabazon de sus virtudes, porque se estermina el temor, se ausenta la piedad, y falta la reverencia.

De la gula nace la inmundicia que es todo jénero de impureza en palabras y en obras. Los vicios de que nos abstemos por la sobriedad, dice san Ambrosio, los cometemos sin saber que los cometemos por la embriaguez. No para y se detiene la gula en inflamar el deseo y encender la concupiscencia; derriba la misma alma, ocupa el ánimo y borra el sentido. Los que se creen fuertes ¿lo serán mas que Lot? ¿serán mas morigerados que Noé? La escritura santa nos pone los ejemplos de estos patriarcas para que aprendamos lo que debemos evitar. El uno quedó tendido en el suelo desnudo porque ignoraba la virtud del vino. El otro en su vejez entontecido del vino quedó sujeto al error y los incestos de sus hijas. Sirvannos de instruccion los Patriarcas no solo cuando enseñan sino tambien cuando hierren.

Nace tambien el desenfreno de la lengua ó la locuacidad en que ni se respeta al prójimo ni se guarda el secreto, ni se conserva la reverencia y honor á los presentes ni la buena fama á los ausentes, y de todos y de todo se habla sin discrecion y sin piedad; hablan la malicia y ponen su boca en el cielo, y es tanto mayor su modo reprehensible de hablar cuanta es mayor la llenura de su vientre. Comunes son estos excesos en que se desconocen los hombres y olvidan su gravedad y compostura y pierden todo derecho á ser respetados. Y al fin de la gula nace la pérdida de la razon y el postramiento del hombre en que queda

privado de sentidos, inutilizado para pensar en todo lo que sea asunto de juicio, en todo lo que sea accion humana que debe hacerse con conocimiento y deliberacion, para el desempeño de sus deberes de padre, de superior, de maestro, de juez, se reduce á una condicion peor que la de las bestias; espone su vida y su salvacion muriendo sin juicio, sin conocimiento, sin luz para pedir el perdon á Dios, ni para arrepentirse de sus culpas. Es un vicio perjudicial al alma y al cuerpo, arruina las familias, consume los patrimonios, malgasta cuanto puede, entierra al hombre vivo y el vino y la artura ha dado la muerte á muchos como asegura el Espíritu-Santo y nosotros mismos lo vemos. ¿En dónde están la griteria y confusion, las diversiones y risas inmoderadas, las quimeras y los alborotos, las heridas y las muertes, las deshonestidades y torpezas? ¿No están entre el vino y las comidas abundantes?

La embriaguez dice san Pedro Crisólogo, es la madre de la muerte, el jérmien de los pleitos, el orijen el furor y la maestra de la locura y de la insensatez. El que la tiene, no se tiene á sí mismo ni posee á sí mismo; el que la tiene no es hombre; no obra el pecado porque él mismo es el pecado. La embriaguez es un demonio apacible, un veneno dulce, una rabia voluntaria, un enemigo convidado, la injuria del pudor, el lazo de la honestidad; ningun cristiano debiera conocerla, ningun sacerdote debiera ni aun oirla, no sea que los que deben ser el ejemplar y la norma de las virtudes, se hagan el escándalo y el mal ejemplo de los vicios.

La mayor desgracia es que no se desprecia este vicio, abunda y no se trata de reprimir y el que le comete ni le siente, ni le llora ni se arrepiente de él. Corrompido y podrido está, lo que ya no siente; muerto está lo que ya no tiene dolor, y si está muerto mal puede esperar la salud. Asi vemos que deja esta clase de pecadores muy pocas esperanzas de enmienda, que el vicio se aumenta con la edad y que le llevan al sepulcro.

Seria demasiado impura una relacion de lo que pasa en los convites, en que despues de la artura y la embriaguez todo es desórden, todo es confusion, todo lleno de needad; los criados se burlan de sus amos, no saben lo que piden, ni lo que hacen, ni lo que ven: las almas están perturbadas, y los cuerpos oprimidos con el demasiado peso del vientre, y los aparatos magníficos, los asientos blandos y vistosos, las músicas y cuanto inventa la gula entre las clases superiores, toda la esplendidez y grandeza de su gloria solo sirve para hacer su confusion mayor que la de los que son vencidos del mismo vicio en sus pobres albergues ó en los convites de las jentes ordinarias.

Desterremos, pues os diré con el apóstol, las obras de tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. No pasemos el tiempo en comidas y embriagueces, en las diversiones y deshonestidades, no corraís detras de los deseos de la carne. Sed sobrios y vigilantes, porque el enemigo anda buscando las ocasiones de perdernos y devorarnos, y es preciso estar despiertos y no dejarse perturbar el juicio y la razon para poder resistirle con las armas de la fé.

El reino de Dios no es la comida y la bebida, sino la

justicia y la paz, porque solamente se llega á él por los caminos de la paz y la justicia, y su gozo no es terreno, y mezclado de impurezas sino santo, celestial y divino, y la gula no nos da la paz ni nos conduce á la justicia, ni nos fortalece contra nuestros enemigos, ni nos da el gozo y los deleites divinos sino que nos destruye y debilita y nos acarrea tantos males como habeis visto.

Conocida su maldad, y vistos los precipicios por donde nos arrastra, la multitud de pecados en que nos envuelve y los daños de alma y cuerpo que nos trae consigo, nada mas necesitamos para mirar á este vicio como á un enemigo temible y poderoso y vivir prevenidos contra él. Continuas son las amonestaciones de los libros santos para apartarnos de la gula que roba el corazon y los ejemplos de los castigos del Señor desde la primera falta de Adan hasta nosotros. Pero despues de ver este vicio en las personas que viven y padecen de él; si contemplais esa casa y familia arruinada por el vino y glotoneria, ese matrimonio sin paz ni concierto, esos hijos abandonados, ese hombre antes tan prudente y juicioso inútil para todo, reducido á la miseria y que da asco ponerse adonde alcance su aliento, trémulo como Cain y que lleva consigo la señal de su maldad, esa persona que en una de sus embriagueces fué acometida del mal de la muerte, ó cayó por un precipicio y murió sin dar la menor señal de hombre ni de cristiau, si veis tantos males y desgracias como lleva consigo la gula ¿qué mas necesitais, ni para qué he de abrir á vuestra vista el lago del infierno y presentaros á un Baltasar que gozó la esplendidez de sus convites, ó á un vecino de Lázaro que todos los dias

comin opíparamente, y ahora son atormentados en el fuego devorador para que detesteis y aborrezcais la gula? Su misma fealdad y sus efectos tan repugnantes, tan abominables y tan fuera de la racionalidad deben hacérslo abominable á vuestro propio interés. No solo el interés temporal; vuestro honor y reputacion, la conservacion de vuestra hacienda y vuestra vida, sino lo que es sin comparacion mas estimable, el interés de vuestra salvacion etarna. Sin ser templados no pueden los hombres entrar en el reino de Dios. La templanza es la que fomenta todas las virtudes y la que sirve de vijilancia para evitar todos los vicios. Cuidad y velad, dijo Jesucristo á sus discípulos, cuidad y velad que vuestros corazones no estén gravados con la glotoneria y la embriaguez para que podais preservaros de los horrores del juicio y de la ira del juez de vivos y muertos y no os coja de repente y sin poder huir el lazo que ha de venir sobre todos los que están de asiento sobre la tierra. ¡Ay de los que os levantais por la mañana y estais hasta por la noche bebiendo y sumerjidos en la embriaguez, pasando el dia entero en las músicas, los cánticos y bailes y en los vinos de vuestros convites, y no mirais la obra de Dios ni contemplais las obras de sus manos! dice el profeta Isaías. Por esto ha sido hecho cautivo el pueblo, porque se desentendió de la contemplacion de la ciencia de Dios y en castigo, sus nobles perecieron de hambre y la multitud se murió de sed. Por esto ensanchará sin término su boca el infierno y entrarán por ella los varones fuertes, los del pueblo y los que han sido muy famosos y llenos de gloria. El Señor los humillará y hará bajar los ojos.

Ved aqui como el Señor castigará las destemplanzas; con hambre y sed y no permitirá que en el infierno hallen una gota de agua con que refrijerar su ardor, y ved tambien el remedio para evitar este vicio. No pasar todo el dia y todo el año pensando qué comeremos ó beberemos, ni en los manjares esquisitos para servir á nuestro vientre, no en suspirar por las ollas del Egipto puesto que estamos en el desierto del mundo, sino meditando la obra de Dios y contemplando alguna vez las obras de sus manos. Cuando os sentéis á la mesa para comer acordaos de la muerte y del juicio, puesto que la comida nos debe recordar nuestra fragilidad y miseria, nuestra debilidad y pérdida de fuerzas que necesitamos reparar y reponer con el alimento como un edificio endeble que necesita tan continuamente apoyarse; y esta consideracion contendrá vuestra intemperancia. Cuando os sentéis á beber acordaos de la hiel y vinagre que ofrecieron á Jesucristo en la cruz, y no pasareis los límites de la sobriedad, y aun os dará ocasion para ser penitentes y volver vuestra consideracion á vosotros mismos y haceros humildes y mortificados. Contemplad la obra de Dios que sois vosotros mismos formados á su imájen y semejanza y no debeis afearla con los estragos de la gula; y las obras de Dios, la gloria que tiene prometida y hallareis que el camino de la gloria es estrecho, que no se llega á ella por los placeres y regocijos, por las comidas y bebidas que en sus anchuras dan lugar á la lascivia, la torpeza y á todas las liviandades y vicios y que su término es la muerte y el infierno, y que solo se entra en él por la abstinencia y castidad, por el camino de la templanza. La pascua celestial, el con-

vide á que el Señor nos llama en el cielo, jamás podremos celebrarle quedándonos con Faraon y sin comer en esta vida el pan ácimo y las lechugas silvestres; sin que nos ejercitemos en la humildad y penitencia, en la templanza y el ayuno como lo interpreta san Juan Climaco.

Contemplad que la templanza y el ayuno engendra á los profetas, da el vigor á los fuertes, da la sabiduría á los que forman las leyes, es la mejor defensa del alma, el mejor amigo del cuerpo, la armadura mas fuerte de los que pelean y el ejercicio para los atletas que han de correr para alcanzar el premio. El ayuno vence las tentaciones, anima á la piedad, hace al hombre sobrio, casto, fuerte y pacífico. Santifica al religioso, perfecciona al sacerdote; ni es lícito acercarse á celebrar el tremendo sacrificio ni á recibir el pan del cielo en el sacramento del altar sin el ayuno. Por el ayuno mereció Elias ver á Dios en cuanto es lícito y posible al hombre en este mundo. Por el ayuno dió la vida al hijo de una viuda; por el ayuno cerró el cielo á su pueblo y no cayó la lluvia en tres años y seis meses. Cuantos fueron santos han sido templados y han frecuentado el ayuno, sin que podamos alegar un ejemplar de un fin dichoso de los que han sido destemplados y esclavos de la comida y bebida. Contemplad el fin de los unos y los otros, las llamas devoradoras en que son atormentados los glotones y las delicias del seno de Abrahán en que son recreados y satisfechos abundantemente los que se mortificaron y ayunaron en este mundo y comprendereis con el apóstol (1). Que mucho mas acertado es nutrir el corazón

(1) Hebr. cap. 13.

con la gracia y buenas obras, que con las comidas, que al fin no son de provecho alguno para los que ponen sus deleites en ellas.

La fealdad del vicio de la gula y sus asquerosos y reprehensibles efectos, los ejemplos de Jesucristo, de los profetas y de todos los santos; los frutos tan admirables y excelentes de la templanza y el ayuno; el vigor que nos da para repeler las tentaciones y auyentar los demonios, el camino ancho por donde nos conduce la gula cuyo fin no puede ser sino la ruina y perdicion eterna; los tormentos de los glotones, y las delicias de los pobres que ayunaron como Lázaro, el recuerdo de la muerte, del juicio, del cielo, del infierno, de los tormentos de Jesus en su pasion, son otros tantos motivos y medios de que podemos valernos para librarnos de la gula y destemplanza y escitaruos á ser morigerados en nuestras comidas y bebidas, haciendo que toda nuestra vida sea un ayuno que concluya con una pasqua en el reino de Dios. Pero si estos motivos no son poderosos, si la contemplacion de las obras de Dios no os alienta y determina, si tan poco os interesan las cosas espirituales, contemplad las corporales y terrenas y hallareis que deben moveros á lo mismo, vuestro interes, vuestros mismos placeres y el honor y la buena crianza. Vuestro interes, porque la templanza conservará vuestras fuerzas, vuestra salud, alargará vuestra vida y os librará de la pesadez y las molestias de un vientre lleno que no produce sino náuseas y aflicciones; conservará vuestra hacienda porque tendreis este motivo menos para disiparla. Vuestros mismos placeres porque la templanza es la causa del

gusto y la alegría. Jamás es mas agradable un vaso de agua que cuando hay buena sed, ni sabe mejor un manjar que cuando ha precedido el hambre. La continuacion de los manjares esquisitos, la no intermision de las comidas las hace insípidas y desagradables y fatigado el paladar le fastidian y no agradan al estómago. Buscando vuestro placer en las mesas os privais imprudentemente de él porque os le quereis proporcionar con demasiada repeticion y abundancia y no hay cosa que no canse por esquisita que sea si siempre se está gozando; porque este es el carácter de los placeres de la tierra á diferencia de los de la gracia y la gloria que nunca fastidian y nunca dejan de apetecerse y desearse. Con este admirable orden nos ha provisto el Señor de sus dones para que su variedad no nos cause y nos los haga siempre deleitables y gustosos. El sol nos es mas grato despues que ha pasado la noche. El sueño despues de la vigilia y el trabajo despues del descanso; la primavera despues del invierno; la salud despues de la enfermedad, y si quereis hallar placer en la comida tomadla siempre despues del ayuno, tomadla con templanza y os serán mas sabrosos los manjares ordinarios que las mesas opíparas de los que se sientan á ellas con la artura de los dias anteriores y las molestias de la noche por sus pesadeces.

La buena educacion y crianza, vuestro mismo honor os obliga tambien á la templanza porque sin ella no lograis reir vuestras casas, desempeñar vuestros destinos, que os respeten vuestros hijos, y que no os falten á las atenciones vuestros iguales, ¿quereis dar el espectáculo

de una embriaguez, de una pérdida de fuerzas y de juicio, privaros del vino como otros que veis sumerjidos en el mismo desórden? Pues contad que sereis nobles por vuestro nacimiento, ricos por vuestras haciendas, sábios por vuestros estudios, respetables por vuestra edad, por vuestro destino ó por vuestro ministerio, pero todo lo perdisteis con este ejemplo de afrenta y de ignominia y no sé si despues os quedará lugar á recobrarlo. Si os sentais á una mesa espléndida, la educaciõ y crianza que habeis recibido se dará á conocer en vuestra moderaciou y templanza. Usa con frugalidad, dice recordando este caso el Eclesiástico (1) de los manjares que se presentan y no seas el primero á alargar tu mano y á abrir tu boca, no sea que viéndote comer mucho los demas te aborrezcan; ni seas tampoco demasiado nimio y escaso porque no ofendas con ello á los otros. Cesa de los primeros por causa de la buena educacion, bebe el vino con sobriedad y no seas el primero á pedirlo.

El cielo y la tierra, el alma y el cuerpo, la gloria y el mundo, el interés y el honor, la virtud y la santidad, la naturaleza y la gracia, todo nos debe mover á apartarnos de la gula y á ser morigerados y sobrios. Aborreced este mal tan enemigo de Dios y de los hombres. No convirtais vuestras solemnidades en luto, ni entregueis vuestros descos á la comida y la bebida. Curad vuestra destemplanza con el ayuno, vuestras risas y canciones inmoderadas con la penitencia y el cántico de las divinas alabanzas; vuestros

(1) Cap. 31.

bailes con la oración y humildad, vuestros movimientos desordenados con los golpes de pechos, y para completar vuestro remedio si estais en esta enfermedad ó preservaros de ella antes de contagiáros, socorred al pobre y dad limosna al necesitado todo cuanto habiais de consumir en vuestra gula; y el Señor que no dará su reino á los que mas comieron y bebieron, sino á los que vistieron al desnudo, dieron de comer al hambriento y de beber al sediento, os llamará benditos de su padre y llevará consigo al reino de la eternidad. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA ENVIDIA.

Qui diligitis Dominum odite malum. Los que amáis al Señor aborreced el mal. Psalm. 96. v. 10.

Si alguno cojiese un acha y destrozase un edificio, ó tomando el fuego en sus manos le abrasase por su gusto ¿no sería tenido y castigado por un hombre perverso y las manos de todos se levantarían contra él? ¿Y qué pena merecerá el que enciende una llama mas devoradora que no solo arruina los edificios, consume las preciosidades, y sotierra los tesoros, sino lo que es mas apreciable que todos los bienes juntos; la gloria del Señor y su bondad manifestada en sus criaturas, la virtud, la sabiduría, los bienes de la gracia y de la naturaleza? ¿El que enciende el fuego de la envidia, que arruina y devasta todo lo bueno que encuentra cuando puede, y cuando no, lo intenta, lo desca, lo medita, y lo procura, como Saul quitar la vida á Da-

vid? ¿Qué pena merecerá el envidioso, para quien no hay virtud, ni ciencia, ni agradecimiento y que todo lo arruinará y destruirá, convirtiendo el bien en mal en cuanto puede, doliéndose del bien ajeno? Si el que no ama á su hermano, aunque distribuya toda su hacienda á los pobres, aunque ayune y mortifique su cuerpo, aunque sea un asombro de penitencia, aunque derrame toda su sangre y sea martirizado en defensa de la fé nada es delante de Dios y de nada le aprovecha cuanto haga, el que se declara en guerra contra el que ningun agravio ni ofensa le ha hecho, ¿qué aprecio merecerá para con Dios y á qué castigo no se hace acreedor? Peor es que un gentil. Porque si amando á aquellos que nos aman no hacemos mas que lo que hacen los gentiles, el que desea el mal á los que le hacen bien y le aman, ¿qué nombre merece?

Es mas perjudicial y digno de pena, que un hombre que declara la guerra y se presenta como enemigo descubierto, porque este si cesa la causa de la guerra deja su enemistad y en el envidioso nunca puede ser amigo: aquel manifiesta su sentir al público, el envidioso oculta su odio: aquel puede acaso tener causas ciertas ó probables para ponerse en guerra, este no tiene otra sino su propia y endemoniada voluntad. ¿A quién compararé al envidioso, pregunta san Juan Crisóstomo? ¿A qué vivora? ¿Qué aspid? ¿Qué gusano venenoso? No hay cosa mas malvada que su alma. La envidia es la que altera la paz de la iglesia, aborta las herejías, arma la mano del hermano contra su hermano; mancha las manos con la sangre del justo, atropella las leyes de la naturaleza, abre las puertas á la muerte y todo lo

desprecia y olvida. El vicio de la envidia hace á los hombres compañeros del Diablo en sus obras y serán por consiguiente condenados segun el mismo juicio y á una misma pena.

La envidia hace el hombre enemigo de si mismo, ministro del demonio y le pone en guerra con su Dios. Si yo acierto á manifestaros estas verdades, habré hecho lo suficiente para que abomineis un vicio que tan abiertamente repugna con la caridad y amor que debemos tener á nuestro Dios y á nuestros prójimos, y que es la bandera enemiga de los discípulos de Jesucristo que son conocidos por suyos porque deben militar bajo una religion de paz, de union, de caridad y amor unos á otros, y podré deciros con razon, que si amais á Dios aborrezcais el mal. *Qui diligitis Dominum odite malum*. El mal que lleva consigo el odio de vuestros hermanos y la abominacion de Dios; la envidia que no puede cometerse sin faltar á la caridad, que es la primera de todas las virtudes y el alma de nuestra religion.

Hermanos mios, hoy quisiera yo que mis palabras fueran un fuego mas activo y mas abrasador, asi como debe ser mas puro, que el de la envidia para que la consumiese y aniquilase ó una lluvia saludable para que apagase sus llamas y depejando el ambiente de vuestros corazones afianzase entre vosotros el orden, el contento, la union, y todos los frutos de la paz y el mútuo amor que hacen sentir anticipadamente á los hombres en la tierra las dulzuras del cielo; el bien de los ángeles y bienaventurados que por eso son felices porque nada se envidian y viven contentos con la posesion de Dios.

Hacedlo vos, Señor, que teneis en vuestra mano la voluntad y los corazones de los hombres dándonos á todos vuestra gracia que os pedimos por intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Qui diligitis Dominum....

El avaro no quiere comunicar á otro sus bienes pero quiere que los otros le comuniquen los suyos; el envidioso ni quiere comunicar sus bienes, ni que los demas se los comuniquen. Se duele de la misma bondad de Dios que quisiera que fuese abundante con él y escasa con todos los demas. La mala voluntad del iracundo y furioso tiene su origen muchas veces en la malicia agena y en los agravios y ofensas cometidas; la envidia nace solamente de la perversa voluntad del envidioso que no pudiendo sufrir los bienes en los otros dice en su alma malvada como los fariseos: ¿Qué hacemos? este hombre hace muchos milagros, y si le dejamos asi todos creerán en él y todo el mundo irá tras él.

Consiste la envidia en un pesar del bien del prójimo como si fuese un mal nuestro, en cuanto que creemos que con el bien ajeno se disminuye ó desaparece nuestra propia gloria ó esclencia. Dolerse ó tener pesar del bien ajeno en cuanto que de él tememos que nos resulte algun daño, como quando uno siente la fortuna de su enemigo porque puede hacerle un daño; que ocupe un destino porque puede separarlo de! puesto que él goza, ú otros pesares por motivos semejantes

no son efectos de la envidia sino de temor. Sentir y dolerse del bien ajeno en cuanto que al que le posee se le reputa por indigno de él, y á otro que no le tiene por mas acreedor y meritorio y que le desempeñaría mejor y con mas utilidad, no es envidia sino indignacion. Dolerse del bien ajeno porque el que se duele carece de él y le quisiera igualmente tener, no es envidia sino emulacion: pero dolerse del bien ó felicidad ajena porque se cree que el bien ajeno es un mal propio, que cede en detrimento y disminucion de la propia gloria y excelencia y querer privarle de él, bien sea de las riquezas, del destino, de la ciencia de virtud de la elocuencia, hermosura y cualquiera otros bienes ya sean espirituales ya temporales, es lo que se llama envidia.

Bien podreis doleros y sentir el engrandecimiento de una autoridad que podrá oprimiros y abusar de su poder en vuestro daño, y rogar al mismo tiempo á Dios por él. Podreis sentir el bien ajeno indignándoos de ver entronizado al necio y recompensado el vicio, y proterguda la ciencia y la virtud y adorar los juicios de la divina providencia. Podreis admirar los bienes espirituales ó temporales de vuestros prójimos, y tener una emulacion santa por aventajarlos. Pero sentir el bien del prójimo, dolerse y entristecerse de él, querer privarle de él porque se le reputa como un mal propio, que os despoja ú obscurece vuestra gloria no podreis hacellosin ser enemigos de vosotros mismos, ministros del demonio y poner os en guerra con el mismo Dios que es el carácter y el fruto desgraciado de la envidia.

Antes de haer daño la envidia á los demas, el primer
TOMO VI. 23

mal que causa es al mismo envidioso. Asi como el orin corroe y destruye al hierro asi la envidia destroza al alma del envidioso. Es un veneno y corroe al alma que le recibe. Es un humor negro y maligno que llena al hombre de amargura, de molestia y tristeza sin dejar remedio á su curacion: ¿está abundante el campo del prójimo? ¿tiene la casa dispuesta para gozar comodidades? ¿tiene una vida placentera y disfruta de los recreos licitos de este mundo? Pues todo esto es pápulo de la envidia y no sirve sino para aumentar el dolor y la tristeza del envidioso. En nada se diferencia de un hombre desnudo y miserable á quien todos ultrajasen y despreciasen puesto que él mismo es el que se ultraja, es á quien ofende cuanto tienen los demas. ¿Ve á otro fuerte y robusto? ¿Ve que tiene mas hermosura y elegancia? Pues todo este hieré al envidioso. ¿Hay alguno dotado de buenas prendas de alma; es prudente, sábio, discreto, y se hace a mirar por su modo de decir y convencer? ¿Hay un rico que es caritativo y generoso con los pobres y cuyos beneficios y limosnas le han granjeado un buen nombre y es respetado y venerado de todos? Puestas las alabanzas y buenas prendas del prójimo son otras tantas flechas que atraviesan el corazon del envidioso. Quanto mas bien descubre, quanto es mayor el mérito de su prójimo, tanto mas se atormenta y consume; y en qué disminuye los bienes ajenos el envidioso por mas que se duela y le pese de ellos? Todo el daño y los malos deseos se vuelven contra él, se convierten en heridas del envidioso y se despedaza á sí mismo con su tristeza y desesperacion.

Es más miserable que las fieras venenosas porque estas pueden herir y comunicar su ponzoña, y pueden curarse y medicinar-se también destruyendo con tiempo la parte envenenada; pero el envidioso no puede comunicar su veneno ni conseguir sus deseos de hacer mal, y lejos de descubrir su daño para poder aplicar el remedio, ni aun se atreve á insinuarle. Con los ojos hundidos y el semblante lleno de tristeza, se confunde, se destroza, se queja en su interior y le devoran su amargura y sus celos; pero preguntado por el motivo de su aflicción y decaimiento, se avergüenza de responder y no tiene valor para confesar su desgracia, jamás logra el desahogo de confesar: Soy envidioso y estoy lleno de amargor por los bienes de mi prójimo; me afligen los sucesos felices y la prosperidad de mi amigo; me duelen la alegría y salud de mis hermanos; no puedo mirar sin pena los dichos ajenos; y la fortuna de los otros es una calamidad para mí. Así debería hablar si tuviese valor el envidioso para confesar su enfermedad, pero como nada manifiesta, contiene en su interior toda la enfermedad y se consume y le corroe, y ni admite médico que le cure ni medicina que le sane; aunque halle en la religión abundantes remedios de ninguno quiere echar mano, y en una sola cosa halla el alivio y es cuando lograrse ver á su prójimo á quien envidia despojado del destino que obtenia, de la salud que gozaba, de los bienes que poseia. Este es el fin y el consuelo diabólico de la envidia, ver miserable al que era rico; triste al que estaba contento, derribado al que estaba en la elevación, en desgracia al que gozaba la amistad y privanza, enfermo al sano, y cuando viese á todo el mundo en la

ruina y la miseria hallaría su consuelo en contemplar sus ruinas. No conocen la humanidad estos miserables, y si despues que han envidiado la suerte del amigo se llegan á sus hijos para llorar su muerte con ellos es porque llorando experimentan el único placer que los proporciona la envidia, porque han logrado el mal que deseaban, y no pudiendo reir con los que rien, lloran con los que lloran, no por compasión y humanidad sino por el humor maligno de su envidia. El mal oculto en su corazon que se avergüenzan de declarar le llevan de manifesto en su semblante. Su aspecto siempre árido y oscuro, sus ojos melancólicos, sus mejillas sin color, sus cejas contraídas y su alma inquieta y perturbada, sin prudencia para obrar y sin juicio para conocer la verdad que los ofende dan bastante á conocer la enfermedad oculta de la envidia que despedaza su corazon. ¿Por qué te afliges, hombre, cuando ningun mal padeces? ¿Por qué te declaras en guerra contra el que disfruta sus bienes, si en nada disminuye los que tú posees? ¿Por qué te indignas con el que te llena de beneficios y tomas ocasion de ellos para tu envidia? ¿No ves que así manifiestas tu mal y te procuras tus desgracias? Los beneficios de David eran la causa y el motivo de la envidia de Saul. Si le libra de su locura y enfermedad con la música y armonia de su arpa le corresponde con intentar atravesarle con su lanza. Si á él y á todo su ejército le hace vencer y triunfar [de la afrenta del gigante incircunciso, la voz de los aplausos de los pueblos en testimonio de la verdad despierta en su alma la idea de darle la muerte por su mano ó esponerle á que pierda la vida en la guerra. Si hu-

ye David y se ausenta á los montes, no por esto se acaba la envidia de Saul; reúne tres mil soldados escogidos de su ejército para buscarle y perderle.

Si le hace saber David que por dos veces ha estado su vida en sus manos y que no ha querido ponerlas en su Señor ni mancharse en su sangre y solo cortar un pedazo de su capa para comprobar su verdad en manera alguna se ablanda por el beneficio. ¿Qué género de odio es la envidia que no se mitiga ni se cura con los beneficios y cuando estos hacen gratos y blandos á todos los enemigos, irritan mas y hacen mas fuerte la malignidad y el furor del envidioso, y cuanto mas reciba se irrita mas, se enfurece mas y se entristece mas? Le duele mas la gloria del bienhechor, que lo que le ablandan los beneficios recibidos. ¿A qué bestia pueden compararse en irregularidad de costumbres? ¿A qué fiera no aventajan en ferocidad? Los perros ofreciéndoles alimento se amansan; los leones cuando se los medicina se hacen tratables: pero los envidiosos se hacen mas envidiosos con los beneficios y los favores que se los dispensan. ¿Y qué hacen sino hacerse enemigos de sí mismos? En esto mismo confiesan su debilidad y se reconocen por inferiores y peores cuando todo quisieran que se obscureciese en su presencia. Al párvulo dice Job (1) *es á quien mata la envidia.*

No podemos envidiar sino á los que reputamos por mejores que nosotros en alguna cosa dice san Gregorio, y por

eso se dice que es párvulo el que padece de envidia porque él mismo se da testimonio de que es menor que aquel cuya envidia le aflige. El diablo acometió al primer hombre porque despues de su caída se reconoció inferior al hombre dotado de gracia y de inmortalidad. Cain se precipitó á dar á todo trance la muerte á su hermano Abel, porque despreciando Dios su sacrificio y aceptando el de Abel, no pudo sufrir que este fuera mejor y mas acepto á Dios que él. Esau persiguiendo á su hermano confesaba que era mejor y mas digno de la bendicion de su padre. Los hermanos de José le vendieron á los Ismaelitas porque habiendo oido la esplicacion de sus sueños trataron de estorbar que se los antepusiese y fuese su gloria mayor. Saul intentó atravesar con la lanza á David porque viendo sus aumentos y sus virtudes, temió que fuese mayor que él y obscureciese su nombre. Párvulo es, segun esto el que se atormenta y mata con la envidia, porque si él mismo no conociese su inferioridad no se doleria del bien de los otros. Este es el vicio, sigue diciendo el mismo santo, que llena al hombre de mas veneno y maldad y en el que la antigua serpiente vomitó mas ponzoña y sacudó todas sus entrañas. *Por la envidia del diablo, segun está escrito entró la muerte en el mundo.* Es un veneno corrosivo y de pues que pudre al corazon manifiesta el exterior el mal que inficiona al alma. Queda el color pálido, los ojos se hunden, los miembros se enfrían y se enciende el alma; hay rabia en el pensamiento, y rechinan los dientes, crece el odio en lo mas oculto del corazon, y esta llaga escondida ciega y perturba la conciencia con un dolor que no se quiere manifestar. Ni aun

sus bienes le agradan, porque solo siente el envidioso la pena de la felicidad ajena, y cuanto sube mas alto el edificio de la prosperidad de los otros, tanto mas se profundiza en su corazon el veneno y la rabia; quiesiera que cuanto mas alto suben, mas precipitadamente se arruinen y se destruya todo lo bueno que reconoce. Porque cuando la envidia se apodera del alma, cuantas cosas buenas halla otras tantas quisiera consumir y derrotar.

El alma y el cuerpo del envidioso se destruyen con el veneno de la envidia; no manifiesta su mal y le corroe en su interior; no satisface sus deseos y no logra desahogarse y se pudre; no se mitiga con los beneficios, y se irrita y altera mas; no se aplica los remedios y viene á ser incurable su mal, y ved como la envidia antes de todo hace á los hombres enemigos de sí mismos.

Los hace tambien ministros del demonio. Creen muchos dice el padre san Cipriano, que el envidiar el bien ajeno es un vicio de poca gravedad, y creyéndole tal no le temen, y no teméndole le desprecian, no le evitan, le cometen y viene á ser una enfermedad oculta y peligrosa. Busquemos su origen, cuándo y cómo tuvo su principio y evitaremos con mas cuidado un mal conociendo su gravedad y la perversidad de su nacimiento. El diablo fue el primero que en el principio del mundo se perdió por la envidia. Criado entre las potestades anjélicas, amigo y acepto á Dios, despues que vió que fue criado el hombre á la imájen y semejanza de Dios se llenó de envidia; y no derribó al hombre instigado de este furor sin haber sido antes derribado él mismo por la envidia; fué cautivo

antes de cautivar y perdido antes de perder al hombre. ¿Qué mal será el que derribó á un ángel y pudo arruinar á aquellas criaturas tan sublimes y esclarecidas? ¿Qué mal será aquel con el que se perdió y fue engañado el mismo engañador? De aquí tiene su oríjen la envidia en la tierra, y sigue al maestro de la envidia el envidioso y le imita como al maestro de la perdicion.

El demonio se declaró contra Dios por su liberalidad para con el hombre, y no pudiendo vengarse ni perseguir á Dios se volvió contra el hombre. Tal es el ejemplar que imitan los envidiosos como lo vemos en Cain, en Esau, en los hermanos de Jacob, en Saul, en los Judios con Jesucristo y en todos los envidiosos. Aborrecen los beneficios de Dios y las liberalidades de Dios y no contemplándose con fuerzas para rebelarse contra Dios se rebelan contra el hombre favorecido de Dios. Quiere el demonio vengarse de los hombres que ningun mal le han hecho sino ser amigos de Dios, y se vale de los envidiosos como ministros para este jénero de venganzas. Son los envidiosos enemigos y perseguidores de los que ningun mal los han hecho, de aquellos mismos que los hacen beneficios y desconocen el amor de hermanos, las voces de la naturaleza, el temor de Dios y el rigor de sus penas. Envidian el bien la que no cabe sino en corazon esclavo y ministro de Satanás, y de aquí es que como este espíritu de mentira no conocen sino los males aparentes ó verdaderos de los hombres. Asi como el alma justa y amante de su Dios sabe disculpar disminuir y aun justificar las obras de sus prójimos que aparecen menos rectas; asi por el contrario el envidioso halla

faltas en las mismas virtudes y todo es vicioso y criminal á sus ojos, y calumnia la virtud señalándola con el vicio que la es contrario. Al que es fuerte le llama atrevido y temerario; al templado, estúpido; al justo, cruel; al prudente, fraudulento; al misericordioso, pródigo; al buen administrador, tacaño; al frugal, avariento. No halla nada digno de mérito y alabanza, y como los buitres y las moscas que pudiendo alimentarse de los campos floridos y deliciosos y manjares frescos anteponen los sitios asquerosos y las úlceras y carnes corrompidas, así los envidiosos dejando como si no existiesen las grandes obras y las acciones virtuosas de sus prójimos se arrojan sobre la podredumbre y hacen su comida de alguna falta que hallan en su hermano; la exageran; la divulgan, y no quisieran que fuera conocido sino por la pintura que presentan de él.

Oficio del demonio es mirar solo el mal y acusar el mal de los hombres y finjirle ó suponerle si no le hallan, y en esto le imitan y le sirven los envidiosos. ¿Por qué envidiaban los judíos á Jesus Nazareno? Por sus milagros. ¿Y á qué se reducian y ordenaban estos milagros? Al remedio de los necesitados; se alimentaban los hambrientos y el que los alimentaba era impugnado: resucitaban los muertos, y era objeto de la envidia el que los resucitaba; eran espelidos los demonios, y el que los arrojaba y los mandaba con toda potestad era acechado para perderle; se limpiaban los leprosos, se enderezaban los tullidos; oían los sordos y veían los ciegos, y se huía y abominaba del que hacia tantos beneficios, y al fin entregaron á la muerte al autor de la vida, llenaron de llagas al libertador de los hom-

bres, condenaron al juez del mundo. ¡A tanto llegan los males de la envidia! Y así pierde á los hombres y se vale de ellos el demonio desde el principio del mundo para perderlos y arruinarse mutuamente y gloriarse de su caída, el que no puede alegrarse sino del mal.

Oficio del demonio es, ser enemigo de la paz y aborrecer la amistad y la union, y se vale de los envidiosos para alterarla entre los hombres sin respetar los vínculos mas estrechos. *De los amigos es de quien nos viene la envidia* dice el Espíritu-Santo (1), y así es: se tienen envidia los de una misma nacion, no se envidia sino á los conocidos, á los mas vecinos, á los de un mismo oficio ó profesion, á los de una misma edad, los de una misma familia, á los mas parientes y aun á los mismos hermanos: es la envidia la enemiga de la paz y de la amistad y los envidiosos vienen á ser por su vicio ministros del demonio que estienden y propagan la guerra y la discordia de que es el príncipe y maestro.

Se ponen en guerra con Dios que á todos quiere, á todos hace bien, á todos ama y á ninguno envidia. Dios quiere la felicidad y el bien de todos y el envidioso quiere solamente el suyo propio, odia la felicidad ajena, cuando nada nos encarga el Señor con mas instancias que el amor y caridad de los unos á los otros, se ama demasiado á sí mismo el envidioso debiendo amar mas que á todas las cosas á su Dios y Señor, y como ama y apeteca con exce-

(1). Prov. cap. 23. v. 6.

so su grandeza y excelencia envidia á los inferiores que no quisiera llegar á igualarle; envidia á los iguales y quisiera sobrepujarlos; envidia á los mayores porque no es igual á ellos. Porque su Dios es bueno y reparte á su placer sus dones, su ojo es malvado y todo lo quiere para sí resistiendo si pudiera las disposiciones de su Dios. El que es soberbio dice san Agustín (1), viene por necesidad á ser envidioso. Es la envidia hija de la soberbia, pero esta madre infanta no sabe ser estéril, y donde se halle pare sin cesar. El odio, la susurración, la murmuración, la alegría en las desgracias y la tristeza en la prosperidad del prójimo son los frutos de la envidia que los manifiesta en su principio, en su medio y en su término, en público y en secreto. Así conoceréis cuanto se opone al Dios de bondad, como hace al hombre instrumento y ministro del demonio y enemigo de sí mismo arrastrándole á semejantes vicios y pecados ajenos hasta de las inclinaciones y natural propensión de los hombres. Debe esto bastar para que conozcáis la fealdad de la envidia y la gravedad de este vicio, y puedo decir aún con el padre san Cipriano que no contengo su malicia dentro de los límites de su respecto sino que se extiende á todos los vicios, es la raíz de todos los males, el origen de las muertes y la materia de todas las culpas. De la envidia nace el odio y animosidad; inflama la avaricia viendo á otro rico y no estando contento con lo suyo propio; excita la ambición viendo con envidia

dia los honores y distinciones ajenas; por la envidia se desprecia el temor de Dios, la doctrina de Jesucristo, el furor del juicio y del infierno se llega corriendo y aumenta la maldad de la soberbia, la crueldad, la perfidia, la impaciencia, la discordia, la ira y todas las pasiones cobran fervor con la ira, y hecho el envidioso esclavo de una potestad ajena no es dueño de rejirle á sí mismo. Por la envidia se rompe el vínculo de la paz, se falta á la caridad fraterna, se adultera la verdad, se desgarran la unidad de la iglesia, nacen las herejías y los cismas porque de ordinario no han tenido otro origen que el no haber sufrido el ver preferidos á otros para pontífices y obispos. El envidioso es enemigo del honor, y pasa su vida atormentándose, siempre inquieto, triste, suspirando, haciendo su pena de la felicidad ajena y despedazándose en su interior sin manifestar el motivo de su mal. Todos los demás males tienen fin, y en cualquiera otro pecado se concluye el delito luego que se consuma la acción. En el adulterio se acaba de obrar la maldad concluido el acto prohibido. El que mata, el que roba, el que engaña concluida la obra mala, descansa; pero el envidioso no conoce término, siempre continua su mal, siempre está pecando y cuanto mas se aumenta la felicidad y bien ajeno, tanto mas se aumenta el fuego de la envidia. De estos dice el profeta: observará el pecador al justo y se enfurecerá y morderá de rabia, pero el Señor se mofará de él porque tiene cuidado y providencia de todos y ha de venir su día. Y el apóstollos designa y da á conocer diciendo: Que tienen el veneno de los áspides debajo de sus lavios, su lengua llena de maldicion y amargura, sus pies son veloces para

cofrer á derramar la sangre, están llenos de rabia y calamidad; no conocen el camino de la paz y no tienen el temor de Dios delante de sus ojos. La envidia es un enemigo que siempre está en el pecho y no se le puede huir; y es una calamidad sin remedio aborrecer al que es feliz.

No se encuentra maldad alguna peor que la envidia dice san Juan Crisóstomo (1). El deshonesto se propone el deleite de su deshonestidad y comete en poco tiempo su delito. Los envidiosos se perjudican y perturban á sí mismos y nunca se acaba su envidia y son como los animales inmundos que se revuelcan en el cieno y como los demonios que se alegran de nuestros daños..... Los impuros y los publicanos no tienen entrada en el reino del cielo; pero por la envidia fueron arrojados de él los que ya estaban dentro.

Por la envidia observa san Ambrosio (2) niega Dios su misericordia y sus beneficios; y si en su patria no quiso Jesucristo obrar milagros; fue porque la juzgó indigna de ellos por su envidia.

Si me detengo en inculpar y daros á conocer toda la fealdad de este vicio es porque creo que así contribuyó á su curación; porque el descubrir el mal al enfermo para que se medicine ó tomé las medidas para salir de su enfermedad jamás es inútil y es un adelanto para que sane; pero darle solo á conocer su mal y no aplicarle los remedios es

(1) Hom. 41.

(2) Lib. 4.º in Luc.

dejarle en su enfermedad y quitarle la esperanza. ¿Qué me falta que hacer para que no caigais en el vicio de la envidia ó salgais de él si habeis sido envenenado de ella? Hermanos míos, no podemos evitar el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles malos, si no estamos libres de la enfermedad de la envidia, y nos libraremos si meditamos con alguna detencion quanto nos amó Jesucristo que dió su vida por nosotros, y nos mandó en recompensa de su amor que nos amásemos todos mutuamente. Que Jesucristo nos amó siendo enemigos suyos y habiéndole llenado de injurias y nosotros debemos hacer lo mismo con nuestros hermanos, porque así nos lo mandó y enseñó con su ejemplo. «Yo os mando que os améis como os » he dicho. Este es el único y nuevo mandamiento que » os doy.» Jesucristo amó y murió por sus enemigos. Si nosotros no tenemos virtud para tanto, sino estamos dispuestos á tanto, ¿por qué hemos de aborrecer y perseguir, por qué hemos de atormentar con nuestra envidia, á los que no son enemigos, á los que Dios dispensa sus bienes y á los que nos hacen beneficios, ó por lo menos no nos hacen daño alguno?

Contemplemos tambien toda la fealdad y horror de la envidia, el ningún fruto que sacamos de este vicio, los males que nos trae y lo incurable y difícil que es de arrancarle del corazon; lo abominable que es el ser ministro del demonio y declararse en guerra contra Dios que nos ama y nos manda que todos nos amemos. Y por fin rectifiquemos nuestras ideas y nuestros juicios acerca de los bienes, de los honores y grandezas. ¿Qué cosa hay

grande y que merezca nuestra envidia entre todas las cosas del mundo? ¿Lo son las riquezas, la gloria que se marchita, la buena salud y hermosura del cuerpo que ha de morir? El verdadero bien no consiste en las cosas caducas y perecederas. Estamos todos destinados á participar los bienes eternos. Si así es, debe ser verdad que el rico no es dichoso porque tiene riqueza; el poderoso por la amplitud de su autoridad y poder, el fuerte por su valor, ni el sábio por su ciencia. E los y otros dones deben ser medios para conseguir la felicidad en aquellas que usan rectamente de ellos, pero en sí mismos no la tienen. El que abusa de ellos es tan miserable como aquel que tomando la espada para pelear y vencer á sus enemigos se hiere ó atraviesa á sí mismo con ella. Contra el hombre que ni piensa ni obra así con los bienes que el Señor le dispensa, mas bien que envidia debemos tener lástima y compasion, porque tiene los medios mas á mano para ser malo y todos sus bienes solo le sirven para perecer con mas aparato. Si sus riquezas le sirven para cometer injusticias es mas miserable el rico que el pobre; y si le sirven para aumento de su virtud no hay lugar alguno de envidiarla, porque su utilidad como miembros todos de un mismo cuerpo y domésticos é hijos de una misma casa que es la iglesia, es comun para todos. Tened siempre levantada vuestra alma sobre toda la grandeza de las cosas humanas y fija vuestra atencion en los bienes verdaderos inamisibles y eternos, y no tendreis por envidiables los que se llaman bienes de este mundo. ¿Quereis saciar vuestros deseos de gloria y honor, quereis ser admirados y que vuestro nombre sea esclarecido? No en valde ha impreso

el Señor, en nuestras almas estos deseos de elevacion y grandeza, y á todos nos ha dado los medios para conseguirlos. La virtud es el único y el infalible medio. Por eso no provee el Señor á todos de riquezas, de dignidades, de hermosura y tampoco está en nuestras facultades el conseguir los bienes terrenos, pero ha puesto en nuestras manos el conseguir la virtud, el ser justos, templados, prudentes y sufridos. Con la ayuda del Señor podemos conseguirla, y esta nos proporciona la verdadera gloria y el bien verdadero y eterno; un bien que no se disminuye porque todos la gocemos, que no se pierde porque se distribuya entre todos, que á todos sacia, que nunca cansa ni fastidia. Envidiad pero con una emulacion santa, los ejemplos de santidad y virtud que veis en los demás y que la iglesia nos propone, no con la envidia diabólica sintiendo y doliéndose de la virtud de vuestros hermanos y armándolos lazos para que la pierdan, sino con una emulacion santa deseando ser como ellos, imitarlos, alentarnos con su ejemplo, sin rebajar ni querer estorbar en nada su virtud ni disminuir su mérito. Esta envidia santa es el mejor medio para preservarnos y curarnos del vicio detestable de envidia, con ella os alentareis mutuamente á amar y servir á Dios, á conseguir la virtud que os proporcionará la corona de justicia y los bienes eternos de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA PÉREZA.

Qui diligitis Dominum odite malum. Los que amais al Señor aborreced el mal, Psalm. 96. v. 10.

El siervo perezoso que recibió un talento de su Señor y no negoció con él, fue condenado y arrojado á las tinieblas exteriores. Las vírgenes necias que no tuvieron sus luces encendidas al venir el esposo no entraron en las bodas. El árbol que no daba fruto despues de cultivarle y aplicarle abono fué arrancado porque ocupaba en vano la tierra y destinado al fuego. Hermanos míos, ¿qué quiere decirnos Jesucristo con estas y otras semejanzas que nos presenta su evangelio? Que es preciso trabajar y dar frutos de virtud para conseguir la gloria. Que no basta no hacer mal y vivir en el ocio, sino que es preciso obrar el bien. Que aunque evitásemos si fuera posible, todo pecado y todo vicio no entraremos en el reino del cielo si no obramos

la virtud. Que el mérito no consiste en no hacer mal porque entonces le tendrían las piedras, los árboles y los brutos, sino que consiste en obrar el bien. Que despues de cumplir con todos los mandamientos y no liaber hecho daño alguno nos falta el primero y principal de todos que es el amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y este amor debe manifestarse con obras positivas. Que la pereza, la flojedad y decaimiento de ánimo en obrar el bien y cumplir los deberes de cristianos; el ser tardos y servir á Dios por fuerza, por miramientos del mundo ó acudir á él cuando el peligro ó la enfermedad avisa y no se puede evitar, es un vicio que debe aborrecer todo el que ama á Dios.

Si vosotros no podeis sufrir que los criados que os sirven, que los jornaleros que buskais, que aquellos á quienes pagais sus obras sean perezosos, y aunque nada os roben, aunque no os desobedezcan, aunque no os quiten la estimacion y fama ni descubran vuestras faltas, aunque al fin hagan todo lo que es de su obligacion os molestan, os irritan y los despedis porque teneis que mandarlos mil veces las cosas, porque no se mueven de suyo á hacer lo que es de su obligacion si no se lo recordais, ó porque lo hacen con flojedad y con tanta tibieza, tan despacio y tan tarde que ya no se lo agradeceis, ¿qué juicio quereis que forme el Señor de los cristianos perezosos que embebidos en sus afanes y cuidados del mundo, en sus intereses temporales ó tal vez por una flojedad é indolencia inesplicable si no la atribuimos á falta de fô, pasan la vida sin pensar en Dios, sin hacer obras de virtud, que oyen misa, como si no la

oyesen, que confiesan cuando son arrastrados por el precepto, que ni son malos ni se ve tampoco en ellos cosa alguna para poder decir que son buenos? Estos son aquellos que ni son frios ni son calientes y son solamente templados, y el Señor los aborrece, le dan náuseas y solo sirven para escitar el vómito. Este sin embargo es el número mas considerable de los cristianos que por lo comun, quieren serlo, que no cometen grandes pecados, que se forman su método de vida y consiste en no hacer mal, pero que no se halla en ellos virtud, ni celo, ni amor de Dios, ni frecuencia de sacramentos, que jamás se acordarian de venir á la iglesia si no se los mandase, que no confesarían si no se los mandase, que si los preguntamos por sus vicios, no tienen ninguno, y si buscamos sus virtudes no han practicado ninguna. En medio de esto viven tranquilos y tal vez mueren con la misma indiferencia é insensatez sin haber negociado ni adelantado cosa alguna con los talentos y las gracias que el Señor los ha dado. Este es el vicio capital de la pereza cuya fealdad y malos efectos voy á poner á vuestra vista para que le detesteis y vivais siempre con una santa prontitud y diligencia en el servicio del Señor. Recurramos antes al autor de todas las gracias pidiéndole nos comunique las necesarias para el acierto por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Qui diligitis Dominum....

No voy á dirijirme en este dia contra aquellos que miran con indiferencia la virtud y los bienes eternos prepara-

dos por Dios para los justos, porque los desprecian, porque no los creen y habiendo perdido la fé, viven sin religion, ó conservan las apariencias por no romper con el mundo. Mas bien que pereza es un odio de Dios el de estos miserables, quienes no quisieran que existiese porque no castigase sus crímenes. Tampoco me voy á ocupar con los que viven de asiento en el pecado y dejan pasar un año y otro sin salir de él y por lo que llaman una pereza y mas bien es una temeridad y locura, dejan el convertirse á Dios para la vejez ó para la hora de la muerte. «Me buscareis, dice á estos Jesucristo (1), y no me hallareis y moriréis en vuestro pecado; os llamé, dice el Señor (2), y vosotros os resististeis, alargué mi mano y no hubo quien me atendiera, os burlasteis de todos mis consejos y despreciasteis mis reprensiones, yo tambien en vuestra muerte mereiré y burlaré de vosotros; y cuando venga sobre vosotros el mal que temeis, cuando os coja de repente la calamidad y os llegue la muerte como una tempestad, cuando venga sobre vosotros la tribulacion y la angustia me llamareis en vano y os volveré la espalda. Atesoran un depósito de ira para el dia en que ha de dar á cada uno el Señor segun el mérito de sus obras, dice el apóstol (3), los que abusan de la benignidad y paciencia de Dios.» Voy a dirigirme contra otros cristianos no tan culpables, no de tanta perversidad;

(1) Joann. cap. 8.

(2) Prov. cap. 1.

(3) Ro.m. cap. 2.

pero muy reprehensibles y espuestos á su condenacion eterna, no por haber apagado sus lámparas y haber perdido la luz de la caridad y la gracia, sino por no nutrirlas y atizarlas con el aceite de las buenas obras; contra aquellos que dejan de obrar el bien y de cumplir con las obligaciones de cristianos por flojedad, por no fatigarse en emprender el trabajo, porque no tienen bastante celo para procurar su salvacion y para desarraigar todos sus malos hábitos y costumbres.

A estos me es preciso decir que debemos todos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, que en el camino del cielo es preciso no estar parados sino correr y el que se para no llegará jamás al término, que en él es preciso crecer en caridad, santificarse y justificarse mas y mas, que solo serán bienaventurados los que anden por los caminos del Señor. Que por eso somos y nos llamamos viadores mientras estamos en este mundo. ¿Y sabeis lo que es andar? dice san Agustín. Es aprovechar para que entendais y no camineis con pereza. Es preciso que te pruebes á tí mismo lo que eres y que te desagrades de lo que eres si quieres llegar á lo que no eres. Si llegas á decir basta; pereciste. Es preciso que siempre aumentes, que siempre camines, que aproveches siempre y nunca te quedes parado. El que vuelve atras, el que se aparta del camino y el que se para en él ¿llegarán al término jamás? Luego sin evitar la pereza ni podemos amar á Dios con todo nuestro corazon, ni correr en sus caminos, ni santificarnos, ni llegar á la gloria.

Amar á Dios con todo corazon. Hermanos mios, ¿qué

idea nos formamos de este amor de Dios? El que ama de veras ni quiere ni desea ni tiene otra voluntad ni reconoce otra ley que la voluntad de aquel á quien ama y sin amenazas, sin castigos, sin que haya necesidad de mandarle halla su gozo en servir y hacer la voluntad de la persona amada, solo por amor; halla su gozo en dejarlo todo, en vencerlo todo, en superar dificultades por agradarla, se anticipa á su voluntad y cuanto mas ama es mayor su prontitud y mayores sus sacrificios. Un amor verdadero de Dios ¿puede ser compatible con la pereza y la flojedad? Amar á Dios de todo corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y no acordarnos de la oracion del culto y honor que le debemos, y anteponer nuestros intereses, nuestras comodidades y regalos á los intereses de Dios, y dejar pasar los dias y los años sin cumplir sus deseos, y hacer las cosas santas sin fervor y sin celo; y estar tan distantes de Dios un año como otro y no sacrificarnos y vencer todos los obstáculos por agradar á Dios... ¡Ay hermanos míos, nos engañamos miserablemente á nosotros mismos; y si no tenemos este amor de un corazón puro y un alma enamorada estamos en una languidez y decaimiento, si no podemos decir mejor que estamos en una muerte. ¿Diremos que amamos á Dios porque no hacemos nada que le ofenda? ¿Y si tampoco hacemos obras que le agraden? ¿Y si necesitamos avisos, exortaciones y repetidos preceptos para hacer su voluntad? ¿Y si aun fomentados y ayudados con el calor de la divina gracia, de las amonestaciones piadosas y de los buenos ejemplos no producimos fruto alguno, no ocuparemos la tierra en vano? El siervo perezoso no malgastó el talento

que le entregó su Señor, le conservó todo íntegro y sin embargo fué despojado de él y sentenciado al fuego. La higuera infructífera no producía maleza, ni espinas, ni fruto alguno perjudicial; pero no daba frutos buenos y sazonados y fué arrancada de raíz. Es preciso tener hambre y sed de la justicia para ser bienaventurados y gozar la abundancia de la gloria. ¿Tendrán esta hambre y sed los que se fastidian y llevan con molestia los bienes divinos y los preceptos del Señor? ¿aquellos á quienes dan tedio y llenan de tristeza las obras de piedad que nos manda el Señor como necesarias para conseguir la vida eterna? ¿los que son tibios, tardios y negligentes en cumplir los oficios y deberes de la vida cristiana y de su propio estado? Y si no la tienen mal pueden esperar la artura de la gloria sino el hambre y la sed en los tormentos eternos. Ninguno puede llegar cuando salga de este mundo á la artura de la justicia, dice san Agustín (1) si mientras estuvo en él no corrió con hambre y sed de la justicia.

Si amamos á Dios es preciso que nos alegremos y regocijemos en él, que deseemos su gloria y que sea santificado y conocido de todos. Debemos alegrarnos en las obras de la fé, de la esperanza, de la caridad, de la misericordia, de la honestidad y de todas las virtudes. Estas son nuestras riquezas y tesoro, estos son los adornos no de nuestras arcas, sino de nuestras conciencias. Pues estas debemos amar, y si las amamos debemos aumentarlas, an-

(1) Lib. de perf. inst.

teponerlas á los bienes terrenos, y no esponernos á perderlas por nuestro descuido y negligencia.

El que ama á Dios nunca dice *basta* sino que siempre desea ser mas justo, y si siempre viviese cada vez lo desearía mas. No estamos al servicio de Dios como unos siervos temporeros sino que lo estamos por toda la vida y toda ella debemos trabajar y redoblar nuestros esfuerzos por amar á Dios y conservar la justicia. Si el procurar la perfeccion es adelantar el no procurarla es retrasar, dice san Bernardo, ¿direis que basta estar quietos, permanecer en el estado á que habeis llegado y no ser peores ni tampoco mejores? Pues quereis lo que no puede ser porque, ¿qué cosa hay que esté fija en este mundo? El hombre corre como una sombra sin conservarse jamás en un estado; y si ha de seguir á Jesucristo que corrió como un gigante, que pasaba haciendo bien, que fué obediente hasta la muerte, es preciso que no se detenga, que corra hasta que le alcance.

No puede concebirse la pereza con el deseo de amar á Dios, de desear su gloria, la artura de la justicia y la propia santificacion, y si de este modo repugna con las primeras y mas santas obligaciones del cristiano, por aquí conoceréis su fealdad y lo mucho que debeis abominarla y evitarla. He hablado hasta aquí de los perezosos suponiéndolos conservados en la caridad y amor de Dios y sin haber perdido su gracia y mirando la pereza solamente como una frialdad y descuido en obrar el bien; pero debo deciros que si este estado es posible no puede ser duradero. Que el perezoso viene muy pronto á ser enemigo de-

clarado de Dios. *Los que se apartan de Dios*, dice el profeta, *perecerán*. El que deja de alimentarse continuamente con los manjares del alma, con la oracion y contemplacion, con los ejercicios de piedad, con la asistencia al templo y con la frecuencia de los santos sacramentos enflaquecerá, se debilitará, y los enemigos que por todas partes le rodean le derribarán fácilmente hallándole sin fuerzas para resistir.

El que se separa del calor insensiblemente se entibia, se enfria, y al fin, inútil para obrar y para moverse viene á perecer si no busca el socorro. Nuestro Dios es el sol de justicia, el que anima y da vigor y fuerza á nuestras almas, y el perezoso que se aparta de él se entibia, se enfria y al fin perece. El hijo pródigo que se ausenta de su padre á una rejion lejana disipa pronto todo su patrimonio y cuanto recibió de su mano viviendo en los vicios. Tan cierto es que los que se apartan de Dios por la pereza perecerán.

Observad á esos hombres descuidados é indolentes que viven en un olvido total de que son cristianos, que consumen los dias destinados al servicio de Dios en el ocio, los juegos, los paseos y en todo menos en lo que deben; que no cuidan de instruir á sus familias; en cuyas casas se duda la religion que profesan porque ni se ora, ni se reza, ni hay libros piadosos, ni se piensa en Dios, que dejan pasar todo el año sin confesar y comulgar y vienen solamente por el temor de las penas, ó mas bien por el de su infamia y por no ser notados; que se han formado una conciencia relajada y cometen el crimen sin escúpulo, sin

miramiento y sin temor; pues no han llegado á tal estado repentinamente sino que la pereza los ha conducido por grados á él. Dejaron las devociones que los enseñaron á rezar todos los días sus padres, se fueron apartando poco á poco de rezar el santo rosario; tras una cosa han dejado otra y han venido á ser pecadores y á diferenciarse muy poco de los corrompidos y viciosos de profesion.

No he presentado aun toda la maldad de la pereza y el carácter de los perezosos. El evangelio nos lo manifiesta en el criado que al dar razón á su Señor del depósito que le había confiado: «Señor, le dijo, sé que eres un » hombre duro, que siegas donde no has sembrado, y » atrojas donde no has esparcido, y temiéndote, fui, y » escondí en la tierra tu talento: y aquí lo tienes, que es » tuyo (1).» Tal es la respuesta que comunmente dan los perezosos, quienes por escusarse no perdonan ni á la calumnia, ni á la blasfemia. No se avergüenzan de hacer al mismo Dios la causa de su pereza, le culpan de severo y cruel; que es muy difícil el servirle; que reprueba á los que quiere, que sus preceptos son mas pesados que lo que puede llevar la enfermedad y flaqueza del hombre; que no da abundantemente las gracias que son necesarias para obedecerle y obrar el bien, y así quiere congrega y recoger donde no siembra. Ved, hermanos míos, que unidas están la pereza y la iniquidad, y por qué el evangelio llama también malvado al siervo perezoso, que al fin viene á per-

(1) Matt. cap. 25.

der aun los bienes y talento que habia recibido y á ser arrojado á las tinieblas.

Bien examinada la naturaleza de este vicio por mi anjélico doctor santo Tomas (1) resuelve con el acierto y claridad que dan el carácter de inspiradas á sus doctrinas: que si los movimientos de la pereza no pasan de la parte sensitiva y son una mera repugnancia de la carne á las obras del espíritu sin que se una el consentimiento de la razon será la pereza pecado venial por la imperfeccion del acto y falta de consentimiento. Pero que si el acto es perfecto y se le une el consentimiento de la razon, y esta admite y se resuelve al apartamiento, al horror y detestacion del bien divino prevaleciendo y dominando la carne al espíritu, entonces es indudable que la pereza por sí misma es un pecado mortal; este pecado mortal no lleva solamente consigo el descuido de la salud eterna, de la observancia de la ley de Dios, y de los medios ordenados por nuestro Señor Jesucristo para conseguirla, del cumplimiento de los deberes del propio estado y ministerio de cada uno, sino que de él, como de vicio capital nacen: la malicia, el rencor, la pusilanimidad, la desesperacion, la frialdad y decaimiento de ánimo, la distraccion y la ociosidad. Detestando el hombre por la pereza el ejercicio de las buenas obras, incurre en la malicia de burlarse y hacer escarnio á los virtuosos y aun á la misma virtud. Si no ayunan, no se contentan los perezosos con su falta sino que se rien de los que ayunan y

(1) 2. 2. q. 35. art. 3.

aun del ayuno mismo, y quisieran que todos despreciaran este deber y obra cristiana, y lo mismo sucede con las demás prácticas religiosas. ¿Qué falta hace ayunar? ¿A qué es tanto rezar y estar en la iglesia? ¿Quién ha dicho que sea bueno confesarse á menudo? Eso se queda para los que no tienen otra cosa que hacer ó para las mujeres tontas y los insensatos que se dejan llevar de cuanto los dicen y oyen en los sermones y en los libros. Como la vida laboriosa de los buenos cristianos es una reprension continua de la pereza, los perezosos se irritan con ellos, los desacreditan, se irritan y enfurecen, y ese es el rencor que tan frecuentemente vemos con que se denigra, se desprecia se desacredita y se persigue á los virtuosos y á los ministros del Señor que en desempeño de su deber amonestan, reprenden, corrijen los desórdenes y animan y convocan á los fieles para los ejercicios y obras de devocion sin contemplar que el que desprecia al ministro de Dios, desprecia y aborrece al mismo Dios. *Me he cansado y me he puesto ronco de clamar*, puede decir con el profeta real el sacerdote celoso de la honra de su Dios y bien espiritual de sus prójimos, «y se ha aumentado mas que el número de mis cabellos, el de los que me aborrecen sin motivo..... Contra mí se han declarado los que se llaman prudentes, ilustrados y juiciosos, y los que cantan y beben vino en las calles y las plazas.»

Se sigue con mas frecuencia y mas facilidad la pusilanimidad por la que se desconfia de sí mismo y de la ayuda de Dios y se esconde el talento debajo de la tierra sin negociar con él; es decir que se abandonan las obras cristianas,

el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la iglesia, no se pide la ayuda á Dios para ejecutarlas y se emprenden mucho menos las obras de perfeccion; y siendo tan natural la inclinacion del hombre á llenar la medida de sus fuerzas y ejercer cuanto puede y adelantar cuanto puede en todas las artes y las ciencias á que se dedica, se queda por la pusilanimidad inferior á sí mismo; reusa y se acobarda de emprender aun aquellas obras de que no puede dispensarse como cristiano, debiendo tener presente, que el reino de Dios padece violencia y hay que esforzarse á entrar por la puerta angosta, y que si el hombre busca antes de todo el reino de Dios tendrá pronto los auxilios. No se ofrecen los premios, dice san Ambrosio, á los que duermen, á los que viven en el ocio, sino á los que velan y trabajan. Bueno es que el hombre considere sus faltas propias y se humille, pero no es humildad, dice mi doctor angélico, sino ingratitud, despreciar los dones que Dios nos da, y esto es lo que hace el pusilánime.

De la pereza nace tambien la desesperacion y desconfianza de conseguir la gloria y abandonar los medios de lograrla aterrado el perezoso con el enorme peso de sus culpas y la severidad de los juicios de Dios. Nace la tibieza que se opone á aquel fervor, á aquella prontitud y ansiedad de ánimo con que debemos procurar hacer las cosas santas y llevar la carga de la ley de Dios sin necesitar de la vara ni la espuela como dice san Bernardo. Obedecer á Dios sin prontitud y por fuerza, orar sin tener inflamado el corazon y el deseo, tener leccion espiritual y no edificarse, estar en la presencia de Dios y asistir á los oficios

divinos con distraccion, dormidos, mirando á todas partes, hablando de lo que no es del tiempo ni lugar ¿qué otra cosa es sino acercarse al infierno y escitar al Señor al vómito, mas bien que á que nos oiga y nos conceda nuestras súplicas? ¿Qué viene á hacerse sino á destruir en vez de edificar y á dar ocasion por la inmodestia y la descompostura á que se blasfeme el nombre del Señor que se trata de elabar tan indebidamente? De la pereza en fin nace la ociosidad que es la raíz y la ocasion próxima de todos los pecados.

Tal es el vicio de la pereza y tan fatales son sus resultados. Resultados que vemos y experimentamos con demasiada frecuencia; que nos vemos muchas veces obligados á llorar; que se oponen tan directamente á nuestra salvacion; que no sabemos á qué atribuir entre personas, que son cristianas, que han recibido una educacion religiosa y esmerada, que tal vez han sido exactas y celosas del servicio de Dios, pero que la religion misma nos enseña que nacen y provienen de la pereza. De este vicio reprehensible y propio de almas ingratas, que acusa de injusticia y de inhumanidad á un Dios lleno de bondad, de misericordia y beneficencia; á un Dios que nada exige de nosotros sino lo que conduce á nuestro provecho y salud eterna, que para nada nos necesita y sin embargo nos quiere, nos llama y nos ayuda; que nos perdona los pecados que cometemos contra él; que nos recompensa abundantemente las obras buenas que obramos con su gracia; que no quiere que perezca y se pierda ninguno sino que á todos espera y convida á penitencia; que nos da sus auxilios al paso que nos impone

sus preceptos; que hace suave con su amor el yugo de su ley; que da con liberalidad sus bienes á sus siervos á cada uno segun su virtud, y él mismo los da tambien la que necesitan para empezar y continuar y concluir sus obras. Tal es el vicio en que se engendran las burlas, el encono, las irrisiões y cuanto tiene de abominable la impiedad y de que se vale para entristecer á los justos y hacerlos apartarse y abandonar el camino de la virtud; para hacer enmudecer á los ministros celesos del santuario, perseguirlos y calumniarlos,.... Lo he dicho y habeis oido ya los males y los distintos pecados que nacen de la pereza y deo á vuestro exámen, á vuestra consideracion, á que consulteis con la esperiencia y me digais sino lo enseñan los libros santos y los doctores de la iglesia, y os lo intimo con ellos con sobrada razon.

Y un vicio tan perjudicial ¿no debe ser aborrecido de todo cristiano? ¿No debe ser mirado como una enfermedad de muerte? ¿No debemos procurar todos evitarle? El siervo perezoso, dice el padre san Gregorio, es muy justamente arrojado en pena á las tinieblas exteriores, porque cayó por su culpa voluntariamente en las tinieblas interiores y sufrepor fuerza las tinieblas de la venganza, el que aqui sufrió por su gusto las tinieblas de su descanso y regalo. Evitar estas tinieblas, y esta molicia y adormecimiento, este olvido de Dios en que voluntariamente nos sepultamos es el medio para no incurrir en la pereza. Una prontitud y diligencia para las cosas santas y para salir del pecado. El que pierde una alhaja no duerme ni descansa, enciende una luz, barre la casa, indaga, pregunta, suplica á todos y clama

al Señor y á los santos. Hé aquí cuál debe ser la diligencia de un cristiano luego que pierde la gracia de su Dios, clamar, pedir, estar inquieto hasta hallar el bien que ha perdido en su reconciliacion con el Señor por medio de los sacramentos. No dormir en el pecado, no diferir de dia en dia su conversion. ¿A cuántos pecados menos se daria lugar si se sacudieran luego que se sienten en la conciencia?

Una chispa de lumbre se sacude de la ropa luego que la incendia porque si no la abrasaría toda.

Una enfermedad corporal se cuida de curarla en su origen y sino se agrava y con facilidad mata. Lo mismo debe hacerse con el fuego del pecado y con las enfermedades del alma, y si dejamos con indolencia que nos penetre el fuego y nos devore la enfermedad, ¿á quién deberemos culpar de nuestra ruina y nuestra muerte? Si luego que sentimos el mal buscásemos el remedio de nuestra alma asi como buscamos los bienes temporales y la salud del cuerpos ¿habria tantos vicios, tanta relajacion, tantos escándalos y tantos condenados al infierno? Luego podemos decir que la pereza es la causa de los pecados, la causa de que los males crezcan, se endurezcan los pecadores y se hagan incurables las enfermedades, la causa de que no se apague el fuego del pecado y abraze con su incendio á tantos hombres.

En el estado de gracia, antes de caer en pecado alguno y despues de haber vuelto á la amistad de Dios es preciso estar en vela y no descansar, no hay que dormirse en el ocio y el regalo, conviene orar y no desistir jamás. La oracion fervorosa y continua que no consiste en largas y meditadas composiciones de ideas y de palabras sino en un

deseo constante de agradar á Dios; de unirse á Dios y de fijar las miras en Dios como término de nuestra carrera, la presencia de Dios á quien debemos contemplar siempre presente á nuestro lado y animarnos á obrar con esta fé como los siervos que trabajan á la vista de su Señor; la contemplacion de los bienes espirituales y la lectura de los libros piadosos, son otros tantos auxilios y medios de que debemos valernos para evitar la pereza y no rehusar el ejercicio de las obras que el Señor nos manda. Cuanto mas comprendamos la grandeza de los bienes eternos y de los espirituales que nos proporcionan aquellos nos agradarán mas, nos parecerán mas dignos de nuestras ansias y se acabará nuestra pereza porque tendremos la mayor complacencia en buscarlos. El avaro ama las riquezas, tiene su afecto y su corazon puesto en ellas y lejos de ser perezoso en proporcionarlas, las busca con ansia. El lascivo hace un aprecio escesivo de sus placeres y se los proporciona sin descanso. Si el cristiano sabe apreciar y conocer los dones del Señor, si sabe penetrarse de lo que le interesa ser rico de bienes espirituales los buscará con una santa avaricia y sacudirá la pereza. Cuanto mas procuremos vivir siempre con un espíritu animado de la presencia de Dios, con un espíritu que no pierde jamás de su vista que está delante de su Dios; que Dios le vé, le oye, le observa y aprueba ó reprende sus acciones, seremos mas exactos, puros y puntuales en sus obras, ¿cómo ha de poder ser negligente dice san Bernardo (1) el que no deja de mirar al Dios que le mira?

(1) Serm. in Psalm. Qui habitat.

La contemplacion de la muerte y de la gloria; de que antes de la muerte es preciso trabajar, de que el premio será proporcionado al trabajo, de que nadie se burla de Dios y nada quedará sin castigo y sin recompensa, de que el siervo perezoso será arrojado á las tinieblas y el que no lleve su lámpara encendida no será admitido á las bodas celestiales, debe tambien desalojar de nuestro corazon la pereza. Si están desiertos los caminos de Sion, si no hay quien asista á los templos ni frecuente los sacramentos y las prácticas religiosas es porque no hay quien medite en su corazon y contemple detenidamente sus deberes.

Ultimamente os haré observar con el padre san Isidoro, que si en todos los oficios, artes y ciencias, hay profesores escelentes y aventajados es porque tienen presente la recompensa y la utilidad que sacan de su trabajo y sus tareas. El arte de amar á Dios las tiene tambien, y aunque no las vemos de presente, sabemos que están dispuestas en la gloria y serán tanto mayores cuanto mayor sea el esmero, el trabajo y los adelantos en esta profesion única que puede hacernos felices. Arded en el fuego del amor de Dios dice á este propósito san Agustin, para que no tengais que arder en el fuego de los demonios. Arded en el fuego del amor de Dios para que os distingais de los demonios. Este fuego os arrebatara hasta el cielo, os eleva y lleva á la gloria... Este fuego emprende cosas admirables; hace hervir en obras y costumbres santas, y desahogarse en los cánticos de las alabanzas divinas. Arded en el fuego del amor de Dios y evitareis la frialdad, la tibieza, la pereza que tanto desagradan al Señor y que tantos males acarrea.

Hermanos míos: yo no he acertado á poner á vuestra vista todo el horror y fealdad de los vicios, todos los precipicios á que nos conducen, los males que nos ocasionan y las penas con que el Señor los castiga. En el juicio del Señor; cuando se pese el bien y el mal en la balanza de la eterna justicia conoceremos toda la intension del vicio y todo el mérito de la virtud que solo podemos conocer con mucha imperfeccion mientras estamos vestidos de la sangre y de la carne: pero habeis podido conocer que no incurre el hombre en el vicio sin hacerse enemigo de Dios y al mismo tiempo enemigo de sí mismo y de los demas hombres; sin envilecerse, degradarse y faltar á los deberes de padre, de esposo, de hijo, de racional.... de modo que el vicio es perjudicial aun para vivir en este mundo, para conservar el honor, la reputacion, el aprecio, la union y la paz con los demas hombres con quienes tenemos que vivir en sociedad, la obediencia, el buen gobierno el órden. Habeis podido conocer que es casi imposible cometer un vicio sin dejarse arrastrar de los demas, que tan desgraciadamente se eslabona y forma la cadena que arrastra al hombre al infierno. Que el soberbio está dispuesto á todo por su pasion; el avaro lo sacrifica todo por su pasion, el deshonesto incurre fácilmente en ser gloton, y el gloton es casi por necesidad deshonesto; el iracundo y envidioso es tambien soberbio, avaro; de modo que todos son igualmente temibles y pueden llamarse otras tantas puertas para el camino ancho del infierno y que por cualquiera que se entre se entra á todos los males. Aun el vicio que parece menos culpable, la pereza, el descanso y la inaccion, la vida regalada y que se pasa

en el olvido de las cosas santas, el descuido de obrar el bien, no puede concebirse sin que esté circunvalada y lleve consigo infinitas faltas y puede decirse que es el vicio que da entrada á todos los vicios á la manera que el sueño y la falta de vigilancia en los centinelas da la entrada en la plaza y el triunfo completo á los enemigos.

Despues de esto ¿amaremos al Señor sino aborrecemos el mal? ¿Seremos juiciosos, prudentes y racionales sino detestamos los vicios que son el único mal que debemos sentir y que puede aflijirnos? ¿Quedaremos de asiento en nuestros desórdenes y sabiendo la medicina para curar nuestras enfermedades? ¿rehusaremos aplicárnosla? ¿consentiremos morir en el vicio y llevar la maldad al otro mundo? Pues si queremos ser cristianos, si queremos reinar en el cielo como cristianos, empezemos ya á amar á Dios y á detestar el vicio. ¡Dulce Jesus de nuestras almas! Vuestro amor y vuestra bondad es lo suficiente para unirnos como hijos y dejarlo todo por servirlos. Nos apartamos de vos y todo lo hemos disipado viviendo en los vicios, pero ya conocemos que hemos pecado y no merecemos ser hijos de un padre tan amante, admitidnos por esclavos, y no volveremos á nuestros extravios. Detestamos el pecado porque os ofende, porque no puede amaros el que peca y esperamos rendidamente el perdon de nuestras culpas que os pedimos con todas las veras de nuestra alma y proponemos amaros ya con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas; queriendo morir antes que ofenderos de nuevo. Aborrecemos el pecado y ofrecemos amaros y servirlos para tener una vida cristiana y la gloria eterna despues en el cielo. Amen. F. L. G.

INDICE.

Sermon para la Dominica primera de adviento: sobre el juicio universal.	9
Sermon para la misma Dominica: la justicia de Dios nos debe mover á implorar su misericordia. . . .	21
Sermon para la Dominica segunda de adviento: sobre los que se escandalizan de Jesucristo.	34
Homilia para la misma Dominica: de los medios para llegar á Jesucristo.	45
Sermon para la Dominica tercera de adviento. La humildad cristiana haciendosabios y virtuosos á los hombres todo lo puede y alcanza de Dios. . . .	60
Sermon para la misma Dominica: de la ceguedad de entendimiento	71
Sermon Para la Dominica cuarta de adviento: sobre la oracion.	86
Sermon para la misma Dominica: la preparacion para celebrar el nacimiento del Señor es la observancia de su ley.	99
Sermon para el día de Natividad de N. S. Jesucristo: las humillaciones del nacimiento de Jesus son el remedio para curar el furor de nuestras pasiones. .	114
Sermon para la Dominica infraoctava de N. S. Jesucristo. Sobre que debemos abrazar con gusto los	

trabajos, aflicciones y desgracias de esta vida para conformarnos con nuestro Redentor.	125
Sermon de la circuncision del Señor: sobre que es el ejemplar y modelo de la circuncision espiritual con que debemos cortar los vicios y afectos carnales y terrenos.	137
Plática para el dia primero del año: sobre el buen uso del tiempo	149
Sermon para el dia de Epifanía: sobre la imitacion de los santos reyes.	160
Sermon para la Dominica infraoctava y primera despues de Epifania: sobre la educacion de los hijos.	172
Sermon para la Dominica segunda despues de Epifania: sobre la santidad del matrimonio.	184
Sermon para la Dominica tercera despues de Epifania: sobre la fé del leproso y del centurion.	197
Sermon para la Dominica cuarta despues de Epifania: sobre la confianza que debemos tener en Dios.	208
Sermon para la Dominica quinta despues de Epifania: sobre la mezcla de los buenos y los malos.	220
Sermon para la Dominica sesta despues de Epifania: sobre la predicacion evangélica.	232
Sermones sobre los pecados capitales: de la Soberbia.	245
Sermon de la Avaricia.	265
Sermon de la Lujuria.	287
Sermon de la Ira.	308
Sermon de la Gula.	330
Sermon de la Envidia.	349
Sermon de la Pereza.	369

FE DE ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
9	8	el	es
Id.	11	Dios, hombre	Dios hombre
11	8	El mundo que está	el mundo está
Id.	21	conmueven	conmoverán
13	10	Pues cual mas	pues aun es mas
Id.	28	haya ido	haya sido
14	17	despureza	de pureza
Id.	20	condenaron	condenarán
17	17	dudas	deudas
41	27	humildad escelencia de la humildad	humildad
65	25	Rabsacer y Senagurib,	por Rabsaces y Sena- guerib
66	23	ha de	has de
69	11	Bautista al verse	Bautista que al verse
8	3	marcadas	mareadas
Id.	Id.	el indicio	es indicio
89	7	alejando	alegando
90	10	acéticos	ascéticos
91	22	de nuestro á Dios	nuestro amor á Dios
96	9	Basilía	Basilisa
99	2	observacion	observancia
108	16	lado	lodo

Id. 19	levantar	levantarnos
161 20	inevitables	irrecusables
Id. 28	cargada	marcada
214 5	los ha formado	nos ha formado.
Id. 20	os ha	os he
216 última	sois fieles.... vuestro	Sois fiel á... vuestros:
217 1	Poderosos	poderoso
224 6	prueba	prueban
Id. 10	finés	finés:
Id. 19	malicia y maleza para	malicia para
230 25	Pedro	Pablo
231 12	¿veneramos	pero nosotros ¿no- veneraremos
234 16	acceptables	acceptable
246 21	le ameís	le amais
259 22	á quien	á quienes
275 18	ta miseria; y el penar	la miseria y el penar;
Id. 26	hambres	hombres
283 8	cabellos	caballos
Id. 24	los envideís	las envidieís
295 21	amontona á millares	amontona millares
296 17	vienen	viene
306 21	dorribemos	derribemos
310 2	vencer	vencerse
Id. 11	justamente	juntamente
311 11	en evitarla	á evitarla
328 12	hoy	hay
335 26	en el alto	en lo alto
337 14	es el enguaje	es el lenguaje
339 19	al	la
350 3	destruirá	destruiria
353 26	hacelos	hacerlo
360 23	la que	lo que
364 6	con la ira	con la envidia